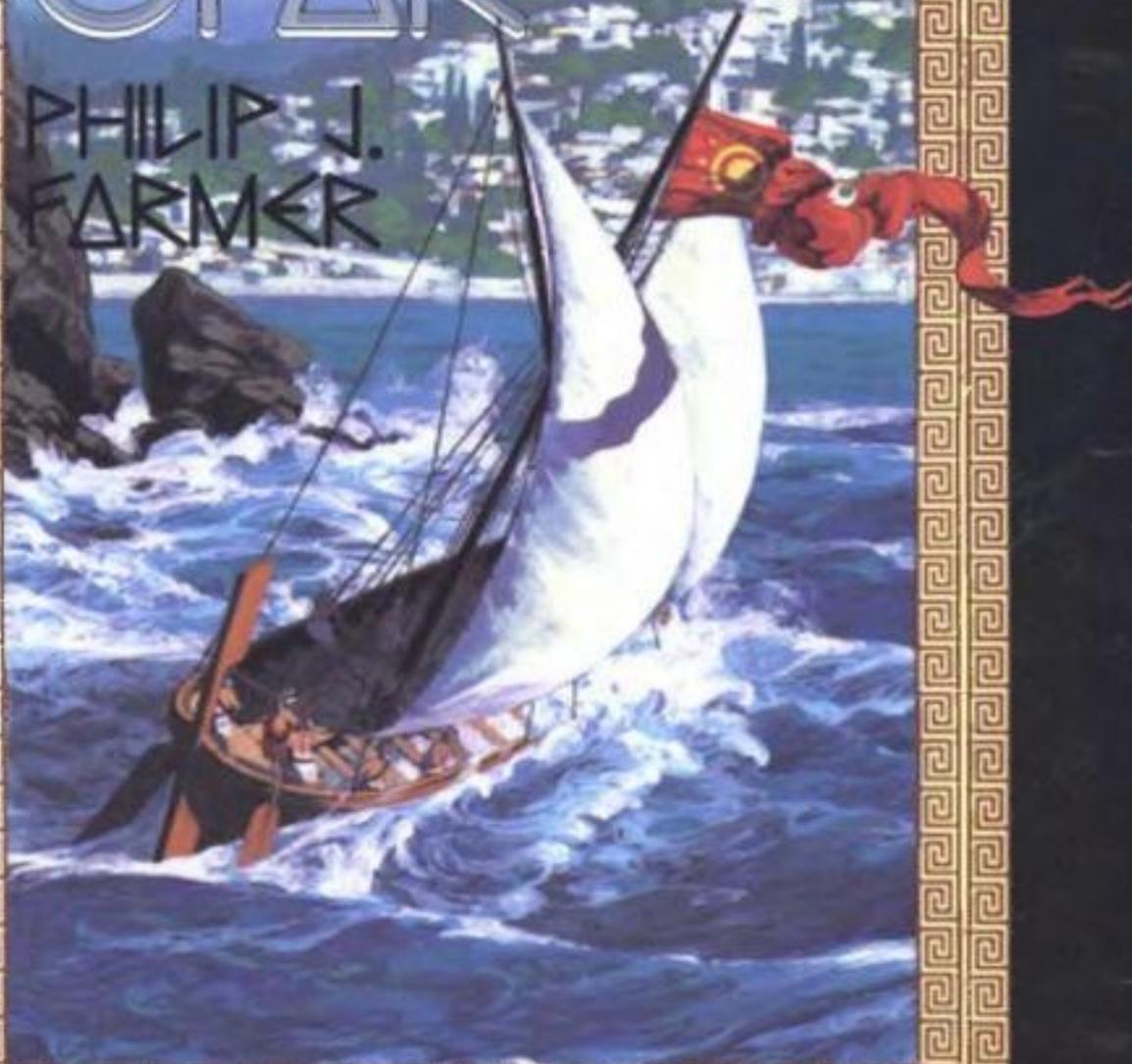




HADON EL DE LA ANTIGUA OPAR

PHILIP J.
FARMER



Lectulandia

En la saga de Tarzán hay constantes referencias a una ciudad de oro y joyas, Opar, hoy ahogada por la selva. En la mejor tradición de Burroughs, P. J. Farmer ha recreado el mundo de Optar, tal y como era hace 12.000 años, cuando en las márgenes de dos amplios mares en el interior de África florecían imponentes ciudades y culturas no menos poderosas. A causa del odio del tirano Minruth, el joven Hadon se verá obligado a emprender una expedición que se convertirá en una maravillosa novela de aventuras.

Lectulandia

Philip José Farmer

Hadon, el de la antigua Opar

ePub r1.0
epublector 01.07.14

Título original: *Hadon of Ancient Opar*

Philip José Farmer, 1974

Traducción: Federico Eguíluz

Prologo

Javier Martín Lalanda, 1993

Cronología de Khokarsa

Título original: *Chronology of Khokarsa*

Philip José Farmer, 1974

Traducción: Javier Martín Lalanda, 1993

Editor digital: epublector

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Introducción

Los mundos «revisitados» de Philip José Farmer

Sin inmortalidad, la vida no tendría sentido.

P. J. F.

Cuando en el año 1974, Philip José Farmer publicaba en la editorial de Donald A. Wollheim, la DAW, su obra Hadon of ancient Opar, que en la presente colección ha recibido el título de Hadon, el de la antigua Opar, ya era un célebre novelista dentro del campo de la literatura fantástica, en especial el de la aventura, con ciertas pinceladas de ciencia ficción.

Farmer, nacido en Indiana en 1918, se había hecho famoso con una novela corta de tema un tanto escabroso, The Lovers, precisamente la segunda obra que publicaba. Ampliada en 1961 a novela, The Lovers había aparecido en el número de agosto de 1952 de la revista pulp norteamericana startling stories; sería seguida por otros relatos más: Mother (1963), Attitudes (1953), Daughter (1954), Father (1955) y Open to me, my sister (1960), que le valieron la etiqueta de autor casi pornográfico, y que él, en sus primeros tiempos, fomentó para hacerse un nombre.

Lo cierto era que Farmer no rehuía la problemática sexual. Cualquiera que lea los relatos anteriormente citados encontrará ciencia ficción de calidad, protagonizada, en casi todos ellos, por el padre Carmody, un antiguo delincuente, la hez de la sociedad, convertido en sacerdote espacial. Como comentara Juan Carlos Planells en la desaparecida revista Fan de Fantasía, «aquellos relatos tenían una base científica, una explicación detallada, [...] en vez de la tecnología, la astronomía o la química, entraban en juego la fisiología, la anatomía o los órganos sexuales. Todo ello tratado con absoluta pulcritud y limpieza».

De cualquier modo, Farmer seguiría escribiendo novelas de aventuras, donde las relaciones sexuales recobrarían sus límites acostumbrados y en las que jamás dejarían de estar presentes los temas metafísicos, desarrollados o no en clave religiosa, y, más específicamente, los de la creación, la muerte y la resurrección.

En Inside outside (1960), traducido en castellano como Mundo Infierno, toda la

humanidad vive en el interior del planeta Tierra, que ha tomado las dimensiones de un Infierno. Un extraño individuo, X, de quien se sospecha que pueda ser Jesucristo, se pasea por él. Más adelante, entrarán en escena unos extraterrestres, auténticos dei ex machina.

Esta novela anuncia y precede a las cinco que, por el momento, forman la serie «El Mundo del Río», con los siguientes títulos: A vuestros cuerpos diversos (*To your Scattered Bodies Go*, 1971), El fabuloso barco fluvial (*The Fabulous Riverboat*, 1971), El oscuro designio (*The Dark Design*, 1977), El laberinto mágico (*The Magic Labyrinth*, 1980) y Dioses del Mundo del Río (*Gods of the Riverworld*, 1983), además de un volumen de relatos, *El Mundo del Río y otras historias (Riverworld and other stories*, 1979).

La idea central de esta novela-río, fluvial por partida doble, es la de un mundo post mortem, surcado por un río interminable, donde se dan cita todo tipo de personajes históricos de la Tierra, desde el explorador británico Richard Francis Burton, a Juan Sin Tierra y Hermann Goering, como si recorriesen, iniciáticamente, una de las corrientes que conducen a la morada de Hades, al Infierno.

Anteriormente a este conocidísimo ciclo, Farmer había publicado tres excelentes novelas: *Dare* (1965), *Night of Light* (1966) —protagonizada por uno de sus más célebres personajes, John Carmody— y *The stone God Awakens* (1971) que, siempre con un estilo inigualable, mezclan fantasía heroica, ciencia ficción, mitología, magia y religión, en ese sincretismo que resulta inconfundiblemente farmeriano y que participa, en cierta forma, de las características de otro excelente novelista norteamericano, Roger Zelazny, aunque sin sus especulaciones introspectivas.

En los últimos trabajos de Farmer debe destacarse una divertidísima y sugerente serie de dos novelas —por el momento— de ciencia ficción: «Mundo de día». Está compuesta por los volúmenes *Dayworld* (1989) y *Dayworld Rebel* (1990). Presenta las aventuras de un moderno anarquista que no sólo no entra en hibernación seis de cada siete días de la semana —como ordena la ley de un mundo no muy lejano en el tiempo al nuestro—, sino que posee siete personalidades distintas que le permiten andar a sus anchas por un mundo superpoblado.

Como nuestro invitado, por si acaso algún lector distraído no se ha dado cuenta hasta ahora, es un prolífico creador —una reciente bibliografía de Jacques Chambón le adjudica más de ciento cincuenta obras—, no resultó extraño que su afán creativo se manifestara, justamente, en una serie de cinco novelas, a las que piensa añadir otras dos más, conocidas con el nombre de «El Hacedor de Universos», «El mundo de Tiers» o el ciclo de «Kickaha», por uno de sus protagonistas. Son las siguientes: *The Maker of Universes* (1965), *The Gates of Creation* (1966), *A Private Cosmos* (1968), *Behind the Walls of Terra* (1970) y *The Lavalite World* (1977). Sólo las dos primeras fueron publicadas en España. Como siempre, en él Farmer repetía los

temas y obsesiones que forman parte de su personalidad, para adentrarse, cada vez más, en el terreno de la aventura fantástica. Obsérvese, entre paréntesis, un detalle significativo: entre las entregas cuarta y quinta hay un lapso de siete años, que casi coincide con el que separa las entregas segunda y tercera de su ciclo «El Mundo del Río».

¿Qué escribió Farmer en esos años?

Pues, lisa y llanamente, un género que parece haber cultivado desde entonces, el del pastiche literario, como si su propia creación literaria no le bañase y, cual demiurgo inquieto, sintiese la apremiante necesidad —algunos críticos y defensores a ultranza de una malentendida ortodoxia temática de las letras fantásticas, entre los que no me cuento, quitarían, gustosos, una sílaba a esta última palabra— de reescribir, «revisitar» (discúlpese la utilización consciente del barbarismo que, además, da título a esta presentación), o influir en las obras de otros escritores del género, como viene haciendo en la serie «La Torre Negra», donde, al parecer, se encarga de ir tendiendo el hilo de Ariadna y coordinar la labor de otros escritores encargados de darle forma, como Richard A. Lupojf, Bruce Coville, Robin W. Bailey o Charles de Lint, a pesar de que sea sólo su nombre —el de Farmer— el que se recorte sobre la ilustración de cubierta.

Su bautismo de fuego en el género del pastiche había tenido lugar con dos novelas de una saga de tres: *Image of the Beast. An exorcism: ritual one* (1968) y *Blown. An exorcism: ritual two* (1969), que suponen un divertimento en la línea indicada, ya que, en ellas, Farmer alternaría el satanismo con el terror y la novela negra. La tercera entrega, *Traitor to the living* (1973), no sería publicada en España.

A este pastiche le seguirían varias novelas sobre Lord Grandiht, un sosias de Lord Greystoke, alias Tarzán: *A Feast Unknown*, volume ix of the memoirs of Lord Grandith (1969) y *Lord of the Trees*, volume x of the memoirs of Lord Grandith (1970), además de otras obras que hacen referencia explícita al personaje creado por Edgar Rice Burroughs: *Tarzan lives, and exclusive interview with the Eight Duke of Greystoke* (1972) o *Tarzan alive, a definitive biography of Lord Greystoke* (1972).

De la fiebre «revisionista» de Farmer no se salvaría Phileas Fogg, el excéntrico británico que cometió la extravagancia de dar la vuelta al mundo en ochenta días — en 1973 aparecía el pastiche verniano *The Other log of Phileas Fogg*—, ni un compatriota suyo, Sherlock Holmes, al ser publicada en 1975 una obra cuyo título mueve a risa: *A Scarlet in study*, escrita por un tal Jonathan Swift Somers III. Tampoco se salvaría J.-H. Rosny Amé, cuyo *L'etonnant voyage d'Hareton Ironcastle* (1992) sería libremente adaptado por Farmer para la editorial DAW con el título más breve de *Ironcastle* (1976), ni Hermann Melville, ya que *The Wind Whales of Ishmael*, escrita por Farmer en 1971, continúa su célebre novela *Moby Dick* (1851).

Sin agotar, ni mucho menos, el tema de las «reelaboraciones», recordemos que

un célebre héroe de pulp de la talla —no sólo física, sino popular— de Doc Savage, sería incapaz de sustraerse al encantamiento intrusionista de Farmer, quien llegaría a escribir una biografía suya con el extravagante título de Doc Savage: his apocalyptic life, as the arch-angel of Technopoli and Exótica, as the golden-eyed hero of 181 super-sagas, as the bronze knight of the running board, including his final battle against the forces of Hell itself (1973), en verdad, un título fatigoso.

* * *

Poco a poco, iría cobrando forma en la mente de Farmer la idea de recrear algo de la historia de las eras anteriores a la llegada de Tarzán.

En las novelas The Return of Tarzan (1915) y Tarzan and the Jewels of Opar (1916), Edgar Rice Burroughs había utilizado el tema de la «ciudad perdida» para hablar de Opar, la ciudad antaño cubierta de oro y joyas, caída hoy en la barbarie y el olvido, en medio de la jungla, y cuyos descendientes, más próximos al mono que al hombre, gobernados por la bellísima sacerdotisa La, se enfrentarían contra Tarzán.

Así pues, con este antecedente y la ayuda de varios artículos sobre el tema, Farmer escribió una historia ficticia, «La cronología de Khokarsa», que aparece en apéndice en la presente edición, acompañada de los correspondientes mapas, para dar cuerpo a las dos novelas Hadon of Ancient Opar (1974) y Flight to Opar (1976), de próxima publicación en Ultima Thule. Recordemos que existe una novela precedente, escrita en 1972, aunque revisada en 1977, Time's Last Gift, tangencialmente relacionada con la serie.

¿El entorno físico de estas dos novelas, tres si se incluye la última citada? África, evidentemente. Pero una África polarizada por la diferencia de culturas, que enfrenta a pueblos que poseen un grado de civilización similar al de las culturas mediterráneas de la antigüedad clásica (Grecia, Roma) o a las del Próximo Oriente (Egipto, Mesopotamia) —de manera, como sabemos que es usual en Farmer, sincrética— con Neandertaloides y otros residuos del Paleolítico Inferior y Medio. ¿Su tratamiento? El de la gran aventura, con viajes, peligros, fieras, etc., muy a la manera de Henry Rider Haggard. ¿Las pinceladas exóticas? De ciencia ficción, con ese extraño personaje que viaja por el tiempo y que es tomado por un dios; de «mundos perdidos», por supuesto; de humor, ahí está ese bruto simpático de Kwasin, mezcla de Gargantúa y Hércules, como lo prueba la maza con que va armado, siempre en busca de pelea y ebrio, personaje típico de Farmer, que viene a suponer lo dionisiaco, el contrapunto a Hadon, héroe a carta cabal, como John Carter y demás arquetipos burroughsianos y, por ello, nada práctico. Llegados a este punto, y

hablando de Kwasin, permítasenos una digresión. Parece como si nuestro escritor, haciéndonos un guiño, hubiese estado pensando en Kvasir, una especie de gigante de la mitología germánica, cuya sangre, al ser bebida, producía ebriedad e inspiración, de donde, lingüísticamente, procede el kwas eslavo y el whisky. No olvidemos, dicho entre paréntesis, que Farmer siempre demostró conocer a fondo las mitologías de este planeta, como lo demuestra el hecho de presidir la sección dedicada a religión y mitos de la excelente obra, que aún sigue siendo válida, The Visual Encyclopedia of Science Fiction (1977), editada por Brian Ash.

¿La prehistoria de África al gusto de ERB, pero con un condimento made in Farmerland? ¡Claro! ¡La receta de Hadon!

¿Habrá caníbales?

Pase la página y compruébelo.

JAVIER MARTÍN LALANDA

Dedicado a Hulbert Burroughs como gratitud por haberme concedido su permiso para escribir sobre Opar, aquella oculta ciudad de «oro y plata, de marfil y de simios, y de pavos reales», y sobre la civilización que la fundó.

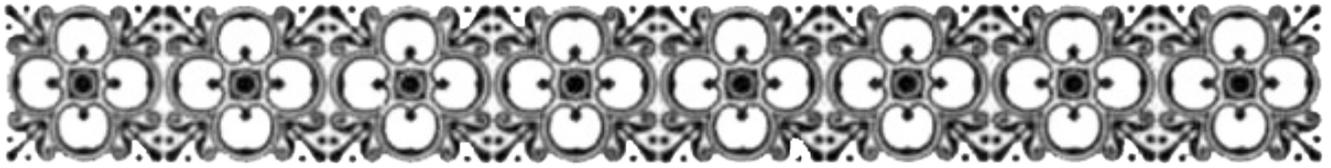
Agradecimiento

Deseo expresar mi agradecimiento a Frank Brueckel y a John Harwood por haber escrito el artículo desde el que saltó la chispa de la inspiración para crear Hadon de Opar y la civilización khokarsana. Agradezco a Hulbert Burroughs su amabilidad al permitirme iniciar esta serie de novelas. La deuda básica es, por supuesto, con Edgar Rice Burroughs, sin cuyos cuentos de Opar y de otras ciudades perdidas nunca se hubiera escrito este libro.

P. J. F.

NOTA

Aunque el Imperio de Khokarsa poseía un sistema de pesas y medidas muy completo, en la novela no se ha recogido, utilizándose uno de los que están actualmente en uso; a pesar de que tal convenio pueda suponer un leve anacronismo, agiliza, en cambio, la comprensión del texto.



Capítulo 1

Opar, la ciudad de granito macizo y piedras preciosas, se estremecía y se desdibujaba. Con la solidez que le daban sus grandes murallas de piedra, sus encumbradas y esbeltas torres, sus cúpulas doradas y sus ochocientos sesenta y siete años de existencia, osciló, se combó y se disolvió en la distancia. Y después desapareció como si nunca hubiera existido.

Hadon tragó saliva y se enjugó las lágrimas.

Su última visión de la gloriosa Opar había sido como un sueño que muriera en la mente de un dios. Tenía la esperanza de que no fuera un presagio funesto. Y esperaba que sus compañeros de contienda se sintieran igualmente afectados. Si él hubiera sido el único en llorar, podrían burlarse de él.

La chalupa había recorrido ya la curva del río y los árboles de la jungla habían pasado entre él y su ciudad natal. Todavía la veía en su mente, con sus torres como manos alzadas contra el cielo para evitar su caída. Las pequeñas figuras recortadas sobre el embarcadero de piedra —entre ellas las de su padre, su madre, su hermana y su hermano— habían ido menguando ante su vista, pero no en su cabeza. Eran ellos los que habían traído las lágrimas, no la ciudad.

¿Los volvería a ver alguna vez más?

Si perdía, entonces no. Si ganaba, podrían pasar años enteros antes de que los tuviera de nuevo entre sus brazos. Y podía suceder que su amada Opar nunca volviera a acogerle otra vez.

La había abandonado en dos ocasiones a lo largo de sus diecinueve años. Sus padres habían estado con él la primera vez. La segunda, había vivido con su tío, pero Opar no había estado lejos. Dirigió su mirada hacia los jóvenes que se hallaban junto a él. Ellos no le miraban y se sintió contento, porque las lágrimas también corrían por sus mejillas. Taro, su amigo, hacía muecas disimulando su embarazo. Hewako, semejante a un oscuro pedazo de piedra, le miraba ceñudamente. El no lloraba: las piedras no lloran. Era demasiado fuerte para llorar y quería que todo el mundo lo supiera. Pero, entonces, no tenía nada o a nadie por qué o por quién apenarse, pensó Hadon. Sintió lástima por él, aunque sabía que ese sentimiento no iba a durar mucho.

¡Menudo bruto, hosco y arrogante era Hewako!

Hadon miró a su alrededor. El río en ese punto alcanzaba una anchura aproximada de media milla y, marrón por el fango, corría como una balsa desde las montañas hasta el mar. El cauce, amurallado por la verde vegetación, se hundía por todos los lados menos por donde los bancos de fango se extendían bruscamente como dedos ensayando un nuevo avance de los árboles. Sobre esa orilla yacían indolentes, mostrando su amplia sonrisa, los cocodrilos sagrados, que se incorporaban sobre sus cortas patas al percatarse de la presencia de la nave guía y se deslizaban como el aceite en el agua marrón. Las cotorras y los monos gritaban a los botes desde la espesura. Un martín pescador azul, amarillo y rojo centelleó desde una rama, cayendo como una estrella alada. Se detuvo, barrió la superficie y se elevó con un pequeño pez plateado entre sus garras.

Los doce remeros gruñían al unísono con el chapoteo de las palas de madera y el golpe de bronce del gong del patrón. De poca estatura, rechonchos, gruesos de cuello, cejijuntos, primos hermanos de los hombres, primos segundos de los grandes simios, halaban y gruñían mientras el sudor enmarañaba sus velludos cuerpos. Entre los remeros, sobre la estrecha cubierta, se amontonaban cofres de lingotes de oro y de diamantes, cajas de pieles, estatuillas talladas de diosas, dioses, monstruos y animales, de hierbas medicinales de la selva lluviosa y montones de colmillos de marfil. Cinco soldados protegidos con armaduras de cuero lo guardaban con sus lanzas.

Por delante de la embarcación de Hadon iban seis naves que sólo llevaban remeros y soldados. Detrás de su nave venían veintitrés más, todas pesadamente cargadas de los preciosos productos de Opar. Tras ellas se movían seis embarcaciones que formaban la retaguardia. Hadon las observó unos instantes y luego empezó a caminar de delante a atrás, cinco pasos cada vez, a lo largo de la abigarrada cubierta de popa. Mantenerse en forma era vital. Su vida dependería de ello durante los Grandes Juegos. Hewako y Taro y los tres suplentes pronto le imitaron. Tres de ellos, en fila india, caminaban de delante a atrás y los demás hacían ejercicios de ataque. Hadon observaba con envidia los músculos, como serpientes pitón, de Hewako. Se decía que era el hombre más fuerte de todo Khokarsa, a excepción de Kwasin, por supuesto. Pero Kwasin estaba exiliado, vagando por alguna parte de las Tierras Occidentales con su enorme maza de roble reforzada de bronce sobre sus hombros. Si él hubiera sido uno de los contendientes, difícilmente ningún otro hubiera participado.

Hadon se preguntaba si él mismo se hubiera atrevido. Quizás sí. Quizás no. Pero aunque no tenía el cuerpo de un gorila, sí que tenía largas piernas y velocidad y resistencia y una destreza con la espada que incluso su padre alababa.

Y era la última prueba, la de la espada, la que decidía.

Pero, así y todo, su padre le había avisado:

—Eres muy bueno con el *tenu*, hijo mío —le había dicho—. Pero no eres un profesional, aún no, y un hombre con experiencia podría hacerte pedazos a pesar de tus largos brazos y de tu juventud. Por fortuna, serás superior contra jóvenes tan verdes como tú. Es irónico que haya muchos hombres que podrían superarte fácilmente con la espada, pero que son demasiado mayores para ganar en los otros juegos. Sin embargo, si algún viejo de veintiocho años decidiera intentar ir a luchar por el premio, podría conseguirlo por los pelos, y entonces ¡que Kho te ayude!

Su padre se había palpado el muñón de su brazo izquierdo, su rostro se había tornado severo y había añadido:

—Tú nunca has matado a un hombre, Hadon, y por eso tu verdadero temperamento aún no ha aflorado. A veces, la peor espada puede derrotar al mejor, si tiene el corazón de un verdadero asesino. ¿Qué sucederá si tú y Taro sois los finalistas? Taro es tu mejor amigo. ¿Podrás matarle?

—No lo sé —había contentado Hadon.

—Entonces no deberías estar en los Juegos —había dicho su padre—. Y ahí está Hewako. Guárdate de él. Sabe que tú eres mejor que él con el *tenu*. Tratará de romperte el espino antes de la prueba final.

—Pero los combates de lucha no son a muerte —había dicho Hadon.

—Ocurren accidentes —había contentado su padre—. Hewako te habría roto el cuello durante las eliminatorias si la juez no hubiera estado atenta. Yo le advertí a ella pues, aunque ahora sólo soy un humilde barrendero del templo, antes fui *numatenu*, y ella me escuchó.

Hadon se había estremecido. Le dolía oír a su padre hablar de los viejos tiempos, de cuando tenía dos brazos que podían empuñar una espada de hoja ancha de manera más diestra que nadie en Opar. Una espada facinerosa, blandida a traición, había segado el brazo de su padre por encima del codo durante aquella lucha en los oscuros túneles de la parte baja de Opar. El rey había muerto en aquella tenebrosa lucha y un nuevo rey había ascendido al trono.

Y el nuevo rey tenía odio a Kumin y, en lugar de jubilarle honorablemente con una pensión, le había destituido. Muchos *numatenu* se habrían suicidado en su lugar. Pero Kumin había decidido que él debía más a su familia que al, en cierto modo, nebuloso código de los *numatenu*. No los abandonaría a la pobreza y a la dudosa caridad de los parientes de su esposa. Así que se había convertido en barrendero, y esto, aunque fuese un puesto muy bajo, le puso bajo la especial protección de la propia Kho. Al nuevo rey, Gamori, le habría gustado expulsar a Kumin y a su familia a la jungla, pero su esposa, la Sacerdotisa Mayor, no lo consintió.

Kumin había enviado a Hadon a vivir con su hermano, Phimeth, durante varios años. Esto era para dar a Hadon una oportunidad de aprender el arte de la espada bajo

la tutela del esgrimista de *tenu* más grande que había en Opar, su tío. Fue en las oscuras cuevas en las que su tío vivía en el exilio donde Hadon había conocido a su primo, Kwasin, hijo de Wimake, la hermana de Phimeth y de Kumin. Wimake había muerto de una picadura de serpiente unos años atrás, y así Hadon había vivido durante cuatro años sin una madre o una tía o cualquier mujer de la forma que fuera. Había sido un tiempo de soledad en muchos sentidos, aunque delicioso en otros. A no ser por Kwasin, que con frecuencia había llenado de tristeza a Hadon.

Justo antes de que el Dios Flamígero, Resu, desapareciera detrás de los árboles, las lanchas se amarraron a los muelles, que habían sido construidos varios cientos de años atrás, para la obligada detención nocturna. La mitad de los soldados ocuparon sus puestos detrás de las murallas de piedra que lo encerraban todo, menos la orilla del río correspondiente a los muelles. Los otros soldados encendieron fuegos para prepararse la cena, para ellos, los oficiales y los miembros del equipo de competición. Los remeros hicieron sus fuegos en ciertos rincones de las murallas. Sacrificaron un magnífico verraco y un gran pato y arrojaron al fuego las mejores porciones, en ofrenda a Kho, a Resu y a Tesemines, diosa de la noche. Las patas del cerdo y los restos del pato fueron arrojados a las aguas para aplacar al dios menor del río.

La rápida corriente arrastró los despojos en medio de las sombras del crepúsculo. Flotaron hasta la curva, donde las sombras caían de las ramas de los árboles. De repente las aguas se movieron y desaparecieron bajo la superficies.

Uno de los remeros murmuró:

—Kasukwa se los ha llevado.

Hadon sintió una fría comezón en la piel, aunque se dio cuenta de que habían sido los cocodrilos, y no el dios, los que habían capturado el sacrificio. Él, como la mayoría de los demás, se tocó rápidamente la frente con las yemas de sus tres dedos más largos y luego describió con ellas un círculo que fue recorriéndole los riñones y terminó en la frente. Unos cuantos hombres canosos de entre los oficiales y los remeros hicieron la vieja señal de Kho, tocándose la frente primero con las yemas de los tres dedos, luego la parte derecha del pecho, los genitales, la parte izquierda del pecho, la frente de nuevo, para terminar en el ombligo.

Pronto el aire se espesó con el humo y el aroma que despedían el cerdo y el pato al guisarse. La mayor parte del grupo pertenecía al Tótem de la Hormiga, pero unos cuantos eran miembros del Tótem del Cerdo, y de ahí que les estuviera prohibido comer carne de ese animal, salvo en un determinado día del año. Ellos cenaron pato, huevos hervidos y trozos de cecina de buey. Hadon comió frugalmente cerdo, pan de mijo, queso de cabra, las dulces y rojas bayas *mowometh* y uvas pasas. Rechazó la cerveza de sorgo, no porque no le gustara, sino porque le haría acumular grasas y reduciría su capacidad respiratoria.

Aunque el humo caía sobre ellos en el aire tranquilo, y les hacía toser y enrojecía

sus ojos, no se quejaban. El humo ayudaría a alejar a los mosquitos, los pequeños y malvados hijos de Tesemines, que ahora salían en enjambre desde el bosque. Hadon se aplicó un aceite repelente por todo el cuerpo y esperó que junto con el humo le proporcionaría un buen descanso nocturno. Al llegar la aurora se untaría con otra sustancia repelente para las moscas que atacarían en cuanto el sol hubiera templado el aire.

Acababa Hadon de terminar de comer cuando Taro le tiró del brazo y señaló río abajo. Aún no había salido la luna, pero pudo ver un gran cuerpo oscuro en la otra orilla del río. Sin duda alguna se trataba de un leopardo que había acudido a beber antes de cazar.

—Quizás deberíamos haber ofrecido también sacrificios a Khukhaqo —dijo Taro. Hadon sonrió burlescamente y dijo:

—Si ofreciéramos sacrificios a todas las deidades y espíritus que tuvieran posibilidades de hacernos daño, no tendríamos sitio suficiente en las barcas para todos los animales que iríamos a necesitar.

Luego, viendo a la luz del fuego la expresión ofendida de Taro, sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Hay buen sentido en lo que dices. Pero yo no me atrevería a sugerir a la sacerdotisa que hiciéramos ofrendas a la diosa leopardo. Ella no tomaría a bien que metiésemos las narices en sus asuntos.

Taro estuvo acertado. Más tarde, durante la noche,

Hadon fue sacudido por un grito en mitad de un agitado sueño. Se incorporó, agarró su espada de hoja ancha y comenzó a escudriñar desconcertadamente a su alrededor. Vio un cuerpo negro y amarillo que saltaba sobre la muralla y que se llevaba a un remero que daba alaridos entre sus fauces. Y luego, los dos desaparecieron. Era inútil y peligroso perseguir al leopardo. El capitán de los guardias organizó un alboroto con los centinelas, pero todo aquello era únicamente para aliviar su propio miedo y su enojo.

De cualquier manera, la diosa leopardo había sido ofendida, y por eso todos se aprestaron a aplacarla. Klyhy, la sacerdotisa, sacrificó un cerdo a Khukhaqo. Aquello no devolvería la vida al pobre remero, pero podía evitar que otro leopardo atacase. Y la sangre del cerdo vertida en un cuenco de bronce aplacaría con toda seguridad al espíritu del remero y evitaría que merodease esa noche por el campamento. Hadon así lo esperaba, pero no se volvió a dormir. Ni tampoco los demás, a excepción de los remeros. Las fatigas del día aseguraban que no había casi nada que les pudiera mantener desiertos por mucho tiempo.

Al amanecer, la sacerdotisa de Kho y el sacerdote de Resu se despojaron de los vestidos y tomaron su baño ritual en el río. Los soldados vigilaban la aparición de los cocodrilos, mientras el resto del grupo se bañaba siguiendo un orden de edades.

Tomaron un desayuno consistente en sopa de quimbombó, carne seca de buey, huevos de pato cocidos y pan de mijo sin levadura. Después se dirigieron de nuevo al río. Cuatro días más tarde, mediada ya la mañana, oyeron el estruendo sordo de la catarata. Una milla antes de llegar, atracaron las embarcaciones, desembarcaron la carga y reanudaron lentamente su viaje por el camino, que se hallaba empedrado con enormes bloques de granito. A lo largo de él la vegetación iba siendo cortada a intervalos regulares por los guardabosques de la jungla. Después se curvaba, alejándose de la catarata, para terminar luego al borde de los acantilados. Aquí la expedición siguió un estrecho camino, empinado y sinuoso, cortado en la cara de la montaña. Los soldados precedían a la caravana y la guardaban por detrás. Los remeros jadeaban y resoplaban llevando las cajas, los cofres y los colmillos. Los pastores iban detrás, llamando o aguijoneando con palos puntiagudos a sus chillonas cargas. Los patos graznaban en las jaulas que los remeros llevaban sobre sus hombros. La cotorra sagrada que viajaba posada sobre el hombro de la sacerdotisa gritaba y parloteaba, y el mono sagrado, encaramado en el hombro del sacerdote, lanzaba estridentes insultos hacia invisibles enemigos en la jungla.

Con todo aquel ruido, pensaba Hadon, se les podría oír en un radio de varias millas. Si los piratas Kawaru estuvieran esperando allá abajo, en la densa selva, estarían recibiendo muchísimas señales de aviso de su presencia. No es que existieran muchas posibilidades de una emboscada. Una escolta de soldados del fuerte se encontraría al pie de las montañas. Pero se había sabido que los Kawaru habían logrado pasar por allí inadvertidos.

Al poco rato, los juramentos del sacerdote contribuyeron a aumentar el barullo. El mono había aliviado su vientre sobre el hombro del dignatario. Nadie, a excepción de la sacerdotisa, se atrevía a reír, aunque no podían evitar unas cómicas muecas en sus rostros tratando de contener la risa. Cuando el sacerdote les vio en tan comprometida situación, lanzó nuevos juramentos. Un soldado trajo una jarra de agua y limpió toda la causa del jaleo con un paño de lino. Al cabo de un rato el sacerdote también se reía, pero el mono hizo el resto del camino sobre el hombro de un remero.

Al anochecer entraron en un área despejada al pie de la catarata. En ella les esperaban cincuenta soldados. El grupo se bañó en el estruendo y en la frescura de las aguas, ofreció sacrificios y comió. Al amanecer ya estaban levantados y dos horas más tarde embarcaban la carga en las chalupas. Aún tenían por delante un viaje de tres días. Esto, por sí solo, ya hubiera sido bastante tenso. Pero el tonto de un remero incrementó su nerviosismo. Declaró que en su último viaje había llegado a ver al dios del río por un instantes.

—¡Era Kasukwa en persona! Le vi justo en el momento en que Resu se iba a dormir. Surgió de las aguas, un ser monstruoso cuatro veces mayor que el mayor de los hipopótamos macho que hayáis podido ver en toda vuestra vida. Su piel era tan

gruesa y parda como la de un hipopótamo, aunque era como verrugosa. Las verrugas eran tan negras y tan grandes como mi cabeza y cada una de ellas tenía tres ojos y una boca diminuta llena de dientes tan afilados como los de un cocodrilo. Tenía brazos largos como los de un hombre, pero donde deberían estar las manos, había cabezas de cerdo de río con ojos rojos que llameaban. Me miró fijamente durante unos instantes y mis tripas todavía se me convierten en sopa de quimbombó cuando pienso en su cara. Era como la de un hipopótamo, excepto que más peluda. Y tenía únicamente un gran ojo verde y espumoso en el centro de la frente. Y sus dientes eran muchos y como puntas de lanza. Y luego, mientras yo imploraba a Kho y también a G'xsghaba'ghdi, la diosa de nuestros antepasados, y pensaba que me iba a desmayar, aquel ser se hundió lentamente de nuevo en el río.

Los demás remeros gruñeron afirmativamente, aunque ninguno hubiera visto a Kasukwa.

—Sacrificaremos un cerdo especialmente hermoso en su honor esta noche —dijo Klyhy—. Incluso aunque, como a mí me parece probable, tu visión hubiera sido inspirada por la cerveza.

—¡Que Kho me deje muerto aquí ahora mismo si estoy mintiendo! —gritó el remero.

Los que se hallaban junto a él dieron un salto atrás, unos mirando hacia arriba y otros hacia abajo, ya que Kho puede castigar desde la tierra o desde el cielo. Nada sucedió y todo el mundo respiró aliviado. Hadon sugirió al capitán que debía decir al remero que cerrara la boca antes de que a todo el grupo le invadiera el pánico. El capitán dijo que le ofendían los jóvenes que daban consejos, incluso aunque fueran a ser héroes. A pesar de todo, habló ásperamente al remero.

El siniestro y horrible Kasukwa no se dejó ver durante el viaje hacia el mar, aunque inquietó el sueño de muchos y los remeros se ponían pálidos cada vez que un hipopótamo surgía en la superficie cerca de sus barcas. Avanzada ya la tarde del tercer día, al doblar un recodo del río, allí, detrás de la amplia desembocadura, se encontraba el mar, el Kemuwopar.

En la orilla norte estaban los muelles y las grandes galeras y almacenes, los edificios de los tótems, las casas y el fuerte de piedra. Los patrones elevaron el ritmo de sus golpes sobre los gongs de bronce. Los remeros, aunque cansados, tensaban los rostros, enseñando sus dientes, gruesos como adoquines, y acaparaban fuerzas en sus macizos y peludos brazos para el tramo final. Durante algún tiempo estarían a salvo de Kawuru, la diosa leopardo, y del dios del río. Y esa noche habría una fiesta en su salón del tótem, seguida de un sueño empapado de cervezas.

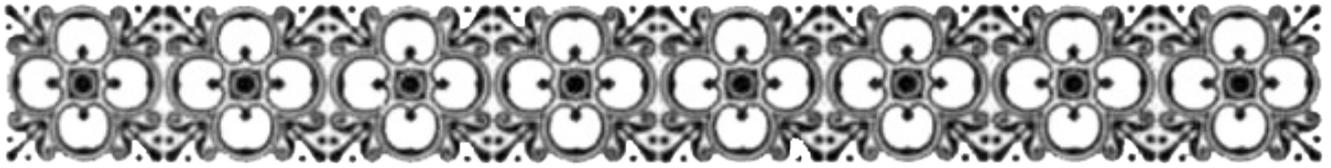
Pero no para Hadon. Llenarse la tripa de comida y cerveza no era asunto para un joven que debía mantenerse ligero y ágil para los Grandes Juegos. Sin embargo, Klyhy había prometido recibirle esa noche en el pequeño templo de Kho situado

junto al fuerte. Ella era diez años mayor que él y una bella mujer, si uno podía pasar por alto los inicios de una cierta barriga producto de la cerveza y un cierto flojear en sus grandes pechos. Y Hadon podía. Además, era un gran honor ser aceptado por una sacerdotisa.

Y si a su hermana, la sacerdotisa que iba con ellos, le gustaban sus compañeros, ellos tampoco dormirían demasiado esa noches.

A Hewako no le gustaba todo aquello. Había albergado la esperanza de que Klyhy le hubiera tomado entre sus oscuros y bronceados brazos y que aquellos grandes ojos grises hubieran ardido de amor por él. Cuando oyó que Klyhy decía que sí a Hadon, frunció el ceño y flexionó sus imponentes bíceps. No se atrevió a decir nada mientras Klyhy estuviera al alcance de sus palabras. Hadon le había sonreído burlescamente, pero el pensamiento del largo viaje por mar que aún tenían por delante no le resultó demasiado agradable. Aunque Hadon tenía un temperamento afable, los sarcasmos de Hewako estaban haciéndolo desaparecer.





Capítulo 2

Tanto si Hadon ganaba los juegos como si los perdía, sería un héroe. Sin embargo, si perdía, sería un héroe muerto, enterrado en un túmulo de tierra bajo un alto y puntiagudo monolito de mármol. Los que por allí pasaran le rezarían y verterían hidromel o vino sobre la tierra. Mucho bien le haría eso. Y cuando consideraba que tendría que competir con los jóvenes más fuertes y más rápidos del Imperio, sentía que su confianza se doblaba y se sacudía como un junco contra el viento. Tenía una fuerte personalidad, pues de otra forma nunca hubiera podido llegar a ser un participante de los Juegos. Pero sólo un egoísta y un fatuo sería capaz de dar por sentado que podía ir tumbando a los demás participantes como el labrador va tumbando el mijo con su guadaña.

A pesar de todo, esa mañana, el espejo de bronce, tan alto como el techo, le había devuelto la imagen de un hombre con todo el aspecto de un héroe. Incluso aunque él se lo estuviera diciendo a sí mismo. Con casi seis pies y dos pulgadas de estatura, era el hombre más alto de Opar. Eso se lo debía a sus antepasados Klemsaasa y, sin duda, a los dioses que podían contarse entre sus antepasados. Aunque, ahora que pensaba en ello, había pocos hombres de entre las clases altas de Opar, o en el propio Imperio, que no pudieran aducir que tenían entre uno y veinte dioses como antepasados. Todas sus antepasadas habían residido, como era su sagrado deber, en la casa de algún dios durante un mes, como prostitutas del templo. Aunque en teoría tuvieran que aceptar a cualquier adorador masculino, en la práctica ellas se habían asegurado de que sólo un rey, un héroe, un gran mercader o soldado, o un *numatenu* fuera admitido a su cubículo. Los hijos de estas uniones, si los había, eran supuestamente engendrados por el dios particular del templo. Hadon podía recitar los nombres de doce dioses, sin mencionar tres docenas o más de dioses menores, que habían sido muchas veces sus antepasados. Es decir, en teoría. Poca gente educada creía que la concepción se debía a la propia intervención de la divina Kho. Todo el mundo admitía, a excepción de los conservadores más recalcitrantes, que el propio macho humano era el responsable del embarazo. Pero, en teoría, esto no suponía una gran diferencia. El cuerpo del hombre era suplantado por el del dios del templo durante el sagrado apareamiento y el hijo

era del dios, no del hombre. El hombre era un mero recipientes.

Hadon no era un hijo del templo. Su hermano mayor, el primer hijo de su madre, había sido engendrado por el gran Resu en persona. Pero Resu no le había favorecido. Había muerto a los tres años a consecuencia de unas fiebres, el primero de siete hermanos y hermanas que se habían ido de niños a los brazos de Sisiken, la siniestra soberana del mundo de las sombras.

El cabello rizado y bronceado de Hadon indicaba que el Dios Flamígero era su abuelo. Sus grandes ojos color avellana señalaban que era de la estirpe Klemsaasa. Al menos eso se suponía, aunque él había observado que muchos de la vieja estirpe Khoklem tenían los ojos de color avellana o incluso azules o grises. Sus facciones, que él inmodestamente admitía que eran excepcionalmente atractivas, eran las propias del pueblo que había descendido de las montañas Saasares ochocientos sesenta y cuatro años atrás y tomado la ciudad de Khokarsa. Su frente era elevada y estrecha, aunque sobresaliente en los ángulos. Tenía las orejas pequeñas, pegadas a la cabeza y ligeramente puntiagudas en sus extremos. Un prominente arco supraorbital se veía poblado por gruesas cejas que casi se juntaban en el centro. La nariz, aunque recta, no era tan larga como la de la mayoría de los que se suponía que descendían de los Klemsaasa. Daba lo mismo, puesto que muchos también tenían narices ganchudas. Y las fosas nasales de Hadon eran más anchas que las de los Klemsaasa. Sin duda esto se debía a su ascendencia Khoklem. Por lo tanto, nadie era de raza pura, por mucho que los Klemsaasa negaran estar mezclados con los aborígenes de pelo liso, más bajos, de color más oscuro, de cuerpo más pesado y de nariz más chata que ellos.

Para completar la lista de rasgos agradables, Hadon tenía un labio superior breve, labios carnosos pero no gruesos y una mandíbula fuerte y marcadamente partida.

Su cuerpo era, se decía él en los momentos más críticos, demasiado delgado. Así y todo, sus hombros eran anchos y fuertes. Tenía el físico del corredor de fondo, si bien nunca había sido derrotado en carreras de tipo más corto. Poseía unas piernas extraordinariamente largas, lo mismo que los brazos. Las primeras le daban velocidad y los segundos eran de una gran ventaja en el arte de la espada. En realidad, eran tan largos que en más de una ocasión se le había acusado de tener a un gran simio por abuelo. Hadon pensaba en las numerosas peleas que había tenido que sostener de niño por causa de este insulto y las muchas más causadas por las mofas de sus compañeros de juegos infantiles por el brazo que le faltaba a su padre y su baja categoría social. Pero muchos de los que entonces se habían burlado le envidiaban y admiraban ahora. Sólo Hewako, de entre todos ellos, había logrado convertirse en participante de Opar en los Juegos. Hewako aún seguía haciendo comentarios sobre hombres de largos brazos con antepasados monos y sobre suelos que necesitaban barrerse. Pero siempre miraba en otra dirección, y no a Hadon, cuando decía esto. Y

nunca mencionó nombres. Así que Hadon había decidido hacer caso omiso de él hasta que llegaran los Juegos. Entonces conseguiría su venganza. Pero Hadon prefería no pensar en esa posibilidad.

Se peinó y cepilló el pelo, que le llegaba a los hombros y se afeitó con una de las navajas de hierro recientemente introducidas. Una hora después, llevando únicamente un taparrabos y un rosario de cuentas de electro, se encontraba corriendo por la carretera de tierra que discurría paralelamente a la línea de la costa a lo largo de muchas millas. Tras él corrían Taro y los tres suplentes. Pasaron por muchas granjas donde se cultivaba el mijo y el sorgo y en las que se criaban numerosos cerdos y cabras. Los granjeros y sus mujeres, ataviados únicamente con sombreros cónicos de paja y taparrabos de pieles de animales, dejaban los trabajos y enderezaban sus cuerpos para verlos pasar. Al ver la pluma de halcón teñida de rojo sujeta a los cabellos sobre la oreja derecha de cada uno, la marca de los participantes en los Grandes Juegos, los granjeros hacían una reverencia.

Hadon se sintió bien de nuevo. Sus piernas iban adquiriendo la soltura que necesitaban y su capacidad respiratoria no era tan débil como había supuesto que sería después de tan largo viaje. No se sentía tan fuerte como le hubiera gustado, pero ocurría que Klyhy no le había dejado dormir hasta que faltaba sólo una hora para el amanecer. Y no es que le importaran.

Cuando los cuatro, sudando y resoplando, regresaron a los muelles, vieron a Hewako realizando ejercicios de pesas. El les miró ceñudamente y no quiso unirse a ellos en los ejercicios de lanzamiento de jabalina o de tiro con honda. En lugar de eso, se marchó corriendo a realizar sus carreras en solitario. Hadon gritó tras él:

—¡Sería mejor que las hijas de los granjeros tuvieran cuidado! —pero Hewako hizo como que no le oía. Hadon se estaba refiriendo al rechazo que había sufrido Hewako por parte de una sacerdotisa. Cuando él la había casi arañado con una mano demasiado apasionada, ella le echó a puntapiés. Literalmente. Quizás entonces se había ido al edificio del tótem de los remeros, el Gokako. Ellos practicaban el matrimonio en grupo y era liberales con sus mujeres, quienes no estaban por encima del hecho de pedir dinero por el uso de sus cuerpos. Pero hubiera sido socialmente degradante para Hewako haberse unido a ellos. Y si sucedía que algún Gokako borracho se encontrase de mal humor, el asunto podía resultar peligroso. Una vez que Hewako entrara en el edificio, dejaría tras de sí cualquier tipo de protección que le brindara la ley. Si un Gokako le clavaba un cuchillo, allí terminaría todo. Y aparte de eso, muy apurado debería encontrarse un hombre para acostarse con una de aquellas mujeres bajas, rechonchas y feas.

Los otros rieron ante el comentario de Hadon y reanudaron sus ejercicios. Terminaron con un combate con espadas de madera, para el que se equiparon con cascos, corazas, guantes y guardabrazos de cuero. Hadon venció a todos, aunque

recibió un golpe sucio de Taro en el antebrazo. Taro era casi tan alto como Hadon, y más musculoso. Y era, reflexionaba Hadon, un espléndido acróbata y un gran lanzador de jabalina que siempre le vencía en el ejercicio de tirar al blanco. El podría mantenerse aún en los juegos mientras Hadon yacía en una losa de granito.

Le entristecía el solo pensamiento de que pudiera suceder que ambos tuvieran que intentar matarse entre ellos. Eran amigos de toda la vida, pero pronto estarían tratando de derramar la sangre del otro. Todo por la gloria de ser el esposo de la reina de Khokarsa.

Pasaron tres días más. Las cargas habían sido ya embarcadas durante la mañana del segundo día, pero el capitán de los buques mercantes quería esperar hasta el día siguiente. Y ese día había amanecido: un día afortunado, el primer día marítimo del mes de Piqabes, la diosa del mar, en el año de la Cotorra Verde. No había día más propicio para el inicio de un viaje por mar, a no ser que aconteciera en el Año del Águila Pescadora. Pero eso no ocurriría hasta siete años más tardes.

El día se presentó luminoso y despejado. El viento soplaba del suroeste y las olas no eran altas. Se habían hecho ya los sacrificios, una garza voló sobre los barcos viniendo desde la derecha (magnífico presagio) y todo el mundo subió a bordo con un humor excelente. Un marinero borracho se cayó desde una pasarela y tuvo que ser rescatado, pero la sacerdotisa de la flota, Simari, dijo que aquello no era un mal augurio.

En tierra, la banda militar tocaba una canción en honor de Piqabes. Sus tambores, flautas, arpas, xilófonos, marimbas y gongs retumbaban, silbaban, vibraban, tintineaban, repiqueteaban y resonaban en medio de una gran similitud de ritmo y melodía. Simari, la última en subir a bordo, daba vueltas y más vueltas, haciendo girar una atronadora bramadera sujeta al final de un cordel. Era una mujer alta y gruesa y llevaba puesta una máscara representando una cabeza de pez y, sobre su pubis, la cola disecada de un pez. En uno de sus grandes pechos había pintada una tortuga gigante de mar y en el otro una nutria marina. Un cocodrilo y un hipopótamo resaltaban pintados encima y debajo del ombligo, respectivamente, y éste se inscribía en un círculo azul. Hadon y Taro movían sus manos en señal de despedida hacia Klyhy y la amante de Taro, la bella Rigo. Se retiraron las pasarelas y los remeros hundieron sus remos en las aguas poco profundas y comenzaron a bogar. Simari, jadeando bajo la máscara, se fue a la proa del barco, justo encima del enorme carnero de bronce, y cantó mientras vertía en el mar una libación del mejor vino de las Saasares. El capitán, Bhaseko, invitó a la sacerdotisa, al primer oficial y a los futuros héroes a tomar una copa de vino en el castillo de popa. Hadon no podía rechazar la invitación, pero sólo bebió una copa. Sus compañeros no se sintieron tan reprimidos.

Hadon sintió calor dentro de su yelmo y su coraza de bronce, pero al poco rato el viento se hizo más fuerte y se sintió aliviado. El capitán comenzó a vociferar órdenes.

Fue enarbolada la gran vela púrpura en el único mástil, colocado cerca de la proa. Simari se metió en su camarote, situado frente al del capitán, en el puente de popa, para cambiarse de ropa y quitarse la pintura. Los demás bajaron a la cubierta principal y se dirigieron al puente de proa, donde se hallaba el camarote donde se iban a alojar. El techo estaba a solo dos pies de la cubierta y tenían que bajar hacia una pequeña cámara con literas. Las portillas solían estar abiertas, a no ser en tiempo de tormenta o si hacía frío, y ahora estaban cerradas con pesadas contraventanas de madera.

Hadon colocó su armadura y su espada de *numatenu* y un pequeño cofre con sus pertenencias personales bajo la litera. Desde el piso inferior subían los gruñidos y chillidos de los cerdos y los balidos de las cabras. El olor que se elevaba desde los corrales era algo que tendría que soportar durante bastante tiempo.

Volvió a cubierta con Taro, cuyo rostro encendido por el vino se había vuelto casi tan rojo como su cabello. Para entonces la flota ya estaba en formación. Los barcos mercantes, las birremes y las monorremes formaban una V en el centro. Por delante iban dos monorremes, con una birreme a cada lado y, detrás, dos monorremes. El estandarte con la cabeza del águila pescadora de la marina de Khokarsa ondeaba en el mástil de cada uno de los barcos de escolta. El gong del patrón resonaba, los remos entraban pesadamente en el mar y salían chorreando, los remeros gruñían y sudaban y apestaban a olor personal y a cerveza de mijo, los oficiales gritaban sus órdenes, los animales chillaban y balaban, el águila pescadora de la sacerdotisa gritaba desde arriba, posada en el mástil principal, las verdes aguas ondulaban sobre las fangosas playas una milla más allá y todos se encontraban a gusto en el viajes.

El barco, el *Semsin*, era un buque largo y estrecho con dos hileras de remeros. La cubierta principal iba desde el castillo de popa al de proa y ambos se hallaban a seis pies por encima de aquella. A lo largo de ambos lados de la cubierta principal había espacios abiertos. Las cabezas de los remeros se encontraban justo al nivel de cubierta. Cada hilera tenía doce remos a cada lado, con dos remeros por remo. La hilera inferior se encontraba tan cerca de la superior que los remeros de arriba podían tocar las cabezas de los de abajo con los pies si querían. Debajo de la hilera inferior estaba la bodega donde se transportaba la carga, los suministros y los animales. En la bodega también estaba el compartimento de los enfermos y una habitación donde se cuidaba a los heridos en batalla.

La galera llevaba dos catapultas, una en cada uno de los puentes más altos.

El *Semsin* era gobernado por un timón, que se acababa de inventar recientemente. Dos fornidos marineros servían la rueda del timón.

Los marinos, remeros y soldados de marina dormían sobre la cubierta o en la bodegas.

La cámara del primer oficial del barco se hallaba delante del camarote que

compartían los participantes en los Juegos. La cocina estaba cerca del camarote de la sacerdotisa en la cubierta de popa. Aunque tenía una salida de aireación, el humo del fogón de piedra invadía con frecuencia los camarotes de la sacerdotisa y del capitán, a no ser que el viento fuera favorable.

Hadon había realizado un viaje anteriormente, cuando sus padres se habían ido a Khokarsa a vivir durante dos años, y no sentía ninguna impaciencia por aquel viajes.

Cinco días después, dejaban atrás unos abruptos y escarpados acantilados. Hacia la parte central y a media altura de uno de ellos se veía un enorme agujero negro, la entrada de las cuevas en las que Hadon y su primo Kwasin habían vivido con su tío Phimeth. Hadon compró y sacrificó un cerdo pequeño y rezó para que el espíritu de su tío hallara agradable la sangre.

Los días y las noches transcurrían de la forma mejor que se podía en aquellas condiciones. Aburrido y deseoso de hacer más ejercicio, Hadon pidió permiso al capitán para ayudar a remar. El capitán contestó que sería socialmente degradante. Hadon dijo que sus compañeros compartirían el remo con él. No se pondría a trabajar junto a un individuo corriente. Además, lo harían por ejercicio, no por dinero, lo que excluía aquella actividad de la categoría del trabajo manual.

Los otros no estaban entusiasmados con la labor, pero Hadon les explicó que si no remaban, se podrían encontrar en un estado muy bajo cuando llegaran a su destino. Tras la primera media hora de remo, Hadon deseaba que jamás se le hubiera ocurrido semejante idea. Las palmas de sus manos se hallaban en carne viva por la fricción del remo y estaba seguro de que se le iba a partir la espalda. Por otro lado, ahora sabía que no se encontraba en unas condiciones tan excelentes como había pensado. Apretó los dientes y remó, mirando fijamente a la ancha, peluda y sudorosa espalda y al cuello de toro de Hewako, que accionaba el remo delante de él. Hewako era el hombre más fornido que Hadon había visto en su vida, pero evidentemente se estaba lesionando. Hewako juró durante cinco minutos y luego se calló para no hacerse daño en los pulmones. Hadon enseñaba los dientes en medio de su dolor y su cansancio y juraba que no abandonaría antes que Hewako. Y tuvo que hacerlo, pero sólo porque sus manos, entumecidas ya, no podían agarrar más el remo. Hewako cayó unos tres minutos después.

Los remeros, todos ellos individuos groseros y descorteses, se reían de los jóvenes. Preguntaban si aquella era la clase de héroes que se mandaba a los Juegos hoy en día. Porque, en los viejos tiempos... Demasiado exhausto incluso para sentir vergüenza, Hadon se fue tambaleándose hacia su litera. Por primera vez, el alboroto de las bestias de abajo no le impidió dormir.

Al día siguiente, Hadon había vuelto al remo, si bien era cierto que nunca había odiado tanto hacer algo como aquello. Para cuando avistaron la roja ciudad de Sakawuru, en la cima de los blancos acantilados, ya era capaz de remar dos horas de

un tirón, y tres veces al día. Se le estaba formando un grueso callo en las manos y su pecho y brazos parecían haber aumentado una pulgada. Le preocupaba que aquel tipo de trabajo pudiera alterar su habilidad con la espada, pero tenía que hacer ejercicio. Además, si abandonaba, podría servir de burla a los remeros.

En la ciudad de granito rojo que era Sakawuru, los barcos se aprovisionaron y la tripulación recibió cuatro días de libertad. Hadon empleó el tiempo en hacer turismo o en correr por los caminos de tierra de las afueras de la ciudad. Se sintió tentado de beber la fría cerveza del edificio del Tótem de la Hormiga, pero decidió no hacerlo. Hewako, al parecer, cayó presa de su gran sed. Hadon le vio salir una vez tambaleándose del edificio del Totem del Leopardo.

La flota zarpó de nuevo. Los vigías, en lo alto de sus torres, se mantenían todavía alertas a causa de los piratas, aunque las posibilidades de encontrarse con ellos eran menores que en las aguas que acababan de dejar. Se detuvieron en la ciudad de Wentisuh durante un día, para desembarcar a dos marineros enfermos y contratar a quienes les suplieran. Hadon no había estado nunca en Wentisuh, así que él y Taro se dedicaron a vagar por sus estrechas y retorcidas calles, escuchando la exótica lengua de los granjeros en los mercados y la de los ciudadanos corrientes. Hadon era un lingüista soberbio y en Opar se había tomado la molestia de adquirir cierta fluidez en siwudawano gracias a la familia de un mercader de Wentisuh. Eran estas unas gentes extrañas, ruidosos y dicharacheros para con ellos mismos, severos y silenciosos cuando se encontraban delante de extraños. Su piel era de un color pardo amarillento. Tenían el cabello fuerte, liso y negro. La nariz era larga, delgada y ganchuda y muchos presentaban un ligero pliegue epidérmico en el extremo interior de sus ojos. Y aunque rendían culto a Kho y a Resu, tenían muchas deidades indígenas, la más prominente de las cuales era Siwudawa, un andrógino con cabeza de cotorra.

La flota zarpó de Wentisuh y navegó en línea recta hacia la ciudad de Kethna. El viento cambió de dirección entonces y arriaron las velas. Las nubes, las primeras de la temporada de lluvias, cubrieron el rostro de Resu; el mar comenzó a picarse; los remeros tenían que realizar el doble de esfuerzo para mantener la misma velocidad; y se cambiaron los turnos en relevos de una hora. Y entonces comenzó a llover. Simari sacrificó otro cerdo a Piqabes. La tormenta, que duró un día y una noche, fue como un infierno para Hadon. Se mareó y pasó la mayor parte del tiempo en la barandilla, arrojando al mar el cerdo que había comido aquella mañana. Hewako daba alaridos de alegría ante aquella visión, pero al cabo de media hora se colgaba también de la barandilla al lado de Hadon.

Hadon se había recobrado para cuando apareció Kethna, pero juró que jamás consideraría la Marina como una carrera para él. Kethna era una ciudad de altas murallas de piedra blanca y torres y cúpulas negras, situada en lo alto de un acantilado, a quinientos pies de altura sobre su puerto. Kethna estaba a cincuenta

millas del Estrecho de Keth, donde mantenía una gran flota. Sus gobernantes pagaban tributo a Khokarsa, pero administraban los asuntos marítimos locales sin ningún miramiento. Cada barco mercante que pasaba por el estrecho debía pagar un alto impuesto por este privilegio. Y los oficiales de Kethna ni siquiera se preocupaban de ocultar su arrogancia: trataban a la flota de Khokarsa como si procediera de una provincia conquistada.

—Si nuestro rey dejara de ocuparse tanto en la construcción de la gran torre —decía el capitán— y prestase más atención a los negocios, les enseñaría una maldita lección a los de Kethna. Hace falta que alguien les baje los humos de la peor forma posible. No tiene ningún sentido que Kethna mande tributo a Minruth con una mano y se lo quite con la otra. ¿Por qué tenemos que pagar impuestos a estas hienas?

«¿Y por qué?», pensó Hadon. Pero el joven tenía asuntos más importantes que considerar. Las veladas pullas de Hewako y sus solapados trucos estaban a punto de conseguir que Hadon estallara. Había pensado incluso quejarse a la sacerdotisa, para que ésta impusiera una sanción de silencio entre él y Hewako. Sin embargo, pensó que no sería muy varonil, aun siendo la salida más racional. No podía retar a Hewako a un duelo, porque estaba prohibido luchar entre los participantes de los Grandes Juegos. Era esta una regla sabia, ya que en los viejos tiempo muchos contendientes habían provocado peleas para eliminar competidores antes del comienzo de los Juegos. Incluso si la regla no hubiera existido, el desafiado tenía el derecho a elegir las armas y Hewako no era tan tonto para escoger las espadas. El querría una batalla a mano desnuda y Hadon sabía que ahí perdería. Naturalmente que podría luchar así con Hewako en los Juegos, pero sólo sería para conseguir puntos.

Y así las cosas, la víspera del día en que tenían que llegar al estrecho, Hadon se despertó y se encontró embadurnado de excrementos de cerdo. Se quedó quieto, en silencio, conteniendo su furia, comenzó a pensar y salió del camarote para echar un cubo al mar y lavarse la porquería. Al volver, miró a Hewako. Aquel tipo con el aspecto de un hipopótamo parecía dormir. Estaba claro que roncaba, pero Hadon creyó que estaba sólo fingiendo, que se estaba riendo por dentro. Tuvo que hacer un esfuerzo para acostarse y, después de un rato, se durmió.

Sin embargo, al día siguiente, estaba ya levantado y listo antes que cualquiera de sus compañeros de literas. Se fue a la cocina, vio que los cocineros aún estaban abajo, en la bodega, y se preparó un desayuno rápido de pan, huevos duros y sopa de quimbombó fría. Luego, cogiendo un cubo, desapareció en la bodega. Salía de allí cuando comenzaban a sonar los tambores para despertar al turno de la mañana. Se llevó a todos sus compañeros de camarote aparte, a excepción de Hewako, y les habló de forma tranquila pero vehemente. Ellos apenas pudieron contener la risa y le prometieron silencio y cooperación. Dos de ellos estuvieron de acuerdo en retrasar a Hewako unos instantes derramando «accidentalmente» sopa sobre él. A ninguno de

ellos les gustaba aquel hombre hosco y arrogante. Además, todos pensaban que era justo que Hadon pagase a Hewako con la misma moneda.

Hewako llegó tarde a los remos, maldiciendo, con las piernas rojas a causa de una ligera quemadura y jurando vengarse de los que le habían tirado la sopa cuando llegaran los Juegos. Se encontró con que sus compañeros de camarote ya estaban en los remos y el hombre que debía relevar, enfadado por el retraso. Agarró el mango del remo, luego juró y farfulló, pero el gong del patrón resonó con el primer golpe y no pudo hacer otra cosa que permanecer en su puesto.

Taro era el compañero de remo de Hadon y se había quejado de que, aunque la broma iba para Hewako, al final todos ellos la sufrirían.

—El aire de una milla en derredor va a ser malo para todo el mundo. Hewako no va a ser el único en sufrir la broma.

—Sí, pero sólo Hewako va a saber el porqué —había dicho Hadon.

Hewako mantuvo su indignación y su furia dentro de los límites de un suave bramido, pero después de un par de minutos decidió que no podía aguantar más. Rugió pidiendo su sustitución. El cómitre le devolvió el grito diciéndole que se mantuviese callado, que ya había tenido su oportunidad a la hora de la lista diaria de enfermos. Hewako le envió un insulto como respuesta. El cómitre le dijo a gritos que si pronunciaba una sola palabra más, le llevaría ante el capitán para que fuese azotado.

A los jóvenes se les había advertido que tendrían que aceptar la disciplina de los remeros mientras se encontraran ocupando sus puestos, así que Hewako se calló. Al menos no dijo nada al cómitre, pero amenazó a Hadon en voz baja. Luego rogó a Taro que le cambiara el puesto. Taro le dijo que quería que se ahogase. Después de un rato, a Hewako ya no le quedaba aliento para otra cosa que no fuera su trabajo.

Todo podía haber transcurrido como se había planeado si el primer oficial no hubiera pasado al lado de Hewako. Se detuvo, arrugó la nariz y dijo:

—¡Eh! ¿Qué es eso?

Nadie contestó. El oficial comenzó a oler en derredor suyo, hasta que localizó el cuerpo del delito. Se quedó quieto un momento, inclinado y mirando hacia Hewako, antes de lanzar un rugido al cómitre, quien dejó el gong a su subordinado y se apresuró a bajar a cubierta. Cuando se percató de la naturaleza del conflicto pidió que se llamase al capitán. El capitán pasó de la irritación producida por la interrupción de su desayuno a la ira, cuando vio —y olió— la causa de la conmoción. Para entonces Hadon había dejado ya de sonreír. Había supuesto que nadie más que él y Hewako se verían involucrados en el asunto, a excepción de los que estuviesen respirando en las proximidades, por supuesto.

El capitán comenzó barbotando, para luego gritar:

—¡Vosotros, futuros héroes: podéis gastaros todas las bromas que queráis dentro

de vuestro grupo, pero siempre que no interfieran con el funcionamiento de mi barco! ¡Un remero no puede ser eficiente si tiene que manejar un remo resbaladizo, ni los que están alrededor de él pueden ser eficaces si comienzan a sentir nauseas! ¡Presentaos todos ante mí al final del turno! ¡Cómiteme: moja a este hombre con agua hasta que haya desaparecido toda la porquería! ¡Y tú, Hewako, asegúrate de que no quede ningún vestigio antes de presentarte ante mí!

El resultado fue que Hadon tuvo que confesar. El capitán había prometido ordenar azotar a cada uno de los jóvenes si no salía el culpable. Hadon, para las doce en punto del mediodía tenía las manos atadas al mástil por encima de su cabeza. Un fornido remero le golpeó cinco veces la espalda con un látigo de piel de hipopótamo. Hadon había supuesto que la humillación sería para él peor que el dolor. Pero no fue así. El látigo cortaba el músculo y la sangre le corría entre las piernas. Apretó los dientes con fuerza, negándose a gritar, y tuvo que dormir muchas noches boca abajo a partir de aquel momento.

El hecho de que Hewako recibiera tres latigazos supuso cierto consuelo, aunque no mucho. El capitán no preguntó a Hadon la razón de aquella broma, ya que Hadon habría tenido que negarse a contestar y habría recibido más latigazos adicionales. Investigó y encontró a un vigilante que había visto a Hewako en la pocilga y que también había visto a Hadon mientras éste se lavaba. Hewako confesó y poco después tenía la espalda ensangrentada. Más tarde, en la intimidad del camarote, Hewako dijo que algún día se iba a vengar del capitán. Hadon replicó que él no amaba precisamente al capitán, pero que le respetaba. Si el marino no hubiera sido capaz de cumplir con su deber porque el culpable podía algún día encontrarse en una posición desde la que pudiese ordenar su ejecución, allí ya no pintaría nada como capitán.

—Iré a por ti durante los juegos —dijo Hewako.

—Tú sólo tratarás de hacer lo que hagan todos los demás —dijo Hadon—. Pero mientras tanto, ¿por qué no nos apartamos el uno del otro? Si seguimos como hasta ahora, vamos a acabar haciéndonos trizas. Y un hombre así no tiene ninguna posibilidad en los Juegos.

Hewako no contestó. Sin embargo, a partir de entonces sólo habló con Hadon por cuestiones de trabajo. Aunque sus espaldas eran como un incendio, al día siguiente volvieron a los remos. La sacerdotisa les aplicó un unguento calmante en las heridas, aunque no les aliviaba lo suficiente. Les aconsejó que se lavaran la espalda cada dos horas con agua y jabón y que vigilasen con cuidado la aparición de una infección. Por suerte, en el mar no había moscas, pero las cucarachas podían morder en las heridas durante la noche si no se embadurnaban también con un producto repelentes.

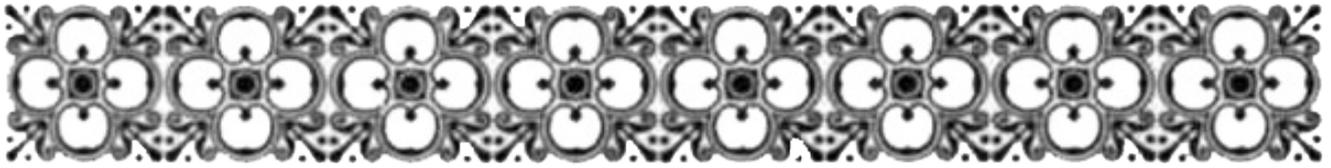
—Y manteneos alejados de la pocilga —les dijo, mientras les daba un azote juguetón en la espalda. Cogidos por sorpresa, lanzaron un alarido, mientras la

sacerdotisa reía estruendosamente.

—Los muchachos siempre serán muchachos —dijo—, pero vosotros ya sois hombres. Por Kho, que si no estuviera casada con el capitán ¡ya vería yo lo hombres que erais vosotros dos!

Hadon se alegró de ello. No tenía ningún interés por las cincuentonas gordas y no se hubiera atrevido a rechazar su invitación.





Capítulo 3

Los altos y ásperos acantilados continuaban elevándose desde el mar. Las galeras guardaban una distancia de seguridad de dos millas, pues también había arrecifes cerca de los acantilados. Muchos barcos habían sido arrastrados contra ellos por las tormentas y toda la tripulación había perecido sin dejar rastro. Luego apareció de repente el propio estrecho, una angosta grieta en los acantilados, y la flota entró en un puerto que había sido construido con grandes gastos de dinero y de vidas. Dos rompeolas de piedra se encorvaban desde los acantilados, en los que estaba amarrada una gran balsa flotante, y sobre esta balsa se hallaba el cuartel general de la flota de Kethna encargada de la vigilancia del Estrecho. La flota de Khokarsa fue obligada a entrar allí y a someterse a otro registro. Los capitanes de los buques mercantes y de guerra estaban rabiosos, pero no podían hacer nada.

—Hace quince años Piqabes destruyó este lugar con una gran tormenta —dijo el capitán—. ¡Ojalá lo hiciera otra vez! ¡Pero que no ocurra mientras estemos aquí!

Al amanecer del día siguiente la flota zarpó, curvando su rumbo hacia afuera, de forma que pudiera entrar de frente en el estrecho. Este era una lóbrega grieta creada por algún enorme resquebrajamiento de las montañas en el pasado lejano, quizás cuando la creación del mundo por Kho. Era la única vía marítima entre los dos mares, el Kemu del Norte y el Kemuwopar del Sur. Permaneció ignorada del mundo civilizado hasta que el héroe Keth condujo dos galeras a través de su pavorosa oscuridad y ambas irrumpieron en un espléndido y luminoso mar. Aquello había ocurrido mil noventa y nueve años atrás. Otros exploradores, no muchos, habían venido después, pero no hubo una colonización activa hasta doscientos trece años más tarde, cuando Kethna fundó la ciudad que lleva su nombre. Catorce años después, la heroína sacerdotisa Lupoeth descubrió arcillas diamantíferas y oro en el lugar de Opar, y el mar del sur comenzó a ser tenido en consideración por los gobernantes de Khokarsa.

Tan angosto era el estrecho que a la distancia de una milla su entrada parecía únicamente una veta de piedra más oscura en un oscuro acantilado. Luego, cuando el primero de los buques de la flota, una birreme, penetró en ella, pareció abrirse como

la boca espumante de un monstruo de piedra. El buque de Hadon fue el tercero en entrar. Un momento antes se encontraban balanceándose sobre las agitadas aguas de un mar lleno de sol, y un segundo después habían sido engullidos por el estrecho. Las aguas se precipitaban veloces, arrastrándolos entre paredes tan escarpadas y altas que el cielo era sólo una estrecha cinta en lo alto. La oscuridad se extendió pronto sobre ellos, tan densa que parecía que se podía palpar. Ya no existía la posibilidad de volver, porque no había espacio para maniobrar. Tenían que seguir adelante o hundirse en las aguas: no había otra elección.

Un señalero iba de pie sobre la proa, encima del carnero de bronce, y se comunicaba con el primer oficial, quien, a su vez, daba las instrucciones al cómitre. La luz de las antorchas vibraba veloz en la proa y en los costados del navio; los remos se elevaban y se hundían, con sus palas a sólo unos pocos pies de las negras y sólidas paredes. El ruido pesado de los remos al caer y el goteo al elevarse, la voz del señalero y la del oficial y el sonido del gong era lo único que se oía. Las órdenes consistían en que todo el mundo permaneciese en silencio, pero eso no era necesario. A nadie le apetecía hablar, e incluso aquellos que ya habían hecho la travesía en diversas ocasiones sentían lo que Keth y sus hombres debían de haber sentido la primera vez que tuvieron la osadía de hacerlo. Verdaderamente, aquello parecía la puerta del mundo de los muertos, del país donde la terrible reina Sisisken gobernaba a sus espíritus, a los pálidos ciudadanos del imperio más grande de todos. No era de extrañar que Keth hubiera tenido que sofocar un motín antes de poder dirigir a sus hombres a través de aquel pasaje crepuscular.

El estrecho no seguía como una vara de medir, sino que se curvaba de atrás a adelante. En varias ocasiones la distancia entre las paredes se hacía cada vez más pequeña y era necesario izar los remos mientras un costado del barco tocaba la piedra. Aunque el contacto no fuera violento, hubiera sido suficiente para triturar el frágil casco si no hubieran colocado una especie de parachoques de caoba antes de que el buque entrara en el estrecho.

Hadon y sus compañeros permanecieron de pie delante del castillo de proa observando. Habían sido relevados de sus deberes durante la travesía del estrecho, puesto que el capitán sólo quería profesionales en los remos. Hadon y Hewako se sentían felices de tal medida, pues las heridas del látigo estaban aún bastante lejos de cicatrizar. Pero su felicidad se veía atemperada por la aprensión. Siguieron mirando hacia arriba y musitando oraciones. Se decía que había ogros que vivían en cuevas a lo largo de los acantilados, y si oían la llegada de un barco, estiraban sus largos brazos y cogían un marino para comérselo. Y a veces los salvajes Klemqaba podían arrojar grandes rocas sobre los navios.

Momentos después, las nubes cerraban la línea azul que se recortaba en la lejanía y parecía que estaban arrastrándose por el interior de la noche. El capitán ordenó que

se encendieran más antorchas, pero pronto empezaron a chisporrotear en medio de una fuerte lluvia. El viento, que hasta entonces sólo había sido como el ligero roce de la punta de un dedo sobre sus cuellos, se convirtió en una pesada y fría mano. Los jóvenes viajeros entraron en el castillo de proa y se pusieron gorros y prendas de piel y volvieron luego a salir a cubierta. No querían verse atrapados en el castillo si el buque fuera empujado con fuerza contra un acantilado. Y ni siquiera esto podrían hacer si el buque se hundiera. Acabarían aplastados entre el casco y el acantilado si el barco siguiente tratara de sacarlos del agua. A pesar de todo, era mejor morir a cielo abierto.

El estrecho se retorció por espacio de cincuenta millas y les costó dos días y dos noches atravesarlo. La lluvia cesó, las nubes desaparecieron y al mediodía del segundo día, de repente, las paredes se desvanecieron, entrando los barcos en un ancho mar bañado de luz dorada. Simari sacrificó el mejor de los cerdos y derramó el mejor vino en las azules aguas de aquel mar y los remeros entonaron un canto de acción de gracias. Hadon se sintió tan bien que bebió dos copas de vino. El encargado de la intendencia, un hombrecillo severo, anotó las copas en sus registros. La ciudad de Opar pagaba los gastos del viaje de Hadon, ya que era demasiado pobre para soportar el coste por su cuenta.

El capitán consultó la aguja magnética para comprobar que el buque insignia llevaba el rumbo adecuado y la birreme viró al norte rumbo nor-noroeste hacia la isla de Khokarsa. El último tramo, el más largo, se presentaba delante de ellos.

Pasaron los días y las noches. El ancho Kemu con su color azul verdoso era lo único que veían a excepción de los pájaros y de algún barco ocasional.

A varios días aún de Khokarsa, avistaron flotas pesqueras. Estaban compuestas de pequeños barcos de vela tripulados por diez hombres, acompañados por un barco mayor que preparaba el pescado y lo salaba. Nubes de pájaros, águilas pescadoras, buitres de mar y pájaros blancos de pico ganchudo, los *datoekem*, se arremolinaban alrededor de los barcos.

Y por fin llegó el día en que una línea larga y oscura se elevó sobre el horizonte. Khokarsa, ceñida al mar, rodeada de acantilados, se elevaba ante ellos dispuesta a recibirles.

La flota se dirigió a golpe de remo hacia la ancha bahía de Asema, dejó atrás sus paredes rojas y negras y las torres y cúpulas blancas de su puerto y a la caída de la noche se encontraban en el largo brazo de mar, el Golfo de Lupoeth, que casi corta la isla por la mitad. El tráfico se hizo intenso, con buques de la Marina que zarpaban para realizar patrullas que duraban años; buques mercantes, algunos de ellos gigantescas trirremes; barcos de pesca; y barcos comerciales que transportaban los productos de las ciudades del interior a las ciudades costeras, donde serían trasvasados a los buques mercantes de altura.

Tres días transcurrieron antes de que el brazo de mar comenzara a estrecharse, pero antes de esto vieron la cima del gran volcán, el Khowot, la Voz de Kho, situado justo al este de la capital. Vieron también la parte más alta de la Gran Torre de Kho y Resu, completa en sus dos terceras partes, que llevaba siglos construyéndose, y que había sido con frecuencia abandonada en tiempos de tribulación.

El capitán, ya para entonces, había izado la gran bandera de lino que llevaba estampada la hormiga roja, señal de que el barco llevaba participantes de los Juegos procedentes de la enjoyada ciudad de Opar. El buque insignia de la flota saludó a los barcos mercantes y los buques de la armada viraron hacia el puerto, situado en la isla de Poehy, su base naval. Los mercantes continuaron viaje, rumbo al este de Poehy, moviéndose lentamente en medio del intenso tráfico marítimo. Al poco tiempo entraban en el puerto, mientras les recibía la música de una banda militar y los participantes enfilaban la pasarela para ser acogidos por los funcionarios que se iban a hacer cargo de ellos.

Hadon estaba muy emocionado, aunque esperaba que no se le notase. Llevaba puestas sus mejores sandalias de tiras de piel de hipopótamo, una especie de falda de piel de leopardo, una coraza de bronce con un relieve de la gran hormiga roja, el yelmo también de bronce, con su adorno de plumas de halcón, y un ancho cinturón de cuero del que pendía una vaina de bronce que guardaba su larga espada ancha, de punta cuadrada y de hoja ligeramente curvada, el *tenu*. Parecían millares los que se encontraban en los muelles esperando, y algunos millares más en las estrechas calles un poco más allá, con la esperanza puesta en poder ver por un instante a los Grandes Participantes. Todos agitaban las manos para saludarles, les gritaban y vitoreaban, a excepción de algún que otro borracho pendenciero que les abucheaba. Sin duda, estos últimos eran partidarios de los contendientes de alguna otra ciudad.

Las cosas se sucedieron de forma rápida a partir de aquí. Los oficiales sustituyeron a la sacerdotisa Simari en la responsabilidad sobre los jóvenes y luego, precedidos por la ruidosa banda, desfilaron por la ciudad. Hadon tenía la esperanza de que fueran llevados ante el rey y su hija. Vana esperanza. Pasaron cerca de las altas murallas de granito negro de la Ciudad Interior, pero al cabo de un rato era evidente que iban derechos a sus cuarteles cerca del coliseo de los Grandes Juegos. Su avance era lento a causa de las multitudes, que arrojaban pétalos de flores sobre ellos e intentaban tocarles. Su ruta desembocó en el área comercial y residencial del este, surcada de edificios de dos, tres y cuatro plantas, contruidos con ladrillos de adobe y rematados por una gruesa cubierta de yeso blanco. Muchos eran edificios de viviendas. Aunque la ciudad de Khokarsa era la más rica del mundo, también albergaba a la gente más pobre. Evidentemente, muchos de ellos descuidaban su diario baño ritual, porque el mal olor que despedían en las calurosas y estrechas calles era fuerte. A eso se añadía el olor de las basuras pudriéndose en las aceras y los

barriles de excrementos que esperaban su transporte a las áreas rurales para ser utilizados como fertilizantes.

Al cabo de una milla, la calle empezaba a elevarse, y de repente se encontraron circulando por entre las residencias de las gentes acomodadas y de los ricos.

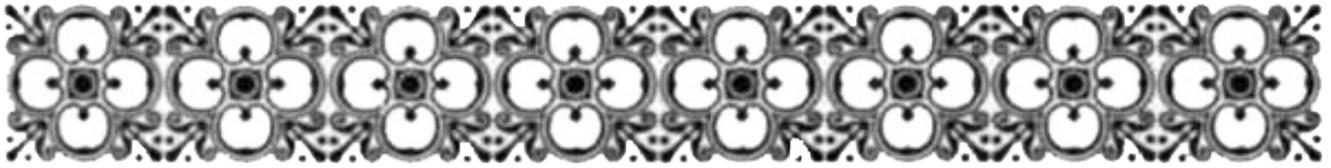
Se trataba de unos grandes edificios de dos pisos situados tras altos muros y guardados incluso durante el día por hombres armados de lanzas y eradas. Por esta zona el volumen de gente se fue haciendo más pequeño y estaba compuesto mayoritariamente por las esposas de los ricos y sus hijos e hijas y los sirvientes y esclavos. Hadon vio a una preciosa muchacha que hizo que se le acelerara el pulso. Llevaba puesta únicamente una falda, pero del más fino lino, bordada con motivos florales rojos y azules, y un collar de diamantes que caía entre sus pechos. Una gran flor escarlata adornaba su larga cabellera rubia. Si hubiera más muchachas como ella, pensó, podría disfrutar mucho en su tiempo libre. Si es que lo tenía. Desconocía por completo las restricciones a las que se tenía que enfrentar durante el período de entrenamiento.

La calle seguía serpenteando más y más hacia arriba, y pronto estuvieron tan alto que podían contemplar desde arriba la Ciudad Interior. Hadon pudo ver la ciudadela amurallada y rodeada de un foso en el extremo noreste, y la colina rocosa sobre la que se ubicaban los palacios, los templos y los principales edificios del gobierno. Más allá se veía la gran torre escalonada, un zigurat que ya tenía quinientos pies de altura, con una base que abarcaba media milla. El polvo lo envolvía todo, un polvo levantado por los miles de hombres y de bueyes que trabajaban allí.

La calle empezó a descender de nuevo, y se encontraron cruzando la Avenida de Kho, la amplia vía pavimentada con bloques de piedra que serpenteaba desde la muralla de la Ciudad Interior hasta la empinada falda del volcán. Sobre ellos, cegadoramente blanca, se hallaba la tumba del héroe Gahete, el primer hombre que desembarcó en la isla, casi ochocientos años antes. Más allá y por encima de ella se encontraba la meseta sobre la que se alzaba el gran templo de Kho y el sagrado bosque de robles. Pero desde allí, Hadon no podía verlos.

Atravesaron otra rica área residencial, cruzaron un puente sobre un canal, y luego, desembocando en un amplio campo, vieron el Coliseo. El corazón de Hadon latió incluso más rápido que cuando viera a la preciosa muchacha rubia. El destino le aguardaba en el interior de aquellas altas murallas circulares de granito. Pero Hadon no vería su interior ese día. Fue conducido a los barracones reservados para los jóvenes y se le asignó una cama y un armario. Se sentía contento de poder quitarse la armadura de bronce y tomar una ducha.





Capítulo 4

Pasó un mes antes de que los participantes fueran recibidos por el rey y su hija, la Suma Sacerdotisa. Mientras tanto, los jóvenes emplearon las horas del día entrenándose, y las veladas charlando o jugando a los dados. Cada uno se entrenaba por su cuenta. No había competiciones de práctica entre ellos, pero se observaban unos a otros cuidadosamente, realizando valoraciones. Hadon se había quedado ligeramente sorprendido al descubrir que había tres jóvenes más altos que él, dos de los cuales eran incluso más musculosos. El tercero, Wiqa de Qaarquth, era el hombre que podía derrotarle en la carrera de las 440 yardas y en la de las dos millas. No lo sabía hasta que llegara el día de las carreras, por supuesto. Pero Wiqa era rápido, muy rápido. También parecía ser un veloz nadador, pero Taro pensaba que podía vencerle. Hadon no lo creía, pero no lo dijo. Taro, que siempre había sido tan alegre en Opar, al igual que durante el viaje, se había vuelto melancólico. Era evidente que ahora lamentaba haberse decidido a participar, y ya era demasiado tarde para volverse atrás. No había ninguna ley que se lo prohibiera, pero sería considerado un cobarde si lo hiciera y nunca más podría volver a la ciudad de Opar.

Hadon tenía sus propios momentos de duda y de pesimismo. Una cosa era ser el más alto y el más rápido de Opar, y otra, lo que eran las cosas, competir con la flor y nata del poderoso Imperio. No podía retirarse, pero podía arreglárselas para quedar descalificado durante las pruebas de campo y de pista. Si un hombre no conseguía los puntos suficientes en estas pruebas, antes de las que eran más peligrosas, sería eliminado. Y, sin duda, otros antes que él, al perder el valor, habían hecho eso exactamente. Tenía la esperanza de que Taro también lo haría. Él no podía. Cuando se encontraba de lleno inmerso en una prueba, tenía que hacer todo lo posible para ganar. No sería capaz de vivir en paz consigo mismo si perdiese deliberadamente. Y el suicidio, a no ser que se cometiera bajo circunstancias honorables, aseguraba una de las existencias más lastimosas en el reino de la terrible Sisiken. Mientras que si moría luchando valientemente durante los juegos, sería enterrado como un héroe y tendría su obelisco en la Avenida de Kho.

Guardaba estas dudas en secreto y cuando escribía largas cartas a su familia de

Opar, trataba de transmitir la idea de que estaba seguro de llegar a convertirse en el vencedor. Para cuando el correo llegara a su destino —si llegaba, pues el barco que lo llevaba podía ser interceptado por los piratas o hundirse en medio de una tormenta— ya llevaría tiempo enterrado o convertido en el marido de Awineth y, por tanto, en el nuevo Rey de Reyes de Khokarsa. Es decir, si Awineth le aceptaba, porque tenía derecho a rechazar a cualquiera que no le complaciese. Y también era posible que Awineth se casara con su padre. Corría el rumor de que Minruth la había pretendido pero que ella había dicho no. Minruth no tenía ningún deseo de dejar el trono, y existían precedentes en sus aspiraciones. Tres reyes de Khokarsa habían contraído matrimonio con sus hermanas o hijas para quedarse con la corona.

Pero mientras tanto, pasara lo que pasase en otros terrenos, Hadon debía considerar sus objetivos inmediatos. Wiqa era una amenaza en las carreras. Gobhu, un mulato perteneciente a una familia de libertos, era una amenaza en los saltos de longitud y de altura, y parecía ser muy rápido en la prueba de las cien yardas. Había al menos tres hombres que parecían destinados a ganar en lucha libre. Hewako, pensaba Hadon, se quedaría solo al final, aunque había que pensar en un hombre de Dythbeth, Woheken, que era fuerte como un toro y extremadamente rápido. Hadon observaba a los jóvenes luchar con los profesionales. Parecían estar todos muy impresionados con Hewako y Woheken.

Hadon se preguntaba qué pensarían de él los *numatenu* con los que se entrenaba con espadas de madera. Siempre le vencían, aunque nunca por más de cuatro puntos, y él pensaba que le recetaban. Los únicos participantes que parecían ser tan diestros como él eran Taro y Wiqa. La lucha a espada era la más importante, porque era a muerte. Pero, como había dicho su padre, el hombre con más tendencias asesinas probablemente sería el ganador. Y, en ese sentido, todos los jóvenes eran aún una incógnita: ninguno había matado nunca a un hombre en una lucha a espada.

Hadon hizo sus propias valoraciones respecto a sus competidores y de momento no se sintió demasiado preocupado. Pero un día se le metió en la cabeza que alguien podía estar ocultando sus propias habilidades para sorprender después a sus oponentes. Y aquello le causó más de un problema a la hora de dormir, debido a la preocupación.

Llegó el día en que debían ser presentados en la Corte. Se levantaron al amanecer, se bañaron, ofrecieron sacrificios y comieron. Vestidos con armadura completa, desfilaron precedidos de una banda por la Avenida de Kho y, dejando atrás sus antiguos bloques de mármol, se dirigieron hacia la ciudad. Pasaron de nuevo por entre la multitud que les vitoreaba. Se detuvieron frente al foso de cincuenta pies de anchura y las murallas de cien pies de altura que circundaban la base de la acrópolis de la Ciudad Interior. Atravesaron el puente levadizo de roble mientras a su paso se abrían las puertas de bronce macizo que se alzaban en el extremo opuesto.

Apareció después ante su vista la empinada colina de granito de la ciudadela, un cono truncado de doscientos pies de altura y más de media milla de diámetro. Rodeando su perímetro había un muro de sólidos bloques de granito de cincuenta pies de altura. Los héroes ascendieron por la empinada escalinata de mármol flanqueada por estatuas de diorita y basalto que representaban al *r''ok'qq'a*^[1] y esperaron al llegar para que los mayores recobraran el aliento. Luego atravesaron un arco de veinte pies de anchura y cuarenta de altura. Sobre él se alzaban dos águilas pescadoras esculpidas de perfil, con un inmenso diamante engarzado en las órbitas de sus ojos. Descendieron por el amplio y recto Bulevar de Khukly, la diosa garza, dejando atrás multitudes de trabajadores y oficiales del Gobierno. Se detuvieron una vez más, en esta ocasión ante el milenarismo palacio de los soberanos del Imperio de Khokarsa. Era éste, después de la Torre de Kho y Resu, el mayor edificio del mundo. De planta eneagonal, estaba construido en mármol blanco con vetas rojas y rematado por una cúpula de láminas de oro en cuya base se intercalaban diseños de diamantes, esmeraldas y rubíes. Ascendieron por los nueve amplios escalones, cada uno dedicado a una apariencia primaria de Kho y llegaron a un pórtico. Sus columnatas estaban labradas según el estilo hierstico de los antiguos. Cada una era una representación de una bestia, de una planta o de un héroe del Gran Ciclo de los nueve años: un águila pescadora, un hipopótamo, una cotorra verde, el héroe Gahete, una nutria marina, un pez cornudo, una abeja, una planta de mijo y el héroe Wenqath.

Hadon se sentía sobrecogido ante todo aquello. Y cuando entró en la estancia central, en la que se sentaba la realeza y donde los grandes hombres y mujeres permanecían de pie, ya para entonces se sentía muy pequeño y humildes.

Sonaron las trompetas de bronce, los sistros cascabelearon en la estancia y la escolta bajó hasta el suelo las conteras de las lanzas con unísono estrépito.

El heraldo anunció:

—¡Atención, Sacerdotisa de Kho y de su hija, la luna: he aquí a los héroes de los Grandes Juegos! ¡Atención, Rey de Reyes del Imperio de Khokarsa y de los Dos Grandes Mares: he aquí a los héroes de los Grandes Juegos!

Y terminó recitando por tres veces el pasaje que debía poner fin a todos los recibimientos oficiales en Palacio:

—¡Y recordad que la muerte llega para todos!

Awineth estaba sentada en un trono de roble sobre cuyo elevado respaldo se posaba un águila pescadora sujeta con una cadena. El trono carecía de adornos, si bien la mujer que en él se sentaba era ya de por sí adorno suficiente. Tenía el cabello largo y negro como el azabache; sus rasgos era llamativos y atrevidos; sus grandes ojos eran de color gris oscuro; su piel tenía la blancura de la leche; los pechos eran llenos y bien formados; y las piernas eran delgadas y torneadas. Ciertamente, no dejaba nada que desear físicamente, si bien sus caderas podían haber sido un poco

más anchas. Se decía, sin embargo, que tenía un genio infernal.

Su trono se hallaba medio escalón más alto que el del rey, superioridad por la que, era de suponer, Minruth se sentía muy ofendido. El trono del rey era, en contraste con el de ella, todo un esplendor de oro, diamantes y esmeraldas, y su respaldo se coronaba con una talla de diorita representando a Resu, el Dios Flamígero, como un águila de las montañas coronada. Minruth era un hombre de mediana estatura, pero tenía hombros anchos y una gran barriga. Sus facciones eran muy parecidas a las de su hija, a no ser porque su nariz era mayor y ligeramente ganchuda. La grasa escondía ahora los músculos que habían hecho posible que ganase los Grandes Juegos treinta y ocho años atrás. Pero, aun así, no parecía tan viejo como la mayoría de los hombres de cincuenta y seis años. A pesar de todo, parecía infeliz. Sus espesas y oscuras cejas, muy parecidas a las de su hija, se curvaban ceñudamente.

Cerca de él, un enorme león negro, encadenado, estaba echado en la tarima parpadeando pesadamente con soñolientos ojos verdes.

Awineth habló con voz fuerte pero agradable:

—¡Salud, héroes! Os he observado sin que me vierais y he escuchado a vuestros entrenadores. Todos vosotros sois hombres de físico agradable, aunque no estoy demasiado segura sobre la viveza de ingenio o facilidad de palabra de algunos de vosotros. No quisiera tener hijos con un hombre de mentalidad obtusa, así que eneremos que ninguno de entre vosotros que se ajuste a esa descripción llegue a ser el vencedor. ¡Yo nunca me casaría con un hombre así! Sin embargo, rara vez ocurre que gane un retrasado, así que no me preocupa demasiado la idea de tener que rechazar al vencedor.

Awineth hizo una señal y el heraldo golpeó el suelo con la base de su bastón y gritó:

—¿El Rey de Reyes, el padre de la Suma Sacerdotisa, desea hablar?

Minruth habló con voz áspera y sorda:

—Sí. Hacía mucho tiempo que no veía un ramillete de héroes tan lastimoso. ¡Vaya! Cuando yo luché en los Grandes Juegos, ¡tuve que luchar contra hombres! Siento mucho que mi hija tenga que aguantar un lote tan malo para poder elegir. Si es que elige, de todas formas.

El rostro de Hadon ardía de vergüenzas.

Awineth se rió y dijo:

—Siempre es lo mismo: los viejos tiempos, los buenos viejos tiempos, cuando los gigantes andaban entre nosotros. Bien, hay uno entre vosotros que me complace especialmente y he rezado a Kho para que Ella le de la victoria.

«¿Seré yo?», pensó Hadon, mientras su corazón latía con fuerza.

Awineth se levantó y dijo:

—Que se vayan.

Hadon estaba sobresaltado. Había pensado que habría algo más en aquel año; quizás un banquete, durante el cual podía haber tenido la posibilidad de hablar con Awineth. Pero no. Iban a ser apiñados de nuevo, como un rebaño, después de la larga caminata, y obligados a desfilar, acalorados y sedientos, de vuelta a sus barracones.

Hewako, detrás de Hadon, murmuró:

—Si alguna vez pongo mis manos sobre esa preciosa puta, no va a ser tan arrogantes.

Taro, junto a Hewako dijo:

—Ella probablemente preferiría casarse con un gorila. ¿No oíste lo que dijo sobre los cerebros lisiados que hay entre nosotros?

—Y a ti, Taro, te romperé el espinazo —dijo Hewako.

—¡Silencio ahí! —intervino el heraldo en voz baja. Hewako calló, la banda comenzó a tocar de nuevo y todos iniciaron el camino de regreso. A medida que iban saliendo de palacio, vieron que el viento se había avivado y que las nubes de polvo procedentes de los alrededores de las obras de la Gran Torre lo iban invadiendo todo. Hadon pensó que se necesitaba todo un ejército para poder mantener el palacio limpio. También, el olor de los miles de trabajadores y bestias, y el griterío, debería de ser molesto para los ocupantes del palacio cuando el viento soplara en esa dirección. Pero no eran ellos los únicos que no se sentían demasiado felices a causa de la Gran Torre. Los gastos de la construcción suponían una pesada carga para los contribuyentes y con frecuencia había brotes de enfermedad entre los trabajadores. Sería mejor que Minruth detuviera su construcción y se gastara el dinero en destruir la ciudad pirata de Mikawuru, humillando así a los arrogantes Kethnans. Pero se decía que estaba loco y que tenía la intención de terminar la torre durante su reinado. Ahora bien, si él, Hadon, se convertía en el Rey de Reyes, disminuiría las obras de la Torre, lo suficiente para aliviar la carga fiscal, pero no lo bastante para enfadar a Kho y a Resu. Y luego dedicaría el dinero y las energías a asuntos más adecuados.

Ese fue la última vez que los jóvenes vieron a Awineth y a Minruth antes del primer día de los Juegos. Pero oyeron rumores de lo que pasaba en la Ciudad Interior. El más apasionante era que un hombre, el único superviviente de una expedición por las sabanas y montañas del lejano norte, había vuelto. ¡Y había venido con la noticia de que había conseguido ver, efectivamente ver, a Sakhindar, el Dios de los Ojos Grises!

Estas era unas noticias electrizantes. Sakhindar, dios de las plantas, del bronce y del tiempo, hacía ya mucho tiempo que había sido exiliado por su madre, Kho. La sacerdotisa dijo que él había incurrido en Su ira al enseñar a los primeros hombres a cultivar plantas, domesticar animales y a fabricar bronce. Había planeado hacerlo ella misma cuando se presentara el momento apropiado para ello, pero el Dios de los Ojos Grises le había desobedecido y mostrado demasiado pronto a los hombres cómo

podrían llegar a ser mejores que las bestias. Y de esa forma, Ella le había arrojado de aquella tierra, privándole de su habilidad para viajar a través del tiempo, para ir adelante y atrás entre el pasado, el presente y el futuro. Sahnindar, a partir de entonces, se vio condenado a mantenerse acorde con el tiempo, como todos, menos la propia Kho, lo estamos. Y fue condenado a vagar por la jungla y las sabanas alejado de los límites de Khokarsa, en el extremo mismo del mundo.

Pero ahí estaba un hombre, Hinokly, que afirmaba que se había encontrado con el dios, que le había hablado, y que le había dicho que algún día volvería a Khokarsa. ¿Sería eso verdad? ¿O sería un cuento fantástico?

—Yo sé que las deidades andan entre nosotros —dijo Taro a Hadon—. Pero ¿conoces tú a alguien, aparte de las sacerdotisas oraculares, las sibilas, que haya visto alguna vez a un dios o a una diosa? ¿Has visto tú una alguna vez?

—Sólo en mis sueños —dijo Hadon.

—Si todo esto es verdad —dijo Taro—, podría significar que Kho ha perdonado a Sahnindar. O podría ser que él fuera a volver, a pesar de la prohibición de su madre. En cuyo caso Khokarsa sufrirá las iras de Kho. Son siempre los mortales los que salen peor parados cuando las deidades luchan entre ellas.

—Quizás Hinokly sea un mentiroso —dijo Hadon.

—Ningún hombre en su sano juicio se atrevería a mentir de esa forma. Kho podría fulminarles.

—Entonces es posible que esté loco. Se dice que sufrió terriblemente en las Tierras Vírgenes.

Wiqa dijo:

—Lo negaré si decís que os lo he dicho. Pero he oído que los sacerdotes de Resu recibirían con alegría el regreso de Sahnindar. Dicen que se aliaría con su gran hermano Resu y encadenarían a Kho hasta que Ella reconociera que ellos eran los amos. Y he oído decir que Minruth estaría encantado si Sahnindar volviera. Seguiría entonces siendo rey, obligaría a su hija a casarse con él y elevaría la categoría de los hombres.

Hadon y Taro palidecieron. Hadon dijo, en voz muy baja mientras miraba cauto alrededor:

—¡No repitas esas cosas, Wiqa! ¿Quieres ser castrado y echado luego a los cerdos?

Hadon se quedó mirando suspicazmente a Wiqa. Y añadió:

—¿O eres tú uno de esos que creen que Resu debería estar por encima de todos?

—¡Yo no! —dijo Wiqa—. Pero no es ningún secreto que Minruth cree que Resu debería ser el dueño y señor. Y se cuenta que se le ha oído decir, al hablar con los sacerdotes de Resu, que quien controla el Ejército y la Marina es el verdadero dueño de Khokarsa. Hay que temer a las lanzas tanto como a la ira de Kho, si no más, según

él.

—Se dice que Minruth bebe mucho y que habla de forma atrevida cuando está bajo los efectos de la bebida —dijo Hadon.

—Minruth es un descendiente de los Klemsaasa, que llegó el trono y terminó con la costumbre del sacrificio del rey después de nueve años de gobierno —dijo Wiqa—. Si se puede cambiar una costumbre, también otra.

—Yo soy un descendiente de los Klemsaasa, como lo eres tú —dijo Hadon—. Pero aborrezco la idea de blasfemar contra Kho. Si Ella se ofende, podremos tener entonces otra Gran Plaga. O es posible que Ella hable con fuego, lava y terremotos y destruya esta tierra desagradecida. Se dice que Wimimwi, la esposa de Minruth, profetizó exactamente eso si los sacerdotes de Resu no abandonaban sus esfuerzos para hacer a Resu cabeza de la Creación.

—¡Aquí llega Hewako! —dijo Taro—. En el nombre de Kho, dejemos esta clase de charla. Si informara de nosotros, se vería libre de tres de sus principales competidores.

—Yo no he dicho nada de lo que me deba avergonzar —dijo Hadon.

—Sí, pero para cuando la Sacerdotisa pueda determinar eso, los Juegos ya habrán terminado.

Ahora le tocaba a Wiqa el turno de ponerse pálido. Se le acababa de ocurrir de repente que Hadon y Taro podían eliminarle si informaran de sus palabras.

—No te preocupes —dijo Hadon—. Meterte a ti en problemas no sería honorable. Además, tú sólo nos pasaste rumores y habladurías. Pero Hewako informaría de ti.

Y pronto llegó el primer día de la luna del mes de Adeneth, diosa de la pasión sexual, en el Año de Gahete el Héroe. Aquel día las multitudes se dirigieron en masa hacia el Coliseo, que podía albergar a 150.000 personas. En la novena hora del día, la Suma Sacerdotisa y el Rey llegaron y tomaron asiento bajo el dosel. Las puertas se cerraron, las trompetas florearón, retumbaron los tambores, los sistros cascabelearon y los héroes desfilaron para saludar a Minruth y a Awineth y verter libaciones en honor de Resu y de Kho. El heraldó anunció la primera prueba y los Juegos comenzaron.

Había tres campeones de cada uno de los treinta reinos de los imperios. La primera prueba era la carrera de las cien yardas. Decidir quién era el ganador de entre noventa participantes era un proceso lento. Había espacio en cabeza para nueve hombres en la pista de un cuarto de milla que circundaba la parte interior del coliseo. Los participantes de tres ciudades, Opar, Khokarsa y Wethna iban en la primera carrera. Hadon, temblando ante la salida, estaba agazapado, vestido sólo con un taparrabos de ante, esperando que el paño amarillo tocara el suelo. La multitud quedó totalmente silenciosa al sonar las trompetas, el juez de salida dio las instrucciones, el paño cayó y los nueve se lanzaron por la pista adelante. Sin embargo, un estruendo de

gongs les llamó de nuevo al punto de partida antes de que hubieran dado unos pocos pasos. Un hombre de Wethna había hecho una salida en falso.

A la segunda bajada del paño, todos salieron correctamente. Hadon se sentía feliz al fin, porque había sobrepasado en primer lugar el poste de llegada. Taro fue el segundo, un hombre de Khokarsa el tercero, y Hewako, sorprendentemente, quedó el cuarto. Aunque rechoncho y corpulento, podía mover rápidamente sus cortas piernas como un hipopótamo y correr velozmente en distancias cortas.

Luego se enfrentaron entre ellos los ganadores de las cuatro primeras carreras. Hasta el último momento, Hadon pensó que aquí también iba a ganar él. No es que fuera un corredor que saliese rápido, ya que corrió al principio por detrás de los otros tres por espacio de unas cincuenta yardas. Pero luego sus largas piernas devoraron el suelo y pasó a Taro y luego a Moqowi el de la ciudad de Mukha. Llegó incluso a emparejarse con Gobhu el de Dythbeth y corrió exultante durante unos segundos, pues pensó que le iba a poder sobrepasar. Pero Gobhu inició un auténtico estallido de velocidad —evidentemente había estado reservando fuerzas— y ganó a Hadon por un pie de diferencia.

Hadon no se deprimió. Lo había hecho mejor de lo que hubiera pensado. La carrera de las cien yardas no era su fuerte.

Miró hacia el palco donde se encontraba Awineth. ¿Era imaginación suya o parecía contrariada? Probablemente era lo primero.

Luego fueron llamados a competir los ganadores del segundo puesto de las primeras carreras; y después de ellos, los ganadores del tercer puesto. A Gobhu se le entregó una corona de oro para que la llevara en la vida y en la muerte.

La segunda prueba era la carrera del cuarto de milla. Hadon se sentía ahora más confiado, pero así y todo fue derrotado por unas seis pulgadas de diferencia por el patilargo Wiqa. Esto no le deprimió, a pesar de ser la primera vez que perdía la prueba. Considerando la competencia, no lo había hecho tan mal. Y consiguió el primer puesto en la carrera de los ganadores del segundo puesto.

Se sentía encantado al ver que Hewako no había ganado nada. Aunque, luego, el tipo obtendría muchos puntos en las competiciones de lucha libre, boxeo y lanzamiento de jabalina.

Avanzada ya la tarde se corrió la carrera de las dos millas. Se iba a realizar en cuatro eliminatorias al principio, con veintidós hombres en cada manga. Dos habían sido ya eliminados por puntos en las carreras previas, reduciéndose así el número de participantes a ochenta y ocho. Los dos descalificados salieron con la cabeza baja, pero Hadon pensó que uno de ellos parecía aliviado. No iba a ser rey, pero tampoco iba a morir.

Veintidós hombres convertían la pista en algo multitudinario. Además, estaba permitido empujarse y poner zancadillas durante el primer cuarto de milla. Hadon se

colocó en la curva exterior al empezar. Aunque de esta forma necesitaría cubrir una mayor distancia, al menos se vería libre de empujones y tretas. Empezó corriendo a la zaga de Wiqa y Taro y de un tipo alto de Qethruth, y luego fue incrementando lentamente su velocidad en la segunda milla. En el tercer cuarto de la última milla se fue deslizándose paulatinamente detrás de los tres que aún iban en cabeza y en el último cuarto se colocó a la altura de Wiqa. Pero aún corría por fuera. Luego, en la última mitad del último cuarto, irrumpió en un ritmo impresionante que le llevó a cuatro pasos por delante de Wiqa. Podía haber ido más rápido, pero quería ahorrar fuerzas. Y se alegró de haber eliminado a Wiqa, su principal competidor, en la primera tanda.

Una hora después había recuperado ya el resuello, pero no se sentía tan fuerte como lo había estado en la primera carrera de las dos millas. Todavía seguía corriendo por la pista exterior. Esta vez, sin embargo, los otros, sabiendo que él había ganado la primera carrera, intentaron unirse contra él. Alguien le empujó con fuerza desde atrás, y se cayó de bruces, despellejándose cara y rodillas. Enfadado, se levantó de un salto, adelantó al último hombre cuando éste llegaba al final de la primera milla y luego empezó a aumentar paulatinamente su velocidad. Corría angustiosamente lento, pero no quería extenuarse. En el cuarto de milla final, sacó fuerzas que desconocía que estuvieran en su interior. La corona de oro brillaba invisiblemente al final de la pista, y él la ganó por diez pasos.

¿Era imaginación suya que Awineth sonreía porque estaba encantada de que él hubiera ganado, o era que siempre sonreía al vencedor?

Hadon durmió profundamente esa noche mientras las antorchas llameaban a lo largo de los muros del gran dormitorio y los guardias rondaban con cuidado entre ellos. En el pasado, algunos participantes habían atentado contra sus compañeros de competición —envenenándolos, deslizándose serpientes venenosas en sus lechos o echando polvos urticantes en la ropa de cama de forma que la víctima perdiera su sueño vital. Los guardias estaban aquí para asegurar que nada de eso ocurriera. Y fuera había más guardias vigilando, porque se sabía que parientes y amigos de los participantes habían intentado acciones similares. Los propios guardias eran vigilados por otros, porque los guardias también habían recibido sobornos.

Por eso Hadon durmió profundamente, sabiendo que nadie —como Hewako, por ejemplo— iba a tratar de lisiarle o de matarle.

El día siguiente fue de descanso, y Hadon realizó un trabajo muy ligero durante la jornada. Al día siguiente se reanudaron los Juegos con los saltos de longitud y de altura. En estos, los concursantes conocían muy bien de antemano cuáles podían ser los resultados. Se habían estado observando unos a otros durante los entrenamientos. Pero la información se había mantenido oculta de las multitudes, o al menos se suponía que así había sido. De hecho, los corredores de apuestas habían estado espionando y habían sobornado a los oficiales para conseguir información privilegiada,

y ahora estaban realizando las apuestas con los pobres inocentes y los ingenuos. La mayor parte del dinero se apostaba por Gobhu en salto de longitud, sin que nadie apostara por Hadon o Kwasin, lo que era muy significativo, como ganadores del segundo puesto. Ambos habían saltado iguales distancias tantas veces durante los entrenamientos que los apostadores profesionales no se preocupaban de arriesgar su dinero en los ganadores del segundo puesto.

En salto de altura, aquellos que estaban al tanto de los secretos, se quedaban con Hadon el de Opar, poniendo a Wiqa como ganador del segundo puesto.

Sin embargo, el hombre propone y Kho dispone.

El viento era engañoso aquel día, con intervalos de calma y rachas repentinas. En longitud, cada participante podía saltar una sola vez, por lo que se encontraría a merced de la casualidad. Fue mala suerte para Gobhu que el viento soplase de frente cuando él saltó, pero en el turno de Hadon y de Kwasin fue todo lo contrario. Gobhu quedó el tercero, con Kwasin primero y Hadon a una pulgada de él.

En el salto de altura, cada hombre podía saltar cuantas veces quisiera, siempre que no derribase la barra. Estaba colocada a cinco pies y diez pulgadas, a pesar de todo, y la competición pronto se redujo a la lucha de cuatro personas: Hadon, Wiqa, Taro y un hombre de Qethruth llamado Kwona, dotado de unas piernas excepcionalmente largas. A los seis pies y cuatro pulgadas Hadon fue el único que consiguió librar la barra. Su hazaña había sido extraordinaria, considerando que los saltadores iban descalzos. El récord estaba en seis pies y cinco pulgadas, y las apuestas subieron frenéticamente en el graderío mientras la barra se colocaba a esa altura. Hadon esperó a que el viento se calmara y entonces realizó el mayor esfuerzo de su vida. Rozó ligeramente la barra al pasar su cuerpo por encima, pero el palo se quedó en las clavijas. Entre los gritos de alegría de los ganadores de las apuestas y los gruñidos de los perdedores, se preparó para intentar batir el récord. El viento de repente comenzó a soplar de nuevo, pero en esta ocasión a su favor. Corrió hacia la barra, calibrando sus pasos de forma que pudiera iniciar el salto delante de la marca habitual; pues, de lo contrario, el viento le podría llevar a demasiada velocidad y chocaría contra la barra. Mientras dejaba el suelo iniciando el salto, sabía que lo iba a conseguir —Kho estaba con él—, y aunque de nuevo llegó a tocar la barra y parecía que se deprendería al vibrar, por fin no cayó. Y así consiguió una doble corona de oro esa tarde, una por ser el ganador y otra por batir el récord.

El día siguiente fue de descanso para los jóvenes. Y al siguiente desfilaron todos detrás de una banda hacia el lago, mientras bellas muchachas sembraban de pétalos su camino. Encontraron las gradas atentadas de gente, la mayoría de la cual había realizado fuertes apuestas, tanto si podían permitírselo como si no. La primera prueba era de resistencia, una travesía a nado del cuarto de milla que medía el lago y vuelta al lugar de origen. Los ochenta y ocho participantes en los Juegos se alinearon en la

salida y, cuando sonó la trompeta, se arrojaron todos al agua. Hadon nadaba en medio de los nadadores. Conocía su propio ritmo y no quería agotarse definitivamente. Al llegar a la primera orilla ya había sobrepasado a muchos y sólo tenía unos diez delante de él. Después de tocar el bastón de un juez en el muelle, giró y comenzó a aumentar su velocidad. En mitad del trayecto de vuelta se encontraba ligeramente por detrás de Taro, de un joven de Dythbeth, de Wiqa, de Gobhu y de Khukly. Este último era de la ciudad lacustre de Rebha y había pasado más tiempo en el agua que ningún otro. Tenía fuertes hombros y unas manos y unos pies excepcionalmente grandes y era el que más había preocupado a Hadon. En ese momento, Khukly, decidiendo sacar toda su potencia, se situó a la altura de los otros y después les adelantó. Hadon sentía como si le ardieran los pulmones, y sus manos y sus pies se estaban volviendo tan rígidos como un tronco a la deriva. Había llegado el momento en que el espíritu debería ser lo suficientemente fuerte para vencer el dolor corporal, y se insto a sí mismo a continuar, aunque hubiera sido muy agradable abandonar. Adelantó a todos menos a Khukly y se puso a su altura y se fustigó a sí mismo hacia adelante, hacia adelante, hacia adelante. El rugir de la multitud se confundía con el rugir de la sangre en su cabeza. Y, de repente, todo había terminado y se encontró jadeando como un cerdo salvaje acorralado y tan débil que casi aceptó la oferta de que le sacaran del agua. El orgullo se lo impidió y se alzó hasta llegar a sentarse sobre el muelle mientras recobraba la retirada. Pues bien, casi lo había conseguido. Si la distancia hubiera sido de unas veinte yardas más, podía haber adelantado a Khukly. Su resistencia era mayor. Pero el lago no daba más de sí y por eso había sido derrotado por media braza solamente.

Dos horas después, el primero de los jóvenes trepaba por una escalera de setenta pies hasta una estrecha plataforma suspendida sobre el centro del lago. Llevaba un gorro de plumas de águila pescadora y tenía la cara pintada para que pareciera la del águila pescadora. Rodeando sus tobillos también había plumas de águila pescadora. Se situó en lo alto de la plataforma mientras la multitud guardaba silencio. Cuando sonó la trompeta, saltó al vacío. La multitud estalló mientras el joven cortaba el agua limpiamente, si bien el gorro y las plumas de los tobillos se deshicieron al caer. El salto en picado era una prueba de los Juegos basada en una antigua ceremonia del Tótem del Águila Pescadora, en la que se probaba el valor de los jóvenes durante los ritos de iniciación. Las apuestas eran las más fuertes hasta ahora, aunque no se apostaba por el vencedor, ya que no había corona de oro en esta prueba. El dinero se apostaba por la supervivencia o no del buceador sin que sufriera daño alguno y, puesto que no se habían realizado prácticas de buceo, nadie sabía la habilidad concreta de cada buceador.

El tercer joven cayó al agua con el cuerpo vuelto y desviado hacia afuera. El ruido de la carne al golpear contra la superficie fue oído por todo el mundo y el joven

no salió del agua a continuación. Un bote salió disparado desde una balsa anclada allí cerca y los buceadores bajaron tras él. Subieron con un cadáver.

El sexto joven, al saltar, fue golpeado por el viento, todavía inestable, y cayó al agua de costado. No se mató, pero las costillas rotas y los músculos heridos supusieron su eliminación.

Cuando le llegó el turno a Hadon, esperó unos pocos segundos después de que le llamase la trompeta. Muchos espectadores comenzaron a abuchearle porque pensaban que había perdido el valor. Pero Hadon esperaba que pasara el viento y, cuando esto ocurrió, saltó. Y lo hizo justo a tiempo de evitar que la trompeta sonara por segunda vez, lo que hubiera supuesto su descalificación para el resto de los Juegos. Y se hubiera visto expuesto a que le acusaran de cobardía.

Entró en el agua limpiamente pero, a pesar de todo, salió de allí un poco aturdido. Los años de práctica le habían recompensado.

Al final de la prueba, la multitud se fue complacida, excepto los deudos, parientes y amigos de los muertos y de los heridos, por supuesto. Cinco había entre los segundos y cuatro entre los primeros.

Al día siguiente los muertos fueron enterrados en sus tumbas de tierra y se erigieron puntiagudos monolitos de mármol sobre los túmulos. Los participantes en los Juegos arrojaron pétalos blancos sobre las tumbas y las sacerdotisas sacrificaron toros para que los espíritus pudieran beber sangre e ir felices al jardín que Kho tenía reservado a los héroes.

Los tres días siguientes se dedicaron al boxeo. Se envolvieron los puños de los jóvenes en finos guantes, que tenían una gruesa capa de tela impregnada en resina sobre los nudillos. En los combates preliminares se les emparejó según su estatura, por lo que Hadon se encontró con que debía enfrentarse a Wiqa. Hadon tenía una gran confianza en su propia habilidad pugilística, aunque temía la lucha libre, que vendría después del boxeo. Wiqa, averiguó rápidamente Hadon, se sentía también confiado, y por buenas razones. Hadon recibió un rechazazo en la mandíbula y cayó al suelo. Esperó a que el árbitro contara hasta once y se levantó. Menos engreído ya, boxeó ahora con más cautela. Luego, tras un intercambio de duros golpes, disparó su largo brazo izquierdo atravesando la guardia de Wiqa. Wiqa trató valientemente de levantarse, pero no pudo hacerlo.

Todas las posibilidades se agolparon sobre Hadon cuando la multitud vio la energía de su izquierdas.

Hadon combatió dos veces más ese día y ganó, pero esa noche tuvo que cuidarse un ojo derecho morado, unas costillas resentidas y una mandíbula hinchada.

A la tarde siguiente, su primer contrincante era Hoseko, un hombre bajo y fornido de Bawaku. Hadon sobrepasaba a Hoseko en envergadura, pero el cuerpo más grueso de éste y los fuertes huesos de su cabeza absorbían el castigo como un elefante macho

los dardos. Hadon le abrió heridas en la cara con una serie de golpes severos, pero Hoseko, parpadeando a través de la sangre que le manaba, continuó aburriendo con su resistencia. Y, de repente, una izquierda como un mazo cayó sobre la mandíbula de Hadon y sus piernas se plegaron como si estuvieran hechas de papiro. Consiguió ponerse a gatas después de oír al árbitro, incomprensiblemente lejos, contar hasta siete. Para cuando se oía el número once, ya se encontraba en pie de nuevo.

Hoseko avanzaba lentamente, con la barbilla baja, los hombros encorvados, el puño izquierdo adelantado y el ojo derecho cegado por la sangre. Hadon, con las piernas flojas aún pero recuperando su fuerza lentamente, puso sus brazos alrededor de Hoseko. Este se mantenía girando y avanzando. La multitud abucheó a Hadon y el árbitro hizo restallar su látigo contra el suelo, ordenándoles que luchasen, porque, en caso contrario, sentirían el látigo en sus espaldas la próxima vez.

Hadon continuó abrazado, pinchando a Hoseko pero sin conectar ningún golpe serio. Por el rabillo del ojo vio que el árbitro levantaba de nuevo el mango del látigo. La tira de piel de hipopótamo se fue hacia atrás, hacia atrás, por encima del hombro del árbitro y por detrás de él, el brazo dio un tirón hacia adelante y la punta salió lanzada en dirección a Hadon. Midiendo la distancia y el tiempo con sorprendente exactitud, Hadon se agachó. El látigo silbó al dispararse por encima de su cabeza y chocó contra la cara de Hoseko. Hoseko soltó un fuerte grito de sorpresa y de dolor; el árbitro gritó también de sorpresa; la multitud rugió su protesta. Pero Hadon había sacado ventaja de la confusión de Hoseko y de que éste hubiese bajado la guardia. La izquierda de Hadon vino desde muy lejos y se detuvo de golpe en la sólida barbilla de Hoseko.

Los ojos de Hoseko bizquearon y el hombre se tambaleó hacia atrás, mientras las manos se le caían flojas a ambos lados del cuerpo. Hadon hundió su izquierda en el plexo solar de su adversario y Hoseko cayó al suelo doblándose y allí permaneció un buen rato después de que el árbitro hubiera contado hasta doce.

Hubo un aplazamiento de la decisión. El árbitro llamó a los dos jueces y hablaron durante unos minutos, gesticulando y mirando con frecuencia a Hadon. La multitud, cada vez más inquieta, abucheaba a los tres hombres. Hadon, jadeante y sudoroso, se mantuvo inmóvil. Sabía que los tres estaban discutiendo la admisibilidad de su truco. ¿Era lícito que un boxeador provocara deliberadamente que el árbitro utilizara su látigo, sortearlo después y conseguir que finalmente golpeará a su oponente?

El árbitro y los jueces se encontraban en una difícil situación. Aquello nunca había sucedido antes. Si decretaban que el truco de Hadon era admisible, deberían entonces esperar que otros contendientes lo utilizaran a su vez.

Y no sería fácil repetirlo en lo sucesivo. Todos los árbitros estarían en guardia de ahora en adelante. Si alguien era lo suficientemente tonto para utilizarlo, acabaría con la espalda abierta y enseñando los huesos.

Posiblemente, aquello fue lo que decidió a los jueces. El árbitro, frunciendo el ceño, levantó el brazo derecho de Hadon. La multitud le aclamó, riéndose luego cuando Hoseko, cuyas piernas parecían de goma, fue sacado del recinto entre dos oficiales.

Al final de aquella tarde, el segundo combate terminó cuando Hadon hundió un directo de izquierda en el plexo solar de su oponente. Sin embargo, había recibido tanto castigo que salió totalmente aturdido. Taro le cogió por su cuenta, le hizo sentarse, le lavó y curó los cortes faciales y le dio palmaditas con agua fría en el rostro.

Hadon abrió los ojos y se dio cuenta de que un hombre mayor, uno de los entrenadores, se encontraba allí a su lado.

—¿Por qué me miras? —dijo Hadon.

—Todavía tienes que aprender mucho —dijo el anciano—. Pero yo no he visto una izquierda como esa desde el gran Sekoko. Eso fue antes de tu época, muchacho, pero tienes que haber oído hablar de él. Fue campeón de boxeo del Imperio durante quince años. Era alto y delgado como tú, y tenía los brazos largos como tú, y una izquierda que los mataba. Y te voy a decir una cosa, muchacho. Si te eliminan por puntos, no te sientas mal. Yo puedo hacerte campeón en unos pocos años. Serás rico y famoso.

—No, gracias —dijo Hadon.

El anciano parecía desilusionado.

—¿Por qué no?

—Ya he visto demasiados boxeadores sonados en mi vida. Además, yo intento ser rey.

—Bueno, si no lo consigues y todavía estás vivo y con salud, ven a verme. Me llamo Wakewa.

Al tercer día Taro fue sacado sin sentido de su segundo combate. Pero tenía puntos suficientes para seguir en los Juegos. Hewako le había saltado los dientes a su oponente y le había machacado la nariz en dos minutos y ahora descansaba. Mientras Hadon se dirigía junto a él hacia el círculo, Hewako le gritó:

—¡Espero que ganes éste, hijo de barrendero! ¡Luego yo tendré el placer de desfigurarte esa linda cara antes de romperte la mandíbula y de eliminarte de los Juegos y enviarte en desgracia de vuelta a Opar!

—El chacal ladra; el león mata —dijo Hadon fríamente. Pero sabía que había una excelente oportunidad de que Hewako pudiera hacer efectivas sus baladronadas. Estaba claro que sabía que Hadon sería mejor que él en la prueba final, la lucha a espada. Hadon tenía mayores aptitudes: altura, longitud de brazos y, lo más importante, muchas más horas de práctica con el *tenu*. Hewako también había practicado desde la niñez con la espada de madera. No había ningún niño sano en el

Imperio, macho o hembra, que no lo hubiera hecho. Pero Hewako sabía que sus mayores habilidades estaban en el boxeo y en la lucha libre, y por eso había dedicado más horas a estas actividades que al *tenu*. No era un boxeador profesional, de todas formas, pero estaba más cerca de serlo que Hadon.

Era obvio que esperaba mutilar a Hadon de tal forma que le resultara imposible seguir compitiendo. Si le mutilaba o, incluso, si le mataba, tenía que ganar el combate al día siguiente. Tanto Hadon como Kagaga podían ganar el próximo combate, pero quienquiera que lo hiciera, Hewako tenía que vencer al día siguiente. No tenía puntos suficientes para poder continuar si no ganaba. Pero si ganaba el boxeo y luego seguía ganando la lucha libre, tendría puntos suficientes para llegar derecho hasta el final. Siempre que, naturalmente, no acabase antes mutilado o muerto.

Hewako esperaba que Hadon ganase aquel día y así él, Hewako, podría eliminarle al día siguiente de la forma más dura. Hadon se podía permitir el lujo de perder, puesto que ya había acumulado muchos puntos. Y esa era la razón por la que el hombre que tanto le odiaba estaba a favor de su victoria.

Kagaga significaba Cuervo, y Kagaga ciertamente se parecía a un cuervo. Era un joven alto, moreno, cargado de hombros y de larga nariz, procedente de una pequeña ciudad situada encima de las costas de Klemqaba. Tenía una voz que parecía que graznaba y un carácter pesimista.

Y cargó contra Hadon como si fuera a hacerle papilla en unos pocos minutos. Hadon retrocedió, pero bailó, mientras lanzaba golpes aquí y allá y daba golpecitos a Kagaga en la cara o alargaba los brazos lo suficiente para que el árbitro no tuviera que utilizar el látigo contra él. Kagaga le decía que se estuviera quieto y que luchara como un héroe, no como un perro salvaje. Hadon se limitaba a sonreír o a retroceder o, a veces, de repente, avanzaba para darle a Kagaga un pequeño golpecito en la cara antes de retroceder de nuevo. La multitud lanzaba abucheos y Hewako gritaba acusaciones de cobardía. Hadon sólo prestaba atención al árbitro y a Kagaga. Siguió bailando, acercándose y alejándose de su adversario, usando su mayor capacidad de alcance para golpear a Kagaga, no demasiado fuerte, en la frente o en la nariz. Y, de repente, la ceja derecha de Kagaga se abrió y la sangre comenzó a correr y a meterse en un ojo.

—Y ahora supongo que te pondrás a correr a su alrededor mientras se desangra hasta morir —dijo el árbitro—. Lucha o te desuello.

Hadon había planeado ir dilatando la pelea hasta que tanto él como Kagaga se sintieran tan cansados que no pudieran levantar los brazos. Entonces Kagaga ganaría a los puntos por su agresividad o Hadon perdería por su falta de combatividad. Ninguno de los dos resultaría malherido y Hadon podría descansar al día siguiente mientras Hewako se desgastaba con Kagaga. Pero esto no iba a suceder. Hewako iba a tener su oportunidad de lisiarle al día siguiente, después de todo.

De mala gana, Hadon atacó. Hubo un feroz intercambio de golpes al cuerpo, sordos impactos de puños, gruñidos y, luego, uno de los puños de Kagaga se deslizó de sopetón por entre los guantes de Hadon y sacudió violentamente su cabeza hacia atrás, haciéndole caer de rodillas. Trató de levantarse —que nadie dijera que se había tirado deliberadamente— pero no pudo hacerlo. Oyó al árbitro contar hasta doce, y unos segundos después se levantaba tambaleándose. Kagaga parecía confundido por su súbita buena suerte, mientras la cara de Hewako se volvía tan roja como el trasero de un babuino.

Momentos después, Hadon, dirigiéndose en solitario a las duchas, lanzó a Hewako una sonrisa sarcástica. El rostro de Hewako se puso tan rojo como si el babuino hubiera estado sentado sobre una roca calientes.

El único acontecimiento del día siguiente eran las pruebas de boxeo conducentes a la consecución de la corona de oro. Kagaga adoptó las tácticas de su oponente del día anterior, puesto que sabía que no podía durar mucho en un enconado combate a corta distancia. A diferencia de Hadon, no acertó a calibrar con exactitud los límites de la paciencia del árbitro. El látigo en la espalda le cogió por sorpresa y saltó de repente contra el puño de Hewako. Se encontró sin sentido, con la mitad de sus dientes incisivos arrancados del golpes.

Después de la ceremonia, Hewako se acercó a Hadon y le dijo:

—Pasado mañana comienza la lucha libre. No me diste la oportunidad en el boxeo, pero no vas a poderte librar de mí en la lucha. Y cuando ponga mis manos sobre ti, te voy a partir el espinazo.

—Si lo haces, el árbitro te dará una paliza con su bastón y serás eliminado —contestó Hadon—. Por supuesto que no te culpo por tu ansiedad de librarte de mí ahora. Tú sabes que si alguna vez nos encontramos frente a frente con las espadas, eres hombre muerto. Aunque puede que sólo te corte la nariz en rodajas para darte una lección.

Hewako escupió a Hadon, aunque tuvo cuidado de no darle, y se marchó, pavoneándose con su corona de oro.

—¿Por qué te odia tanto ese hombre? —dijo Taro.

—No lo sé —respondió Hadon—. Yo nunca hice nada para ofenderle, sobre todo al principio. Es una de esas cosas que pasan cuando no te gusta una persona por razones que desconoces.

Hewako jamás consiguió poner sus manos sobre Hadon. Este fue eliminado, después de dos victorias, por un joven de Minego que era como un búfalo macho. Hewako parecía contrariado. Hadon se limitó a sonreírle, sabiendo que esto le pondría furioso. Y Hewako casi perdió su corona de oro. Durante la última prueba, agarró los dedos de su oponente e intentó doblárselos hacia atrás. Esto era ilegal, y el árbitro sacudió su garrote contra la cabeza de Hewako. Se le nubló el sentido lo

suficiente para que su oponente le pudiera sujetar, y Hewako estuvo cerca de perder la tercera corona. Hadon, de pie a un lado, sonrió de nuevo a Hewako cuando éste mostró un gesto involuntario de dolor al serle colocada la corona de oro sobre su cabeza.

A Hadon le entró la seriedad cuando pensó en las siete pruebas siguientes. A excepción de la última, ya no había más coronas de oro que ganar. Un hombre sobrevivía o moría. Desde ese momento ya no habría árbitros que velasen para las reglas se respetaran.

Y estaba el problema de Taro. ¿Qué pasaría si los contendientes finales fueran Taro y él? Uno tendría que matar al otro, y él no tenía precisamente ninguna intención de convertirse en un cadáver. El pensamiento de tener que matar a Taro le deprimía. Al igual que ya lo había hecho en otras ocasiones, se volvía a preguntar por qué se había presentado para participar en los Juegos.

La respuesta era obvia. Quería ser el hombre más grande del Imperio. Y Taro se había presentado también voluntario, sabiendo que posiblemente tendría que enfrentarse a Hadon con la espada.

Dos días después, la multitud se hallaba congregada de nuevo en el estadio que rodeaba el lago. Los centros de interés eran, primero, los enormes y hambrientos cocodrilos de mar que se deslizaban por las aguas. El segundo consistía en dos cuerdas tensas que atravesaban una parte del lago y estaban atadas a dos sólidos postes. Uno más alejado que el otro y a un nivel más bajo que él. Un extremo de una tercera cuerda estaba atado al punto medio de la cuerda más baja de las que estaban sobre el lago, y el otro extremo acababa en las manos de un oficial que se encontraba en lo alto de una torre situada al borde del lago. La banda atronaba, la multitud rugía, los vendedores ambulantes pasaban entre la multitud vendiendo frutas, bizcochos y cerveza. Luego vino un floreo de trompetas y entre el gentío se hizo el silencio. Hadon, al tener más puntos que nadie, tuvo el honor de ser el primer participante. Subió por la elevada escalera hasta la plataforma, donde se le entregó el extremo de una cuerda. Estaba unida al otro extremo de la cuerda que corría en ángulo recto hasta aquel extremo del lago. Más allá de ella se encontraba la cuerda paralela inferior. Y por debajo se encontraban los cocodrilos, los grandes saurios de armadura gris plateada y de innumerables dientes.

Hadon dirigió su mirada hacia el palco bajo cuyo dosel se encontraban Awineth y Minruth. Estaban muy lejanos, minúsculos, y no pudo ver Hadon la expresión de ella. ¿Era de miedo y de ilusión por él? ¿O, como la que debía dibujarse en el rostro de Minruth y en la mayoría de los de la multitud, un deseo de que Hadon fallase y de que él y los cocodrilos proporcionaran un breve pero entretenido espectáculo?

Odiaba a la multitud en ese momento. Las masas eran personas que habían perdido su individualidad, que se habían convertido en algo no superior a los buitres.

En menos, de hecho, puesto que los buitres actuaban según la naturaleza que les había sido dada por Kho y, al hacerlo así, llevaban a cabo una acción útil. A pesar de todo, si él se encontrase entre la multitud ¿sería diferente de los demás?

La trompeta del comienzo sonó. El alboroto de la multitud fue descendiendo gradualmente. Hadon dobló sus rodillas, agarró la cuerda con ambas manos y esperó. La trompeta cortó el aire de nuevo, como había hecho tantas veces en los últimos dos mil años, pues esto, como el salto desde la plataforma, era una antigua costumbre del Tótem del Águila Pescadora.

Saltó, colgado de la cuerda. El agua embestía contra él; encogió las piernas, aunque los cocodrilos no podían alcanzarle y fue curvándose hacia arriba y hacia adelante. Luego alcanzó el final del arco y se dejó caer para volver. Sacudió bruscamente su cuerpo al dar la vuelta e inició un nuevo balanceo en dirección contraria. Dos veces más aumentó la altura del balanceo. La tercera vez, al llegar justo a la parte más alta del arco, rezó brevemente y se relajó. Se elevó hasta la cuerda situada ante él, bajó y sus manos se cerraron sobre la cuerda más exterior. Y se encontró colgando, mientras los cocodrilos bramaban debajo y blanqueaban el agua con sus furiosas embestidas y coletazos. Estaba demasiado lejos para que le alcanzasen, por supuesto, pero su sufrimiento aún no había terminado. Debía volver, mano tras mano, a lo largo de toda la cuerda hasta alcanzar la plataforma al final. Luego —le horrorizaba sólo pensarlo— debería coger una pértiga de contrapeso, como la de los funámbulos, y volver caminando sobre la cuerda hasta su otro extremo.

No tuvo grandes dificultades para volver a la plataforma, si bien era cierto que sus manos estaban sudorosas. Un oficial le entregó la pértiga después de que hubo recobrado el aliento y la trompeta lanzó el aviso de que comenzaba la tercera parte de la prueba. Puso los pies sobre la cuerda, que no estaba tan tensa como a él le hubiera gustado, y comenzó a caminar lentamente, con sus pies desnudos levantándose y asiéndose con suavidad. Abajo, los amenazadores cocodrilos se agitaban con estruendo.

Hadon se había ejercitado en la cuerda floja desde que tenía dos años. Pero los cocodrilos convertían esta peligrosa suerte en otra aún más peligrosa. Si perdía el equilibrio y tenía que asirse a la cuerda, no sería eliminado, pero tendría que volver a la plataforma y comenzar todos los ejercicios de nuevo.

La cuerda oscilaba y él se esforzó en equilibrar su peso de forma que la soga no fuese aumentando su oscilación. Los gritos de ánimo de la multitud y algún que otro abuceo de los mal intencionados le llegaban lejanos, pero los bramidos de las bestias hambrientas de abajo eran totalmente nítidos y fuertes. No debía mirar hacia abajo. Tenía que concentrarse en seguir cruzando.

Cuando alcanzó la otra plataforma, casi llegó a desplomarse. Se encontró

repentinamente temblando y muy débil. Pero lo había conseguido y no tendría que volver a hacerlo otra vez.

Descendió de la plataforma y ocupó su lugar entre los demás participantes, que se hallaban sentados en bancos cerca del borde del lago. Frente a ellos se encontraba la verja de alambre de bronce colocada allí para evitar que los cocodrilos se acercaran a la orilla.

—¿Cómo fue todo? —preguntó Taro.

—No del todo mal —respondió Hadon, lamentando inmediatamente su bravata. Jamás acabaría un héroe por confesar que sus tripas se habían convertido en una bestia que trataba de abrirse camino a zarpazos para escapar de su vientres.

El tercer hombre perdió el equilibrio, se agarró a la cuerda y volvió a la plataforma con la ayuda de sus manos. Al segundo intento, cayó dando un grito y el agua se enturbio alrededor de su cuerpo. Hadon sintió angustia por el hombre, pero se alegró por sí mismo.

Hewako tuvo que hacer dos intentos, y al fin consiguió pasar. Tenía la piel gris bajo su habitual tono bronceo cuando descendió.

Al hombre que le siguió se le escapó la cuerda cuando abandonó la soga oscilante y se precipitó hacia su muerte.

Para cuando el último de los competidores hubo llegado a tierra, el sol se ponía ya en el oeste y diez hombres se habían convertido en comida y se alojaban en los vientres de los cocodrilos.

Los funerales del día siguiente fueron curiosos, en el sentido de que no contaron con la presencia de los fallecidos. En las tumbas se introdujeron estatuas de piedra que representaban a los muertos, todas con las mismas caras estilizadas, y la tierra se amontonó sobre ellas y se colocaron los monolitos encima. Hadon observaba a los parientes llorosos y se preguntaba si sus padres tendrían también ocasión de afligirse por él.

Al día siguiente, los jóvenes compitieron en el lanzamiento de jabalina. Cada uno tenía un escudo redondo, no muy grande, como defensa, pero no podían sobrepasar los límites de una pequeña valla circular. A cada participante se le entregaban tres jabalinas para lanzar y tenía que esquivar otras tres lanzadas contra él por otro participante desde una distancia de cien pies.

Doce recibieron heridas lo suficientemente serias como para quedar eliminados. Dos fueron enterrados al día siguiente. Un hombre se labró su propia desgracia al escaparse saltando del anillo en que se hallaba confinado. Se ahorcó esa noche y así se salvó de que le enterraran en una tumba de cobarde.

Los juegos de los tres días siguientes fueron pruebas de la habilidad de los jóvenes con la honda. El primer día Hadon estaba entre los del grupo inicial de participantes que debían entrar en el campo. Eran diez en total y sus únicas prendas

consistían en un taparrabos y un cinturón de cuero. Del cinturón colgaba una daga embutida en su vaina y una bolsa de cuero. La bolsa contenía tres proyectiles de plomo moldeados en forma de doble cono. Cada joven llevaba en la mano una honda confeccionada de suave piel de antílope enano. Los jóvenes desfilaron hasta el centro del campo y se detuvieron a una señal de la trompeta. La multitud quedó en silencio. Sonó otra trompeta. Una enorme puerta situada en el muro frente a ellos se abrió de repente. Inmediatamente, aparecieron gruñendo ante su vista treinta gorilas machos de mirada torva, que parpadeaban visiblemente molestos por la luz del sol.

El público comenzó a vitorear y a aplaudir. Los diez jóvenes se colocaron en fila, frente a los gorilas. A Hadon le correspondió ocupar el lugar más a la izquierda. La trompeta sonó por tercera vez. Cada uno de los jóvenes se ató una de las puntas de la tira de la honda a uno de los cuatro dedos de la mano con que iba a lanzar. La otra punta, que terminaba en un nudo, se colocaba entre el pulgar y el índice de esa misma mano. Con la otra, el joven extraía de la bolsa un proyectil de plomo de tres onzas y media de peso y lo colocaba sobre la almohadilla de la que partían las dos tiras de cuero.

Los gorilas, mientras tanto, corrían nerviosos y a cuatro patas de aquí para allá o se quedaban en pie golpeándose el pecho con la palma de la mano. Aunque el aspecto de aquellas bestias podía producir miedo, por lo general eran de naturaleza tímida. Sin embargo, durante los treinta últimos días, los entrenadores habían estado preparándolos para que atacasen al ser humano. Les habían arrojado piedras y pinchado con palos puntiagudos hasta ponerles totalmente furiosos. Con el tiempo, los gorilas habían llegado a acostumbrarse a descargar sus frustraciones sobre maniquíes vestidos con ropas que apestaban a humanidad. Durante los últimos doce días se habían dedicado a hacerles pedazos, al parecer con una satisfacción inmensa. Por eso se esperaba que los gorilas atacaran a los participantes.

Y en especial porque sus entrenadores, a salvo en lo alto del muro, les lanzaban piedras y palos puntiagudos. Los gigantescos antropoides, sin embargo, de momento parecían sólo aturridos y atemorizados.

La trompeta sonó de nuevo. Hadon, con los otros, sostenía las puntas de la honda por encima de su cabeza con una mano y con la otra el proyectil en su cavidad. Luego dejó libre el extremo correspondiente al proyectil y comenzó a trazar círculos paralelos a su cuerpo con la honda en sentido contrario a las agujas del reloj. La honda fue girando y girando, hasta cuatro veces, adquiriendo mayor velocidad, impulsada por el movimiento de la muñeca de Hadon. En la parte del círculo más cercana al suelo, la soltó por el extremo que quedaba libre. El proyectil de plomo, viajando a más de sesenta millas por hora, salió lanzado, dibujando una parábola hacia su blanco, situado trescientos pies más allá. Se trataba de un enorme gorila rojizo que tenía un canino roto y la cara llena de cicatrices.

El impacto sordo de los proyectiles hundiéndose profundamente en la carne o aplastándose contra el muro se podía oír por todo el estadio. Seis de los gigantescos simios cayeron hacia atrás bajo el impacto y ninguno de ellos se volvió a mover después. El público rugía mientras los jóvenes colocaban el segundo proyectil en sus hondas. Ya para entonces, diez de los simios avanzaban hacia los jóvenes rugiendo y golpeándose el pecho, arrancando hierbas y lanzándolas, o realizando cortos amagos de arremetida. La segunda descarga dio con siete gorilas en el suelo, pero dos consiguieron ponerse en pie y rugiendo de dolor y de rabia, corrieron dando saltos hacia los jóvenes.

Antes de que pudieran llegar a su objetivo, caían muertos alcanzados por varios proyectiles.

Hadon no fue uno de los que soltó su último doble cono. Quería reservarlo para una emergencia. Y pensaba que ésta no tardaría mucho en presentarse. Trece de los antropoides habían muerto o quedado fuera de combate. Por tanto, faltaban todavía diecisiete para sólo ocho proyectiles aún sin disparar. Y aun cuando los ocho consiguieran hacer blanco, aún quedarían nueve gorilas. Y frente a ellos, diez humanos con cuchillos de seis pulgadas únicamente.

Más gorilas, impelidos por otra granizada de piedras procedente de los entrenadores, avanzaban hacia los jóvenes. Uno, de repente, irrumpió en una carga que no terminó hasta haber recorrido unas cuantas yardas. Hadon gritó:

—¡Ahorrad proyectiles! ¡Taro, usa tú solo la honda!

El proyectil de Taro desapareció dentro de la boca abierta del simio, que cayó muerto. Hadon gritó luego los nombres de aquellos que aún tenían proyectiles de reserva, uno por uno, y ellos los soltaron. Ocho gorilas más murieron o resultaron tan malheridos que ya no pudieron levantarse. Pero quedaban nueve bestias y se encontraban envalentonadas por la histerias.

Cuatro murieron a cuchillo, pero no antes de haber matado a tres jóvenes y lisiado gravemente a otros tres. Si hubieran atacado todos juntos, en lugar de haberlo hecho individualmente, hubieran podido aniquilar a los humanos. Pero no pensaban como hombres, y por eso murieron como bestias.

Hadon, Taro y los otros dos jóvenes que todavía se mantenían en pie procedieron a extraer proyectiles de los cadáveres de los gorilas con sus cuchillos. Hadon acababa de sacar un doble cono cuando oyó que alguien gritaba:

—¡Cuidado!

Levantó inmediatamente la vista y pudo ver otro monstruo peludo y de largos caninos que corría hacia él mientras sus compañeros de Juegos se dispersaban. Hadon dejó caer el proyectil de plomo, pasó su cuchillo ensangrentado a la mano izquierda, sacó de su cinturón el cuchillo limpio que había tomado de uno de los muertos, se colocó la hoja en la palma de la mano y lo lanzó. El gorila dejó de rugir, comenzó a

chillar, dio un salto mortal y se quedó tumbado de espaldas, inmóvil ante Hadon. La empuñadura de la daga sobresalía en su enorme barriga.

Después de esto, los cuatro jóvenes utilizaron los proyectiles recuperados para matar a los cuatro gorilas que quedaban. Luego, tras saludar a la reina y al rey, se retiraron. Los servidores llenaron el campo con su presencia para arrastrar a los muertos, llevarse a los humanos heridos y preparar el terreno para los diez jóvenes y los treinta gorilas siguientes.

Al día siguiente se celebraron los funerales por los que habían muerto y un día más tarde los jóvenes se enfrentaron a las hienas. Había cuatro hienas hambrientas por cada hondero y cada uno de ellos tenía cuatro proyectiles y un hacha. Las hienas eran más peligrosas que los gorilas. Eran carnívoras, acostumbradas a cazar en manada, y habían sido alimentadas con carne humana durante dos semanas antes de dejarlas medio muertas de hambre. Sus mandíbulas podían triturar el brazo o la pierna de un hombre como si fueran de lino y poseían una tenacidad que paralizaba de miedo. De los diez jóvenes del grupo de Hadon, cinco murieron o fueron mordidos de tal forma que quedaron definitivamente eliminados de los Juegos.

Más funerales tuvieron lugar al día siguiente. Pasada esa jornada, los participantes se enfrentaban a los leopardos. Eran devoradores de hombres, que habían sido capturados en el interior de la jungla de Wentisuh. Habían sido sometidos al hambre durante tres días y a los candidatos se les había embadurnado el cuerpo con sangre de cabra para excitar a unas bestias que no necesitaban ser excitadas. Se soltaron tres de estos grandes gatos a la vez contra dos honderos, cada uno de estos provisto de dos proyectiles y una espada. Hadon fue emparejado con Gobhu, que era mejor hondero incluso que su espigado compañero. El primer lanzamiento de Hadon quebró la pata trasera de un gran macho y esto hizo que los otros dos animales, un macho y una hembra, cargaran contra Gobhu. El mulato hizo estallar el ojo de la hembra y la envió un buen trecho rodando hacia atrás. Pero el macho logró derribar a Gobhu y le destrozó la garganta antes de que el segundo proyectil de Hadon le rompiera varias costillas. Hadon le cortó la cabeza con la espada, despachó a la aturdida hembra de la misma manera y finalmente dedicó toda su atención al macho de la pata rota. Aunque muy lisiado, inició su segunda carga y Hadon le cercenó medio cuello mientras la bestia aún se hallaba en el aire.

Esa noche, él y Taro se quedaron charlando, sentados ante una mesa, en el interior de un barracón que parecía más grande y más vacío que nunca con la muertes.

—He oído por casualidad decir a un juez que Minruth estaba considerando la posibilidad de convertir los Juegos en acontecimientos anuales —decía Hadon.

—¿Cómo podría hacer eso? —respondió Taro—. ¿Cada cuánto tiempo necesita marido la Suma Sacerdotisa?

—No tendría nada que ver con eso. Celebraría los Juegos sólo para la diversión

del pueblo, por no decir la suya propia. Los ganadores obtendrían grandes sumas de dinero. Y la glorias.

Taro emitió un sonido en el que se expresaba todo su asco. Ambos quedaron en silencio durante un rato y Hadon reanudó la conversación:

—Lo que yo no entiendo es cómo piensa Minruth organizar esos juegos. El ya no será rey después de que estos terminen-;

—Quizás piense que ninguno de nosotros vaya a sobrevivir —dijo Taro.

—Eso no cambiaría las cosas. Tendrían que celebrarse nuevos Juegos.

Se estableció otro nuevo silencio, roto sólo cuando Hadon dijo:

—Hace tiempo los reyes reinaban sólo nueve años y luego eran sacrificados. Pero el primero de los Klemsaasa que llegó a gobernar —se llamaba también Minruth— abolió esa costumbre. ¿Supones que Minruth intenta negarse a dejar el trono?

Taro estaba sorprendido.

—¿Cómo podría hacer eso? ¡La propia Kho le destruiría! ¡Y el pueblo tampoco lo toleraría!

—Kho no destruyó al primer Minruth —dijo Hadon—. Y la gente que se levantó contra él fue aniquilada. Minruth controla el Ejército y la Marina, y mientras que una parte de los servicios podría rebelarse, la otra seguiría siéndole fiel. Minruth está en favor de Resu y ha tenido buen cuidado de asegurarse de que los oficiales y soldados que están a favor de Resu se encuentren en los puestos clave. Yo sólo tengo diecinueve años, pero lo sé.

—Pero, si hiciera eso, ¿qué pasaría con el vencedor de los Juegos? Habría pasado todas las penalidades ¡para nada!

—Mucho menos que para nada, si tal cosa llegara a suceder —dijo Hadon—. Sería asesinado por Minruth. Puedes estar seguro.

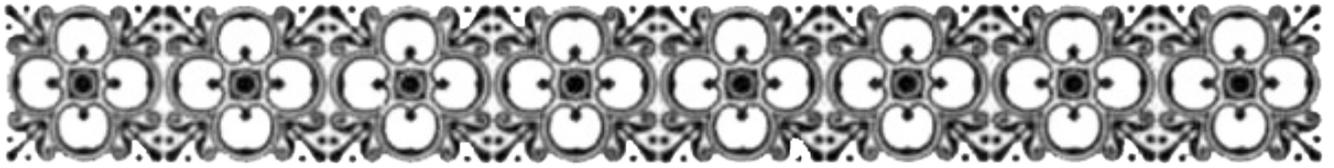
—Oh, eso no tiene ningún sentido —dijo Taro—. ¡No se atrevería!

—Quizás no. ¿Pero por qué habría oído ese juez tal rumor? ¿Quién, si no Minruth, lo podría haber originado? Lo habrá sacado como una sonda para así poder juzgar la reacción de la gente. Una cosa es segura: Minruth es excesivamente ambicioso y no es probable que se vaya a rendir fácilmente. Es viejo, tiene cincuenta y seis años, y se podría pensar que lo que quiere hacer es lo más decente. Es decir, retirarse lleno de honores, disfrutar de una vida de ocio y acariciar a sus nietos. Pero no. Minruth actúa como si fuera a vivir para siempre, como si fuera un toro joven y cachondo.

—Tú tienes que estar equivocado —dijo Taro.

—Eso espero —replicó Hadon.





Capítulo 5

El penúltimo de los Juegos duró dos días. Durante el primero, quince participantes elegidos por sorteo fueron iniciando su turno para enfrentarse a un toro al que se le habían aplicado unas agujas de bronce en las puntas de los cuernos. A cada participante se le daba una vara de tres pies de largo en cuyo extremo había pintura ocre fresca. El joven se situaba en el centro de la plaza y esperaba hasta que se soltaba al toro. Desde ese momento, su cometido consistía en marcar con ocre el centro exacto de la frente del toro. Y debía hacerlo cuando el toro estuviera frente a él.

Una vez realizado esto a satisfacción de los tres jueces, que se hallaban sentados en un palco a distancia segura del toro, el participante era libre de irse. Todo lo que tenía que hacer era correr hasta un pequeño burladero y desaparecer tras él de un salto, antes de que el toro lograra alcanzarles.

—Velocidad y agilidad —Hadon recomendó a Taro—. Eso es lo que esto requiere. Y valor. Hewako tiene valor, se lo concedo a ese cerdo mal educado. Pero es pesado y lento. Más rápido de lo que parece, pero lento aun.

Pero Hewako pasó la prueba, aunque no sin antes recibir un ligero corte en un brazo. Y en la corta carrera hasta el burladero, parecía casi un borrón, de rápido que corrió.

Taro dijo riéndose:

—Si ese toro hubiera estado detrás de él durante las carreras, Hewako las habría ganado todas.

Ese día, Taro era el último de los quince. Antes de hacer su entrada por la verja, se volvió hacia Hadon y le puso la mano en el hombro. Estaba muy pálido.

—Tuve un sueño anoche —dijo—. Bebía sangre de un cuenco que tú habías llenado.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Hadon.

—Todos los sueños nos los envían las deidades —dijo—. Pero un sueño no siempre significa lo que parece decir.

—Quizás no —dijo Taro—. De cualquier forma, los dos nos habríamos

enfrentado el uno al otro con la espada. Uno de nosotros habría vertido sangre por el espíritu del otro. ¿Por qué no nos lo jugamos a los dados, ya allá en Opar, para decidir quién iba a los Juegos? Uno de nosotros habría perdido la oportunidad de ser el rey, pero no se le obligaría nunca a derramar la sangre de su querido amigo. Nos hemos querido demasiado, incluso para pensar en eso. Y a pesar de todo, la codicia nos hizo olvidarnos de ello, la codicia y la ambición. ¿Por qué lo hicimos, Hadon? ¿Por qué no dejamos que lo decidieran los dados? Quienquiera que ganase podría haberse traído a su amigo a palacio y compartir con él su buena fortuna.

Hadon se quedó sin poder hablar, pero hizo un esfuerzo y al fin consiguió decir:

—Kho debe habernos cegado. Pero sin duda alguna, por una buena intención.

Sonó la trompeta y Taro dijo:

—¿Por qué echar la culpa a los dioses y diosas? Piensa a menudo en mí, Hadon, y no te olvides de ofrecer sacrificios de vez en cuando por mi espíritu.

—¡Has debido de interpretar mal el sueño! —le gritó Hadon desesperadamente, pero las puertas ya se habían cerrado. Taro caminó rígido hasta el centro del campo, y cuando el toro, negro, resoplando furia, salió corriendo de su cubil, Taro no se movió. El toro removía la tierra con las pezuñas y luego comenzó a galopar, dando vueltas al recinto durante un rato. Por fin, de cara al viento frente a Taro, comenzó a correr hacia él bramando y le embistió. Taro extendió el palo hacia él y le marcó la frente. Pero lo hizo con lentitud extrema, tan lentamente... de una forma muchísimo más lenta que lo que el ágil Taro solía hacer siempre cuando un peligro le había amenazado alguna vez.

Más tarde, Hadon se preguntaba si no habría sido el propio sueño el que había hecho que Taro se comportara de forma tan tarda. ¿Le habría enviado la terrible Sisiken aquella visión porque le había señalado ya para la muerte, sabiendo que el sueño en sí aseguraría su final? ¿Y para qué le quería Sisiken? ¿Por qué le había permitido sobrevivir a los Juegos hasta ese preciso momento y ya no más a partir de entonces?

¿Era porque su hermana Kho deseaba ahorrar a Hadon la agonía de tener que matarle?

No lo sabía, pero esa noche lloró en el barracón. Sin embargo, cuando cayó dormido, sintió una diminuta chispa de contento que surgía de su terrible dolor. Por mucho que le acongojara la muerte de Taro, nunca sería responsable de haber matado a su mejor amigo. Kho le había ahorrado ese trance.

Al día siguiente, Hadon protagonizó una hazaña que puso en pie a una multitud casi sin aliento y totalmente enfervorizada. Cuando el toro inició su embestida, Hadon corrió hacia él. Un instante antes de que los amenazadores cuernos se encontraran con su cuerpo, dio un gran salto hacia arriba y hacia adelante, encogió los pies, golpeó ligeramente la frente negra y peluda del animal con la punta del palo

y aterrizó sobre el lomo de la bestia. Su inercia, más la del toro, le hicieron salir despedido hacia adelante, y cayó cuan largo era sobre la arena. Pero un instante después ya estaba en pie, aunque ligeramente aturdido, y corriendo. Por detrás oía los bufidos y luego el ruido sordo de las pezuñas del toro. Y saltó sobre el burladero, que se sacudió mientras el animal topaba contra él.

Se puso en pie y miró al palco de los jueces. Estaban de pie, con las dos manos levantadas y los dedos extendidos. Había marcado a la bestia perfectamente.

Las ovaciones continuaron durante un buen rato y, momentos después, Hadon entendió por fin lo que la multitud demandaba. Pedían a la reina que le dedicase la prueba y, por tanto, que en los futuros Juegos se llamase el Día de Hadon.

Hadon sintió una sensación de felicidad exultante, atemperada por la tristeza de que Taro no estuviera allí para verle. Quizás su espíritu sí estaba, y Hadon iba a procurar que esa noche se sacrificara un toro en honor de Taro —aunque aquello le supusiera un gran quebranto económico— y le contaría todo a Taro mientras bebía la sangre que le daría fuerzas.

Y de esa forma, un día después, la prueba final comenzó. Sólo quedaban ya once de los noventa que habían comenzado. Los toros se habían cobrado un tributo que sobrepasaba con creces al de los gorilas, las hienas y los leopardos juntos. A la hora novena, sonaron las trompetas, y los veinte, vestidos solamente con taparrabos escarlata y llevando el ancho y largo tenu en una mano, comenzaron a desfilar. Se detuvieron ante el palco de Awineth y Minruth y saludaron. Awineth se levantó y lanzó al aire, por encima de las cabezas de la multitud que se encontraba debajo, una fina corona de oro. Voló hasta la arena, rodó y se detuvo junto al borde de la pista. Hadon notó que el impacto había abollado el maleable metal. Pero el vencedor podría fácilmente volverla a su ser cuando se la colocara sobre la cabezas.

Awineth estaba preciosa. Llevaba una larga falda escarlata, un collar de esmeraldas rojas y una flor escarlata en su cabello negro. ¿Y su sonrisa era para él? ¿O era para uno de los otros, por ejemplo, el alto y apuesto Wiqa?

Si fuera esto último, estaba condenada al sufrimiento, porque Hadon le cortó de un tajo el brazo izquierdo a Wiqa tras diez minutos de furiosa lucha. Wiqa era muy diestro con la espada y, si no hubiera perdido sangre dos días antes cuando un cuerno le rajó el muslo, podía haber sido más rápido ahora. Pero Wiqa fue sacado de allí, gris, moribundo, arrojando sangre a borbotones por el muñón.

Hadon se quedó mirándole y no sintió ningún alborozo por la victoria. Había matado a su primer hombre y era un buen hombre al que había matado. Que Wiqa hubiera estado tratando de matarle a él no cambiaba las cosas en lo referente a sus sentimientos.

Los torneos se llevaban a cabo de uno en uno. Al final del día, los veinte que habían empezado habían quedado reducidos a ocho. De los derrotados, ocho habían

muerto y cuatro habían recibido heridas tan serias que ya no eran capaces de sujetar la empuñadura de la espada con las dos manos.

Los funerales ocuparon la actividad del día siguiente y a ese día siguió otro de descanso para los supervivientes. Hadon se entrenó suavemente y reflexionó sobre los puntos débiles y los fuertes que había venido observando en los demás. Hewako y Damoken, un muchacho alto y esbelto de Minanlu, eran los dos peligros más serios. Los dos habían acumulado justo los puntos suficientes en las diferentes pruebas para seguir en los Juegos. Pero eran soberbios espadachines, y eso era lo que contaba ahora.

Cuando llegó el segundo día del torneo con espada, a Hadon le correspondió luchar, por sorteo, con Damoken. La batalla fue larga. Ambos sentían que la fuerza se les iba escapando de sus brazos y piernas mientras, como en una especie de baile, paraban los golpes y lanzaban estocadas. Al final, un rápido golpe de Hadon, aunque bloqueado parcialmente, seccionó la oreja de Damoken y le hirió en el hombro. Damoken retrocedió tambaleándose y se le cayó la espada de las manos. Hadon dio un paso hacia adelante y puso su pie sobre la hoja de la espada y los jueces dieron órdenes de que sacaran a Damoken del campo con toda celeridad.

—No llores —le dijo Hadon—. Es mejor estar desorejado que arrastrarte por ahí, pálido y esperando libaciones de sangre. Te deseo una vida larga y feliz.

Damoken, llevándose una mano a su cabeza ensangrentada, replicó:

—Cuando seas rey, Hadon, acuérdate de mí y haz un sitio en tu servicio para uno que, en circunstancias diferentes, podía haber sido tu rey.

Hadon se inclinó y recogió la espada y se la entregó a uno de los jueces.

Los siguientes contendientes ocuparon sus lugares y Hadon se retiró a la línea lateral. Estuvo observando cuidadosamente mientras los demás luchaban, tomando especial nota del estilo de Hewako.

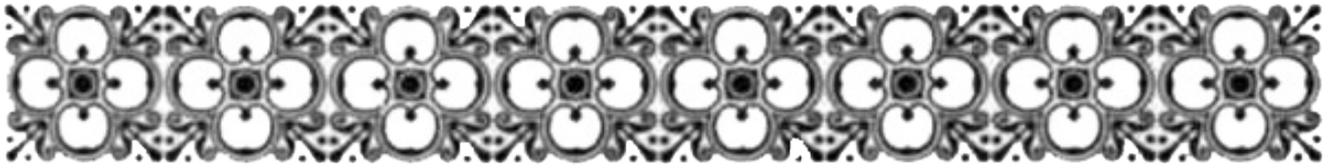
Cuando el sol había ya recorrido más de las tres cuartas partes de su camino en el cielo, Hadon de Opar y Khosin de Towina luchaban, los dos por segunda vez en aquel día. Cinco minutos después de comenzar, Hadon, aunque sangraba de un corte en el brazo izquierdo, estaba en pie y Khosin yacía muerto.

Hewako de Opar y Hadar de Qethruth se enzarzaron en la batalla final del día. Al cabo de dos minutos, Hewako dio a la espada de su oponente un golpe tal que se deprendió de sus enervadas manos. Hadar se tiró hacia ella y el filo de la espada de Hewako le seccionó el cuello.

En el tumulto que, como en una cascada, surgió entre la multitud, Hadon y Hewako permanecieron en silencio, observándose el uno al otro. Cuando transcurrieran dos días, uno de los dos estaría muerto con toda seguridad y el otro se habría convertido en el Rey de Reyes de Khokarsa. ¿Cuál sería la suerte de Hewako y cuál la de Hadon? ¿Los brazos de la terrible Sisiken o los de la apasionada y

espléndida Awineth?





Capítulo 6

Para el combate final se había levantado una plataforma junto al muro cercano donde se sentaban la reina y su padre. Tenía quince pies de altura, sólo cinco por debajo del borde del muro que cercaba el campo, y se hallaba situado a cinco pies más abajo y a diez pies de distancia del palco real. Su superficie era un cuadrado de tablas de caoba perfectamente ensambladas de treinta por treinta pies. En él estaba pintado un círculo blanco de veinticuatro pies de diámetro. Una línea blanca cortaba el círculo en dos. El área exterior del círculo era para el árbitro. Su única misión era dar comienzo al combate y, más tarde, cortar la cabeza de cualquier competidor si se salía del círculo durante la pelea. También estaba allí para asegurarse de que sólo un vencedor abandonaba vivo el círculo.

Cuando el Dios Flamígero alcanzaba su cénit, sonaron doce trompetas. Awineth y Minruth se sentaron en su palco sobre mullidos cojines y bajo la sombra de un dosel. Las trompetas sonaron de nuevo y la multitud se sentó en la dura piedra y bajo un sol de justicia. Al tercer toque de trompeta, Hewako y Hadon aparecieron por puertas situadas en los extremos opuestos del campo. Ambos estaban desnudos y llevaban las espadas enhiestas. Detrás de cada uno caminaba una sacerdotisa desnuda que iba tocando lentamente un gran tambor mientras los jóvenes se dirigían hacia la plataforma. Ambos se encontraron a los pies de la amplia escalinata de caoba que ascendía hasta la plataforma, se inclinaron ante el juez, repitieron la reverencia el uno al otro y luego siguieron al juez que iniciaba ya el ascenso por los escalones. Las sacerdotisas permanecieron abajo, tocando lentamente los tambores.

Dentro ya del círculo, los dos jóvenes se situaron frente a sus gobernantes. Hewako a la izquierda de la línea bisectriz, Hadon a la derecha. Las trompetas sonaron de nuevo, los tambores de las sacerdotisas enmudecieron, los dos oponentes elevaron las espadas con una sola mano por encima de sus cabezas y gritaron:

—¡Que Kho decida!

—¡Y Resu! —bramó Minruth.

Los que se encontraban en las cercanías del rey dieron un respingo. Awineth se incorporó rígida de su posición reclinada y dijo algo a Minruth. Este se rió e hizo una

señal al juez para continuar.

El juez se había sobresaltado por la irregular intervención de Minruth, pero se recuperó rápidamente. Se situó en el borde exterior del círculo al final de la línea bisectriz, puso en alto su espada y gritó:

—¡A vuestros puestos!

Los dos giraron el rostro hacia el oponente, cada uno a un lado de la líneas.

—¡Cruzad las puntas!

Las dos espadas se elevaron hasta situarse a cuarenta y cinco grados con respecto a sus dueños y se tocaron por sus puntas cuadradas. Hadon se mantenía erguido, con sus ojos verdes fijos sobre los ojos marrones de Hewako. Su mano izquierda sujetaba el pomo de la empuñadura que medía un pie de largo, y la derecha agarraba la empuñadura por detrás de la guarda circular.

La empuñadura de hierro estaba recubierta de apretada piel de serpiente pitón. La hoja de hierro al carbono tenía una longitud de cinco pies y dos pulgadas, dos filos, estaba ligeramente curvada en el extremo inferior y terminaba en cuadrado. Su nombre era Karken, o Árbol de la Muerte, y había sido hecha, a alto costo, por el legendario herrero Dytaves de Miklemres para el padre de Hadon. Con ella, Kumin había matado a cincuenta y siete guerreros —diez *numatenu*, siete mujeres-guerreras del Mikawuru y cuarenta Klemqabas— y un león.

—Aquel mago prodigioso, que sólo tenía una pierna, me dijo que había soñado con Karken la noche antes de terminar su trabajo, antes de enfriar su hoja caliente en sangre de serpiente —había dicho Kumin a su hijo—. Dytaves dijo que había tenido una visión en la que el poseedor de Karken estaba sentado en un trono de marfil. Y a su lado se encontraba la mujer más bella que jamás había visto en su vida, una auténtica diosa. Y alrededor de él había una verdadera multitud alabándole como el mejor espada del mundo y como el salvador de su pueblo.

»Pero Dytaves no pudo ver con claridad el rostro del hombre que tenía a Karken en sus manos. Evidentemente no era yo. Espero que fueras tú. De cualquier manera, toma esta espada, Hadon, y no hagas nada que la deshonne. Y por lo que respecta a aquel sueño, no pienses demasiado en él. Los herreros son borrachos reconocidos. Dytaves, aunque era el más grande de los herreros, también era el más tenaz de los bebedores.

Hadon pensaba en las palabras de su padre cuando oyó al árbitro gritar:

—¡Comenzad y terminad!

El hierro comenzó a sonar. Hewako había sobrepasado la línea, adelantando primero el pie derecho, y lanzado un rápido golpe contra el hombro izquierdo de Hadon. Este se había adelantado también, aunque sólo medio paso, y acertó a parar el golpes.

—Mira a los ojos —su padre le había dicho muchas veces—. Con frecuencia te

dicen lo que va a venir después. El movimiento de los pies es secundario en cuanto a importancia, pero a menos que sepas lo que el hombre va a hacer, o lo que él piensa que va a hacer, el juego de piernas no significa nada. El valor y la fuerza son importantes también, pero la vista y el movimiento de pies están primero.

Y Kumin también decía, una y otra vez:

—Inmediatamente después de la defensa, la contraofensivas.

También había dicho:

—Haz lo inesperado, pero que no sea sólo como novedad. Lo inesperado debe tener un punto, una meta en mente que lo convencional, lo esperado, no pueda alcanzar .

Hewako se echó atrás y levantó la espada por encima de la cabeza. Tuvo que retroceder al hacer esto, porque Hadon, rápido como era, habría dirigido su espada hacia un costado y le habría producido un profundo corte en las costillas. Pero al dar un paso atrás, Hewako evitó que Hadon actuara según lo previsto. Entonces Hewako planeó lanzarse hacia adelante y bajar la espada por delante de él, derecha hacia la coronilla de Hadon. Hadon tendría que parar el golpe para evitar que su cráneo acabara partido en dos. No se atrevería a alcanzar a Hewako a pesar de que estaría totalmente abierto. Si hería a Hewako, Hadon aún recibiría de lleno el golpe en la cabeza. Y estaría muerto.

Al menos eso pensaba Hewako. Pero al retroceder Hewako, Hadon se echó hacia adelante. En lugar de meter la espada con un movimiento de corte, la utilizó como estoque. Y Hewako, que podía haber parado un tajo, fue cogido totalmente desprevenido.

La estocada no fue mortal, ni siquiera para herirle gravemente. La punta roma de Karken, aunque había sido impelida con fuerza, no pudo hacer otra cosa que romper la piel. Pero se encajó en la garganta de Hewako, en la base, justo encima del esternón. La boca de Hewako se abrió aún más, los ojos se le salían de las órbitas y un ronco y doloroso sonido salió de su garganta herida. Y la sorpresa y la angustia le impidieron hacer descender la hoja de su espada.

Hadon había retrocedido inmediatamente después del golpe en previsión de que Hewako pudiera completar su mandoble. Ahora Hewako, sangrando por la brecha abierta encima del esternón, la cara roja de ira, cargó, haciendo descender el filo furiosamente. Hadon se adelantó un paso y puso su espada en alto para que Hewako golpeará allí oblicuamente y se hizo a un lado. Y nada más oír el ruido del golpe, Hadon supo inmediatamente que Hewako estaba condenado a morir. Algo había pasado de la espada a su brazo y había corrido hasta su pecho. Algo le dijo que no podía perder esta pelea, que a Hewako le quedaban sólo unos pocos minutos de vidas.

Pero no era él el único que lo sabía. Hewako había palidecido y el sudor que brillaba en su piel, el sudor que poco antes parecía tan caliente, ahora tenía un aspecto

frío. De hecho, todo su cuerpo se le había puesto de carne de gallina. Y sus ojos se habían apagado.

Sin embargo, luchó valerosamente, y nadie de entre el público pudo tener motivos para saber lo que había sucedido entre él y Hadon. Habrían notado sólo que Hadon tomaba la ofensiva, que paraba cada golpe que le dirigía Hewako, que trapasó tres veces la guardia de Hewako y le había infligido profundos cortes, uno en el costado derecho, otro en el costado izquierdo y otro en el hombro derecho.

De repente, Hewako retrocedió tres pasos, levantó la espada por encima de su cabeza y, gritando, corrió hacia Hadon. Hadon se adelantó, levantó su hoja y cazó el potente golpe de Hewako contra él, le apartó la espada a un lado y una vez más atacó la base de la garganta de Hewako. Aquella mole cuadrada retrocedió tambaleándose, dejó caer la espada al suelo y se llevó las manos a la garganta. Hadon adelantó un pie y lo puso sobre la espada de Hewako. La multitud rugía, aunque había abundantes abucheos y silbidos entre los aplausos. Evidentemente muchos pensaban que, de alguna forma, había algo antideportivo en el uso del golpe de estoque por parte de Hadon. Aquello no se había visto con frecuencia. Los profesionales, sin embargo, miraban a Hadon con aprobación y hablaban discretamente de su técnica tan poco ortodoxa. Ninguno admitía que a ellos también les habría sorprendido con la guardia descubierta, pero que no había duda de que la técnica había sido utilizada de manera apropiada en ese torneo. Después de todo, Hewako era un aficionado.

Y pronto sería también un aficionado muerto. Se sostuvo en pie junto al borde del círculo, respirando con dificultad, sudando de tal forma que el agua formaba un charco a sus pies, con una mano apretada en su sangrante garganta y los ojos mareados.

Finalmente, dijo con voz ronca:

—¿Así que has ganado, Hadon?

—Sí —dijo Hadon—. Y ahora debo matarte, tal como mandan las reglas. ¿Tengo tu perdón, Hewako?

Hewako dijo débilmente:

—Te veo, Hadon.

Hadon dijo:

—¿Qué? ¿Que me ves?

—Sí —dijo Hewako—. Te veo a ti y veo tu futuro. Sisisken ha abierto mis ojos, Hadon. Te veo en un tiempo lejano, aunque no tan lejano para que seas un anciano. Porque tú vivirás hasta pasar tu juventud, Hadon, pero nunca llegarás a viejo. Y tu vida se verá turbada. Y habrá muchas veces en que me envidiarás, Hadon. Y veo... yo veo...

Hadon sintió un frío extraño, como si el espíritu de Hewako hubiera abandonado su cuerpo y hubiese pasado junto a él. Pero Hewako todavía seguía vivo, aunque la

multitud gritaba a Hadon que lo matase y el árbitro gesticulaba para que terminase con el asunto.

—¿Qué es lo que ves? —dijo Hadon.

—Sólo sombras —respondió Hewako—. Sombras que tú verás bastante pronto. Pero escucha, Hadon. Veo que jamás serás el Rey de Reyes. Aunque hoy seas el vencedor, nunca te sentarás en el trono del soberano de Khokarsa. Y te veo en lejanas tierras, Hadon, y una mujer de dorado cabello y los ojos violeta más extraños y...

—¡Ataca, Hadon! —gritaba el árbitro—. El rey y la reina están impacientes. ¡Ya han señalado dos veces que debes atacar!

—¿Me perdonas, Hewako? —dijo Hadon.

—Nunca —contestó Hewako—. Que mi sangre caiga sobre tu cabeza, Hadon. Que mi espíritu te traiga la mala suerte y un final horrible, Hadon.

Hadon se sentía horrorizado, y el árbitro gritaba:

—¡Esas no son las palabras de un guerrero, de un héroe!

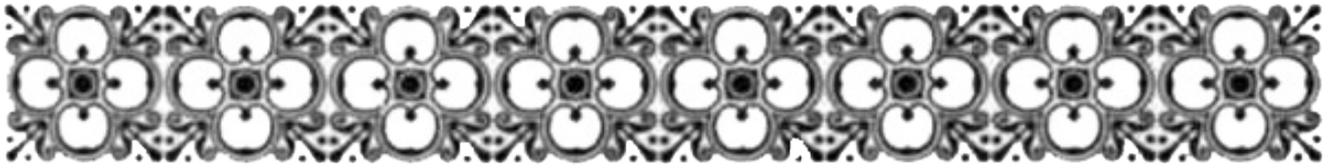
Hewako sonrió débilmente y dijo:

—¿Y qué me puede importar a mí?

Hadon se adelantó un paso, blandió la espada lateralmente y la cabeza de Hewako cayó rodando por el suelo, seccionada por Karken, hasta casi salirse del borde de la plataforma. Pero fue cogida al aire en el último momento por el árbitro. El cuerpo de Hewako se vino abajo mientras del cuello salía la sangre a borbotones y bañaba a Hadon de pies a cabeza. Hadon cerró los ojos y aguantó, y cuando los abrió de nuevo pensó que había visto como un destello de algo pequeño y borroso que saltaba del cadáver y desaparecía tras el borde de la plataforma. Pero seguramente era una jugarreta de su imaginación. Al menos, eso esperaba que fuera.

Y luego la sacerdotisa subió a la plataforma con cubos de agua para lavar el estrado y lavarle a él y pronunciar las palabras purificadoras.





Capítulo 7

Las ceremonias fúnebres finales tuvieron lugar al día siguiente. Aunque a Hadon no le apetecía hacer sacrificios en honor de Hewako, tuvo que hacerlos. Eso era lo que se esperaba de él, pero —e incluso esto era aún más importante— si se olvidaba de derramar la sangre de un toro para que bebiera Hewako, el espíritu del muerto le perseguiría por siempre y la mala fortuna y una muerte prematura serían su sino. El propio dinero de Hadon era demasiado poco para comprar el magnífico ejemplar de toro que se necesitaba, pero al tratarse de alguien que está a punto de ser rey, no tuvo problemas a la hora de conseguir crédito.

De hecho, había muchos que estaban deseando darle el dinero, aunque era evidente que esperaban favores después de que hubiera ascendido al trono. Estaba empezando a sentirse asediado por gentes que querían favores, que clamaban por una justicia que él no estaba en condiciones de impartir o que sólo querían tocarle por la buena suerte que les podría dar o porque el contado podría curar sus enfermedades. Hadon se retiró a los barracones, aunque no pudo librarse del clamor.

Y llegaron los oficiales que debían prepararle para los días venideros. Le dijeron cómo debería ir al palacio al día siguiente, qué ropas debería llevar y qué palabras tradicionales debería pronunciar y qué gestos debería hacer.

Mokomgu, el chambelán de la reina, le informó también de las restricciones a las que se vería sometido durante los años venideros.

—Si me perdonas por hablarte así —comenzó Mokomgu—, te diré que tú eres un joven de diecinueve años y que no tienes experiencia en gobernar nada, y mucho menos el poderoso Imperio de Khokarsa. Por suerte, tu esposa ha sido adiestrada en los deberes de la gobernación desde que contaba cinco años y, por supuesto, ella lleva el control de todo en el gobierno, excepto los asuntos militares, navales y de ingeniería. ¿Pero qué sabes tú de los pormenores, de las interioridades, de las complejidades del Ejército, de la Marina y de la construcción de carreteras y fuertes y edificios gubernamentales y templos erigidos a Resu?

Hadon tuvo que confesar que no sabía nada de esos menesteres.

—Te llevará por lo menos diez años ponerte al tanto de todo lo necesario para

hacer funcionar los asuntos eficazmente. Y luego aún queda, por supuesto, la política. Hay muchos grupos de poder dentro de la Corte, y debes entender lo que quieren y por qué lo quieren. Y debes tomar decisiones, decisiones sencillas basadas en razones complejas, y todo por el mayor bien del Imperio.

Hadon, paralizado por la responsabilidad y la conciencia de su ignorancia, se limitaba a afirmar con la cabezas.

—Minruth puede aconsejarte, pero no tiene ninguna obligación de hacerlo —dijo Mekomgu—. Sin embargo, él no es el tipo de hombre que se resigne a estar sin hacer nada, y sin duda alguna deseará concederte el beneficio de su sabiduría y experiencia. Pero tú, por otro lado, no tienes por qué aceptar su consejo.

Mekomgu hizo una pausa, sonrió y añadió:

—Tú ya tienes una ventaja de partida. Sabes leer y escribir tan bien como cualquier funcionario de la Administración. Lo cual es una auténtica bendición. Hemos tenido reyes que eran analfabetos cuando llegaron al trono y murieron sin haber alcanzado una mediana instrucción. Pero te hemos investigado y hemos averiguado que tú, aunque pobre y sin fondos para contratar a un maestro, aprendiste por tu cuenta el silabario y la aritmética. Esa es una señal de ambición y de inteligencia. Awineth se mostró encantada cuando se enteró de ello, y nosotros también. Hubo alguno que no estuvo tan encantado, ya que les gustaría estar pegados a un rey que no sepa leer informes y deba depender de los que saben.

—Hewako no sabía leer bien —comentó Hadon—. ¿Qué habría pasado si hubiera ganado?

—Awineth no tiene la obligación de aceptar al vencedor —respondió Mekomgu—. El hecho de que ella no anunciara su rechazo hacia ti tras la prueba final significa que te encuentra agradable. A ella le gustas y piensa que eres guapo y tienes las cualidades de un gran guerrero, sin mencionar las de marido.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Hadon.

—Nuestro servicio de información ha interrogado a toda mujer de la que se tenga noticia de que se ha acostado contigo —dijo Mekomgu—. Y todas informan que eres excepcionalmente viril. Eso no es necesario, por supuesto, pues la reina puede elegir amantes si lo desea. Pero ella te admira y se siente complacida de que seas de buen carácter.

«¿Qué puede significar débil de carácter?», pensó Hadon. Awineth estaba acostumbrada a hacer lo que quisiera. Su breve encuentro con ella así se lo había demostrado.

—¿Y qué más pudieron averiguar vuestros espías? —dijo Hadon—. Empezaba ya a sentir que se le iba subiendo la sangre a la cabeza, que se le subía del todo, en definitivas.

—Que eres un buen conversador, que bebes moderadamente, que eres maleable,

trabajador, responsable, aunque todavía dado, a veces, a travesuras juveniles y capaz de recibir castigo si lo mereces. En definitiva, aunque sólo tienes diecinueve años, tienes las cualidades de un hombre magnífico. Y las de un rey magnífico. Eres un gran atleta, por supuesto, pero las cosas ya no son como lo eran en los viejos tiempos. Los músculos y una fuerte resistencia son cualidades que no tienen ninguna importancia para el trono.

Tras una pausa, continuó Mekomgu:

—Awineth se siente complacida de que seas un devoto adorador de Kho, lo contrario, añadiría yo, de su propio padre. Aunque, por supuesto, ella dudaba al principio de tu relación con Kwasin. Pero le aseguraron que no podías evitar ser primo carnal de ese violador de sacerdotisas y asesino de guardianes del templo. Además, nos aseguramos de que a ti no te gustaba Kwasin. ¿Y a quién le gusta?

—¿Hay algo que no sepáis ya de mí? —dijo Hadon.

—Muy poco —respondió Mekomgu.

«No te muestres tan engreído —pensó Hadon—. Lo que yo fui no augura lo que seré.»

Al día siguiente, tras un servicio religioso en el gran bosque de robles sagrado, arriba en la falda del Khowot, las sacerdotisas dieron a Hadon un baño ritual. Fue ungido con aceite balsámico de dulce olor y vestido con un gorro de plumas de águila pescadora, una falda de las mismas plumas y sandalias de cuero de la piel de un hipopótamo sagrado. Y puesto que Hadon era miembro del Tótem del Pueblo de la Hormiga, sobre el pecho se le pintó en rojo la cabeza estilizada de una hormiga. Inició su marcha, detrás de una silenciosa banda de músicos, hasta una tumba vacía en la Vía de Kho. Allí se le mostró su corona dorada, colocada en el fondo de la tumba. Tenía que saltar hasta ella, recogerla y luego volver a la superficie. Durante esta ceremonia, una sacerdotisa salmodiaba:

—¡Recuerda, aunque seas rey, que todos, reyes y esclavos, han de acabar aquí!

Luego, con la corona en una mano, caminó detrás de la banda, que tocaba con fuerza música marcial, mientras detrás de él venían sacerdotes y sacerdotisas, una guardia de soldados provistos de lanzas, el chambelán de la reina y su plana mayor y una verdadera multitud de curiosos.

Todos marchaban por la calle, cuyos lados se encontraban atestados de espectadores que le vitoreaban y le arrojaban pétalos de flores. Hadon sentía que su entumecimiento se iba deshaciendo con el calor del regocijo del triunfo. Ante las grandes puertas de la muralla de la Ciudad Interior, llamó con su corona, gritando que abrieran en nombre del ganador de los Juegos. Las puertas se abrieron de par en par y él las traspasó y pronto se encontró ascendiendo por los amplios y empinados escalones de la ciudadela. A su final, repitió la llamada y la demanda de entrada y las puertas de la ciudadela volvieron a abrirse de par en par.

Poco después se encontraba en el salón del trono, la enorme habitación con el alto techo en forma de cúpula que ya conocía, y pronunciando las palabras rituales para que Minruth descendiera del trono y le permitiera sentarse al lado de la Suma Sacerdotisa y Reina de los Dos Mares. Sin embargo, no se esperaba en realidad que Minruth dejara, entonces, el trono. Su papel era reconocer el derecho de Hadon al trono. Hasta que no tuviera lugar la ceremonia del matrimonio tres días después, Hadon no sería aún oficialmente el rey.

Minruth, sonriendo como si en realidad estuviera encantado, contestó, y fue entonces cuando Hadon se dio cuenta de que los asuntos no llevaban un curso automático. Debería haberse sentido advertido por el aspecto furioso de Awineth y el porte y los pálidos rostros de los cortesanos.

—De buen grado, oh Hadon, descendería yo de un lugar que impone cargas tan pesadas y una gloria en la que hay más de plomo que de oro. Mi hija desea un hombre joven y apuesto, un joven vigoroso, que gobierne con ella y la complazca, como tantas veces me ha dicho.

En este instante dirigió una mirada venenosa a Awineth, que le miraba furiosas.

—Pero lo que yo, el rey, deseo, y lo que el gran Resu y Kho desean no es con frecuencia lo mismo. Y nosotros los mortales debemos inclinarnos ante las palabras de los dioses.

Y prosiguió:

—Pues bien. Como sin duda alguna habrás oído, Hadon, un hombre ha venido a nosotros recientemente desde las Tierras Vírgenes allende las montañas Saasares. Se trata de Hinokly, único superviviente de una expedición que yo envié hace algunos años para explorar las costas del gran mar del otro lado de las Tierras Vírgenes, en los confines del mundo. Mientras tú desplegabas tu heroico valor en los Juegos, él vino hasta nosotros, hasta mi hija y hasta mí. Y nos relató un viaje horripilante. Nos habló de hombres muertos por la enfermedad, por los leones, por la gran bestia del cuerno en la nariz, el *bok'ul'ikadeth*, por el *gran qampo* de colmillos grises, de muertos ahogados y, la mayoría de ellos, muertos por las flechas de las tribus salvajes. Por flechas que nuestros enemigos pueden usar pero que Kho ha prohibido que usemos nosotros, para desventaja grande de su pueblo.

—Cuidado, Padre —dijo Awineth—. Estás pisando un terreno peligroso.

—Yo sólo digo la verdad —contestó Minruth—. Sea como fuera, la expedición alcanzó el poderoso mar que circunda el mundo en el nortes.

Tras una breve pausa, añadió en voz muy alta:

—¡Y en sus orillas encontraron al gran dios Sahhingar en persona!

Hadon sintió que un temor reverencial ocupaba el lugar de su furia. Sahhingar, el Dios de los Ojos Grises, el Dios Arquero. Sahhingar, dios de las plantas, del bronce, del propio tiempo. Sahhingar, dios exiliado, hijo de Kho caído en desgracia. ¡Y los

hombres lo habían visto!

—Y no sólo le vieron. ¡*Hablaron* con él! Cayeron de rodillas y le adoraron, pero él les ordenó que se levantaran y se tranquilizaran. Y sacó de los árboles cercanos a tres personas, mortales, que se habían escondido allí. La primera era una mujer alta, bella como nunca se podría soñar, con el cabello de oro y ojos como una diosa, unos ojos de color violeta. Al principio nuestros hombres creyeron que era la propia Lahla, la diosa de la luna, porque Lahla tiene el pelo dorado y los ojos de color violeta, si podemos creer a las sacerdotisas. ¿No es verdad, Hinokly, que ella se parecía a Lahla?

Hablaba a un hombrecillo delgado y de baja estatura que parecía tener unos treinta y cinco años de edad y que se encontraba junto a la multitud.

—¡Que la propia Kho me destruya y caiga al suelo si estoy mintiendo! —dijo Hinokly con voz agudas.

Los cortesanos que se hallaban cerca retrocedieron, pero Hinokly se mantuvo en calmas.

—¿Y no tenía ella un nombre que sonase muy parecido a Lahla? —preguntó Minruth.

—Ella hablaba una lengua muy extraña, oh Rey de Reyes —respondió Hinokly—. Los sonidos de su lengua son misteriosos. Pero para mis oídos su nombre era Lalila.

—Lalila —dijo Minruth—. *Luna del cambio* en nuestra lengua, aunque ella les dijo que en la suya significaba otra cosa. Y afirmaba que no era ninguna diosa. Pero ya se sabe que los dioses y las diosas mienten cuando descienden entre los mortales. De cualquier forma, diosa o mujer, ella reconoció que Sakhindar era su señor. ¿No es cierto, Hinokly?

—Es verdad, oh Rey de Reyes.

—Entonces no es una diosa, Padre —dijo Awineth—. Ninguna diosa inclinaría su cabeza ante un simple dios.

Minruth, con el rostro contorsionado, dijo:

—¡Las cosas cambian! Y yo encuentro significativo que esta mujer de divina belleza sea la luna del cambio. Quizás su nombre sea un presagio. De cualquier modo, esta mujer estaba acompañada de otros dos seres: una criatura, su hija, que tenía el mismo cabello dorado y los mismos ojos violeta que su madre, y un hombrecillo llamado Paga.

—Perdón, mi señor, es Pag —corrigió Hinokly.

—Eso es lo que he dicho, Paga —afirmó Minruth.

Hinokly se encogió de hombros. Y Hadon, que poseía fluidez en varias lenguas, entendió. La lengua khokarsana no tenía sílabas que terminasen en *-g*, y por eso el khokarsano corriente pronunciaría el nombre de acuerdo con las reglas de su lengua

nativa. Tampoco había sílaba equivalente a *pa*, pues las sílabas que comenzaban por *p* se reducían a *pe*, *pi*, *poe*. Pero dicha sílaba era fácil de pronunciar para un khokarsano.

—Este Paga es un enano con un solo ojo, porque el otro se lo vació una roca lanzada por una mujer con un temperamento de perra —dijo Minruth, dirigiendo una mirada a su hija para captar su reacción. Awineth se limitó a arrugar la frentes.

»Lleva consigo una enorme hacha, modelada con una clase de hierro que es muchísimo más resistente que el que tenemos nosotros. Paga dice que es hierro procedente de una estrella fugaz y que la convirtió en hacha para un héroe llamado Wi. Este Wi está ya muerto, pero fue el verdadero padre de la niña, cuyo nombre suena como Abeth. Y antes de morir, entregó el hacha a Paga y le dijo que la guardara consigo hasta encontrar a un hombre que fuera lo suficientemente grandioso para recibirla como regalo. Pero el hacha es...

—Vamos al grano, padre —dijo Awineth con aspereza.

—No debemos disgustar a la Suma Sacerdotisa de Kho —dijo Minruth girando sus ojos en redondo—. Muy bien. El propio Sakhindar ordenó a mis hombres que se llevaran a Lalila, a la niña Abeth y a Paga y las trajeran a esta ciudad. Les ordenó, bajo pena de terribles castigos, que tuviesen buen cuidado de ellos y que hicieran todo lo posible para que fueran recibidos como huéspedes de honor. A él le era imposible venir con ellos, porque tenía otros asuntos entre manos, aunque no mencionó de qué tipo de asuntos se trataba. Pero prometió venir aquí algún día para asegurarse de que Lalila y los demás recibían los honores debidos. Cuándo, eso no lo dijo. Pero lo que los dioses prometen, lo cumplen.

—¿Y qué ocurre con la prohibición de Kho? —dijo Awineth con fuerte voz—. ¿Se va a atrever Sakhindar a volver a la tierra de la que su excelsa madre le expulsó?

—Sakhindar dijo que no tenía noticia de tal prohibición —dijo Minruth mostrando a las claras su contento—. Quizás las sacerdotisas no nos hayan dicho la verdad.

Awineth exclamó:

—¡Ten cuidado, Padre!

Y añadió Minruth:

—O, más probablemente, malinterpretaron los oráculos. O quizás Kho, al ser hembra, cambió de idea. Se ha ablandado y querrá ver a su hijo caminar de nuevo entre el pueblo al que concedió tan grandes dones en los días de nuestras antepasadas.

»Pero en su viaje de vuelta, el mal se cebó sobre el grupo. Fueron asaeteados con flechas por los salvajes, las flechas que Kho nos había prohibido utilizar, a nosotros, a su pueblo elegido. Nuestros hombres trataron de escapar en piraguas de troncos que habían encontrado, pero los salvajes mataron a muchos desde la orilla y luego persiguieron al resto con barcas. La embarcación que llevaba a Lalila, a la niña y al

hombrecillo volcó y lo último que los hombres de la otra embarcación vieron de ellos fue que estaban luchando a brazo partido para sobrevivir en el agua. Y de los hombres que lograron escapar, sólo Hinokly sobrevivió para traernos las noticias. ¿No es verdad, Hinokly?

—Las Tierras Vírgenes son terribles, oh Rey —respondió Hinokly.

—Es horrible que tengas que viajar por ellas de nuevo —dijo Minruth—. Pero considérate afortunado, Hinokly. Deberías haber sido desollado vivo por abandonar a la gente cuya seguridad te fue confiada por Sakhindar. Sin embargo, yo soy un rey misericordioso y, tras haber consultado con mi hija, se decidió que deberías dirigir la expedición de rescate, puesto que sólo tú conoces dónde está Lalila. O estaba.

—Estoy agradecido al rey y a la reina por su misericordia —respondió Hinokly, aunque no parecía demasiado agradecido.

Aquel temor reverencial de Hadon estaba siendo sustituido por una ira creciente. No sabía con exactitud lo que el rey tenía en mente, pero pensó que, en términos generales, lo podía suponer. Lo que no acababa de entender era que Awineth parecía estar de acuerdo con su padres.

—¿Qué significa todo esto? —gritó—. ¿Por qué la antigua ceremonia ha sido interrumpida con este cuento, por muy maravilloso que sea?

Minruth rugió:

—¡Hasta que no te sientes en este trono, solamente hablarás cuando se te pida que lo hagas!

Awineth intervino entonces:

—En pocas palabras, esto significa que nuestro matrimonio se debe retrasar hasta después de que vuelvas de las Tierras Vírgenes con esa mujer y con el hacha. No es cosa mía, ni tampoco mi deseo. Hadon, yo te tendría en este trono y en mi lecho tan pronto como fuera posible. Pero incluso la Suma Sacerdotisa debe obedecer la voz de Kho.

Minruth sonrió y dijo:

—¡Sí, incluso la Suma Sacerdotisa! ¡Dejaríamos de observar una antigua costumbre si no escucháramos la voz de Kho!

—Si pudiera hablar... —dijo Hadon, mirando a Awineth.

—Puedes.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que he sido elegido para dirigir esta expedición?

—Tu inteligencia es rápida, Hadon. Tienes razón.

—¿Y que no voy a ser tu marido hasta que haya regresado con esa mujer, el hacha y, supongo, la niña y el hombrecillo, puesto que Sakhindar ha ordenado que todos sean traídos sanos y salvos a Khokarsa?

—Debo decirte, con harta pena, que eso es verdad.

—¿Pero por qué he sido yo el elegido? Estoy seguro de que tú no...

—¡Yo no! Fue mi padre el que sugirió que había que hacerlo. ¡Y yo dije que no! Pero entonces afirmó que este no era un asunto de simples mortales, que las deidades estaban por medio. Y llegamos hasta las faldas del Khowot, al Templo de Kho y allí hablamos con la sacerdotisa-oráculo.

—¿Qué debemos hacer? —le preguntamos—. ¿Qué desea la propia Kho que se haga en este asunto, si verdaderamente quiere que se haga algo?

»Y de esa forma entramos en la cueva donde vela la sacerdotisa, donde surge el peligroso aliento de los fuegos subterráneos. Y la sacerdotisa se sentó en su escabel de tres patas y respiró los humos, mientras mi padre y yo, con los rostros tapados con las capas, nos sentábamos en un rincón sobre la dura y fría piedra. Y poco después, la pitonisa habló con una voz extraña, mientras parecía que la cueva se llenaba de luz. Mi padre y yo nos tapamos los ojos con las manos, puesto que quienquiera que vea a Kho y su gloria quedará cegado para siempre, y escuchamos trémulos Su voz. Y Ella dijo que el más grande héroe de la tierra debería salir inmediatamente a buscar a la hechicera del mar y a la hija de la hechicera y al pequeño hombrecito tuerto y al hacha. Y el héroe no debería demorarse buscando desahogo con ninguna mujer, ni casarse, ni llevar a cabo ningún negocio. Y la voz dijo que la mujer y el hacha podían traer el bien o el mal, o ambos, a estas tierras, pero que había que buscarlas, a ella y al hacha. No dijo nada de tu regreso, sólo que el héroe debía emprender inmediatamente la búsqueda. Ni tampoco dijo nada de Sakhindar.

Hadon, lleno de respetuoso temor, de momento no dijo nada, pero luego habló:

—¿Y cuándo sucedió esto, oh Reina?

—Anoche, Hadon. Mientras tú dormías con la corona de oro del vencedor en tu cama y sin duda soñabas conmigo, mi padre y yo corríamos por la ladera arriba del formidable Khowot.

—¿Pero por qué soy yo el héroe más grande de todo el país? —preguntó.

—Eso no necesita respuesta —refunfuñó Minruth.

—Pero tú, oh Rey, eres el vencedor de los anteriores Juegos y te sientas en el trono y dirigiste a tus soldados en la toma de la ciudad rebelde de Sakawuru y derrotaste a los Klemqaba con tanta severidad que ahora ya pagan tributo, al menos en la costa, y fuiste tú el que mató al destructor leopardo negro con sólo tus manos desnudas. Seguro que tú eres el héroe de quien hablaba la sibilas.

Minruth se le quedó mirando unos instantes y luego soltó una gran carcajada.

—Eres sagaz, Hadon, y seguramente algún día serás un buen rey. Es decir, si atraviesas las Tierras Vírgenes sin sufrir daño alguno y cumples el encargo de Sakhindar. No, Hadon. Yo me estoy haciendo viejo y mis hazañas fueron realizadas hace mucho tiempo. Son necesarias nuevas hazañas para que figuren en la mente de las gentes y de las deidades, y no viejas y rancias hazañas. Algún día te darás cuenta, Hadon. Quizás. Pero no intentes librarte de esto con palabras, como dice la fábula que

la zorra hizo con la trampa. Las noticias de este acontecimiento están siendo publicadas ahora y se van a enviar a todas las ciudades del Imperio. Y en este mismo momento, los pregoneros están informando al pueblo de Khokarsas.

—¿Entonces, cuándo parto? —preguntó Hadon.

Awineth, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, se levantó y dijo:

—En este mismo momento, Hadon.

La reina descendió del trono y le tendió la mano.

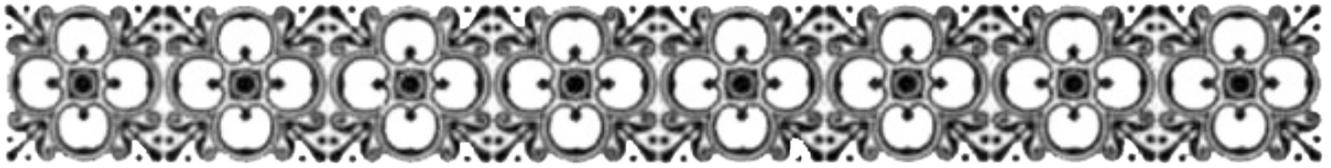
—Bésala, Hadon, y recuerda que seré toda tuya cuando regreses. Me afligiré por ti, pero debo obedecer la voz de Kho, al igual que los demás mortales deben obedecerla, incluso las reinas.

Hadon puso una rodilla en tierra y le besó el dorso de la mano. Después se levantó y la cogió por sus suaves y blancos hombros, atrajo hacia sí sus cálidos pechos y la besó en los labios. Hubo un momento en que todo el mundo se quedó boquiabierto, momento al que siguió el murmullo de la gente y un bramido sofocado de Minruth. Pero ella respondió afectuosamente y luego se retiró, sonriente, aunque las lágrimas aún permanecían en sus ojos.

—Cualquier otro hombre habría muerto al instante si antes no le hubiera pedido que me tomara en sus brazos —dijo—. Pero sé que tú eres el hombre al que amo y que eres digno de mí. Así que apresúrate en partir y en volver, Hadon. Te estaré esperando.

—¡La voz no dijo nada de su regreso! —gritó Minruth. Pero Hadon dio media vuelta y salió. En ese momento se sentía feliz.





Capítulo 8

Su animación no duró mucho. Para cuando llegó a los muelles, estaba ceñudo y con el rostro enrojecido por la indignación. No respondió a las masas que le vitoreaban y le lanzaban pétalos de flores o trataban de romper la barrera de los guardias para tocarle. Casi no los veía ni oía. Su pensamiento estaba concentrado en su interior y retrocedía al salón donde se encontraban el trono y la mujer, de los que se veía privado por culpa de aquella estafa.

Se dio cuenta de que sus pensamientos eran blasfemos. Aunque la propia Kho en persona hubiera decretado que saliera para esta misión, sentía que le habían timado. Y no había nada que él pudiera hacer ya. Se sentía tan impotente como el más bajo de los esclavos y el más pobre de los pobres. ¡El, el vencedor de los Grandes Juegos, el héroe!

Ardiendo con un fuego que le helaba, entumecido por la ira, subió a bordo de la monorreme que le esperaba. Apenas era consciente de la gente a la que estaba siendo presentado: el capitán, la sacerdotisa del barco y algunos de sus compañeros de viaje. Debían de haberse sentido atemorizados por su expresión y su porte, porque se alejaron de su presencia tan rápidamente como pudieron. Y mientras daba grandes zancadas de arriba abajo por la angosta cubierta de proa, nadie osó acercársele.

Los remeros impulsaban ágilmente la galera mientras enfilaba su proa hacia el norte y ligeramente hacia el este. Pasó frente a la fortaleza de la punta oeste de la isla de Mohasi y pronto se encontró navegando por el amplio estrecho situado entre la isla y base naval de Sigady y la Cabeza de la Pitón, una península de dos puntas que se proyectaba desde tierra firme. Las fortalezas izaban sus banderas como saludo al barco que llevaba al héroe de los Juegos. En otra ocasión Hadon se hubiera sentido exultante de gozo, pero ahora pensaba que se estaban burlando de él, aunque aún le quedaba un residuo de sentido común que le decía que aquello no era realmente así.

Luego, a medida que fueron pasando las horas y el gran Resu comenzó su descenso, la galera enfiló hacia el noroeste a prudente distancia de los acantilados de la costa oeste del Golfo de Gahete. Al caer la noche, el barco aún navegaba en la oscuridad del estrecho golfo. El aire se fue enfriando y, con él, Hadon. Las estrellas

brillaban resplandecientes y, un poco después, Lahla, la diosa de la luna, la más bella hija de Kho, derramó su gracia sobre todos los que supieran apreciarla. Era tan brillante que Hadon pudo ver el humo que surgía del Khowot, la Voz de Kho, aquel cono que se elevaba hacia el cielo. El humo consistía en una serie de nubes rotas y con una forma extraña, iluminadas por destellos de fuego intermitentes. Trató de leer aquellas formas, como si fueran parte de un silabario, pero no pudo hacer nada con ellas. ¿Le enviaba Kho un mensaje que él, con su falta de receptividad, no conseguía entender?

Después de un rato, el primer oficial se le acercó para preguntarle si le importaría cenar con el capitán y la sacerdotisa. Hadon, dándose repentina cuenta de que estaba hambriento, le contestó que lo haría encantado.

El techo del camarote del capitán había sido retirado para dejar pasar la luz de la luna y el aire refrescante. El interior se encontraba iluminado con antorchas colocadas en unas abrazaderas sobre los mamparos, y el perfume de la resina era tan intenso que Hadon casi no podía oler la comida. Dentro del estrecho camarote se había dispuesto una mesa para seis personas y para la siempre presente e invisible invitada, la terrible Sisisken. Hadon permaneció de pie junto a su silla de roble mientras la sacerdotisa ofrecía una oración a Kho y a Piqabes, la hija de Kho, la de los ojos verdes, para que bendijeran la comida y a aquellos que estaban a punto de compartirla. Hadon se sentó después y comió vorazmente, como si estuviera engullendo a aquellos a los que odiaba: Minruth y aquellas vagas fuerzas que le habían puesto en una posición tan desgraciada. Pero el odio desapareció con la sabrosa sopa de quimbombó, con el tierno y jugoso filete de búfalo, los filetes de pez cornudo, el pan de escandia, las olivas negras, la col, la exquisitez de las termitas fritas y la médula de papiro. Y se permitió tomar una jarra de licor de hidromel, hecho con la miel de fama inmemorial procedente de las abejas de la ciudad de Qoqoda. Después se quedó de sobremesa, charlando y masticando una ramita tierna para limpiarse los dientes.

Se enteró de que tres de sus compañeros de mesa le iban a acompañar en la expedición. Tadoku era su segundo en el mando. De mediana estatura, muy delgado, de unos cuarenta años de edad, era un *numatenu*, comandante del V Ejército, lo que indicaba que era nativo de Dythbeth. Su cuerpo y su rostro estaban surcados de las cicatrices de cien batallas y tenía el cráneo, cerca de la sien derecha, ligeramente hundido en el lugar donde una piedra procedente de una honda de Klemqaba casi lo mata. Era, según podía juzgar Hadon, un hombre duro y astuto. Y, sin duda, podía darle a Hadon muchas lecciones blandiendo un *tenu*.

El segundo compañero de viaje era Hinokly, a quien ya había visto y oído en palacio. Hinokly iba a ser su guía en las Tierras Vírgenes. A juzgar por su hosquedad, no estaba lo que se diría encantado con su tareas.

El tercero era el bardo de la expedición, Kebiwabes. Tenía unos treinta años e iba

vestido con la túnica de lino blanco de los bardos, que ocultaba un cuerpo en cierto modo pequeño y delgado. Tenía la cabeza grande, el cabello castaño y lustroso, la nariz chata, la boca amplia y ancha, los ojos grandes, marrón-oscuro y alegres. Cerca de él colgaba, de una clavija en el mamparo, su lira de siete cuerdas. Estaba hecha de boj y las cuerdas habían sido fabricadas con el intestino delgado de una oveja. Uno de los extremos llevaba grabada la figura de la diosa de la luna, que también era la patrona de la música y de la poesía. Kebiwabes también parecía estar bajo la influencia de Besbesbes, diosa de las abejas y del hidromel, a juzgar por las muchas jarras que bebió a lo largo de la velada. A medida que ésta fue transcurriendo, sus ojos marrones se fueron transformando en rojos sanguinolentos y su voz se fue empastando como si se hubiera derramado miel por su garganta. Y se volvió indiscreto, y habló de cosas que mejor deberían haberse dicho en privado, si es que debieran haberse dicho.

—Cuando desembarquemos en Mukha, Hadon, se te entregará el mando de un cuerpo de soldados tan malo que es el oprobio del ejército. Desarraigados, expertos en toda clase de timos, pendencieros, bribones, ladrones y cobardes. Todos, excepto el *numatenu* que se sienta con nosotros, Tadoku, son hombres a quien Minruth debería haber licenciado o colgado hace tiempo. Hombres de los que sentirá contento de haberse librado. Hombres que asegurarán que tu expedición sea un fracaso. Por qué se te asignó al gran soldado Tadoku, eso no lo sé. Hay algo en todo ello que no acierto a comprender. Tadoku: ¿has ofendido, como yo, a Minruth de alguna manera?

—Yo fui elegido por la propia Awineth y nombrado con las protestas de Minruth —dijo Tadoku.

—Esa es una buena cosa, quizás la única buena que suceda —dijo el bardo—. ¿Sabe Awineth qué clase de personal tiene que mandar este pobre Hadon?

—Yo no soy de tanta confianza para ella —respondió Tadoku mirándole ferozmente.

—Pues bien. Yo fui elegido bardo de esta asquerosa expedición porque compuse y canté una canción satírica sobre Minruth —añadió Kebiwabes—. Minruth no se atrevió a tocarme porque los bardos son sagrados. Pero fue capaz de honrarme, ¡honrarme!, nombrándome tu bardo. En efecto, es un exilio del que, lo más probable, jamás podré volver. Pero no me importa. Siempre he querido ver las maravillas de las Tierras Vírgenes. Quizás ellas me inspiren para componer una gran epopeya, *La Canción de Hadon*, y mi nombre se pueda comparar al de las divinas poetisas, Hala, la que compuso *La Canción de Gahete*, y Kwamim, la que compuso *La Canción de Kethna*. Entonces todos tendrán que admitir que un hombre puede crear música y poesía tan bien como una mujer.

—Ninguna de ellas eran unas borrachas —interrumpió Tadoku.

Kebiwabes se rió y dijo:

—El hidromel es la sangre de Besbesbes y si yo tomo la suficiente, quizás sude los efluvios de la divinidad. De cualquier manera, una vez que nos encontremos en el interior de las Tierras Vírgenes, ya no habrá más hidromel. Lo quiera o no, tendré que estar sobrio. Pero entonces me embriagaré de luz de luna, del licor plateado que Lahla escancia tan liberalmente.;

Bebió un trago, eructó y añadió:

—Si vivo para entonces.

Hadon disimuló su consternación. Y se dirigió a Hinokly, que estaba dando vueltas con la cuchara, lánguidamente, a su sopa frías.

—Y tú, Hinokly, ¿tienes una opinión tan siniestra?

—De todos los hombres buenos que fueron a las Tierras Vírgenes, yo era el menos indicado para sobrevivir —dijo—. Yo soy escriba, pequeño y débil y desacostumbrado a las penalidades y terrores. Los otros eran todos hombres altos y fuertes, y con el temple de los héroes. El propio Minruth los eligió por las cualidades que deben tener los que vayan a entrar en las Tierras Vírgenes. Y, a pesar de todo, yo fui el único que no murió. El único que volvió. Así que sólo diré que estamos en las manos de Kho. El éxito y el fracaso y los nombres de los que morirán y de los que no, ya están escritos en los rollos que ningún hombre puede leer.

—Que es lo mismo que decir que no podemos conocer el futuro y que debemos actuar como si las diosas estuvieran de nuestra parte —dijo Tadoku bruscamente—. Y por lo que a mí respecta, yo rezo a Kho y a Resu, que, además de ser el dios del sol y de la lluvia, es también el dios de la guerras.

La sacerdotisa intervino bruscamente:

—¿Y qué sucede con Buhkla, la diosa de la guerra? La guerra fue al principio su dominio, pero Resu lo usurpó. Al menos sí que lo hizo en las mentes de algunos, pero las sacerdotisas sabemos que Buhkla fue la primera, y el soldado que se olvida de ella hallará el infortunio.

—Yo le rezo, por supuesto, sacerdotisa, pues no en vano ella es ahora la diosa del *tenu* —respondió Tadoku—. Cada *numatenu* le reza por la mañana y antes de irse a la cama y ella está presente cuando se hacen las espadas de los *numatenu*. Pero, como iba a decir, yo no sólo confío en los dioses y en las diosas. Yo confío en mí mismo, en mi habilidad con la espada, que tanto me ha costado conseguir.

Y volviéndose hacia el silencioso Hadon preguntó:

—Dime, ¿qué sabes del servicio militar?

—No mucho —respondió Hadon—, por lo que me siento muy contento de que seas tú mi lugarteniente. Siendo yo niño, me solía dejar caer por las pistas de desfile para ver a los soldados hacer la instrucción y aprendí algo sobre procedimientos y disciplina cuando trabajé en las cocinas y como aguador en el fuerte cercano a Opar. Y también aprendí algunas cosas que me enseñó mi padres.

—Entonces no eres un recluta novato y tu tarea será más fácil —continuó Tadoku—. Debes de haber aprendido mucho sobre el politiquero y el eludir responsabilidades, que son, si no la espina dorsal del ejército, sí sus costillas. Y tú debes de saber que tener buenos cocineros es muy importante. La mayoría de los profanos en el asunto piensan sólo en la gloria de la batalla cuando piensan en el ejército. Pero tener buenos cocineros y buenos médicos y un sargento de suministros incorruptible pero astuto son cosas que ocupan la cabeza de un oficial más que llevar a los hombres al combates.

—Según veo—intervino Kebiwabes— tú eres un hombre pobre. O lo eras.

—¿Y eso qué te importa a ti? —respondió Hadon, enfadado.

—Mucho —respondió el bardo—. Me interesa la condición del hombre que deberá conducirnos a peligros desconocidos. He observado que los ricos son siempre corruptos y los pobres son corruptos también, aunque de forma diferente. El dinero y el poder cambian al hombre con tanta seguridad como si las manos del terrible Khuklaqo, el Modelador Informe, le poseyera. Sin embargo, el rico intenta engañarse a sí mismo: se vuelve arrogante y actúa como si la terrible Sisiken no estuviera siempre a la vuelta de la esquina. Se hace duro pero no fuerte, quebradizo como una herramienta mal fundidas.

Y, tras meditar unos instantes, prosiguió:

—Por otro lado, la pobreza es un demonio que tiene olor propio. Los ricos apestan a dinero y los pobres apestan a que les falta. Las clases medias apestan a las dos cosas. Pero un hombre pobre puede elevarse por encima de su pobreza, mientras que un rico rara vez, en el caso de que haya alguna vez, se eleva por encima de su riqueza.

—Me parece que no te entiendo muy bien —dijo Hadon.

—No importa. Tú eres todavía joven, pero tienes inteligencia y, si vives lo suficiente, algún día lo entenderás. Aunque debo decir que el entendimiento, como siempre, tendrá al dolor como compañero. Que te sea suficiente que tengo fe en ti. Lahla me ha dado la capacidad de oír las vibraciones de un hombre como si se tratara de una lira pulsada por sus finos dedos. En tu caso, las siete cuerdas del alma componen una música melodiosa. Pero la canción no será siempre alegre.

Kebiwabes se levantó y dijo:

—Debo retirarme a dormir.

La sacerdotisa no ocultó su contrariedad:

—Esperaba que cantarías para nosotros.

—El dulce hidromel saldría como música amarga —dijo el bardo—. Mañana cantaré para vosotros. Pero no hasta bien entrada la tarde. Buenas noches a todos.

Tadoku siguió con la mirada al tambaleante bardo y dijo:

—Ahí va uno de los desarraigados y buscalíos.

—Pero parece estar más a disgusto consigo mismo que con las cosas de fuera —observó la sacerdotisa—. Nunca ha sido violento. Utiliza su voz únicamente para expresar su descontento y para criticar las cosas que van mal en este mundo.

—Esa es la peor clase de agitador —apostilló Tadoku—. El habla y muchos ponen en acción sus palabras.

—Pues a mí me gusta —dijo Hadon—. Comandante, ¿me harías el honor de realizar ejercicios de espada conmigo mañana?

—Encantado —contestó Tadoku.

Esa noche Hadon soñó, no con la bella Awineth, como podía haberse esperado, sino con su madre. El corría tras ella, y ella, aunque estaba allí esperándole con los brazos abiertos para recibirle, se movía siempre hacia atrás y al final acababa perdiéndose en las sombras. Se despertó sollozando y preguntándose si Sisiken le había enviado algún mensaje diciéndole que su madre había muerto. Después del desayuno escribió una larga carta a su familia. Pero la carta habría que depositarla en el correo de Mukha y tardaría muchos meses en llegar —si llegaba— a la distante Opar.

Kebiwabes, mucho más madrugador que lo que Hadon hubiera esperado, le vio escribir los últimos párrafos del rollo. Se acercó a él cuando Hadon sellaba la carta y le dijo:

—Sabes escribir ¿eh? Estoy impresionado. Yo también tengo cierta facilidad con el silabario, pero tengo miedo de depender demasiado de la escritura.

Hadon quedó tan sorprendido con esas palabras que no pudo por menos que preguntarle:

—¿Y eso por qué?

—La escritura es la enemiga de la memoria —respondió Kebiwabes—. Mírame. Yo soy un bardo que debe memorizar, y he memorizado, miles de versos. Llevo en mi cabeza la letra de cien canciones. Comencé a aprenderlas cuando tenía tres años. Y la tarea de dedicar toda mi vida a aprenderlas ha sido dura. Pero me las sé bien. están impresas en mi corazón.

»Y si, por el contrario, yo dependiera de la palabra escrita, mi corazón se debilitaría. Pronto me encontraría en suspenso, buscando el verso, y tendría que acudir a un rollo para encontrar las palabras perdidas. Me temo que cuando todos sepan leer y escribir, que es lo que les gustaría a las sacerdotisas, los bardos tendrán tan poca memoria como los demás.

—Quizás —le contesto Hadon—. Pero si el gran Awines no hubiera inventado el silabario, la ciencia y el comercio no habrían progresado con tanta celeridad. Y el Imperio de Khokarsa no habría alcanzado tanta expansión.

—Eso daría lo mismo —comentó el bardo.

Cuando Hadon le preguntó qué quería decir con eso, no contestó la pregunta. Pero

dijo:

—Tadoku me pidió que te dijera que se reunirá contigo a media mañana en la cubierta de proa para los ejercicios. En este momento está ocupado en dictar a Hinokly cartas para palacio. Parece contrariado por mis palabras de anoche.

—¿Te acuerdas de ellas? —preguntó Hadon.

El bardo se rió y dijo:

—No siempre estoy tan bebido como lo parezco. Se sintió molesto porque yo sabía más de la clase de hombres que estarían a sus órdenes que él mismo. Al parecer nadie le había advertido.

—¿Y cómo lo averiguaré tú? —inquirió Hadon.

—Después de la alcoba de la reina, el mejor lugar para averiguar secretos es la taberna. Especialmente si los servidores de palacio van a beber allí.

—Tengo mucho que aprender —dijo Hadon.

—Admitir eso significa que puedes aprender —comentó Kebiwabes.

A media mañana, Tadoku entró en el camarote y saludó a Hadon. Hadon le devolvió el saludo con la mano derecha adelantada, las yemas del pulgar y del meñique unidas y los tres dedos más largos extendidos.

—Oficialmente, no tomarás el mando hasta que lleguemos a Mukha —le aclaró Tadoku—. Pero también podíamos ir acostumbrándonos a nuestros papeles antes de llegar. Y si hay algún consejo que yo pueda darte, algo que pueda enseñarte, soy todo tuyo.

—Siéntate —dijo Hadon—. Lo primero, me gustaría una respuesta sincera. ¿Te sientes agraviado, como oficial experimentado y como afamado *numatenu* que eres, por tener que servir bajo las órdenes de un joven sin experiencia como yo?

—En otras circunstancias, podría ser —respondió Tadoku—. Pero ésta es una situación poco corriente. Además, no eres un sabelotodo. Y, para ser franco, si te sirvo bien, ascenderé en mi carrera. Después de todo, algún día puedes ser rey.

—Lo dices como si no creyeras que alguna vez me sentaré en el trono.

—No es que nuestras probabilidades de sobrevivir sean altas —dijo Tadoku alegremente—. Y si me permites que siga siendo franco, si regresáramos, nuestras probabilidades de supervivencia serían incluso menores.

Hadon estaba sorprendido. Consideró la afirmación de Tadoku y preguntó:

—¿Tú crees que nuestro rey se atrevería a matarnos?

—El viaje desde Mukha hasta la isla es largo. Y pueden suceder muchas cosas a bordo de una galera. Especialmente si está tripulada por gente fiel a Minruth.

—Pero estaremos, o de todas formas deberíamos estar, bajo la protección de Sakhindar.

—Si es que hay un Dios de los Ojos Grises en las Tierras Vírgenes y si es que Hinokly lo vio —contestó Tadoku—. Es posible que Hinokly diga la verdad. Por otro

lado, también es posible que se haya inventado toda la historia para salvar su pellejo. O que Minruth le haya puesto ahí para librarse de ti.

Hadon experimentó otro pequeño sobresalto.

—¿Y la voz de Kho? A Ella no se le podría engañar y Ella nunca nos engañaría a nosotros.

—A Ella no se le puede engañar —afirmó Tadoku—. Pero Ella puede haber dicho lo que dijo para llevar a cabo Sus propios planes. Además, la sibila siempre dice algo que puede interpretarse de más de una forma. Sólo después de que se haya producido el acontecimiento pueden los mortales saber lo que Ella quiso decir en realidad.

Tadoku hizo una pausa y luego, como si le costara pronunciar las palabras, añadió:

—Además, los sacerdotes y las sacerdotisas son hombres y mujeres, y los hombres y las mujeres son corruptibles.

La incredulidad sofocaba a Hadon. Pero preguntó:

—¿No intentarás decir que Minruth pudo haber sobornado a la sibila, la voz de la Voz de Kho? ¡Eso es imposible! ¡La propia Kho hubiera fulminado a la mujer!

—Sí, pero Kho puede haber permitido esto con el fin de llevar a cabo Sus planes, como he dicho antes. Sin embargo, no creo que la sacerdotisa hubiera mentido por dinero. Habría estado demasiado aterrorizada. Si sugerí eso fue porque uno debe considerar todas las posibilidades por inalcanzables que parezcan.

—¡Eres un cínico! —exclamó Hadon.

—Tengo siempre un ojo alerta y he estado cerca de los grandes del Imperio durante mucho tiempo —dijo Tadoku—. De todas formas, ya he verificado el personal del navio. Es un barco mercante, ya sabes, básicamente un buque correo. Eso es raro. ¿Por qué no te pusieron en un buque de guerra si eras una carga tan preciosa? ¿Por qué no nos dieron una escolta de la Marina? ¿Qué pasaría si nos atacara un pirata? Es cierto que los piratas no han aparecido por las aguas del norte de la isla desde hace más de doscientos años. Pero eso no quiere decir que no puedan aparecer de nuevo. ¿Y si el barco pirata estuviera al servicio de Minruth?

»No es que yo considere todo esto como probable, no. Sería algo muy difícil de digerir. Y la cólera de Awineth, como todo el mundo parece saber, menos tú, es terrible. Minruth sería el primero en morir, a menos que ordenase a las tropas entrar en acción inmediatamente. Y así y todo, lo más probable es que fuera derrotado. Por otro lado, a Minruth le llaman el Loco, por buenas razones, y no se puede esperar que actúe siempre como lo haría un hombre racional. Sin embargo, suponiendo que utilice el buen sentido, no emprenderá ninguna acción hasta que tú vuelvas, si vuelves. Mientras tanto, y eso supondrá un periodo largo, pueden suceder muchas cosas en Khokarsa.

Hadon, en lugar de deprimirse, se sintió enojado. Cuando Tadoku y él practicaron

después con espadas de madera, atacó al militar como si quisiera matarle. Pero Tadoku le dio una tunda que pronto le quitó el acaloramiento. Y los puntos que a partir de ese momento ganó Tadoku fueron muchos menos. Finalmente, jadeando y sudando, dejaron la pelea. Un marinero vació unos cubos de fresca agua de mar sobre sus cabezas y los dos se sentaron con la intención de discutir el ejercicio.

—Tienes dotes de gran espada —comenzó Tadoku—. Serás único dentro de cinco años si adquieres la experiencia suficiente. Y si vives para entonces. Bhukla es voluble y he visto mejores hombres que yo dirigirse hacia su hermana Sisisken. Un hombre tiene un mal día y un espada peor que él lo mata. O tiene problemas que no puede quitarse de la cabeza durante la pelea. O ha sucedido algo que le deprime y desea inconscientemente encontrarse con la muerte. O la casualidad: un pie que resbala en la sangre, el sol que le da en los ojos, una mosca que se le posa en la nariz, una súbita debilidad causada por la ingestión rápida de una comida fría o por una mala digestión. Todas estas cosas y muchas más producen la muerte incluso del mejor de los espadachines.

Tras una breve pausa, Tadoku prosiguió:

—Sin embargo, los peores asesinos son la bebida en demasía, el exceso de comida y la pérdida de la juventud. Uno puede hacer algo por los dos primeros, pero sobre el tercero nadie tiene control. Un hombre debe saber cuándo dejarlo, cuándo colgar el *tenu* de hierro y llevar sólo el *tenu* honorario de cobre. El orgullo puede impedir que lo haga y luego Sisisken, que detesta el orgullo y la arrogancia, le hará pedazos.

—¿Y cuándo vas a colgar tú el *tenu*? —preguntó Hadon.

Tadoku sonrió y dijo:

—No espero encontrarme con ningún gran espada, o con ningún espada en absoluto, en las Tierras Vírgenes. Los salvajes sólo tienen armas de madera o de piedra: el hacha, la lanza, la maza. Y la honda y el arco, que no son de depreciar. Pero las espada blandidas incluso por los mejores no hacen nada contra las flechas. Por eso ¿por qué preocuparse? Después de que regresemos, si lo hacemos, entonces empezaré a llevar el cobre. Mientras tanto, sirvo a mi reina.

Discutieron los méritos relativos de la espada, del hacha y de la maza.

—A distancias cortas el hacha está en clara desventaja —dijo Tadoku—. Pero cuidado con el lanzador de hachas experto. En cuanto a la maza, si tiene refuerzos de bronce, puede ser peligrosa. Sin embargo, la única maza que yo temería sería la que estuviera en manos del monstruo Kwasin. Le vi una vez, cuando se dirigía a las Tierras Occidentales, inmediatamente después de haber sido exiliado. Es tan alto como una jirafa y tan fuerte como un gorila y, cuando lucha, tan violento como un rinoceronte en celo. Es extraordinariamente rápido para ser semejante gigante y parece que conoce todas las tretas de la espada. Pero es la fuerza de lo único que

depende, fuerza que sólo los héroes de antaño tenían. Dudo que incluso el héroe gigante Klamsweth pudiera haberle opuesto resistencia.

—Lo sé —dijo Hadon—. Kwasin es mi primo.

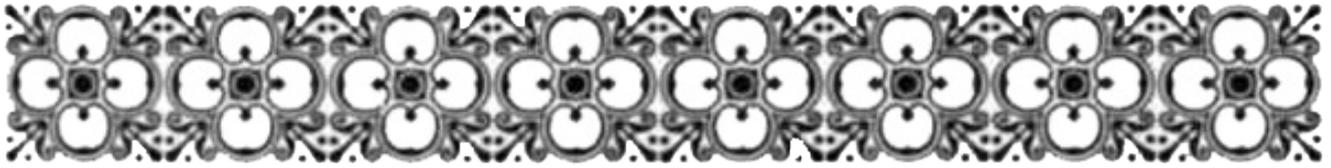
—Estoy enterado de ello —respondió Tadoku ligeramente incómodo—. No quería sacarlo a colación, pues pensé que no te gustaría hablar de él. Ninguno de los parientes suyos que he conocido hasta la fecha han querido admitir su parentesco.

—No es que a mí me guste —dijo Hadon—, pero no siento vergüenza por su delito. Yo no lo cometí. Y, además, él no es de mi tótem.

—Esa es una actitud sensata —comentó Tadoku—. Cuanto más te conozco, menos agraviado me siento por servir bajo tus órdenes.

—¡Ah, entonces te sientes agraviado! —exclamó Hadon. Tadoku se limitó a sonreír.





Capítulo 9

La galera dobló lentamente el recodo que hacía desaparecer de la vista el cono del Khowot. Al mediodía habían dejado atrás la boca del Golfo de Gahete. A medida que fueron disminuyendo los acantilados, el Khowot se hacía otra vez visible. Al anochecer todavía se le podía ver mientras se hundía en el horizonte. Aún surgían de él nubes de humo, grandes masas negras, y Hadon se preguntó si entraría en erupción otra vez. La última explosión sería había dejado la ciudad de Khokarsa semidestruida doscientos cincuenta años atrás. Sería irónico que él culminase con éxito su misión para encontrarse con que Awineth y Minruth habían perecido bajo los gases, el humo y la lava.

Al soplar el viento del noroeste, la galera no podía usar las velas. Había conseguido ir contra el viento sólo en un trecho muy limitado, pero ahora tenía que depender exclusivamente de los remos. Una vez más, Hadon solicitó permiso para remar al menos dos veces al día. El capitán, renuente, dijo que sí. Tadoku se sintió contrariado al principio. No era propio de un héroe trabajar codo con codo con tipos corrientes. Pero al ver que los remeros se sentían encantados de que Hadon trabajara con ellos, cambió de opinión.

—Eres más astuto de lo que pensaba —le dijo a Hadon—. Es bueno hacerse popular entre las clases inferiores. En tanto conserves tu dignidad, por supuesto, y no te conviertas en un payaso para complacerles. Los remeros se vanagloriarán de esto en los puertos y la historia se extenderá por todo el Imperio a mayor velocidad que la que se necesite para entregar el correo.

Hadon no quiso desilusionarle. El sólo había querido mantenerse en forma, pero si otros pensaban que era tan inteligente para haberlo hecho por un motivo político, había que dejarles que lo pensarán.

Los días de duro remo terminaron y la ciudad de Mukha surgió de la redondez del mar. A mediodía la galera dejaba atrás la abertura de las inmensas moles de piedra del rompeolas y atracaba. Tadoku corrió a la ciudad a advertir a los gobernantes que no hicieran ninguna alharaca ante la aparición de Hadon. Las órdenes decían que la expedición tenía que organizarse tan rápidamente como fuera posible y salir para el

norte hacia las Tierras Vírgenes. Pero eso no iba exactamente a suceder. Hadon tuvo que esperar en el campamento, al norte de Mukha, por espacio de una semana, antes de que el primer contingente de su fuerza expedicionaria entrara remando en el puerto.

—Rompeos la espalda a toda prisa para que os podáis sentar sobre vuestro trasero —gruñía Tadoku—. El viejo lema del ejército.

Al cabo de otros diez días (la semana khokarsana tenía diez días), el último cargamento viviente desfilaba al son del gañido de las gaitas, al sonido monótono de las bramaderas y al resonar de los gongs de bronce. Se trataba de los Klemqaba asignados a la expedición, y el ánimo de Hadon, ya bajo, se hundió aún más.

Los salvajes Klemqaba eran reclutados en la costa noroeste del Estrecho de Keth y entre las tribus del interior montañoso, que eran incluso más salvajes. Eran tipos bajos, anchos, mitad neandertaloides y mitad humanos. Iban tatuados de azul y verde por todo el cuerpo y llevaban como atuendo únicamente una especie de bolsa testicular de cuerno de búfalo pulido que se proyectaba hacia el exterior de una manera entre cómica y siniestra. Llevaban pequeños escudos redondos y pesadas hachas de bronce, hondas de piel de cabra y bolsas de piedras para las hondas. Su estandarte era una figura de Kho tallada como la Madre de Cabeza de Cabra, colocada al final de un largo poste que llevaba en toda su extensión los falos secos de los enemigos muertos en combate. Sus alientos apestaban a s"okoko^[2], el agua de vida, un licor hecho en las altas montañas, tosca bebida con sabor a turba, que sólo ellos podían tragar sin ninguna dificultad.

—Son los mejores combatientes del Imperio —comentó Tadoku—. Más fuertes que nosotros, y sin miedo, capaces de alimentarse de comida que acabaría con todos nosotros, carne que lleva una semana podrida, verduras aptas sólo para la basura, y nunca se quejan mientras estén en acción. Pero son un infierno para la disciplina cuando no hay pelea. Y el hecho de que tengan permitido traer a sus mujeres con ellos es causa de descontento entre las otras tropas.

—No veo por qué —murmuró Hadon. Las mujeres eran una colección de seres rechonchos y feos, la mayoría de ellas más fuertes que el promedio del soldado humano, con el pelo encrespado, los pechos flojos y vestidas con taparrabos de pieles, algunas preñadas, otras criando niños. Al igual que los hombres, llevaban tatuajes de la cabeza a los pies.

—¿Por qué iba a desear un soldado, o cualquiera, a semejantes mujeres?

—Depues de un largo periodo sin mujeres, estas empiezan a no parecer tan feas —dijo Tadoku.

—¿Podríamos al menos conseguir que las que tienen niños se quedasen atrás? —preguntó Hadon.

—Si tuvieran que elegir, no dudarían en matar a los niños —respondió Tadoku.

Tadoku comenzó a añadir algo pero, en vez de eso, soltó un juramento. Empezó a hacer gestos a un grupo de veinte soldados de la retaguardia. Llevaban barba y estaban tatuados de rojo y negro. Su estandarte era la figura de una mujer con cabeza de oso.

—¡Minruth está haciendo todo lo posible para fastidiarnos! —gemía Tadoku—. ¡Nunca pongas a los Klemklakor con los Klemqaba!

Hadon pidió una explicación y se le dijo que no todas las tribus de este pueblo pertenecían al Tótem de la Cabra. Unos pocos formaban parte del antiguo Tótem del Oso y eran enemigos jurados de los Klemqaba.

Hadon nunca había visto un oso, aunque había tenido la oportunidad de ver dibujos y esculturas de ellos. Hubo un tiempo en que las montañas al norte del Kernu estuvieron densamente pobladas por el pequeño oso pardo y el gigantesco oso rojizo de las cavernas, de mayor tamaño, según se venía diciendo, que el de un león y medio. Pero no había habido noticias confirmadas del oso rojizo durante dos siglos y los osos pardos habían sufrido tal caza que se hallaban a punto de extinción. Sin embargo, sus tótems seguían aún existiendo. De hecho, Kwasin era miembro del *Klakordeth* o Tótem del Oso del Trueno. Lo que le convertía, si no en hermano de sangre, puesto que él era humano en su totalidad, sí en hermano espiritual de los híbridos.

—Si das una orden para los dos tótems —decía Tadoku—, ten por seguro que un oficial de uno de ellos no va a transmitirla directamente al otro. Ese oficial nunca lo hará.

—¿Cómo podremos mantener la disciplina, entonces?

—Este es exactamente uno de los múltiples problemas que este cochino equipo nos va a deparar —constestó Tadoku.

Hadon estaba pensativo. Durante la semana transcurrida en el campamento, había aprendido lo más posible acerca de los procedimientos militares y había estudiado con todo detenimiento el bienestar de la expedición. Se le habían entregado doscientos cincuenta hombres y mujeres, una fuerza demasiado numerosa. El deseaba sólo cincuenta. Un cuerpo expedicionario mayor supondría una marcha más lenta y sería difícil de alimentar. Cuando se encontraran aproximadamente a mitad de camino, se quedarían sin provisiones, y desde ese momento tendrían que depender de sus cazadores. Hadon tenía un plan para eliminar a todos menos a los cincuenta imprescindibles antes de que llegaran a la última avanzadilla de la civilización.

Aquella noche tuvo que zanjar cinco reyertas y numerosas quejas. Puso fin a un alboroto entre los Klemqaba y los Klemklakor amenazándoles con destrozar los recipientes de *s"okoko* si no se restablecía la paz al momento. Los oficiales replicaron que, puesto que ellos eran mercenarios, abandonarían si cumplía su amenaza. Hadon les contestó que aquello le parecía estupendo, pero que tendrían que

volver a casa en desgracia y que perderían la oportunidad de atacar a los bárbaros salvajes.

Tadoku se puso pálido cuando oyó a Hadon decir aquello, pero se calló. Luego, cuando los dos tótems se hubieron jurado no luchar entre ellos durante diez días por lo menos, Tadoku comentó:

—Esa ha sido una salida por los pelos. Si los tótems te hubieran mandado al infierno, habríamos tenido una batalla que nos habría dejado con menos de cincuenta. Y me temo que menos de la mitad de ellos habrían sido humanos. Aunque los humanos no son nada de lo que uno pueda sentirse orgulloso.

—Pero funcionó —dijo Hadon—. Y ahora necesito algunos oficiales y soldados para que divulguen historias sobre los horrores que nos esperan en las Tierras Vírgenes. Quiero que deserten todos aquellos que no tengan hígados. Da órdenes a los guardias para que hagan la vista gorda ante todo aquél que se quiera escabullir. Aunque se lleven cosas robadas. Asegúrate de escoger buenos hombres para guardias, porque no queremos que los guardias deserten también y nos dejen totalmente deprotegidos ante un ataque.

Tadoku saludó y se apresuró a salir, aunque a él, evidentemente, no le gustaba aquella falta de disciplina, tan poco convencional.

En la mañana del tercer día, Tadoku informó que se habían escabullido treinta y cinco hombres durante la noche. Estaba sorprendido porque había pensado que perderían un centenar. Ninguno de los ASPO (ausentes sin permiso oficial) eran Klemqaba o Klemklakor, lo que era de esperar.

—La carretera termina mañana en el puesto de avanzada —comentó Hadon—. Hemos venido haciendo una media de sólo diez millas por día, porque tenemos que ajustar el paso con los carruajes tirados por bueyes. También tendremos que detenernos cada dos millas para señalar nuestra pista. Una vez que lleguemos al terreno accidentado, nos veremos reducidos a avanzar unas cinco millas al día, si llega. Vamos a prescindir de los bueyes por fin. No podrán sobrevivir mucho tiempo en las Tierras Vírgenes. Así que vamos a tener otra prueba. Anuncia esta noche que los carromatos serán abandonados. Mata los bueyes para una fiesta y di a todo el mundo que se lo beban todo menos lo que crean que pueden llevar encima. Traslada a los Klemklakor una media milla para que no puedan pelearse con los Klemqaba. Sitúa a tus mejores hombres alrededor del campamento y si las cosas se nos escapan de las manos, que intervengan sólo si yo doy la ordena.

—¿Puedo preguntar qué objeto tiene todo esto? —dijo Tadoku.

—Mañana, antes del desayuno, les diré que no van a comer hasta que no lleguemos al fuerte de avanzada. Deberán recogerlo todo y correr hacia el fuerte. Sólo a los cincuenta primeros se les permitirá continuar hacia las Tierras Vírgenes. El resto será enviado de vuelta al fuerte de Mukha o pagados y despedidos.

—Las gentes de la Cabra y del Oso no lo van a consentir —dijo Tadoku.

—Si quieren discutir con nosotros, tendrán que alcanzarnos primero —contestó Hadon—. Y cuando lleguen al fuerte, tendremos a la guarnición para respaldarnos. Intento eliminar cuantos problemas sea posible desde este mismo momento. Ya va a ser bastante duro cuando llegemos a las Tierras Vírgenes.

—Las mujeres abandonarán a sus bebés —dijo Tadoku—. Las hienas, los chacales y los buitres se los comerán antes de que el sol haya subido un cuarto en el cielo.

—Muy bien. Vamos a hacer una pequeña trampa. Hay cinco bebés. Elige a siete de tus mejores hombres, gente que tú sepas son de toda confianza, y escóndelos fuera del campamento. Ellos nos pueden seguir y recoger a los bebés, y las madres los podrán reclamar después. Esperemos que ninguna de las madres se encuentre entre los cincuenta primeros. Ah, sí. Tenemos que pensar en Hinokly, en el bardo y en el médico. Así que díles que inicien la marcha a medianoche. Con esta ventaja inicial les será suficiente.

—¿Que viajen durante la noche? —dijo Tadoku sorprendido—. Este es un país de leones y de leopardos. Podría ser que no llegaran al fuertes.

—Necesitamos a Hinokly como guía y a Kebiwabes para infundirnos moral —contentó Hadon—. Muy bien. Escoge seis buenos hombres para que los escolten.

—No creo que tenga tantos —se quejó Tadoku.

—Haz todo lo que puedas —insistió Hadon.

Se produjo un alboroto cuando Tadoku anunció las órdenes de Hadon. E inmediatamente les dijo Hadon que en su expedición sólo necesitaba hombres y mujeres que tuvieran madera de héroes. Cualquiera que confesase que no la tenía, debía dar un paso al frente y sería enviado de vuelta a Mukha. No habría represalias oficiales, aunque él no podría controlar a los que se pudieran chanclear de ellos.

Ni uno solo de los hombres de la Cabra y del Oso se movieron. Diez de los humanos, con la cara llena de vergüenza, cruzaron la raya que un sargento había trazado en el suelo.

—Muy bien —dijo Hadon—. Esta noche, el resto de vosotros podrá comer y beber todo lo que desee. Pero no penséis que podréis renovar vuestras provisiones de licor en el fuerte.

Y ordenó romper filas. Se sacrificaron los bueyes y se abrieron las botellas de barro y los pellejos de cabra que contenían cerveza, hidromel y *s"okoko*. Hadon se retiró a su tienda, que ya no utilizaría más a partir de esa noche. Se quedaría atrás, con las demás tiendas y el equipaje pesado.

De ahora en adelante, todo el mundo dormiría en sus sacos al aire libre. Tadoku quedó escandalizado cuando se enteró de que todos los oficiales, incluido el propio Hadon, tendrían que cargar con sus propios sacos, con su armadura y con sus armas.

—¡Esto no se hace! ¡Nos coloca al mismo nivel que los soldados corrientes!

—Yo no voy a utilizar mi armadura —anunció Hadon— a excepción de un escudo y una coraza de cuero. Ni los demás tampoco. No nos hacen falta armaduras de bronce contra las armas de piedra de los salvajes y tendremos mucha más movilidad sin ellas.

—¡Pero las armaduras son caras!

—Hay una cueva arriba, en las colinas —dijo Hadon—.

Uno de los exploradores la localizó para mí. Esconderemos allí las armaduras y las recogeremos a nuestro regreso. Si las roban, yo compensaré por la pérdida. Como rey, podré hacerlo. A todo el mundo se le dará ahora un recibo, que podrá ser canjeado en Khokarsa. Ah, y a propósito: ¿qué sucede con la sacerdotisa de la expedición? Tenemos que recogerla en el fuerte?

—En nuestras órdenes no hay nada acerca de ninguna sacerdotisa —contestó Tadoku—. O ha sido un descuido, lo que no parece muy probable, o Minruth nos ha enviado sin guía espiritual.

—Nos haremos, de todas formas, con una en el fuerte —anunció Hadon—. Si sólo tienen una, podrán conseguir otra de Mukhan.

—Y supongamos que la sacerdotisa no quiere venir con nosotros.

—Le diré que nos llevaremos a un sacerdote de Resu en su lugar. Si tiene escrúpulos, no lo consentirá.

—Entonces tendremos un motín.

—Quizás tú y yo, Hinokly, Kebiwabes y el médico seamos los únicos que quedemos —respondió sonriente Hadon. Pero se preguntaba si no estaría haciendo una predicción exacta de lo que podía suceder.

A medianoche, Hadon salió de su tienda. Las espitas de la bebida seguían libres, según sus órdenes. Quería que aquellos que bebieran con excesiva liberalidad se autoeliminarán de la carrera de la mañana siguiente y, al parecer, ya había muchos dedicados a ese menester. Los gritos, las canciones y las risas eran casi tan altos como lo habían sido dos horas antes. Ocho hombres y una mujer habían tenido que ser llevados sangrando y aturdidos a la tienda de Onomi, el médico, donde éste, borracho, les había curado. Hadon se dirigió a la parte exterior del campamento donde se encontraban los Klemklakor. Cuando el estrépito se hubo aminorado, trató de escuchar algún ruido procedente de la gente del Oso. Pero todo estaba en silencio. Sonrió. Habían preferido dejar de beber temprano e irse a dormir para encontrarse en perfecta forma al día siguiente. Sólo el deseo de vencer a sus tradicionales enemigos, las gentes de la Cabra, les podía haber inducido a refrenar sus impulsos de trasegar su querido *s"okoko* hasta la última gota.

Y debían de tener un líder fuerte porque, si no, nunca hubieran sido capaces de someterse a semejante autodisciplina.

Al amanecer, los tambores y las trompetas de diana pusieron en pie a la mayor parte del campamento, si bien por un lado y por otro se podían oír los ronquidos de los que aún dormían profundamente. Hadon les concedió unos minutos para beber agua y para eliminarla y después los alineó sobre la amplia explanada.

—¡Cuando suene la corneta, comenzará la carrera!

Momentos después les dio la señal y doscientos cinco hombres, profiriendo gritos salvajes y ásperos graznidos, comenzaron a correr. Mejor dicho, corrieron algunos, porque la mayoría salieron tambaleándose o arrastrando los pies.

Hadon se colocó a la cabeza y no abandonó esa posición en ningún momento. Daba zancadas con toda facilidad, marcando un paso de trote. Y cuando hubo cubierto las diez millas, comprobó que aún le quedaban arrestos para correr otras diez. El fuerte era una imponente construcción de adobe con varias torres de piedra en las que ondeaban las banderas de Khokarsa y del reino matriarcal de Mukha. El comandante no esperaba tan pronto a la fuerza expedicionaria y se produjo un ligero retraso hasta que se le pudo localizar en el pequeño templo situado en un rincón del patio. Llegó maldiciendo y con la cara roja. Hadon se enteró más tarde de que él y la sacerdotisa habían estado atareados en alguna cosilla en la intimidad de las habitaciones de ella y que le había disgustado que le molestasen. Pero en cuanto vio a Hadon, forzó una sonrisa y le saludó con tanto entusiasmo como pudo en aquellas circunstancias.

Después de recobrar el aliento, Hadon le explicó lo que había sucedido. El coronel se reía y destacó soldados para que colocaran dos postes y tomaran nota de los cincuenta primeros que llegaran.

Hadon habló con Hinokly, con el bardo y con el médico, que habían realizado un viaje sin problemas dignos de mención, si bien no habían podido evitar oír los rugidos de los leones que cazaban por los alrededores. Al cabo de un rato, los diez primeros entraron desparramados, con el viejo y correoso Tadoku y tres oficiales delegados entre ellos. Se trataba, como Hadon había esperado, de soldados humanos que habían evitado beber durante la víspera. Las gentes de la Cabra y del Oso eran fuertes, pero la carrera de fondo no era su especialidad. Sus cortas piernas y sus imponentes físicos se lo impedían.

Sin embargo, el siguiente grupo traía unos veinte del pueblo del Oso y un sargento Klemqaba. También entraron dos humanos más y luego un grupo mixto compuesto por humanos y gentes del Oso y de la Cabra. Hadon contó hasta cincuenta, excluyéndose a sí mismo, al bardo, al escriba y al médico. Ordenó que los soldados del fuerte salieran y se alinearan a lo largo de la carreteras.

—Cogedles las armas. Estarán demasiado cansados para resistirse. Dadles comida y agua después de que hayan descansado y que se vuelvan de inmediato. Sin armas. Se las enviarán después, cuando se hayan presentado al comandante de Mukha.

—Sugiero que vayan acompañados de una escolta armada —añadió el coronel—. De otra forma podrían pensar en convertirse en proscritos y ya tenemos bastantes problemas con ellos.

—Como deseas —respondió Hadon—. Necesitamos una sacerdotisa. ¿Crees que la tuya nos haría el favor de acompañarnos?

El coronel palideció y dijo a continuación:

—A ella no le gustaría dejar...

—Dejarte a ti —terminó Hadon la frase con una amplia sonrisa—. Ya veremos. Llévame, por favor, ante ella para que pueda hacerle la petición personalmente.

Cuando fue presentado a la sacerdotisa, Phekly, Hadon pudo entender por qué no quería perderla el coronel. Era una preciosa joven, con un cabello negro y brillante, unos ojos negros y luminosos y una figura soberbia. Y era evidente que el coronel y ella estaban enamorados.

—Necesitaría recibir la autorización de la Madre, en Mukha —contestó ella—. Eso te retrasaría muchos días. Sin embargo, no tengo ninguna intención de irme contigo a las Tierras Vírgenes a menos que la Madre me lo ordene. Cosa que dudo muchísimo que suceda, porque ella es también mi madre física. Podría nombrar a nuestro sacerdote de Resu como sacerdote provisional de Kho, hay precedentes de ello, pero por desgracia se encuentra muy enfermo por las fiebres. Además, es un borracho y un cobarde.

—Me inclino ante tus deseos, sacerdotisa —respondió Hadon—. Aunque nos priven de guía y protección espiritual.

—Podrías esperar hasta que viniera un sacerdotisa de Mukha —dijo.

—Tengo órdenes de la reina de no retrasarme —contestó él.

Y se retiró, dejando tras de sí a una mujer preocupada —su conciencia, evidentemente, le remordía— y volvió a salir del fuerte. Poco después vio a una rechoncha y fornida mujer Klemqaba que llevaba a su bebé en brazos y que trotaba decididamente hacia él. El tatuaje en espiral de su frente indicaba que era una sacerdotisa y, al verla, a Hadon le vino de repente la idea. No es que le gustara mucho, pero la conveniencia arrollaba ya todo prejuicio.

—¿Es la última? —preguntó Hadon a Tadoku.

—Probablemente es la última. La última de las que se dejarán ver —respondió Tadoku, comprobando la cuenta con Hinokly.

—Nómbrela nuestra sacerdotisa —ordenó Hadon.

Tadoku y Hinokly se quedaron boquiabiertos de asombro y Tadoku sólo acertó a decir:

—¿Señor?

—He hablado lo suficientemente claro —se reafirmó Hadon—. Sí, ya sé que ninguna sacerdotisa Klemqaba ha presidido nunca ningún rito al que hayan asistido

los Klemkho. Pero es una sacerdotisa de Kho y no hay ninguna ley escrita que diga que no puede oficiar ritos para los humanos. Además, es tenaz, pues de lo contrario hace tiempo que hubiera desistido de continuar. Y me gusta el hecho de que no haya abandonado a su bebé. Tiene un carácter fuerte.

—A los hombres no les gustará, señor —dijo Tadoku.

—Yo no les pido que les guste —respondió Hadon—. Dudo que la insulten, aunque sea una Klemqaba. Pero mis órdenes son que aquel hombre que llegue a insultarla, sea ejecutado.

Kebiwabes, que había permanecido todo el tiempo en un segundo plano, comentó:

—Esta sí que es una expedición rara, Hadon. Enviada para buscar a un dios y dirigida espiritualmente por una mujer de la Cabra. Pero tengo ahora más confianza en el éxito que la que tuve cuando embarqué en la galera en

Khokarsa. En mi opinión, Hadon, tienes cualidades de rey. Y yo puedo tener, inspirado por ti, las cualidades de un gran poeta épico.

—Esperémoslo así —añadió Hadon. Y viendo que Tadoku estaba hablando con la mujer, llamó a su segundo, un hombre de Qethruth llamado Mokwateiu.

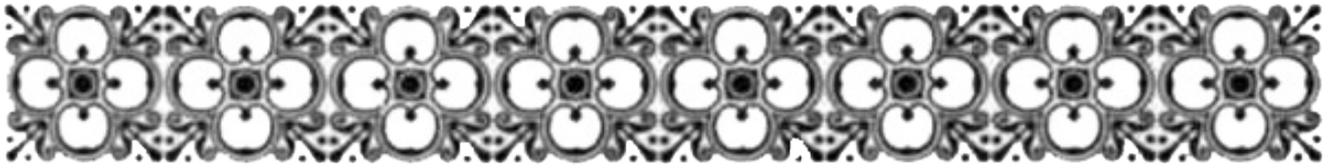
—Que todo el mundo descanse una hora y luego dales de comer. En cuanto hayan terminado, reanudaremos la marchas.

Mokwaten no dijo nada, por supuesto, pero el bardo intervino gimiendo:

—La marcha de anoche me dejó destrozado.

—Date por satisfecho de no haber tenido que correr hoy —le reconvino Hadon—. Nos detendremos al anochecer y entonces tendrás toda una larga noche para dormir.





Capítulo 10

Les costó muchos días dejar atrás las estribaciones occidentales de las montañas Saasares. Sus laderas estaban cubiertas de olivos silvestres en los niveles inferiores, de robles más arriba, y luego de pinos y abetos. En la lejanía destellaba la blancura del hielo y de la nieve, que no se derretían ni incluso en verano.

—Hace mil años, las cimas de las montañas y los valles altos estaban llenos de ríos de hielo —dijo el bardo—. Pero el clima se ha ido haciendo más seco y cálido y los ríos de hielo se han derretido.

—Los ríos de hielo aún existen en las grandes montañas que bordean la cosía del mar que circunda el mundo por el norte —añadió Hinokly—. Nosotros no subimos a demasiada altura por aquellas montañas, pero anduvimos la suficiente distancia para ver aquellas frías y heladas masas. Luego giramos hacia el este y caminamos a lo largo de las estribaciones hasta que llegamos a un río alimentado por el deshielo de las montañas. Construimos balsas y viajamos río abajo hasta el Mar Circundantes.

—¿Y fue ahí donde dices que os encontrasteis con Sakhindar? —preguntó Hadon.

—Sí. Pero nos dijo que estábamos equivocados en lo referente a que el mar se hallaba al borde del mundo. Se trata únicamente de otro mar. Y hay islas en él. Y al otro lado hay más tierra. Dijo que no hay un borde del mundo. Es —dudó unos instantes— redondo. Tiene forma de olivas.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó Tadoku.

—Yo también pensé que no podía ser posible —dijo Hinokly—. Sin embargo, no me encontraba en condiciones de discutir con un dios.

—Cuéntame más cosas de Sakhindar —insistió Hadon—. Y de esa bella hechicera del mar, esa Lalila, y de su hija, y del hombrecillo que tiene un solo ojo, y del hacha extraordinaria hecha de una estrella fugaz.

—Es en cierto modo más alto que tú, Hadon, y tiene huesos más grandes. Es también algo más musculoso, aunque no mucho más. Pero le he visto levantar una piedra que cuatro hombres juntos no podían levantar, y le he visto adelantar a un elefante corriendo a la carga. Su cuerpo está surcado de cicatrices hechas por el cuchillo, la garra y el colmillo. Quizás tenga cien cicatrices en total. La que más

llama la atención, sin embargo, es la de la frente, que dijo que era el resultado del escalpelo que le hizo uno de esos medio hombres, los Nukaar. Tiene unos grandes ojos grises y...

—Espera —le interrumpió Hadon—. Si es un dios ¿por qué no se le curan las cicatrices? ¿Y cómo puede un dios resultar herido?

—Puedes preguntárselo a él si alguna vez llegas a verle —respondió Hinokly—. Yo no le pregunté; sólo le contesté. Y tiene el cabello largo y negro. Y sólo lleva un taparrabos de piel de antílope y un cinturón con una vaina de cuero que guarda un cuchillo grande de hierro. Lleva a su espalda un carcaj con flechas y un arco. Los hombres más fuertes no podían tensar ese arco. Las puntas de las flechas, sin embargo, son de pedernal.

—¿Dijo que él era realmente el hijo de Kho, Sakhindar?

—Nosotros nos dirigimos a él como tal, y no nos corrigió. Pero lleva el arco y tiene el mismo aspecto que el que los sacerdotes y sacerdotisas nos dicen que tiene cuando nos lo describen. Y tiene compañeros que sólo las deidades podrían tener.

—¿Te refieres a la mujer de los ojos violeta y a los otros?

—No, quiero decir el gran león y el elefante a cuyos lomos se movía y el mono que se sentaba en su hombro. Ellos le obedecían como si se tratara de su madre y puedo jurar que él les hablaba. El elefante se mantuvo a una cierta distancia, pero el león anduvo entre nosotros y nos pusimos muy nerviosos.

—¿Entonces, él nunca dijo que fuera un dios?

—Nunca. En realidad no nos habló mucho, a no ser para preguntarnos de dónde éramos y adonde íbamos y para encargarnos que llevásemos a la mujer y a su grupo a salvo a Khokarsa y que los tratásemos bien. Ah, sí. El hablaba nuestra lengua, por supuesto, pero de una forma extraña. Dijo que había cambiado en cierto modo desde la última vez que había estado en Khokarsa.

Hadon sintió un ligero escozor en la piel. Y añadió:

—Si estuvo en Khokarsa hace tanto tiempo, entonces es cierto que debe de ser Sakhindar. ¿Pero por qué no regresó con vosotros?

—A mí me habría gustado que lo hubiera hecho, porque de esa forma no habríamos sufrido tantas desgracias. Por otra parte, me encontraba aterrorizado cuando estuvimos ante él y me sentí muy aliviado cuando se marchó. De todas formas, dijo que tenía cosas que hacer en otro sitio y yo no le pregunté de qué se trataba. El elefante lo elevó hasta su lomo y así se marchó, con el león siguiéndoles y el mono chillando entre las orejas del elefante.

Con el ceño fruncido, como preocupado, Hinokly añadió:

—No puede decirte mucho más de él, pero si encontrásemos a la mujer, ella nos diría más cosas. Al parecer, Sakhindar la había traído a ella y a los otros a través del Kemuqoqanqo, el Mar Circundante, desde las tierras del otro lado, y él hablaba

mucho con ellos. Yo no tuve la oportunidad de hablar con ella porque los salvajes nos atacaron muy pronto después de que Sakhindar se marchase. El resto ya lo sabes.

Hadon sabía el resto, y no se sentía confortado por ello. Hinokly había confeccionado un mapa en su viaje hacia el norte, pero había perdido todos sus rollos de papiro en el viaje de vueltas.

Los días y las noches pasaron, con muy poca diferencia entre unos y otros. Las sabanas se extendían inmensas hasta donde la vista se perdía, hierba parda hasta la cintura, con pequeños arbustos aquí y allá y alguna charca ocasional o un pequeño lago a cuyo alrededor crecían árboles más altos. La vida animal se fue haciendo más abundante y a la larga imponente en su número. Hubo veces en que el grupo tuvo que detenerse a esperar a que cientos de miles, quizás un millón de antílopes pasaran corriendo delante de ellos, asustados de algo a sus espaldas y persiguiendo el horizonte en la lejanía. La tierra se sacudía y retumbaba y el polvo se elevaba en las alturas y luego se posaba, dejando sobre ellos una capa de tierra marrón. Vieron muchas manadas de *ruwodeth* (león), panteras solitarias o apareadas, leopardos, jaurías de perros cazadores blancos y negros, hienas, chacales, manadas de muchos *qampo* (elefantes), el enorme *bok'ul'ikadeth* (rinoceronte) blanco, la *c'ad'eneske* (jirafa) de larguísimo cuello, el *q'ok'odakwa* (avestruz), el *bom'odemn* (jabalí africano), el *bog'ugu* (cerdo salvaje gigante) y el terrible *baq'oq'u* (búfalo salvaje). Había muchos *akanvadamo* (monos) en los árboles cerca de las charcas y de los lagos de lluvia, y también *akanvadamowu* (babuinos). Y por todas partes había pájaros.

No había escasez de carne, si se podía matar. Pero había que alimentar a cincuenta y seis personas y los cazadores tenían que salir todos los días. Individualmente no tuvieron demasiado éxito, así que Hadon dispuso que todos tomaran parte en la labor. Unos permanecerían agazapados a la emboscada, mientras que otros, saltando, gritando y agitando sus lanzas iniciaban una estampida. Luego los emboscados arrojaban sus lanzas o lanzaban sus piedras con las hondas a las gacelas, los antílopes o los búfalos que pasasen. En dos ocasiones también asustaron a un grupo de leones que habían estado merodeando por los alrededores en espera de la misma presa y un hombre acabó gravemente lacerado. Murió dos días después y pusieron piedras sobre él y erigieron sobre la tumba un poste de madera con una pequeña figurita de Kho en su extremo. La sacerdotisa, Mumona, cantó los ritos funerarios por él y se sacrificó una liebre, cortándole la garganta, y se vertió su sangre sobre las piedras del túmulo.

—Un mal augurio —dijo Hinokly—. El primer hombre que murió en nuestra expedición fue muerto por un león bajo las mismas circunstancias. Esperemos que esta expedición no siga los pasos de la primeras.

—Eso depende de Kho —dijo Hadon—. No difundas habladurías de este tipo entre los hombres. Ya están bastante asustados tal como están las cosas.

Hadon no estaba alarmado, pero sí preocupado. Incluso si las tres personas que estaba buscando se encontraban vivas, lo que era dudoso, ¿cómo podrían hallarlas en aquel inmenso desierto? Podía ver a su grupo al cabo de muchos años, reducido a unos pocos, haciéndose viejos y débiles, vagando de un lado a otro, sabiendo que su búsqueda era desesperada. Minruth no esperaría más de dos años, si es que esperaba tanto. Incluso si Hadon culminaba con éxito su misión, podría encontrarse con que Minruth había convencido a su hija de que se casase con él. O, quizás, Awineth, cansada de esperar, había decretado otros Grandes Juegos y tomado un marido.

Al trigésimo día de haber dejado el fuerte, vieron a los primeros salvajes. Eran una docena de hombres, mujeres y niños que huyeron tan pronto como pusieron sus ojos en los hombres de Khokarsa. Eran bajos, delgados y de pelo oscuro. Llevaban pieles alrededor de las caderas e iban pintados con motivos rojos y negros. Los hombres tenían barba. Algunos portaban arcos, lo que excitó tanto la curiosidad de Hadon que estuvo a punto de enviar hombres tras los salvajes. Había visto arcos sólo en dibujos y esculturas y le hubiera gustado probar uno. Pero el tabú contra los arcos se mantenía incluso en las Tierras Vírgenes. Sería peligroso tan sólo tocarlos.

Al día siguiente vieron los picos de unas montañas. Hinokly afirmó que las reconocía: se encontraban en el buen camino. Deberían caminar a lo largo de sus estribaciones, manteniéndose siempre hacia el norte hasta que terminaran de bordearlas. Después de viajar hacia el este, llegarían a un río que nacía en algún lugar allá en las montañas.

—Ese río luego se junta con otro que fluye hacia el sur desde las montañas del norte, que son aún más altas. Los dos forman después un ancho río que va a desembocar en el Mar Circundante. Pero tardaremos unos tres meses en llegar. Al tener que recoger plantas, cazar animales y colocar mojones de piedra para señalar el camino, eso nos retrasará considerablemente, a pesar de que nos movamos a mayor velocidad, puesto que los bueyes ya no nos lo impiden.

Hadon se detuvo y dijo:

—¡Algo pasa! ¡Ese explorador corre como si le persiguiera un león!

Hinokly miró en la dirección que señalaba el dedo de Hadon. Procedente del oeste, se veía a Nagoda, ciudadano de Bawaku y uno de los mejores exploradores y cazadores. Corría con todas sus fuerzas, aunque no demasiado deprisa, puesto que llevaba corriendo, obviamente, un cierto tiempo. Casi cayó al suelo cuando llegó a la altura de Hadon y todavía transcurrió un minuto antes de que pudiera recobrar el aliento y comunicar su mensaje.

Hadon no acertaba a ver motivo alguno de alarma. Cualquier peligro que pudiera amenazarles tendría que estar por lo menos a media milla de distancia. Había ordenado a Tadoku que dispusiera al grupo en orden de batalla. Se colocaron formando un núcleo de hombres armados de lanzas y hachas y dos alas pertrechadas

con jabalinas y hondas. Kebiwabes, que había estado cantando, caminó hacia ellos con la lira en la mano. Como bardo, no tomaría parte en ninguna lucha, a no ser que la situación se hiciera desesperada.

El explorador, por fin, pudo hablar:

—Señor, hay un gigante ahí fuera, como a una milla de aquí, supongo yo. Corre hacia nosotros y, más o menos a media milla de él, viene un ejército de salvajes.

Hadon le hizo unas cuantas preguntas y pudo averiguar con detalle lo que había sucedido. El explorador se encontraba en la cima de una colina de unos cincuenta pies de altura cuando vio al hombre en el horizonte. Había esperado hasta que éste se encontrara más cerca, puesto que un solo hombre no representa una amenaza inmediata. Luego tuvo que cambiar de opinión. Este hombre, este gigante, más bien, parecía como si pudiese cargar con toda una unidad a cuestas. Tenía unos siete pies de altura y era tan musculoso como un gorila. Llevaba una faldilla de piel de león y tenía barba. Esto último había dado pie al explorador para pensar que se trataba de un salvaje, pero cuando vio las bandas de bronce que reforzaban la enorme maza que llevaba, no estuvo entonces tan seguro.

Hadon, maldiciendo, dijo:

—¡Como si no tuviéramos suficientes problemas!

—¿Qué sucede? —preguntó Tadoku.

—¡Que viene mi primo Kwasin, y con un rebaño de salvajes pisándole los talones!

—¡Pero si estaba en las Tierras Occidentales! —exclamó Tadoku—. ¿Qué estará haciendo tan al norte?

—En seguida lo averiguaremos —respondió Hadon—. En el caso de que podamos acabar con los salvajes. Explorador, ¿cuántos eran?

—Unos cincuentas.

—¿Y cómo van armados?

—No tienen escudos. Llevan lanzas, cuchillos, hachas, mazas y arcos.

Hadon se preguntaba qué era lo que podía suceder para que hubiera tantos juntos. Por lo general, de acuerdo con Hinokly, sus bandas rara vez alcanzaban la docena de individuos. Pero en ocasiones se reunían muchos más con motivo de la caza o con ocasión de una ceremonia tribal. Kwasin debía de haber tropezado con ellos en el transcurso de uno de estos acontecimientos.

Hadon ordenó a su fuerza que corrieran hasta la cima de una colina redonda, coronada por tres árboles, situada a un cuarto de milla de distancia. Allí ocuparían una mejor posición. Esperó y al poco tiempo acertó a ver una diminuta figura que salía de un grupo de árboles cerca de una charca. Luego subió a la colina, donde Tadoku había dispuesto a los hombres en dos círculos concéntricos.

Muy poco después, el primero de los salvajes salió corriendo desde detrás de los

árboles. Le iba ganando terreno al gigante, lo cual no era de extrañar. Hadon pensó que Kwasin debía de haber empezado a correr bastante antes que los demás. De lo contrario, un hombre tan pesado no habría podido estar a tanta distancia por delante de sus perseguidores. Hadon hizo una señal y dos honderos corrieron hacia él. Recogió del suelo, donde los había dejado, su yelmo y su coraza de cuero y se los colocó. El casco era cónico, con guarda para el cuello y lengüeta para la nariz, y la coraza llevaba un delantal para protegerle los genitales. Desenvainó el *tenu* y dio unos mandobles al aire para calentarse los brazos.

Kwasin se acercó lo suficiente para reconocer a Hadon y sus ojos se abrieron aún más. No decía nada, porque estaba sin aliento. Resoplaba como un búfalo acosado por los leones. El sudor empapaba sus largos cabellos y su barba, revistiéndole de un brillo plateado. Hadon le hizo señas desde la colina y Kwasin corrió a su lado.

Para entonces, el primer grupo de salvajes, unos doce, se encontraba a un cuarto de milla de distancia. Eran altos y llevaban el pelo y la barba teñidos de escarlata y tenían el cuerpo, blanco y moreno, pintado de rojo, negro y verde, formando remolinos y aspas. Astillas de hueso les atravesaban el tabique nasal.

El primer grupo se detuvo de repente y uno de ellos se volvió y gritó algo a los que venían detrás. Hubo un rugido y el resto corrió a alinearse ante el hombre que había hablado. Treinta de ellos llevaban carcajs con flechas y arcos gruesos y cortos. Sacaron las flechas de los carcajs y encajaron los fústes en las cuerdas. Sin embargo, no dispararon, puesto que se encontraban a unos mil doscientos cincuenta pies de distancia y, por tanto, fuera de alcance de tiro. Pero los honderos de Hadon podían lanzar sus proyectiles a una distancia mayor que el cuarto de milla y, a sus órdenes, soltó cada uno, en rápida sucesión, cuatro proyectiles bicónicos de plomo. Hasta que no cayeron tres de sus hombres, no se dieron cuenta los salvajes de lo que estaba sucediendo. Después, aullando, cargaron, y Hadon y sus dos honderos retrocedieron corriendo hacia el pie de la colina y ascendieron por ella. Los lanceros abrieron sus escudos para permitirles pasar y Hadon se reunió con Kwasin, Tadoku, el bardo, la sacerdotisa, el escriba y el médico. Sin embargo, los salvajes ya se había retirado.

Tadoku ordenó que se arrodillaran los lanceros del anillo exterior, de forma que los honderos, que se encontraban detrás de ellos, pudieran tener el campo más libre. Kebiwabes comenzó a cantar una canción guerrera acompañándose de la lira, pero Tadoku le ordenó que se callase. Quería que las órdenes de los oficiales se oyeran claramente. El bebé empezó a llorar y la sacerdotisa le hizo callar dándole el pecho.

Kwasin ya no respiraba con tanta fatiga. Y, sonriendo a Hadon, le dijo:

—¡Saludos, primo! ¡Nos hemos encontrado de manera inesperada, en extrañas circunstancias y en un extraño lugar! ¿Qué estás haciendo aquí?

Su voz era profunda y resonante, como la de un león.

—Las explicaciones tendrán que esperar hasta que hayamos resuelto el asunto de

los salvajes —le respondió Hadon.

Kwasin tomó otro trago de agua de una cantimplora de barro. Luego se pasó el dorso de su velluda y enorme mano por los labios y sus blancos y fuertes dientes y sus ojos destellaron en una sonrisas.

—¡No habría corrido como un chacal —rugió— aunque hubieran sido cincuenta y de los fuertes! ¡Pero tienen flechas! ¡Y así la situación es diferente! ¡Tan pronto como hayan terminado con sus provisiones de flechas, cargaré contra ellos! ¡Y ya no tendrás más problemas!

Todos, menos Hadon, se le quedaron mirando asombrados. Hadon estaba acostumbrado a sus bravatas, si es que se podían considerar como bravatas. No estaba tan seguro de que Kwasin no hiciera lo que decía que podía hacer.

Uno de los salvajes, al parecer, tenía un tambor, porque un sonido similar se elevó de alguna parte entre aquella gente. Los salvajes chillaban y gritaban y comenzaron a bailar, a excepción de los arqueros. Estos rodeaban ya la colina y comenzaban a ascender lentamente por ella. Un hondero, a la orden de Tadoku, soltó un proyectil contra uno de ellos. El hombre tuvo tiempo de agachar la cabeza y lanzó un chillido de aviso a los otros. Se retiraron unos cuantos pasos.

El batido del tambor aumentó su ritmo y, con un alarido, los salvajes abandonaron su danza y comenzaron a correr hacia la colina. Llegaron como una turba desorganizada, tropezando los unos con los otros. A la cabeza del grupo iba un individuo alto, con un sol pintado en la frente y cinco plumas de avestruz sobresaliendo de su pelo.

—¡Ese es su jefe! —tronaba Kwasin—. ¡Eh, tú, dame tu honda! —y arrancó la honda de la mano de un hombre atónito mientras le apretaba con fuerza la otra mano. El hombre gritó de dolor y Kwasin cazó en el aire el proyectil que el otro soltó, antes de que cayera al suelo.

Hadon estuvo a punto de asestar un mandoble a Kwasin con la espada. Pero le gritó:

—¡Tú no das órdenes ni te metes en asuntos de disciplina! ¡El comandante soy yo y, si te quedas, tendrás que obedecer mis órdenes!

Kwasin pareció quedarse atónito. Luego, sonriendo, exclamó:

—¿Tú, mi primo, el mozalbete? —dijo—. ¿Al mando? ¡Kho, cómo han cambiado las cosas! Bueno, primo, te debo la vida, de momento; así que te voy a obedecer como un buen soldado durante esta batalla. Si me gustan tus órdenes. ¡Pero concédeme este último capricho!

Sujetando los dos extremos de la honda, comenzó a hacerla girar por encima de su cabeza y, luego, la soltó con un ¡ja! El proyectil salió a la velocidad del rayo y a una distancia tal que los honderos no pudieron reprimir un grito de asombro contenido. De repente, el jefe de los salvajes se derrumbó hacia atrás. Los demás se

detuvieron y, dirigiéndose todos hacia él, se congregaron a su alrededor. Instantes después gritaban desconsolados su duelo. Se retiraron a continuación, dejando el cadáver tumbado de espaldas, mientras el nuevo jefe tomaba el mando. Esta vez eran diez lanceros los que avanzaban, mientras que el resto, blandiendo lanzas y hachas, les seguía detrás. Hacia la mitad de la colina, los arqueros se detuvieron y tensaron sus arcos. Se produjo un sonido vibrante y las flechas volaron hacia arriba. Al mismo tiempo, los honderos de Tadoku soltaron sus proyectiles.

Los arqueros estaban en desventaja, ya que tenían que disparar hacia arriba. La mayoría de las flechas iban demasiado altas o demasiado bajas, pero una logró atravesar un escudo de madera y cuero y el brazo de su dueño. Otra se le clavó a un hondero en la garganta. Los arqueros se retiraron, arrastrando dos cadáveres y dos heridos con ellos. Pero sólo hasta una distancia de seguridad, donde los proyectiles de las hondas no pudieran llegar. Tras una especie de rugido colectivo, los lanceros y los hacheros comenzaron a correr colina arriba, dejando atrás a los arqueros, que les seguían. Estos últimos disparaban por encima de las cabezas de sus compañeros, pero las flechas tomaban un ángulo demasiado alto para poder herir a los de Khokarsa.

De repente Kwasin lanzó un grito y dio un salto por encima de las dos filas de hombres arrodillados, aterrizó y corrió colina abajo blandiendo su enorme maza. Hadon se quedó sin habla. Aquel salto había sido propio de un león. Luego, al ver que la vanguardia del enemigo se daba la vuelta y caía en su carrera sobre los que tenía detrás, Hadon gritó una orden. Los soldados se pusieron de pie y comenzaron a formar en orden de cuña. Hadon esperó impaciente hasta que todos se hubieron dispuesto formando una V dentada y dio la orden de cargar. El iba a la cabeza, como era su deber, sujetando la espada con las dos manos. Por delante, más abajo, Kwasin cayó de golpe contra una maraña de hombres y todos rodaron hechos un ovillo, colina abajo. Pero, al poco, estaba de nuevo en pie, blandiendo su maza como si fuese una varita, limpiando el camino de lanzas, partiendo cráneos, destrozando brazos.

Los salvajes se desbandaron y huyeron y Hadon fue el único de su grupo, además de Kwasin, que derramó sangre enemiga. Dio alcance a un hombre rechoncho y acuclillado que corría moviendo furiosamente sus cortas piernas y, de un golpe, le separó la cabeza de los hombros, que cayó rodando colina abajo. El cuerpo continuó corriendo, con la sangre brotando como de un surtidor a más de un pie de altura de su cuello, hasta que cayó hacia adelante.

Los salvajes corrieron hasta encontrarse de nuevo cerca del grupo de árboles. Allí recobraron el aliento y parlamentaron durante un rato. Hadon ordenó a sus hombres que se retiraran a la cima de la colina. Era necesario curar a los heridos mientras él decidía los siguientes pasos a tomar. Había considerado la posibilidad de atacarles aprovechando que aún se hallaban desorganizados, pero temía que sus hombres pudieran desperdigarse al alejarse en la persecución. Si esto sucedía, podrían quedar

aislados.

Hinokly dijo:

—Yo creo que si les dejamos recoger a los muertos, se marcharán. No pueden permitirse el lujo de tener muchas bajas. Necesitan a todos los hombres capaces de cazar. Y los supervivientes no querrán tener que hacerse cargo de las familias de los muertos. Por lo que yo sé de estos salvajes, estoy seguro de que se irán en seguida a sus casas con los cadáveres para alardear delante de sus mujeres de lo espléndidos luchadores que son y de cómo nos aniquilaron.

—¿Y qué enseñarán a sus mujeres como trofeo? —preguntó Tadoku.

—Les tendremos que dar nuestros muertos también. Parte de ellos, aunque sea. Si estos son como los otros que yo he visto, querrán las cabezas y los prepucios.

—¡Los espíritus de nuestros muertos nunca nos lo perdonarían! —exclamó Hadon.

—Bueno, puedes enterrarlos e irte. Pero los salvajes los desenterrarán en cuanto nos hayamos ido y tomarán lo que quieran —dijo Hinokly—. Claro que entonces los espíritus se enfadarán con los salvajes y no con nosotros.

Cuatro hombres habían muerto y seis habían resultado heridos, tres de ellos gravemente. El enemigo había disparado aproximadamente la mitad de sus flechas, pero aún les quedaban las suficientes para poder causar abundantes bajas. Sin embargo, eran indisciplinados. Si Hinokly tenía razón, se alegrarían de poder retirarse con honor. Pero, por otro lado, conocían el país y podían ser capaces de preparar una emboscada más adelante. O, también, seguir sus pasos y tratar de ir cazándolos uno a uno. Era mejor aplastarlos de una vez y así ahuyentar claramente cualquier pensamiento sobre ataques posteriores. Merecería la pena, a pesar de la posibilidad de que se produjeran nuevas bajas.

Hadon se dirigió al lugar donde se encontraba Kwasin, que estaba sentado en la cuesta, rodeado de muertos y resoplando como un hipopótamo. Tenía un aspecto terrible, todo salpicado de sangre, aunque no parecía que la sangre fuese la suya.

—¿Te apetecería dirigir otra carga? —le preguntó Hadon, sabiendo que sus palabras excitarían a Kwasin.

—¿Preparado, primo? —gruñó Kwasin—. Precisamente estaba pensando en ir contra ellos yo solo, en cuanto recobre el aliento.

—En cuyo caso acabarás erizado de flechas —contestó Hadon.

«Y no sería mala idea», pensó.

Kwasin se puso torpemente en pie y dijo:

—Ya estoy listo. Me los voy a comer a todos. Mi maza los va a dejar convertidos en migas de pan.

—Es mejor que los hombres vean hechos a que oigan palabras —dijo Hadon. Hizo llamar a Tadoku. Tras una breve consulta, Tadoku dispuso a los hombres en

orden de combate. Con diez honderos en cada flanco y veinticuatro lanceros en el centro, avanzaron sobre el enemigo. Hadon y Kwasin caminaban a unos diez pies por delante de los lanceros.

Los salvajes se alineaban de dos en fondo, con los arqueros en retaguardia y los lanceros y hacheros acuclillados en el frente. Cuando los hombres de Hadon estaban llegando cerca del alcance de las flechas, éste ordenó al centro que se detuviera, mientras las alas seguían avanzando. Algunos salvajes se pusieron nerviosos y lanzaron flechas que se perdieron, dispersas por el terreno. Los honderos siguieron avanzando y luego se detuvieron para lanzar sus piedras. Cayeron dos salvajes y los arqueros comenzaron a disparar. Tres de los honderos fueron alcanzados y en ese momento Hadon dio la orden de cargar. Los honderos abandonaron sus hondas, arrojaron sus pequeños escudos redondos y unos sacaron una espada corta y pesada en forma de hoja y otros hachas, y corrieron, gritando, hacia adelante. Varias flechas más silbaron alrededor de los expedicionarios de Khokarsa, pero ninguna alcanzó su objetivo.

El jefe les gritaba, al parecer pidiéndoles que resistieran. Pero el repentino agotamiento de sus flechas y los reflejos del sol sobre la espada y las puntas de bronce de las lanzas parecieron acabar con su valor. O quizás fue la visión del gigante Kwasin, todo cubierto de sangre, que avanzaba rugiendo y blandiendo su maza. Antes de que pudieran llegar hasta ellos, dieron media vuelta y huyeron a la desbandada. Todos, es decir, a excepción de su jefe. Corrió desesperadamente hacia Kwasin y le arrojó la lanza, pero Kwasin la apartó de un manotazo en el aire y se aprestó a caer sobre el jefe. Este desenvainó el cuchillo de pedernal de su cinturón de cuero, pero debió saber que no tenía ninguna posibilidad. Parecía tan paralizado, allá de pie, que semejaba un carnero al que alguien está a punto de cortar el cuello. Su cabeza saltó por los aires separada del cuello por obra de la maza con refuerzos de bronce. Hadon se sintió decepcionado. Había supuesto que se resistirían para, de esa forma, causarles tal destrozo que, a partir de entonces, tendrían que dejar a sus hombres en paz.

Se podía deducir que, a la velocidad con que los salvajes se retiraban, parecía que intentaban seguir corriendo toda la vida.

Kwasin se apoyó en la maza, jadeando, y luego se sentó en la hierba en medio de una argamasa de sangre, huesos y sesos.

—¡Me apetecería poder dormir y comer durante una semana entera! — murmuraba Kwasin.

Hadon hizo un gesto a Tadoku y le dijo que trajera a cuatro honderos y cuatro lanceros. Entonces se plantó delante de Kwasin con la espada levantada y sujeta por ambas manos. Y le dijo:

—Primo, necesito tener tu juramento por Kho y Sisiken de que me obedecerás de ahora en adelante como si fueras el más humilde de mis hombres. Esta es una

organización militar y nadie podrá acompañarnos si no me reconoce como jefe. ¡O das tu palabra o mueres! No te dejaré marchar, pues sé lo vengativo que eres. ¡Te tomarías la venganza después!

El rostro de Kwasin se volvió aún más rojo y se quedó mirando a Hadon como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. Comenzó a incorporarse, pero al ver que Hadon levantaba más la espada, se volvió a sentar.

—¿Me cortarías la cabeza?

—Esta espada ha segado ya el pescuezo de un león —dijo Hadon—. Y por muy grueso que sea tu cuello, más lo es el de un león.

—¡Eso no está bien! —protestaba Kwasin—. ¡Ya puedes ver lo cansado que estoy! ¡Me tiemblan los músculos como si fueran de gelatina y me encuentro torpe por la fatiga! ¡En otro momento te arrancarías las piernas con mi maza desde aquí abajo y te partiría el espinazo con mis manos desnudas!

—Pero este no es otro momento —le dijo, firme, Hadon—. Dame ahora tu palabra o no hablarás ya nunca más.

—Mi espíritu te perseguirá hasta llevarte a las profundidades del reino de Sisiken —contestaba Kwasin.

— Correré ese riesgo. ¡Y date prisa! Karken se muere de hambre por Kwasin.

—¿Quién?

—Karken, la espada de mi padres.

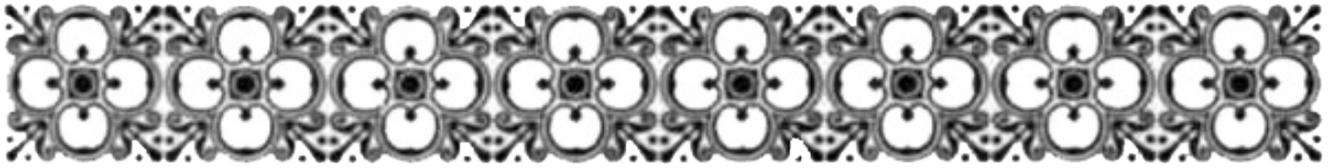
De repente Kwasin se tumbó cuan largo era y comenzó a reír. Era una risa débil, pues estaba muy cansado.

Pero era evidente que pensaba que el chiste era a su costa y estaba dispuesto a reírse de sí mismo. Hadon le observaba impaciente, porque Kwasin podía estar tratando de obtener alguna clase de ventaja. Pero Kwasin se volvió a sentar y le dijo:

—Tú eres el único hombre que haya sido capaz de plantarse delante de mí y vivir después para jactarse de ello. Y no harías esto si no fueras tan astuto como un zorro y no supieras que estoy demasiado fatigado para levantar mi maza. Muy bien, juro por la poderosa Kho que te obedeceré hasta tu muerte o hasta que volvamos a la civilización. Después, mi juramento ya no tendrá valor'.

—Ya lo has oído —le dijo Hadon a Tadoku.





Capítulo 11

Bajó la espada y se alejó. Un momento después volvió la vista atrás. Kwasin, todavía en el suelo, se dedicaba a aporrear la hierba con la maza.

Hadon ordenó a la gente de la expedición que llenara sus cantimploras y odres con el agua de la charca y que luego se bañaran. Limpió la espada y fue a visitar a los heridos, entre los que se contaban tres salvajes.

Aquella tarde enterraron a los muertos y les cortaron la garganta a dos de los salvajes heridos, echando la sangre en un casco de cuero para que los espíritus pudieran beber de él. Por la mañana, uno de los soldados heridos había muerto; tras ser enterrado, se sacrificó al salvaje superviviente sobre la tumba. Con eso quedaban dos heridos que podían andar y tres más, cuya recuperación, si se llevaba a cabo, tardaría semanas en producirse. Uno era un Klemqaba cuyo sargento, servicialmente, le liberó de su dolor después de haberse hecho perdonar por derramar sangre. Los dos restantes, humanos, fueron colocados en literas improvisadas con palos y la expedición reanudó su marcha.

Pasaron los días con un sentimiento de pequeñez, de aislamiento y de falta de sentido que se hacían mayores cada jornada. Las montañas a la derecha, la sabana sin fin a la izquierda, todo era siempre lo mismo. Montañas, árboles y hierba amarilla del color del león estaban siempre allí bajo el sol abrasador y, cuando los ojos se cerraban para dormir, allí seguían, aún bajo los párpados. Una y otra vez, Hadon se preguntaba qué haría cuando alcanzase las orillas del Mar Circundante. ¿Qué camino seguir, el del este o el del oeste? ¿Dónde, en aquella vasta tierra, podían estar las tres personas que buscaba? Basándose en todo lo que sabía, podía pasar junto a sus huesos y no verlos nunca. Podían estar ocultos en la hierba, detrás de un arbusto, en un agujero. O podían estar vivos y sólo a unas pocas millas de allí, quizás agazapados tras la maleza y temerosos de acercarse.

Una noche, uno de los heridos murió y sin ninguna causa aparente que el médico pudiera determinar. Se había encontrado lo suficientemente bien para caminar e incluso había estado bromeando cuando se fue a dormir. Y por la mañana estaba muerto.

Un cazador murió de una mordedura de serpiente. Otro, por la picadura de un insecto. Un tercero, simplemente desapareció y, aunque Hadon envió gente a buscarle, no pudieron encontrar pista alguna. Una tarde, un Klemqaba y un Klemklakor se pelearon. El segundo resultó muerto y el primero malherido. Durante unos momentos de tensión, las gentes del Oso y de la Cabra estuvieron a punto de abalanzarse los unos sobre los otros. Hadon gritó que los aplastaría a todos si alguien, del bando que fuera, utilizaba su arma. Aquello habría constituido una amenaza risible, porque los soldados tatuados sobrepasaban en número a los otros. Pero Kwasin había aparecido detrás de Hadon agitando su maza y los jefes de ambos grupos ordenaron a sus hombres que depusieran las armas. Hadon presidió un consejo de guerra y determinó que el superviviente había sido el ofensor. Por suerte, no tuvo que ejecutarle. Murió esa noche.

En cuanto a Kwasin, su actitud era interminablemente irritante. Sus fanfarronadas y sus jactancias acababan con los nervios de Hadon y, aunque obedecía sus órdenes, se burlaba de él. Hadon le reconvino por esto, pero Kwasin se limitó a decir:

—Yo no juré mantener la boca cerrada.

Kwasin tenía, sin embargo, algunas historias interesantes que contar. Después de haber sido condenado al exilio, se le envió a la ciudad de Towina, situada al suroeste de la isla de Khokarsa, en la costa del Kemu. Desde aquí, Kwasin había sido escoltado tierra adentro hasta las espesuras del último puesto de avanzada. Había vagado por las Tierras Occidentales, con su maza al hombro, sembrando el territorio de admiración y terror, como si fuera un ogro. Al menos así debió ser, si había que creer en sus palabras.

—Al principio sólo había sabanas, leguas interminables donde pastaban enormes manadas de antílopes, y elefantes. Y en las que cazaban cientos de familias de leones y jaurías de perros salvajes, y la pantera, veloz como el rayo. Yo tenía un gran cuerpo que alimentar, como sin duda podéis observar, y no sería nada para mí la carne que engordaría a dos hombres. ¿Y cómo iba a matar al veloz y cauteloso antílope, yo, con mi gran cuerpo que puede ser detectado tan fácilmente y con sólo una maza y un cuchillo de caza?

»Y luego vi cómo la hiena y el chacal seguían a los leones y cómo estas bestias, con tanta fama de cobardes, entraban corriendo por detrás del león, y en ocasiones de frente, le arrebatan un trozo de carne y escapaban corriendo. Y también observé a jaurías de perros salvajes acosar a un león que comía una res y a veces hacerle huir. Así que me dije a mí mismo: muy bien, voy a dejar que el león mate por mí y luego le quito la carne. Y así lo hice. Me acercaría a la pieza ya muerta y a su cazador o cazadores, porque los leones normalmente cazan en grupo, y les haría huir. Y si atacaban, como con frecuencia lo hacían, les daría un golpe con mi maza que los dejaría sin sentido o les rompería las patas. Luego cortaría carne suficiente para que

me durase varios días y dejaría el resto para el león. Y si llegaba a matar un león, me lo comería.

Hadon se dio cuenta de que Kebiwabes tomaba buena nota de todo esto. Sin duda el bardo estaba pensando en componer otra epopeya, *La Canción de las Andanzas de Kwasin*. Hadon sintió celos, aunque también se dio cuenta de que sentirse celoso era indigno de él.

—De vez en cuando, solía ver un pequeño grupo de negros y entonces me acercaba cautelosamente y caía sobre ellos, aplastándolos, y escapaba con una mujer. Soy más lujurioso que una nutria marina o que una liebre, como bien sabes, Hadon, y si un hombre puede satisfacerse con una mujer o, en efecto, ser incapaz de satisfacer a una mujer, yo necesito una docena. Las mujeres negras son feas y no se bañan con frecuencia, pero uno debe tener filosofía y agradecer a Kho lo que le pone entre manos.

—¿Y matabas luego a esas mujeres? —preguntó Hadon.

—¡Sólo de un empacho de amor! —respondió Kwasin con una risotada—. No, las dejaba marchar, aunque pocas eran capaces de levantarse y salir en seguida. Y algunas me rogaban en su lengua, que yo no entendía, por supuesto, pero las expresiones eran elocuentes, algunas, digo, me pedían de manera obvia que me quedase con ellas. No, no las mataba. Quería que parieran a mis hijos e hijas, pues la raza necesita mejorar y, a la larga, quién sabe, todos los negros de las Tierras Occidentales pueden ser mis descendientes. Y a propósito: he visto que sólo tienes una mujer contigo y que es una fea Klemqaba. ¿Dónde está la sacerdotisa?

—Ella es la sacerdotisa —contestó Hadon—. No te violentes con ella o serás doblemente maldito por Kho. Y aparte de eso, yo lo consideraría como una falta de disciplina seria, es decir, mortífera.

—¿Y si se lo pidiera humildemente? —dijo Kwasin con sornas.

—Ella puede aceptarte como marido. De momento está casada con la mitad de los hombres y con toda la gente de la Cabra y del Oso.

Kwasin soltó una carcajada y dijo:

—En cuanto haya estado con ella, se divorciará de los demás. Bueno, estoy contento de que estemos en las Tierras Vírgenes, donde los salvajes son blancos y no parece que anden tanto en cuclillas y algunas de las mujeres, bajo el hedor y la porquería y la pintura, puede que tengan incluso buena pinta. Pero Hadon, ¿estás seguro de que no estás casado con esa medio mona?

—Por supuesto que no —dijo Hadon, muy estirado.

Kwasin se rió de nuevo y dijo:

—¡Prosigamos! Luego me dirigí a la jungla, donde no había leones que cazaran por mí. El leopardo es el rey en ella y no es fácil encontrarlo en esa espesa maraña. Pensé que me moriría de hambre, pero entonces me encontré con un gran río...

—¿El Bohikly? —preguntó Kebiwabes—. ¿El río descubierto por la expedición de Nankar en el siglo vi después de la construcción del Templo?

Kwasin se le quedó mirando y dijo:

—No abuses de tu condición sagrada como bardo para interrumpirme, Kebiwabes. Sólo Hadon puede hacerlo, ya que me he comprometido con un voto de obediencia. Sin embargo, no me importa que se me hagan preguntas inteligentes. De todas formas, encontré miles de cocodrilos en todo ese río, por lo que me decidí a salir de la jungla y darles un repaso antes de que se pudieran meter en el agua y cascarles el grueso cráneo con mi maza. No eran mala comida. En alguna ocasión me encontré con un minúsculo poblado de negros en el curso del río, aunque la mayoría estaba en las regiones del norte. Al parecer aún no habían llegado a explorar la desembocadura. Entonces yo entraba a saco y raptaba a sus mujeres. Me solía quedar con algunas para que me enseñasen a encontrar la vida vegetal, puesto que ya estaba cansado de comer sólo carne.

»Poco después llegué hasta las fuentes del Bohikly y me dirigí sin rumbo fijo hacia el oeste. Y, al poco, me vi detenido por el Mar Circundante. Pensé en construir una piragua y aventurarme hacia el oeste, con la esperanza de llegar al mismísimo borde del mundo. Pero, pensé, ¿qué pasaría si el mar se prolongara mil millas más? ¿Cómo podría sobrevivir? Así que no corrí el riesgo. Además, a Kho no le gustaría que un mortal, incluso un mortal como yo, se asomara desde el borde para echar un vistazo al abismo. ¿Quién sabe qué secretos esconde Ella ahí abajo?

Kwasin después pensó en vagabundear por la costa del Mar Circundante y quizás rodearlo. No sabía decidirse sobre qué dirección tomar para empezar, si hacia el norte o hacia el sur. Así que sacrificó a Kho un cerdo de río rojo y le rogó que le indicara el camino. Esperó y, después de un rato, un *kagaga* (cuervo) blanco bajó en picado sobre él y voló hacia el norte. Y de esa forma comenzó Kwasin a caminar en esa dirección, sin apartarse de la orilla.

—Pero después de un año, me quedé convencido de que podía estar caminando toda la vida y no volver jamás al punto de partida. Además, comencé a sentirme solo. Vi sólo tres poblados de negros a lo largo de toda la costa y me moría por las mujeres. Me apoderé de varias de ellas y me las llevé conmigo, pero una murió de fiebres, a otra la tuve que matar porque trató de clavarme un cuchillo y dos escaparon.

»Luego llegué a una gran cordillera que discurría hacia el norte y hacia el este a lo largo de las playas. La seguí y, atención, un día vi al otro lado del mar una gran montaña rocosa^[3]. El Mar Circundante no era un mar que corría paralelo al borde del mundo. Había otras tierras al otro lado de aquellas tierras.

—O, quizás —dijo Hinokly—, la montaña era sólo una isla del Mar Circundantes.

—He dicho que no me gusta que se me interrumpa, escriba —dijo Kwasin—. Así que consideraré la posibilidad de surcar las aguas hasta la montaña rocosa, pero la

corriente es rápida allí, aunque el paso sea estrecho. Seguí caminando y después de muchos meses llegué a un lugar donde terminan las montañas, al menos provisionalmente. Y aquí, un gran río se adentraba en el mar.

—Probablemente el río que encontramos nosotros —intervino Hinokly.

—Los escribas tienen la lengua larga y el cráneo delgado —dijo Kwasin, lanzándole una mirada feroz—. De cualquier forma, ya me había llegado a cansar del mar, así que me volví hacia el interior y construí una piragua y la dirigí remando río arriba. Ahora me encontraba en la tierra de los salvajes blancos, y las mujeres eran más agradables, aunque olían tan mal como las negras. Sin embargo, después de zambullirlas en el río y conseguir que se peinaran y se quitaran la pintura, resultaban aceptables. Algunas de ellas habrían llamado la atención en Khokarsa, de lo graciosas que eran. Y así fui mejorando el surtido a lo largo del río.

»Luego llegué hasta las montañas donde nace el río y me dispuse a continuar por las sabanas hacia el sur. Pensé que quizás podría volver a Khokarsa. Quizás Kho me hubiera perdonado para entonces. Ya había hecho suficiente penitencia para lo que había sido, después de todo, una travesura de borracho.

—¿Violar a una sacerdotisa sagrada de Kho y aplastar los cráneos de sus guardias sólo fue una travesura? —cuestionó Hadon.

—Aquella sacerdotisa era una perra provocadora —dijo Kwasin—. Me animó, y luego, cuando me desnudé, se quedó aterrorizada, aunque supongo que no puedo culparla por ello. Y únicamente me estaba defendiendo cuando maté a los guardias. Debes admitir que hubo circunstancias atenuantes. De no haber sido así, ¿por qué no me castraron y me arrojaron a los cerdos? ¿Por qué se me castigó sólo con el destierro, aunque Kho sabe que es un castigo horrible?

—Te libraste de la ejecución porque la sibila dijo que no deberías ser ajusticiado —respondió Tadoku—. Sólo Kho sabe por qué se te dejó suelto tan fácilmente después de un delito tan grave. Pero Su Voz debe ser obedecida.

—Yo creo que debería acercarme hasta un puesto de avanzada o quizás hasta la misma Mukha para preguntar si mi exilio ha terminado —dijo Kwasin—. Después de todo, la sibila dijo que yo no tendría que andar errante para siempre.

—Quizás quiso decir con ello que la muerte pondría fin a tu exilio —dijo el escriba—. La Voz de Kho habla con palabras que tienen más de una interpretación.

—Pero una maza en el cráneo de un escriba parlanchín sólo tiene una interpretación —comentó Kwasin—. No me animes, Hinokly.

Y, de esa forma, el gigante había recorrido las montañas, bajando hacia el sur. Luego había irrumpido en una asamblea de las tribus de la región. Estaban celebrando, supuso él, algún rito religioso anual. No lo sabía, pero lo que veía era que allí había muchas mujeres atractivas. En cuanto tuvo oportunidad, capturó a una y se escapó con ella. Pero los salvajes se dieron cuenta, y tuvo que correr.

—Sólo porque tenían flechas —alegó—. De otra forma los hubiera despedazado como un león a un rebaño de gacelas.

—Claro —dijo Hadon riéndose. Kwasin frunció el entrecejo mientras agarraba la maza con fuerza.

—¿Podrías volver a recorrer tu ruta hasta el río que desemboca en el mar? —le preguntó Hadon.

—¡Con los ojos cerrados! —vociferó Kwasin.

—¡Estupendo! Ya tenemos dos guías, tú y Hinokly. Estoy seguro de que no podemos perdernos.

Pero podían. Las montañas en esa parte no formaban una gran cadena sino muchas pequeñas cadenas, montañas aisladas y valles. Hinokly confesó que no sabía dónde se encontraban. Kwasin se negaba a confesarlo, pero era evidente que estaba tan confuso como Hinokly. Después de ir de un lado para otro durante tres semanas, con frecuencia volviendo sobre sus pasos, Hadon decidió que deberían dirigirse hacia el oeste, hasta perder de vista las montañas. Luego fueron hacia el norte durante una semana, antes de girar hacia el este. Y al cabo de otras tres semanas se encontraron con el primer río. Tanto Hinokly como Kwasin declararon que aquel era el río por el que habían subido.

—Aún debe de haber otro más al este —dijo Hinokly—. Esta corriente y la otra nacen en estas montañas y corren paralelas, supongo, hacia el noreste, hasta que desembocan en un gran río. Y este debe de nacer en la gran cordillera que se adentra en el interior partiendo desde el Mar Circundante. Los tres ríos se convierten en uno, que desemboca en el mar.

—¿Estamos cerca del lugar donde perdiste a la hechicera, al bebé y al hombrecillo? —preguntó Hadon.

—No, eso fue más allá de la confluencia de este río con de las montañas del norte. Fue en algún lugar entre esa confluencia y la del río situado al este del que tenemos aquí.

Talaron árboles, les cortaron las ramas, les dieron forma de piraguas y prepararon tablas para que sirvieran de remos. Cada piragua podía llevar a siete, un número afortunado, y había siete piraguas, algunas de ellas sin gente suficiente para tripularlas. Hadon puso al gigante Kwasin en una, con otros dos. Esta fue nombrada la embarcación exploradora, puesto que Kwasin quería dirigirles. También, la visión del monstruo podía desanimar a los salvajes si pensaban atacarles. Ahora eran vulnerables, especialmente ante las flechas, porque el río estaba flanqueado por una selva espesa y profunda. Encontraron hipopótamos y cocodrilos y, a menudo, elefantes que bajaban a bañarse y a beber. Aves que se contaban por cientos de miles vivían a lo largo del río o sobre él, y los árboles chillaban y vibraban, plagados de monos. De vez en cuando acertaban a ver los pequeños antílopes que hacían de la

jungla su hogar, y al leopardo que los cazaba, así como monos y cerdos de río. Los honderos mataban monos y pájaros, y los lanceros se encargaban de los cocodrilos, de los hipopótamos y de los cerdos. Por primera vez, desde que abandonaran el puesto de avanzada, tenían carne más que suficiente. El río contenía también muchas clases de peces, que eran la delicia de los de Khokarsa.

Por desgracia, el día antes de que llegaran a la confluencia, un hipopótamo herido volcó una piragua, y junto con otros dos machos, mató a cinco hombres antes de que pudiese hacerse nada. Uno de los que habían volcado pudo ser sacado del agua. Otro nadó hasta un banco de lodo, con tan mala suerte que fue capturado por un cocodrilo monstruoso y arrastrado de nuevo al agua.

Después, la sacerdotisa echó sus huesos adivinatorios y, tras la lectura del resultado de su posición, declaró que la divinidad del río había sido ofendida. Sacrificaron dos cerdos, un macho y una hembra, que habían capturado durante una cacería, y el día siguiente transcurrió en calma. Cerca del anochecer llegaron al ancho río que corría hasta el mar.

Hinokly, sentado detrás de Hadon, dijo:

—La última vez que vi a los tres fue a unas veinte millas de aquí, pero no sería capaz de reconocer el lugar exacto. No había ningún accidente característico en los alrededores.

—De cualquier manera, lo más sensato es pensar que no se hayan quedado allí, aun en el caso de haber sobrevivido —dijo Hadon—. Pero exploraremos los alrededores de la zona. Si han muerto, sus huesos todavía podrían estar allí.

Al día siguiente, viajando a favor de la corriente y ayudados por un constante y rítmico movimiento de los remos, alcanzaron el lugar donde Hinokly pensaba que había ocurrido el ataque. Hadon ordenó atracar las piraguas en un lugar pantanoso salpicado de pequeñas islas. Acamparon en una de ellas, apiñándose alrededor de los fuegos que encendieron para, supuestamente, mantener alejados a los mosquitos con el humo. Pero no resultó.

—Algunos de los nuestros enfermaron de fiebre de los pantanos —dijo Hinokly—. Murieron cinco y cuando atacaron los salvajes, gran parte de ellos estaban demasiado débiles para luchar. Cuenta con la pérdida de varios hombres antes de que lleguemos al mar. Por suerte, en las playas no hay demasiados mosquitos.

—¿Qué tienen que ver los mosquitos con la fiebre de los pantanos? —preguntó Hadon.

—En el año 1539 después de la construcción del Templo —explicó Hinokly—, la sacerdotisa-médico Heliqo observó que en las áreas donde los pantanos y las aguas estancadas se habían desecado, la población de mosquitos disminuía. Y la incidencia de fiebre descendía en proporción. Y también que, donde no había mosquitos, no había fiebre de los pantanos. Eso fue hace cincuenta años y, entonces, se burlaron de

ella. Pero últimamente los médicos dicen que es casi seguro que ella tuviera razón.

—Es bueno saberlo —dijo Hadon—. Pero, mientras tanto, todo lo que podemos hacer es ofrecer oraciones a Qawo, Nuestra Señora de los Remedios, y a M'agogobabi, el demonio de los mosquitos, para que se compadezcan de nosotros. O bien —añadió—, la mejor cosa aparte de esta es salir de este lugar e ir donde no haya ninguno de estos pequeños diablos. No me puedo imaginar a esos tres quedándose aquí; si lo hicieron, seguramente estarán muertos. Podría ser que la fiebre no hubiera acabado con ellos, pero se encontrarían demasiado débiles para cazar y los leopardos terminarían con ellos.

A pesar del razonamiento, sabía que tendrían que registrar la región palmo a palmo. Empezaron a la mañana siguiente, vadeando los pantanos hasta llegar a un terreno más alto, andando media milla y metiéndose de nuevo en el pantano para atravesarlo y llegar hasta la orilla del río. Mientras caminaban, iban gritando los nombres de Lalila y de Paga. Aunque el ruido podía atraer a los salvajes, tenían que gritar. De lo contrario, aquellos a los que buscaban podían estar muy cerca y, a pesar de ello, desconocer que sus salvadores se hallaban allí. También, tanto alboroto podía ahuyentar tanto a los salvajes como a los grandes depredadores. Al menos Hadon así esperaba que fuera.

Para el final del segundo día ya sabía que este método de búsqueda era imposible y estúpido. Si aún vivían, no estarían allí. Se habrían vuelto a la costa o bien al sur, hacia Khokarsa. Lo mejor sería dirigirse primero al mar y averiguar allí lo que se pudiera lo que pudieran. Si no había señales de ellos, se dirigirían de nuevo al sur.

Esa misma mañana, parte del grupo se sintió enfermo. Hinokly y el médico movieron, preocupados, la cabeza y declararon:

—Fiebre de los pantanos.

Hadon los trasladó a un terreno más alto, ya que había demasiados hombres enfermos para poder remar río abajo. Encontró un lugar en la cima de una colina a unos sesenta pies de altura, que tenía un manantial de agua potable. Y se dispusieron a presentar batalla a los escalofríos, la fiebre y los sudores. El propio Hadon se sintió enfermo al tercer día y experimentó, una vez más, el frío, el calor, los sudores y el delirio que había padecido varias veces en su juventud. Los pocos que seguían en pie, entre los que se encontraba Kwasin, quien afirmaba que tenía inmunidad ante el demonio, tuvieron que cuidar de los demás y cazar para procurarles comida. La sacerdotisa, Mumona, se libró también y la mayor carga de cuidar a los enfermos cayó sobre ella. El médico murió al sexto día. Varios días después, la mayor parte de los humanos y algunos miembros del pueblo de la Cabra y del Oso también habían muerto.

Al cabo de doce días, Hadon se encontró lo suficientemente fuerte para dar cortos paseos por los alrededores del campamento. Al decimocuarto día, salió al

descampado para poner trampas a las liebres. También abatió un mono de un tiro de honda, un suplemento para el puchero que sería bien acogido. Cuando volvió al campamento, el saludo que recibió fue un tremendo grito de Mumona. Su bebé acababa de morir.

—Pronto tendrá otro —dijo Kwasin sin asomo de compasión—. Aunque nadie sabrá quién es su padre.

Kwasin estaba enfadado con la sacerdotisa porque se había negado a acostarse con él. En otras circunstancias, le hubiera roto la crisma, pues no acertaba a comprender por qué ella rechazaba a un hombre que no sólo era el más fuerte del Imperio, sino también el más guapo.

Hadon fue a consolarla. Se había ido encariñando con ella durante su enfermedad y admiraba su actitud, desprovista de toda queja, y la destreza con que trataba a los hombres. No podía curarles, pero había aliviado sus escalofríos y sus fiebres lo mejor que sabía.

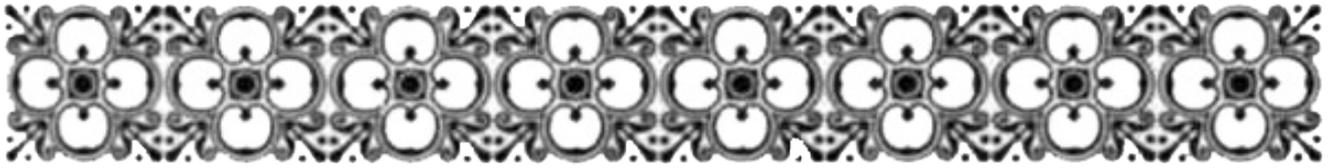
La expedición, reducida ya a una fuerza de treinta individuos, salió remando de aquel lugar de muerte unos días después. De entre los humanos, sólo Hadon, Tadoku, Kwasin, el bardo, el escriba y un joven soldado de Miklemres habían sobrevivido, y la mayoría de ellos estaban aún débiles.

Viajaron sin novedad, cada día más fuertes, hasta llegar a la catarata de la que Hinokly les había prevenido. Aquí el río entraba en un estrecho valle rocoso y caía unos sesenta pies en medio del estruendo y de la neblina formada por el agua al golpear contra las rocas. Bajaron de los botes tan pronto como oyeron el estruendo y cargaron con las canoas, con mucha dificultad, y descendieron por la cuesta que bordeaba la catarata. Una milla más abajo, acamparon para pasar la noche. A la mañana siguiente, mientras partían, tres flechas salieron disparadas desde el denso matorral cercano. Y un Klemqaba cayó muerto con una flecha atravesándole la garganta.

Aunque ardía en deseos de venganza, Hadon dio la orden de trasladarse al centro del río para alejarse del alcance de las flechas y seguir su viaje. Haberse adentrado otra vez en la jungla, en busca de un número desconocido de enemigos, sólo significaba la pérdida de más hombres.

Doce días después de este incidente, salieron de una de las desembocaduras del río y contemplaron anonadados el Mar Circundante.





Capítulo 12

Según pudo Hadon averiguar, había alrededor de ciento cincuenta salvajes, la mayoría en grupos que iban desde la docena a la veintena, que vivían a lo largo de unas veinte millas de la línea de la costa. Ellos podían proporcionarle la información que necesitaban, y los muertos no podían darla. Ordenó a sus hombres que no atacaran, a no ser que fueran antes hostigados. Dejando momentáneamente su fuerza, salió solo hacia el poblado más cercano. Se trataba de una docena de pequeñas chozas de forma cónica hechas con palos y cubiertas de pieles. La gente escapó al aproximarse él, reuniéndose en una pequeña colina cercana al poblado y agitando sus lanzas en su dirección. Se dirigió valientemente hacia ellos, indicando con las manos levantadas sus deseos de paz. Momentos después, uno de aquellos hombres delgados, morenos y de nariz aguileña, apuntando con la lanza de punta de piedra hacia él, comenzó a caminar lentamente en su dirección. Parloteaba en una áspera lengua que Hadon, por supuesto, no entendió. Se mantuvo en su lugar, sin dejar de hacer gestos de paz, y luego sacó un rosario de minúsculas esmeraldas, un regalo que Hadon había recibido de la sacerdotisa del fuerte fronterizo. Era un regalo caro, pero esperaba que mereciese la pena. Aunque el hombre no lo aceptaba, probablemente porque pensaba que podía contener algún encantamiento dañino, su mujer no pudo reprimirse. Llegó hasta ellos y tomándolo cautelosamente, se lo puso alrededor de su cuello.

Transcurrieron varios días antes de que se disiparan sus sospechas y Hadon pudiese traer consigo a la mujer Klemqaba, al bardo y al escriba. Kebiwabes les encantó con sus canciones. El escriba les hizo varios dibujos y Hadon distribuyó unas monedas de cobre. No tenían idea del significado del dinero, pero pronto encontraron forma de utilizarlo como adorno. Hadon, mientras tanto, estaba aprendiendo su lengua. Tenía una serie de sonidos velares y guturales que encontraba difícil de dominar. Pero como su garganta podía cambiar de forma como el mercurio, pronto se encontró hablando aquella lengua lo suficientemente bien para que los salvajes no se partiesen de risa por su abominable pronunciación.

Días más tarde, Hadon permitió que su fuerza se acercara a una distancia de media milla. Tenían órdenes de no abusar sexualmente de las mujeres bajo pena de

muerte instantánea. Kwasin se quejó de esta orden. Estaba totalmente a favor de alancear a los hombres y abusar de las mujeres.

—Tú eres peor que los salvajes —le dijo Hadon—. No, necesito a esta gente. Quizás puedan decirme algo de la gente que estamos buscando.

—¿Y después de que lo averigües? —preguntó Kwasin—. ¿Tomaremos a las mujeres? Hay una pequeñita, con grandes ojos y pechos cónicos, en la que no puedo dejar de pensar noche y día.

Hadon escupió para demostrar su asco y dijo:

—Esa sería la más vil de las traiciones. No, no lo harás. Si descubrimos que los hombres no son celosos de sus mujeres y si una mujer te dice que sí, entonces podrás desfogarte. Y, en cuanto a la mujer de que me hablas, creo que yo soy el que le gusta y que a ti te tiene miedo.

Kwasin rugió de frustración y dio un tremendo golpe con su maza en el suelo. Hadon, sonriendo, se alejó. Sin embargo, se sentía preocupado de que algunos de sus hombres pudieran escurrirse a hurtadillas y llevarse a las mujeres a la espesuras.

Al cabo de tres semanas, Hadon tuvo la posibilidad de preguntar por Lalila. Habló con el jefe y descubrió de inmediato, para su disfrute, que aquella gente la conocía. Es más, sabían de Sakhindar.

—La primera vez que los encontramos fue hace dos inviernos —dijo el jefe—. Llegaron al poblado, la mujer de los ojos violeta y pelo amarillo, su hija, el hombrecillo de un solo ojo y aquél al que tu llamas Sakhindar. Mi abuelo y su abuelo le conocían, y le veneraban como a un dios, puesto que vive sin cambiar de aspecto a lo largo de los tiempos, lo mismo que un dios. Pero él prohibió que nadie le venerara, diciendo que estaba sujeto a la muerte y que no era un verdadero dios. Yo le había visto siendo todavía niño y me acordaba de él. Se quedó con nosotros un tiempo, ayudándonos a cazar y a pescar y contándonos muchos cuentos maravillosos. Luego, él y su gente, que él dijo que venían del otro lado de la Gran Agua, se marcharon. Que se iban hacia el sur, dijo.

Y el jefe continuó:

—Pensé que nunca le volvería a ver, puesto que por lo general sólo se presenta una o dos veces en cada generación. Pero hace tan sólo cuatro lunas, la mujer, la niña y el hombrecillo volvieron a aparecer. Sakhindar no estaba con ellos. La mujer dijo que Sakhindar les había confiado a un grupo de hombres del lejano sur, que también viven en las costas de un gran mar. Fueron atacados y separados de aquellos hombres y encontraron el camino de vuelta hasta nosotros. Yo les pedí que se quedaran con nuestra gente, pero dijeron que se irían en busca de Sakhindar. El se había ido por la costa hacia el sol naciente, y ahora puede estar en cualquier parte de este mundo, por todo lo que cualquier persona pueda saber.

—¿Se encontraba él acompañado de un león y un mono y un...? —Hadon dudó, al

no encontrar la palabra. Describió un elefante lo mejor que pudo, pero al jefe se le veía confuso. Al parecer, sabía de leones y de monos, pero nunca había visto elefantes ni había oído hablar de ellos.

—No, no estaba con ninguna de esas bestias —contestó—. Si lo hubiera estado, yo lo habría dicho.

Esa noche, los hombres de la expedición de Khokarsa y los salvajes tuvieron un festín con dos hipopótamos de plato fuerte y, al día siguiente, los visitantes partieron. La mujer de grandes ojos y de pechos cónicos rodeó con sus brazos el cuello de Hadon y lloró. El lamentaba que tuvieran que marchar tan pronto, pero prometió que, si era posible hacerlo, volverían por el mismo camino. El grupo partió hacia el este, mientras dos hombres, sobre la marcha, vigilaban disimuladamente a Kwasin. Hadon temía que el gigante tratase de escabullirse y volviera con los salvajes y, de esa forma, arruinara toda la buena voluntad que tan pacientemente había logrado cimentar. No se necesitaba mucho para hacer desertar a Kwasin, por supuesto, pero si les abandonaba, no se le permitiría que volviera a unirse al grupo. Kwasin no dio muestras de tratar de hacerlo. La soledad de sus correrías aún seguía dentro de él. No quería estar donde no tuviera a nadie con quien hablar.

—Kho está con nosotros —dijo Hadon a Kebiwabes—. Tenemos que alcanzarlos. El jefe dijo que ellos no irían hacia el sur hasta que no transcurriesen muchos, muchos días de viaje. Hay vastas y escarpadas cordilleras entre la costa y las sabanas del interior y para llegar a las sabanas tendrán que bordear las montañas. Caminaremos tan rápidos como podamos y los alcanzaremos antes de llegar al extremo de las montañas.

—Si Kho así lo quiere —dijo el bardo—. Ya estoy cansado de esta soledad. Me gustaría contemplar la hermosa Khokarsa, fulgurante de blanco bajo el sol, y meterme entre sus calles, aunque sean ruidosas y estén atestadas de gente. Me gustaría beber otra vez en las tabernas y en los salones de los nobles y entonar canciones que encanten a la gente y que a mis colegas les resulte difícil encontrarles defectos. Y las mujeres... ¡ah, las mujeres! Esbeltas y de piel suave y oliendo dulcemente a diversos perfumes y hablando con cálidas voces de amor...

—Sí, pero si no hubieras venido con nosotros, no tendrías las semillas de una gran epopeya germinando en tu corazón —le dijo Hadon—. Es decir, si puedes sacar algo de lo que ha sucedido. Para mí no ha sido precisamente poesía, sino desazones, penalidades, problemas triviales e importantes que resolver cada hora del día, enfermedades, heridas y preocupaciones nocturnas que no me dejan dormir.

—Esa es la materia de que está hecha la gran poesía —contestó Kebiwabes—. La voz y la lira transforman todo eso en belleza y en gloria. Hombres y mujeres llorarán de pena o lanzarán exclamaciones de alegría ante mis palabras y mi música. Y tú, el hostigado, el dolorido de cansancio hasta los huesos, el mordido por los mosquitos, el

hombre preocupado, serás transformado en un valiente héroe cuyos únicos cuidados serán las grandes empresas y cuyas lujurias se convertirán en grandes amores. El canto no mencionará tus disenterías, tu fiebre, esas bolsas bajo tus ojos causadas por el insomnio, las pulgas que aplastas, tus incertidumbres, ni tampoco la forma en que maldijiste una vez cuando tropezaste con una piedra y te hiciste daño en el dedo gordo del pie. Y esa escaramuza con los salvajes se convertirá en una batalla en la que miles serán los que participen y los soldados sin rostro serán derrotados por los héroes. Y los héroes se permitirán prolijos diálogos durante la batalla antes de entrar en el gran asalto en pos de la gloria. E incluso así, en cierto modo, lo que yo cante será tan cierto como si de veras hubiera sucedido.

—Esperemos que poseas el genio necesario para conseguir esa transmutación —comentó Hadon.

—Eso es lo que me preocupa —respondió el bardo con aire desconsolado. Pero, instantes después, ya sonreía y cantaba, para regocijo de todos, la obscena canción del *Cabo Fálico*.

Mientras tanto, durante la marcha, Hinokly, el escriba, dibujaba un mapa de la región.

—Dos expediciones previas han llegado hasta el mar siguiendo aproximadamente la misma ruta que nosotros —le dijo a Hadon—. Pero ninguna se ha dirigido al este por la costa desde el río que se vacía en el Mar Circundante. Nosotros somos los primeros ciudadanos de Khokarsa que emprenden esta ruta.

Dos meses más tarde, después de encontrarse con unas cuantas docenas de pequeñas tribus que o bien escaparon hacia el interior o se precipitaron sobre sus canoas, habían llegado a lo que parecía el extremo final de la cadena de montañas. Por delante se extendían las sabanas. Y no habían encontrado ninguna señal de Lalila ni de los otros.

—Podríamos seguir adelante —dijo Hadon durante una reunión con Tadoku y el escriba—. Pero creo que lo más probable es que los tres se dirigieran hacia el sur una vez que se terminaran las montañas. Si no se encontraban con Sakhindar, decidirían intentar de nuevo el viaje hacia Khokarsa. Y si en realidad se encontraron con el Dios de los Ojos Grises, él les habría puesto en la dirección del sur. O tal vez les esté dirigiendo él mismo hacia el sur.

Hinokly, que había estado mirando el mapa, dijo:

—Apostaría que estamos directamente al norte de la ciudad de Miklemres. Claro que me puedo equivocar, pero si ahora vamos hacia el sur, llegaríamos al macizo de las Saasares. En cualquiera de los dos casos, dirigiéndonos al oeste o al este por la vertiente norte de las Saasares, las rodearemos y llegaremos a Mukha o a Qethruth. O podríamos encontrar el paso de las Saasares. Claro que es posible que haya otras montañas entre nosotros y ellas, y si tratásemos de bordearlas podríamos perdernos

otra vez.

—Tenemos las estrellas, el sol y a la gran Kho para guiarnos —dijo Hadon—. Iremos hacia el sur.

Hadon permitió antes que sus tropas acamparan en la costa durante unos días para que pudieran pescar, nadar y dormir. La víspera del día de la partida, Hadon salió solo a caminar por las colinas, meditando, repasando las cuentas de su rosario, sentándose de vez en cuando para contemplar la playa y el inmenso y ondulado mar, cuyas olas eran más altas y más poderosas que las de los mares donde había nacido. A media tarde, una colina rocosa con forma cúbica le sirvió de observatorio. Sentado allí, apoyado contra un roble, dirigió su mirada hacia la costa. Directamente debajo de él se extendía la playa junto al mar. A su derecha, una cadena de colinas se metía, como un dedo de piedra, entre las aguas. Por debajo, enormes pedruscos rocosos salpicaban el mar, que era poco profundo en ese lugar. Formaban un rompiente natural contra el que las olas se partían en espuma y neblina o penetraban con fuerza entre los espacios que dejaban libres. Hadon miraba al mar y a las aves blancas que trazaban círculos en el aire sobre las aguas y que, de vez en cuando, caían en picado para capturar un pez. El sol brillaba esplendoroso, la brisa era suave y refrescante y, antes de que pudiera darse cuenta, se había quedado dormido.

Se llevó un sobresalto cuando al fin se despertó con el corazón latiéndole con fuerza. ¡Qué tonto había sido! Se encontraba solo en un país peligroso y, aunque no había visto salvajes durante una semana, eso no quería decir que no los hubiera. También había antílopes y gacelas en esa zona, y donde se encontraban esos animales, también se encontraban los leopardos. Recordaba vagamente una visión que había tenido mientras luchaba contra el sueño, algo que tenía que ver con Awineth. ¿No le habría hablado, no le habría avisado de algo? ¿De qué?

Sacudió la cabeza, recorrió con la vista el paisaje de los alrededores, pero no pudo ver otra cosa que pájaros y una pequeña criatura de aspecto zorruno con enormes y puntiagudas orejas escabullándose furtivamente de un arbusto a otro. Y luego oyó, débil y lejano, una especie de ladrido que no era como el de un perro. Se levantó y miró a su derecha y poco después pudo ver las cabezas redondas y negras de aquellas criaturas con aletas que las gentes de Khokarsa habían llamado perros de mar^[4] la primera vez que las vieron en la costa del Mar Circundante. Se lanzaban al mar y buceaban en busca de pescado. Habían venido desde detrás de las grandes rocas situadas bajo las colinas, allá a su derecha.

Decidió bajar al rompeolas y observar a aquellas bestias desde la improvisada atalaya. Los nativos de la aldea cercana a la desembocadura del río habían dicho que eran las compañeras y guardianas de su diosa del mar. Si un hombre pudiera capturar una y evitar que se le escabulliera con su aceitoso manto, podría aprender los secretos del mar y verse libre para siempre. En cierta ocasión, decían, en el pasado lejano, un

héroe de su aldea había capturado una y ella había dejado su piel tras de sí. Pero él nadó en su persecución y la volvió a capturar: se había transformado en una bella mujer del mar. Y se lo llevó consigo a las profundidades, a su casa en el fondo del mar, donde vivió para siempre, comiendo y haciendo el amor. Era la hija de la diosa y amaba al ser humano mortal. Y si un hombre pudiera emular a aquel héroe, él también se haría inmortal. Pero jamás debería subir a la playa, porque de repente se volvería muy viejo y muy triste, pues lo habría perdido todo.

Hadon no tenía ningún deseo de vivir toda la vida en las frías aguas. Tenía la esperanza de que los perros de mar se deprendieran de sus pieles si creían que no había ningún hombre en las cercanías. Entonces vería a las hijas de la diosa en la plenitud de su belleza desnuda. ¿O estaría tan encantado por aquella gloria que olvidaría a Awineth y el trono, que después de todo sólo eran delicias temporales, y trataría de poner sus manos sobre ellas?

Su propio pueblo tenía una historia acerca del héroe que vio a Lahhingar, la Diosa Arquera de los Ojos Grises, mientras se bañaba. Había sido despedazado por sus hienas en castigo por su sacrilegio. Era peligroso espiar a las diosas.

Sin embargo, Hadon bajó de la colina y atravesó la playa y, al poco tiempo, estaba inmerso en el mar. Avanzaba agachado, previniéndose de las olas y se puso al lado de un peñón rocoso que era el doble de alto que él. Al principio sólo vio el movimiento de las olas dentro del anillo de peñascos y un perro marino sentado en lo alto de una roca en el centro del círculo. Luego oyó voces y su sangre le pareció como si empezara a correr hacia atrás y se sintió mareado. ¿Estaría a punto de presenciar la peligrosa belleza de las diosas desvestidas?

Titubeó, pero su curiosidad era demasiado grande para hacerle retirarse, como cualquier hombre discreto y sabio hubiera hecho.

Avanzó poco a poco por el borde de la roca, con el pecho pegado a ella. Por fin tuvo una clara visión del campo de agua. A su derecha, en una reducida playa, se encontraba un hombre pequeño, barbudo y con una gran cabeza. Y junto a él, una niña desnuda de unos tres años de edad. Tenía el pelo rubio y su piel era la más blanca que Hadon había visto en su vida.

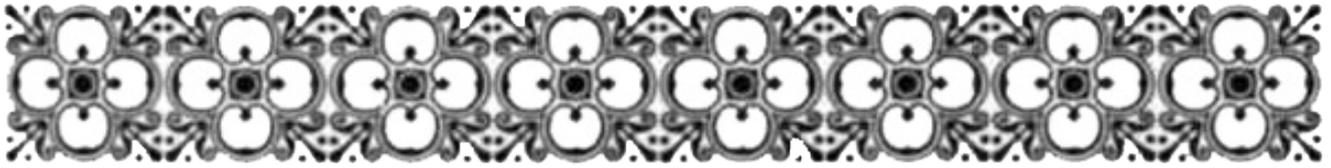
¿Pero dónde estaba Lalila, la Hechicera Blanca del Mar, la Surgida del Mar?

De repente, las aguas se agitaron ante él, sólo a unos pocos pies de donde se encontraba, y una mujer surgió de aquel verdor. Se quedó de pie, sonriendo, y su pelo mojado era largo y rubio, su rostro ovalado era muy bello, más bello que el de cualquier otra mujer que él hubiera visto en su vida, y sus ojos eran grandes y de un color extraño, como el de las violetas que crecen en las montañas por encima de Opar.

Hadon se quedó boquiabierto y la causa era algo más que la impresión del reconocimiento. Y luego intentó asegurarle que no se encontraba en peligro, porque

ella comenzó a llorar, y aquellos ojos estaban llenos de miedo.





Capítulo 13

Hadon pensó sujetarla para poder decirle que no era un enemigo. Pero, en cambio, la dejó ir. Y caminó tras ella con el agua sin cubrirle apenas, mientras la mujer nadaba velozmente hacia el hombrecillo y la niña. Los dos se habían puesto de pie y gritaban y el hombrecillo blandía un hacha de hierro de mango largo que parecía demasiado pesada para él, incluso para levantarla. Hadon extendió sus manos hacia adelante para mostrar que era pacífico. La mujer, a mitad de distancia de sus compañeros, dejó de nadar y se puso en pie, con el mar acariciando sus soberbios pechos. No sonreía, pero tampoco parecía tener miedo ya. Y cuando Hadon y ella llegaron a la playa, la mujer le habló con un fuerte acento de Khokarsa. El hombrecillo, aunque ya no gritaba, seguía con el hacha preparada por si Hadon hacía un movimiento amenazador.

—Me asustaste —dijo ella con una voz encantadora—. Pero luego me di cuenta de que tenías que ser un hombre del mar interior, por tu yelmo y tu armadura de cuero y por la gran espada que llevas en la vaina sujeta a tu espalda. ¿Pero cómo...?

—Es una larga historia —contestó Hadon—. Sentémonos aquí y te contaré todo lo que pueda antes de que nos vayamos a mi campamento.

Lalila y Paga se vistieron primero. El hombrecillo se puso una larga falda de piel gris y la mujer una falda corta y una especie de poncho del mismo material. Luego se peinó el pelo mojado con una concha de mejillón mellada. Hadon la observó con atención durante toda esta operación. ¡Qué bella era y qué piel tan blanca tenía! Y era alta, quizás cinco pies y seis pulgadas. Verdaderamente parecía una diosa.

El hombrecillo era como Hinokly lo había descrito. Sus piernas, aunque gruesas y fuertes, no eran más largas que las de un niño de ocho años. Su torso, sin embargo, era el de un hombre de tamaño normal. Tanto sus hombros como sus largos brazos estaban dotados de fuertes músculos y el pecho era corpulento y ancho. Tenía el pelo castaño, vetado de gris, una masa desordenada sobre una enorme cabeza. El ojo derecho lo tenía cubierto por un parche, resultado, según Hinokly, de haberse golpeado con una piedra cuando su madre lo arrojara a la maleza poco después de nacer. Tenía la nariz chata, la boca completa y grande y la cara llena de cicatrices. A pesar de su fealdad, tenía un extraño atractivo. Cuando sonreía, parecía casi bello.

De acuerdo con Hinokly, había nacido en lejanas tierras al norte, más allá del Mar Circundante, una tierra ampliamente cubierta de ríos de hielo en movimiento. Cuando su padre, que volvía de una cacería de perros de mar, se enteró de que había sido arrojado a la espesura para dejarle morir, salió en busca de sus huesos. Habían pasado varias semanas desde que su madre se desprendiera de él y, a pesar de ello, el padre lo encontró vivo y con salud, a no ser por el ojo machacado y la cara con cicatrices. Una loba lo había encontrado y le había amamantado. Se decía que, a veces, Paga se adentraba en el bosque y hablaba con los lobos. También se decía que, en ocasiones, se convertía en lobo por las noches y corría con su madre y los cachorros. Hadon esperaba que esto no fuera cierto. A los hombresleopardo, a los hombres-águila y a los hombres-hiena se les quemaba vivos en Khokarsa. Hadon nunca había visto un lobo, por supuesto, pero Hinokly había mencionado que Lalila le había descrito uno, y Hadon supuso que la piel que ambos llevaban puesta era de lobo.

Y los dos, una vez vestidos, se sentaron. La niña, ya más tranquila gracias a la madre, chapoteaba en el agua cerca de ellos. Hadon les contó su historia tan brevemente como le fue posible, deteniéndose de vez en cuando para explicarles alguna palabra que no entendían. Cuando hubo terminado, dijo:

—Probablemente hubiéramos continuado sin veros, pero fue la propia Kho quien me envió a vosotros. ¿Y Sakhindar? ¿Le habéis visto?

—Hemos estado buscándole —dijo Lalila—. Cuando nos separamos y él se fue con los hombres del sur, dijo que estaba haciendo una larga peregrinación hacia el suroeste, al mar situado en el extremo del mundo, al otro lado de las montañas del suroeste de la ciudad de Mikawuru. Iba a visitar de nuevo el lugar donde nacería en un futuro lejano. Yo no entendí sus palabras, y él no dio más explicaciones. Dijo que no era un dios, que podía morir, y que había viajado hacia atrás en el tiempo, pero que ahora tenía que viajar hacia adelante, como todos los mortales.

—Yo no entiendo eso —dijo Hadon—. Pero ¿es cierto que fue él quien trajo plantas que hasta entonces no habían crecido en los alrededores de los dos mares y que se las dio a los Khoklem y les enseñó, a mis antepasados, a cultivarlas, a domesticar animales y a fabricar el bronce?

—Sí —dijo Paga con una voz tan profunda como la de Kwasin—. También fue él el quien llegó en una ocasión hasta donde estaban los antepasados de Lalila y les enseñó a domesticar cabras y ovejas, y a tejer y a teñir.

—Pero todo fue en vano —dijo Lalila—. El hombre a quien tú llamas Sakhindar me dijo que sabía que sería en vano. Mi gente está muerta ya y sus conocimientos se han perdido y no se recuperarán en muchos miles de años.

Lalila hizo una pausa, miró de manera extraña a Hadon, como si no pudiera decir lo que había en su corazón.

Y entonces añadió:

—Al igual que sus regalos para tus antepasados fueron en vano.

Hadon sintió un pequeño sobresalto y preguntó:

—¿Qué significa eso?

—No lo sé —respondió Lalila—. Pero una vez habló distraídamente de Khokarsa como si hiciera tiempo que estaba ya muerta. Muerta, enterrada y olvidada. A excepción de la ciudad de Opar. Dijo que había sido construida mucho antes de que él naciera y que todavía seguía en pie cuando nació. Pero que había sido reconstruida muchas veces. Y también dijo que ya no enseñaría cosas nuevas a los salvajes, que deberían seguir su propio camino. El tiempo le vencería, sin que importara cuánta gente hubiera sacado del salvajismo.

—Quizás visite Khokarsa de nuevo y así aprenderemos más —dijo Hadon—. Mientras tanto, debemos valérmolas por nosotros mismos. Pero vayamos al campamento, que se encuentra a varias millas de aquí, y así me podréis contar vuestra historia.

Lalila llamó a la niña, Abeth, y le puso una capa de piel de antílope que, según dijo, había hecho para ella Sahnindar. Caminaron por la playa silenciosos durante un rato, mientras la mujer y Hadon trataban de acoplar sus pasos a las cortas piernas de la niña y del hombrecillo. Paga fue el primero en hablar. Dijo que había nacido en el seno de una tribu muy pequeña, cuya gente vivía tan aislada que se creían los únicos del mundo. Vivían de la caza y de la pesca, y su objetivo principal era los perros de mar y alguna ballena que quedaba varada ocasionalmente, criatura esta que era como un pez monstruoso, pero de sangre caliente.

Paga, abandonado por segunda vez, fue rescatado por un hombre llamado Wi y se había convertido voluntariamente en su esclavo. La tribu estaba dominada por un cruel gigante, que había matado a la hija de Wi, y por eso Wi le había desafiado para luchar por la jefatura. Fue Paga el que encontró una piedra caída del cielo, una piedra hecha de hierro y de algún otro metal que era incluso más duro que el hierro. Rudamente le había dado forma de hacha y se la entregó a Wi, y éste mató al gigante con ella y se convirtió en el jefe.

—A raíz de entonces, los problemas de Wi, en lugar de resolverse, aumentaron considerablemente —dijo Paga—. Antes había sido el esclavo del jefe. Ahora se había convertido en el esclavo de la gente. Y tenía muchos problemas con su mujer, que le amaba a él, pero no podía soportarme a mí, como les pasa a la mayoría de las mujeres. Y estaba celosa, porque Wi me amaba y no quería arrojarme al exterior de nuevo. Ella no podía entender que Wi fuera sabio y que a la vez tuviera buen corazón y me amara, no como un hombre ama a una mujer, sino como a alguien que necesitaba de su protección y que, a cambio, podía aconsejarle con sabiduría. El no creyó a la gente cuando dijeron que yo traía los males con mi magia y que por las noches tomaba la forma de un lobo. Y luego, un día, una canoa llegó flotando a la

orilla y Wi encontró en ella a una mujer medio muerta. Esta mujer era Lalila. Y los problemas que había tenido Wi antes de encontrarla se convirtieron en triviales.

—Cierto —dijo Lalila—. Aunque no albergó en el corazón ningún deseo de crear molestias, mi presencia parece causar problemas. Para abreviar la larga historia, Wi me cuidó hasta devolverme la vida y me protegió. Nos enamoramos, aunque Wi no podría casarse conmigo porque había promulgado una ley que obligaba a cada hombre a tomar una sola esposa. Y él no podía ser tan cruel para...

—Agallas, eso es lo que no tenía —dijo Pagas.

—Tan cruel para repudiar a su mujer. Al final, el gran río de hielo, cuyo frente dominaba la aldea, se movió y aniquiló a la mayoría de la tribu. Algunos de nosotros, Wi, el hijo de Wi, la mujer de Wi, su hermano, la mujer de su hermano, Paga y yo, quedamos vivos, pero flotando sobre una montaña de hielo. Esta empezó a derretirse y tuvimos que salir de allí en nuestro bote, que era sólo un pequeño tronco que habían vaciado. Wi, al ver que se metía en el bote lo hundiría con su peso, le dio un empujón con todos nosotros, menos él, dentro. Empezó entonces a caer la niebla y apenas pudimos verle. Pero Paga se tiró a las frías aguas y nadó hasta los restos de la montaña de hielo. Si tenía que morir, quería hacerlo con Wi. Además, no podía soportar la idea de dejarle morir completamente solo. Morir con los seres queridos a tu alrededor es malo, pero morir solo es terrible.

»Yo no sabía qué hacer. Amaba a Wi y deseaba morir a su lado. La vida no merecía la pena sin él. O, al menos, eso pensé entonces. Pero el hijo de Wi estaba conmigo y necesitaba a alguien que le protegiese. Luego consideré que tenía a su madre y al hermano y la cuñada de Wi. Y con una menos, sus probabilidades de sobrevivir serían mayores. Así que me lancé al agua y nadé también hasta la montaña de hielo. Y allí esperamos a que el frío o el mar nos llevaran consigo, pero al poco rato la niebla aclaró. No se veía a los demás por ninguna parte y nunca más los volvimos a ver. Pero había tierra a una o dos millas de nosotros y vimos varios árboles arrancados que flotaban en las proximidades. Nadamos hasta uno y Wi partió las ramas que estaban en la superficie y dio la vuelta al árbol y partió las del otro lado. Y utilizando las ramas como remos llevamos el tronco a la orilla. Casi morimos en el intento, pues nuestros pies viajaban sumergidos en las heladas aguas. Pero sobrevivimos.

—Y luego —intervino Paga— anduvimos por toda la costa buscando a los demás. Como dice Lalila, nunca los volvimos a ver. Al final nos dirigimos hacia el interior, hacia la tierra de Lalila. Encontramos el lago donde la gente vive en chozas construidas sobre pilares. Pero las chozas estaban vacías y los huesos de sus dueños se hallaban en el lago o a lo largo de la orilla. No sabíamos qué era lo que había causado aquellas muertes. Pensamos que a muchos les podía haber matado algún tipo de peste y que los demás habían huido. Esperamos durante tres lunas por si alguno de

ellos volvía, pero todo fue en vano. El fruto del amor entre Lalila y Wi había nacido.

»Entonces apareció una banda de hombres altos y rubios y huimos a las montañas. Nos persiguieron hasta que nos vimos atrapados en una cueva, atrapados entre el oso de la cueva y los hombres de fuera. Wi mató al oso, una criatura cuyo tamaño era dos veces el de un león, pero recibió un grave zarpazo en la espalda. Luego se volvió y se enfrentó a los rubios mientras yo atacaba con una lanza detrás de él, entre sus piernas. A siete hombres mató con su hacha antes de que una lanza le atravesara la garganta. Y parecía que todo había terminado para nosotros, cuando se oyeron gritos que venían de los hombres que aún estaban fuera. Los de dentro salieron corriendo, sólo para acabar abatidos por unas flechas que venían tan veloces que parecía que las disparaban tres hombres. Los rubios que quedaban huyeron y, al poco, desde detrás de una roca, apareció un hombre alto, de pelo negro y ojos grises. Era Sakhindar, que había visitado de nuevo la aldea, había visto nuestras huellas y nos había seguido.

—Enterramos a Wi y, con él, mi corazón —completó Lalila—. Luego le contamos nuestra historia a Sakhindar y él nos dijo que nos llevaría a una tierra donde podríamos vivir con comodidad, una tierra como nunca hubiéramos soñado. Cuando nos encontramos con la expedición de Khokarsa, Sakhindar nos confió a su cuidado. El resto ya lo sabes.

—No todo —respondió Hadon—. Cuando la expedición se vio atacada ¿cómo escapásteis de los salvajes después de que volcara vuestra embarcación?

—Nadamos hasta la orilla opuesta —dijo Paga—, aunque el peso del hacha casi me ahoga. La llevaba atada a la cintura y no podía soltar el nudo. Pero Lalila me ayudó a aguantar el hacha. La llevamos entre los dos, nadando con un solo brazo. La niña sabía nadar casi desde que nació, por lo que no teníamos que preocuparnos por ella. Cuando llegamos a la orilla, el río se había llenado de cocodrilos, atraídos por el alboroto. Fue una gran suerte para nosotros, puesto que se habían quedado cinco salvajes para perseguirnos. Pero no intentaron meterse en el río. Y por eso decidimos dirigirnos hacia el norte, en la dirección que ellos no supondrían que fuésemos a tomar. Como ya he dicho, también nos propusimos buscar a Sakhindar y relatarle lo que había sucedido.

Hadon comentó:

—Me pregunto por qué Sakhindar no os acompañó durante todo el camino hasta Khokarsa. Sería, quizás, porque sabía que había muchos peligros entre el Mar Circundante y el Kemu.

—Yo creo que se encontraba en una de sus misiones cuando nos rescató —dijo Paga—. La retrasó hasta vernos a salvo. Cuando nos encontramos con los hombres de Khokarsa, pensó que podía dejarnos a su cuidado. Estaba deseando proseguir su marcha.

—Tal vez no nos habría dejado si hubiera sabido que yo llevaba a su hijo en mis entrañas —dijo Lalila—. Pero entonces ni yo misma lo sabía. Claro que eso no tuvo ninguna consecuencia al final, porque lo perdí dos lunas después de que fuera concebido.

—¿Tú llevabas la semilla de un dios en tu vientre? —exclamó Hadon, sintiendo una especie de temor reverencial, a la vez que, por alguna desconocida razón, le invadía una sensación de tristeza. ¿Por qué razón oculta se sentía así? ¿Era porque tenía celos?

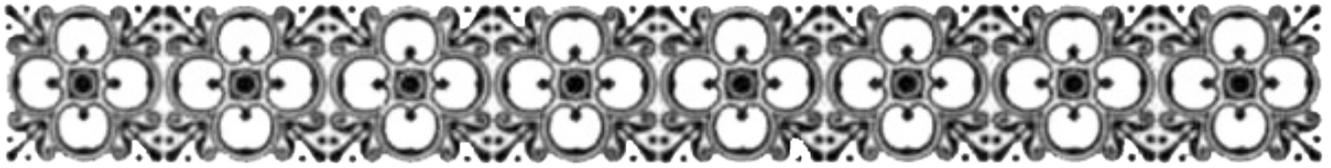
—Él dice que no es un dios, pero verdaderamente está más cerca de ser un dios de lo que pueda estarlo cualquier mortal —dijo ella—. Sin embargo, yo no soy la única. Él dice que la mitad de la población de las tierras al norte del Mar Circundante y la mitad de la población de Khokarsa debe descender de él. Después de todo, ha estado recorriendo estas regiones por espacio de más de dos mil años.

—Yo mismo puedo seguir la pista de mis ascendientes hasta llegar a Sakhindar —dijo Hadon—. Aunque, para ser sincero, muchas veces me he preguntado si la genealogía no era algo que se habían inventado mis antepasados. Pero, al parecer, no.

—Lalila también es descendiente de Sakhindar, bisnieta, creo —dijo Paga. Y, con una risita, añadió—: De hecho, Sakhindar comentó una vez que descendía de sí mismo. Aunque no sé qué quiso decir con eso.

Llegaron a la vista del campamento e inmediatamente recibieron el alto de un centinela. Hadon, tras sufrir la molestia de identificarse, escoltó a sus tres acompañantes hasta el cuartel general, una pequeña choza hecha con palos y cubierta de ramas. Una vez en ella, pidió a Tadoku que convocara a todos para que fueran informados de que se había completado la primera fase de su misión. No tenía intenciones de buscar también a Sakhindar. Si Minruth quería saber dónde estaba, se le daría la localización general. Que enviase a otros a buscarles.





Capítulo 14

Kwasin fue el único que causó problemas, como era de esperar. Todos los varones adoraban a Lalila, pero aunque pudieran desear acostarse con ella, no se habrían atrevido a sugerirlo con palabras o con el contacto físico. Hadon había ordenado que debía ser tratada como una sacerdotisa, aunque fuera una salvaje. La orden no era necesaria, puesto que, por el pequeño campamento pronto se corrió la voz de que Lalila era en verdad una sacerdotisa de la luna. Esto no era cierto. Sin embargo, su madre sí lo había sido y Lalila, a su debido tiempo, la habría sucedido. Además, su nombre, que significaba *Luna del Cambio* en el idioma de Khokarsa, reforzaba la creencia de que era una mujer sagrada. Y sus títulos, Hechicera Blanca del Mar y la Surgida del Mar, eran suficientes para intimidar al más pendeñero. El último título era también, por otra coincidencia, un título de Adeneth, la diosa de la pasión sexual y de la locura.

Kwasin era el único que, por supuesto, no se sentía intimidado. Nada más verla, comenzó a proferir exclamaciones de sorpresa, cayó sobre sus rodillas, le cogió la mano y se la besó. Hadon le observaba con cierta alarma, porque nadie podía predecir lo que el gigante besaría después. Puso su mano sobre el pomo de la espada, listo para desenvainarla y cortarle la cabeza a Kwasin si éste la ofendía. Kwasin se puso en pie y dijo a voces que nunca había visto a una mujer tan encantadora o tan radiante, que en verdad era como la diosa de la luna, hermosa, remota y sagrada. Le rompería el cráneo a cualquiera que se atreviera incluso a insinuar violarla. Hadon le odió por esto. A decir verdad —y así se lo decía su corazón—, él la deseaba vehementemente. Y sospechaba que Kwasin, si se las arreglaba para quedarse a solas con ella, no la encontraría tan intocable. Al menos en lo que a él concernía.

¿Y qué sucedía con Awineth, la joven y bella reina que le esperaba junto a un trono que sería suyo? Ah, sí, ¿qué sucedía con aquella Awineth de negros cabellos, de ojos negros y bella figura? Estaba muy lejos, apagada y tenue como un fantasma visto al amanecer. Lo cual no era una actitud muy realista, se dijo Hadon. Ella representaba la gloria y el poder, y renunciar a ellos, al renunciar a ella, era una locura. Además, Awineth consideraría tal acto como un insulto imperdonable. Ella podría rechazarle a

él si quería. Pero si él la rechazaba acabaría probablemente en... ¿qué? ¿El exilio? ¿O la muerte instantánea? Esto último, lo más probable.

Era verdaderamente de locos considerar semejante idea. Pero la estaba pensando y, por lo tanto, estaba loco. Y sabiéndolo se sentía feliz. ¿Por qué estaba tan feliz? Lalila no había dado muestras de que albergara ningún sentimiento tierno hacia él.

Aún tenían un largo camino que recorrer y quién sabía lo que podía suceder antes de que llegasen a la frontera del Imperio.

Kebiwabes, el bardo, parecía también afeitado por la locura que la luna llena o una bella mujer a veces envían. Comenzó a componer el *Canto de la Luna del Cambio*, el *Pivamwotlalila* y, al final de la segunda semana del viaje hacia el sur, lo cantó. No era una epopeya, sino una canción lírica modelada dentro del espíritu, y según la estructura, de las canciones que las sacerdotisas de los Templos de la Luna, las *Wootla*, la Voces de la Luna, cantaban al principio de los ritos orgiásticos anuales en los tiempos antiguos.

Estos ritos habían sido suprimidos hacía quinientos años, aunque aún se seguían practicando en secreto en el campo y en las zonas montañosas. Hadon, al escuchar la canción, sintió que se le despertaba el espíritu y la carne. Kwasin se desnudó y bailó la antigua Danza del Oso en Celo, haciendo que Lalila se alejara turbada. El loco Kwasin continuó bailando, con los ojos chineantes, sin darse cuenta, al parecer, de que Lalila había salido afuera.

Hadon la siguió para disculparse y la encontró con el hombrecillo, de pie junto a una roca a la luz de la luna.

—No pude detenerle —dijo—. Haber intervenido hubiera sido ofender a la diosa de la luna, pues su espíritu se ha apoderado de él.

—No te disculpes —dijo ella—. Mi pueblo tiene, tenía, danzas similares y yo las he visto sin sentirme ofendida. Pero en este caso la danza no era impersonal. Iba obviamente dirigida a mí e hizo que me sintiera muy incómoda. Me da miedo ese monstruo. Ha sido tocado por la luna y no se puede predecir lo que vaya a hacer cuando está poseído. Y por lo que tú y el bardo me habéis dicho, Kwasin no receta la castidad ni la santidad cuando está en trance.

—Cierto —dijo Hadon—. Pero él sabe que la próxima vez que se propase, puede morir. Si los hombres no acaban con él, puede ser que lo haga Kho. Y él desea también que termine su exilio, lo que no sucederá si la ofende de nuevo. Por eso, aunque esté poseído, también trata, todavía, de controlarse. Se lo pasaré por alto, aunque no soy de los que hacen demasiadas concesiones.

—También está poseído de una estatura y de una fuerza que cualquier hombre desearía para sí —dijo Paga—. Y yo no. Tanto Kwasin como yo somos deformes. A él le ha sido dado demasiado y a mí, demasiado poco. Pero mientras que las deidades me han hecho pequeño y han acortado mis piernas, por otro lado me han dado

inteligencia como compensación. A él le han dado demasiado de la parte corporal y por eso le han privado de ingenio. Tengo buen olfato, Hadon, y huelo la desgracia y el mal rezumando por los poros de ese corpachón. Dime, ¿es cierto que viviste con él durante cierto tiempo cuando los dos erais jóvenes?

—Esa fue mi desgracia —replicó Hadon—. Los dos residimos con nuestro tío durante unos años en lo alto de una cueva sobre el Mar de Opar. Kwasin necesitaba a alguien a quien amedrentar y como no se atrevía a ofender a mi tío, que le habría dado una patada y le habría tirado del acantilado al mar, me intimidaba a mí. Yo soy de buen carácter y lo aguanté durante algún tiempo, tratando de que fuera más agradable, tratando de conseguir de él un amigo. Finalmente, perdí la paciencia y le atacé. Fue humillante, porque me golpeó con dureza, riéndose de mí mientras lo hacía. Soy fuerte pero, comparado con él, soy un canijo como, de hecho, lo son todos los demás.

»Mi tío no dijo una sola palabra de esto a Kwasin, pero preparó una serie de pruebas atléticas para nosotros con premeditada malicia. El que perdiese, sería golpeado por mi tío. Y él procuró que los juegos estuvieran dispuestos de tal forma que Kwasin se encontrase en desventaja. Corrimos el cuarto de milla y la media milla y, aunque Kwasin, tan enorme como es, puede seguir a mi mismo ritmo durante cincuenta yardas, se queda muy atrás en carreras más largas. Y de esa forma mi tío le dio una buena paliza cuando perdió. Kwasin tenía probablemente suficiente fuerza, incluso entonces, para tumbar a mi tío, pero le temía. Creo que mi tío fue el único hombre al que Kwasin ha temido alguna vez. Quizás porque estaba aún más loco que él.

»Mi tío hizo también que nos ejercitáramos con las espadas de madera. Y aunque recibí varios golpes muy duros, algunos que casi me dejan lisiado, mi destreza superó la fuerza bruta de Kwasin y le sacudí y magullé bastantes veces. Al final se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y dijo que ya no quería saber más de carreras ni de espadas de madera. Mi tío sonrió y dijo que, por lo que a él concernía, estaba de acuerdo. Pero que podía volver a prepararlo todo si así lo creía aconsejable. Kwasin dejó de meterse conmigo, a no ser de manera sutil, y nunca me ha perdonado. Considera que le derroté y eso es algo que no puede olvidar. Siempre tiene que llevar la voz cantante, siempre ser él quien domine. Ahora yo soy su comandante, y me odia aún más.

—Pero a veces bromea contigo e incluso parece que le gustas —dijo Lalila.

—Kwasin encierra dos personas en una. Es uno de esos desgraciados a los que Kho ha dado dos almas. Y con demasiada frecuencia, es el alma mala la que manda.

La niña, sentada allí cerca, se quejó de que estaba cansada. Lalila la llevó a su cobertizo cantándole una canción para que se durmiera. Hadon escuchaba su voz, suave y plateada como la luz de la luna, mientras a él le consumía un fuego tan

ardiente como el sol, como si la luna hubiera invitado al sol a salir antes de tiempo.

Paga, que le observaba, dijo:

—Parece que el destino de unos es volverse locos y el de otros, volver locos a los demás. Lalila, por desgracia para ella, es de estas últimas. No es mala, pero trae el mal. O, mejor dicho, saca al exterior el mal que hay en la gente. Su belleza es una maldición para ella y para los hombres que la desean y para las mujeres que sienten celos de ella. Es triste, porque ella sólo desea la paz y la alegría. No siente ningún deseo de ejercer su poder sobre los demás.

—Entonces, debería vivir en una cueva lejos de todos los hombres —replicó Hadon.

—Pero a ella le encanta estar con la gente —replicó Paga—. Y, quizás, muy dentro de ella haya un deseo de ejercer poder sobre los hombres. ¿Quién sabe?

—Sólo la Diosa lo sabe —contestó Hadon.

—Yo no creo en dioses ni en diosas —dijo Paga—. Sólo existen en las mentes de los hombres y de las mujeres que los crearon para poder culpar a alguien externo a ellos de las cosas que ellos mismos meten en sus cabezas.

Paga, con el hacha sobre el hombro, se alejó con sus andares de pato, mientras Hadon le seguía atónito con la mirada. Pero no hubo truenos ni relámpagos, ni se abrió ni encrespó la tierra. La luna brillaba serenamente, los chacales ladraban, las hienas reían y, a lo lejos, rugía un león. Todo era como antes.

Y prosiguieron hacia el sur. Diez días después llegaron a un río cuyo nacimiento se encontraba en algún lugar de las montañas situadas hacia el norte. Paga taló árboles con su afilada hacha de hierro y los demás cortaron después las ramas con sus hachas de bronce. Con el fuego y el hacha trabajaron los troncos para convertirlos en piraguas e hicieron también tablas para los asientos. Las encajaron en unas ranuras rebajadas en el interior y las aseguraron con astillas de madera. Colocaron las provisiones, las armas y armaduras abajo y, usando paletas que habían sacado de largos bloques de madera, iniciaron la marcha por el río.

La corriente era rápida en aquel lugar y Hadon tenía la esperanza de que siguiera así durante cientos de millas. Era agradable no tener que esforzarse mucho en remar, dejar que la fuerza del río hiciera la mayor parte del trabajo. Además, era fácil conseguir comida. El río estaba lleno de peces y la superficie y las orillas estaban atestadas de patos y gansos. Los peces se pescaban fácilmente con anzuelos o con lanzas, y el gran número de cocodrilos e hipopótamos que había aseguraba que no sufrirían por falta de carne, aunque obtenerla fuera peligroso. La jungla, a ambos lados del río, daba refugio a antílopes de muchas clases. El alimento vegetal procedía de los diversos tipos de bayas y nueces existentes y de una variedad de col verde que allí crecía.

Además, Hadon tuvo la oportunidad de hablar con Lalila, puesto que ella se había

sentado directamente detrás de él. A medida que los días iban pasando, Awineth retrocedía más y más en su mente y en su corazón y Lalila se volvía más y más resplandeciente. A veces, las agudas puntas del tridente de la conciencia le hacían sufrir, pero no podía controlar los progresos de su amor por Lalila.

Hadon consideró el hallazgo del río como un buen presagio. Al décimo día de viaje, sin embargo, tuvo que cambiar de opinión. La fangosa orilla, que hasta ahora se venía elevando suavemente desde el cauce del río, se volvió de repente abrupta y rocosa y el estrecho río se hizo más recio. A medida que pasaban las horas, la corriente se hundía cada vez más en la roca y, al mediodía, el corte superior de los acantilados estaba a veinticinco pies por encima de sus cabezas. El cielo, que había sido luminoso, se volvió negro. Un fuerte viento ululaba arriba y, media hora más tarde, comenzaba a llover. La lluvia era tan fuerte que Hadon a veces se preguntaba si no estaría cayendo, desde arriba en el cielo, un río sobre ellos. Puso a Paga y a Abeth a achicar agua con los yelmos de cuero, mientras él, Lalila y los dos soldados de la popa dirigían la embarcación con los remos. Los rayos estallaban sobre ellos, iluminando ferozmente la oscuridad y llenándoles de temor. Los fognazos de los relámpagos les descubrían que podían ahora estar, quizás, a cincuenta pies por debajo de las cimas de los acantilados. Hadon no necesitaba de los relámpagos para saber que las aguas se habían embravecido.

El río se había hecho aún más estrecho y empezaban a encontrarse con rocas enormes.

Luego, al doblar un recodo, se encontraron de lleno en las garras de los rápidos.

No había nada que hacer sino implorar a Kho y a la desconocida divinidad del río y aguantar todo aquello. Los botes se veían sacudidos hacia arriba y abajo, daban un giro y, a veces, los costados golpeaban las paredes perpendiculares del cañón. En una ocasión, durante un relámpago, Hadon miró a su espalda. Vio la tercera embarcación detrás de él que giraba velozmente y que golpeaba con la proa contra el costado de una gran roca cercana al murallón. Cuando volvió a mirar con el siguiente relámpago, el bote y sus ocupantes habían desaparecido entre la espuma. El rostro de Lalila estaba pálido y tenso. Paga también estaba pálido, pero sonrió a Hadon con unos grandes dientes que semejaban incrustaciones de oro en un cráneo de alabastro redondeado.

Esa fue la última mirada de Hadon hacia atrás. El resto del tránsito estuvo demasiado ocupado tratando de mantener el bote derecho, intentando librarse de las amenazadoras rocas, y apoyando a veces el remo contra la pared del cañón para evitar la colisión del bote contra él.

Todo inútil. La canoa comenzó a ascender más y más, cabalgando sobre una ola de cresta blanca, se inclinó más de lo previsto hacia la izquierda y volcó. Hadon oyó chillar a Lalila mientras él se sentía arrojado al torbellino. Algo le golpeó el hombro

con fuerza —el bote o una roca— y, por un instante, su cabeza surgió por encima del agua. Y volvió a sumergirse de nuevo, como si el dios del río le hubiera agarrado por los tobillos. Se arañó con las rocas, luchó por ascender, oyó un rugido más fuerte que el de los rápidos y se vio lanzado hacia afuera y hacia abajo. A medias en el agua y en la neblina, cayó, golpeó el agua compacta, se sintió arrastrado al fondo, se volvió a raspar la piel con el suelo rocoso, luchó por subir y, de repente, se encontró en unas aguas relativamente uniformes. Pero la corriente era aún fuerte y tuvo que luchar con denuedo para conseguir llegar a la orilla.

Se arrastró hasta una suave pendiente de tierra cubierta de hierba y se sentó jadeante. Luego vio a Lalila y a la niña agarradas a los bajos de una canoa volcada y se echó a nadar para ayudarlas. Lalila, jadeando, le gritó:

—¡Hazte cargo de Abeth! ¡Yo no puedo hacerlo!

La niña parecía estar en menos peligro aún que la madre. Nadaba con fuerza hacia la orilla y Hadon, al oír un grito en medio del estruendo de la catarata, se volvió. Por unos instantes, la gran cabeza castaña de Paga sobresalió de la superficie. Hadon buceó hacia ella y, por accidente o por la gracia de Kho, sus manos tocaron a Paga. Tanteó a ciegas en derredor, le volvió a tocar, sintió su brazo, sintió la correa atada a su muñeca y se dio cuenta de que en el otro extremo estaba la razón de que el hombrecillo hubiera sido arrastrado hacia el fondo: el hacha. Lo sorprendente del asunto era entender cómo Paga había podido nadar hasta la superficie, aunque hubiese sido sólo una vez.

Hadon asió a Paga por su larga cabellera y nadó con fuerza hacia arriba. Al llegar a la superficie siguió tirando del hombrecillo siempre hacia arriba. La corriente le arrastró hasta más allá de donde se encontraban Lalila y la niña, que salían ya a la orilla. Hadon, con una mano bajo la barbilla de Paga, le remolcaba a tierra, unas cincuenta yardas más abajo. La cabeza de Paga seguía hundiéndose, pero no oponía resistencia contra Hadon y, por fin, este pudo ponerse en pie. Levantó a Paga sobre el agua y salió de espaldas a la orilla. Allí colocó al hombrecillo boca abajo, con su brazo estirado y el hacha aún en el agua. Paga tosió y resolló y el agua le salió por la boca y la nariz. Pero viviría.

Tan súbitamente como había empezado, la lluvia cesó.

Varios botes, unos volcados, otros incólumes, flotaban por los alrededores. Tadoku, el escriba y el bardo nadaban y Hadon se lanzó una vez más al agua para ayudarles. Tadoku se las pudo arreglar solo, pero el escriba y el bardo no habrían logrado ponerse a salvo sin la ayuda de Hadon. Los tres habían recibido muchos golpes y se encontraban magullados y sangrando.

Hadon se metió de nuevo en el agua hasta la cintura y asió a la sacerdotisa Klemqaba y la sacó a la orilla. Aparecieron flotando algunas canoas más, una con el sargento Klemqaba y con el soldado Klemklakor agarrados a ella. Cinco hombres

más consiguieron alcanzar la orilla y dijeron que sus dos canoas habían permanecido intactas hasta que se habían encontrado con la catarata. Sus tripulantes debían de haberse ahogado después de que su fondo chocase contra la base de la catarata.

Hadon pensó que aquello era de esperar. La catarata tenía unos cincuenta pies de altura.

Volvió a arrojarse al agua y sacó a un hombre hasta la orilla, pero ya estaba muerto. Ese pareció ser el último que verían. Los demás estarían girando en derredor en la agitación de debajo de la catarata o habrían sido arrastrados bajo la superficie más allá de donde el grupo se encontraba. De los cincuenta y seis que habían dejado el puesto de avanzada cerca de Mukha, sólo doce seguían vivos. Y, a excepción del hacha de Paga y de los cuchillos que todos llevaban en sus fundas, se encontraban sin armas.

—No creo que siquiera la divinidad del río haya podido vencer a Kwasin —decía el bardo—. Estoy seguro de que no se ha podido ahogar. Habría sido una muerte demasiado corriente para un héroe como él. Si tiene que morir, lo hará con los cadáveres de sus enemigos amontonados a su alrededor, él y su maza cubiertos de sangre y Sisiken cerniéndose sobre él, esperando llevar su espíritu al jardín reservado para los héroes más grandes.

Paga, que ya se había puesto en pie, aunque débil, resopló incrédulo.

—Aunque sea un gigante, sólo es un hombre —dijo— y el río no receta precisamente a los hombres.

Elevó la mirada hacia Hadon y dijo, con una extraña sonrisa en los labios:

—Ahora soy tu esclavo, Hadon. Me has salvado la vida. En una ocasión Wi me salvó la vida y yo me convertí, como es la costumbre de nuestro pueblo, en propiedad suya.

—Ahora no estás entre tu gente —le dijo Hadon.

Paga escupió y dijo:

—Eso es cierto. Y mi pueblo tampoco existe ya. Sólo yo sobrevivo, yo, Paga, el hombrecillo que tiene un solo ojo, el rechazado. Pero deseo observar la costumbre, Hadon, y soy tuyo. Aunque espero traerte mejor suerte que la que le traje a Wi. Sin embargo, también pertenezco a Lalila, y sería muy embarazoso que tuviera que elegir entre vosotros dos.

—Si supiera hacerlo bien, ella y yo seríamos uno —se le escapó a Hadon.

Hadon quedó sorprendido por sus propias palabras, pero Lalila pareció quedar aún más sorprendida. Se quedó boquiabierta y le miró con una expresión indescifrable.

—Así andan las cosas —dijo Paga—. De todas formas, era de esperar.

Lalila no habló. Hadon, sintiéndose ridículo, se alejó. En ese momento, los demás dieron un grito. Hadon miró hacia donde señalaban con los brazos y vio la imponente

cabeza de Kwasin saliendo de las agitadas aguas y de la neblina bajo la catarata. Nadaba lentamente hacia ellos y, cuando se puso en pie cerca de la orilla, le manaba abundante sangre de un corte profundo en el costado.

Kwasin no le presto ninguna atención. Su rostro estaba contraído y negro de la furia que sentía.

—¡He perdido mi maza! —rugía—. ¡Mi preciosa maza! ¡Se me cayó de la mano cuando me vi obligado a agarrarme a una roca! ¡Luego bucéé para buscarla, pero la corriente era demasiado violenta incluso para alguien tan fuerte como yo y me arrastró hacia abajo! ¿Dónde está la divinidad del río? ¡La voy a agarrar por el cuello y estrangularla si no me la devuelve!

—Valientes palabras —dijo Paga, burlón.

Kwasin se quedó mirando fijamente al hombrecillo y dijo a continuación:

—Puedo poner mi pie sobre ti y aplastarte y enterrarte en el barro como si fueras un repugnante lagarto, so feo. No me enfades, porque tengo ganas de matar a quien sea. ¡Alguien tendrá que pagar mi pérdida!

Paga se puso en pie y comenzó a soltar el nudo que ataba la correa a su muñeca.

—Esto casi me supone la muerte —dijo—. Y fue la muerte de Wi. No creo que aquellos hombres rubios nos hubieran perseguido con tanto afán, de no haber sido por el deseo de conseguir esta hacha, aunque es posible que también estuvieran igualmente ansiosos de conseguir a Lalila. En cualquier caso, estoy convencido de que el Hacha de la Victoria, como yo la llamo a veces, trae la victoria a su dueño durante poco tiempo y, luego, la muerte.

Terminó de desatar el hacha y se la ofreció a Kwasin.

—Aquí tienes, gigante, el regalo de un enano. Tómala y úsala bien. Wi, unos días antes de morir, me dijo que yo debía tenerla si él moría. Le dije que no la quería como propiedad mía. La llevaría hasta que encontrase a alguien que mereciera blandirla. Y ése eres tú, porque dudo que haya nadie en el mundo que sea más vigoroso que tú. Pero te lo advierto: su suerte dura poco.

Kwasin agarró el mango con la mano derecha y blandió el hacha por encima de su cabeza.

—¡Ja, esta sí que es un arma potente! ¡Podría aplastar batallones enteros con ella!

—No lo dudo —dijo Paga—. Pero quien siente amor por matar, al final morirá de la misma forma.

—¡Y a mí qué me importan tus salvajes supersticiones! —bramó Kwasin—. A pesar de todo, te doy las gracias, hombrecillo. ¡Aunque no debes esperar que te ame por eso!

—Los regalos no traen el amor al que los hace o al que los recibe, gigante —le contestó Paga—. Además, yo amo a Lalila y a Abeth, y creo que a Hadon. No necesito buscar por ahí más amor. Y, en cuanto a ti, debo decirte que sólo te amas a ti

mismo.

—Ten cuidado, hombrecillo, que te puedes convertir en la primera víctima de tu propio regalo.

—El elefante barrita cuando ve un ratón —replicó Paga.

El hacha era verdaderamente un arma curiosa, un arma que Hadon podría haber codiciado de no haber sido un hombre de espada. Su hoja era colosal, tan pesada que sólo un hombre verdaderamente fuerte podría utilizarla con eficacia. Estaba toscamente labrada a partir de un trozo de hierro y de algún otro metal desconocido, pero tenía un corte afilado. El mango, según Paga, había sido hecho con el hueso de la pata inferior de un cierto tipo de antílope^[5] que sólo se podía encontrar en la parte norte de las tierras del otro lado del Mar Circundante. Este animal tenía el doble de tamaño que el antílope africano. Carecía de cuernos, pero tenía cierto tipo de protuberancias óseas en la cabeza que se repartían en muchas puntas. Paga lo había desenterrado de una marisma, donde había permanecido tanto tiempo que casi se había convertido en piedra. Lo había trabajado haciéndole una profunda ranura en un extremo para que en él encajara el cuello del hacha y lo había atado con tiras de la piel de una criatura algo parecida al antílope gigante, pero más pequeña^[6]. Después de que el mango y el hacha hubieran quedado bien unidos, había anudado los extremos, echando después resina de ámbar caliente sobre las ligaduras. El mango de hueso también fue recubierto con tiras de cuero. En el otro extremo del hueso, que era tan duro como el marfil de elefante, había una prominencia, el cóndilo del animal. Paga lo había desgastado hasta conseguir una suave esfera.

—¿Has olvidado que estás herido? —preguntó Hadon a Kwasin.

Y Kwasin se miró sorprendido al costado y dijo:

—Debo cuidarme de esto —y corrió a ver qué podía hacer por él la mujer Klemqaba.

Permanecieron el resto del día bajo los rápidos, improvisando lanzas para aquellos que las habían perdido. Encontraron unas rocas parecidas al cuarzo, que Paga fue tallando, pues era el único que conocía este arte. Hadon le observaba con atención, puesto que algún día podía encontrarse de nuevo en una situación que requiriera hacer lascas con la piedra para convertirla en armas.

Finalmente decidió que mirar no era suficiente. Le pidió a Paga que le enseñara y, después de golpearse los dedos y sangrar, se las arregló para obtener una «madre», como la llamó Paga, de la que tendrían que salir las «hijas». Hadon estropeó la primera, pero a la segunda serie de intentos, obtuvo una punta de lanza que Paga consideró satisfactoria, aunque no precisamente digna de alabanza.

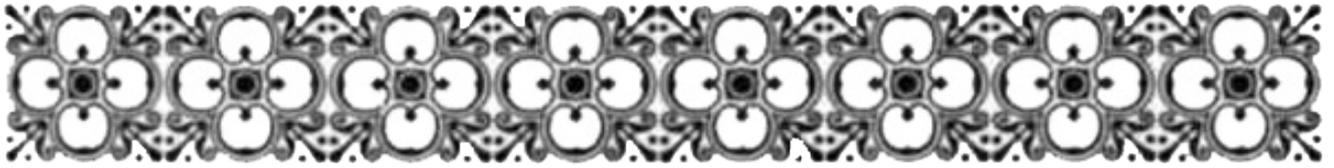
—Pero este conocimiento puede salvar tu vida algún día —le dijo Paga.

No durmió bien esa noche a causa de los dolores del costado donde se había golpeado contra las rocas en los rápidos y a causa de un pulgar hinchado como

consecuencia de tallar la piedra. Cuando finalmente se durmió, soñó que Awineth venía hacia él, reprochándole primero su infidelidad y luego avisándole de un gran peligro. Despertó con todo el mundo dormido a su alrededor, a excepción de dos guardias que se encontraban bajo los árboles cercanos. Un búho fantasmal flotaba sobre ellos, haciendo que se preguntase si era un presagio enviado por Kho. ¿Pero de qué le servían los augurios si no sabía qué significaban?

Sin embargo, se mantuvo despierto el resto de la noche, pensando todo el tiempo que algo terrible había sucedido. En una ocasión vio a Lalila incorporada y mirándole. La luna brillaba y la mujer estaba lo bastante cerca para que Hadon pudiera ver aquella indescifrable expresión. Por un momento pensó decirle algo, pero ella se volvió a acostar y él volvió a dejarse llevar por la corriente de sus pensamientos.





Capítulo 15

Se levantaron puntualmente al amanecer. Una hora de recolección en la jungla les proporcionó bayas y nueces suficientes para llenar sus estómagos, y se pusieron de nuevo en camino. No habían andado más de dos millas cuando Hadon vio dos piraguas atascadas contra un árbol caído en la otra orilla. Una estaba boca abajo; la otra flotaba normalmente. Por desgracia, había cocodrilos en las cercanías. Como el río tenía una anchura de un cuarto de milla en aquel punto, Hadon no creyó prudente nadar hasta los botes. Con todo, aún podía haber armas allí dentro, a salvo bajo los asientos. También, tenía la débil esperanza de que en uno de ellos se encontrase su espada.

—Si pudiéramos conseguir los botes, Kwasin nos podría construir otro sacándolo de un árbol que vaciase y tendríamos un transporte rápido otra vez —dijo Hadon—. Así que distraeremos a los saurios dándoles algo de comida tentadora un poco más abajo.

Pero aquello era más fácil de decir que de hacer. Se dispersaron por la jungla para cazar un animal cuyo cuerpo fuera lo bastante voluminoso para atraer a todos los grandes reptiles. Lalila, la niña y Paga se quedaron atrás, guardados por dos soldados.

Cerca ya del anochecer, hambrientos, cansados y frustrados, los cazadores se volvieron a reunir en la orilla. Ninguno había cazado nada grande, aunque dos de ellos habían derribado tres monos con las hondas. Pero allí, hundida en el fango, se veía una piragua, y a Paga sonriente junto a ellas.

Hadon le preguntó a Paga cómo lo había conseguido, aunque ya lo sabía antes de que el hombrecillo contara la historia. Se maldijo a sí mismo por su falta de ingenio. Paga había caminado en dirección opuesta al sentido de la corriente hasta que llegó a un lugar donde parecía que no había cocodrilos. Se echó a nadar, volviendo sobre sus pasos, y con una rama se las arregló para dirigir una de las piraguas. La corriente la había arrastrado hacia abajo aproximadamente una milla, pero retrocedió andando por los bajíos y empujando desde atrás el bote.

Paga se inclinó sobre el interior del bote y sacó algo que produjo un grito de alegría por parte de Hadon. Era Karken, su espadas.

—Parece un almacén de de armas —dijo Paga.

Kwasin intervino:

—No eres tan inútil como tu tamaño parece indicar, hombrecillo.

—El perro de mar parece torpe en tierra, pero en el océano es ágil y gracioso —dijo Paga—. Mi océano es mi inteligencia, gigante. Tú te ahogarías allí.

—Si no me hubieras regalado tú este hacha, pequeño, te daría un golpe que abriría tu océano por la mitad.

—Cuánta gratitud —dijo Pagas.

—Kwasin, empieza a usar tu hacha y tu brazo y ahórranos tu lengua —le dijo Hadon—. Prepara unos remos para que podamos cruzar hasta el otro bote. Y después, corta un árbol para hacer otra piraguas.

—El hacha se está empezando a volver perezosa —contestó Kwasin—. Y yo no soy ningún carpintero.

Pero obedeció, y cuando Hadon y Tadoku remaban hacia la otra piragua, oyeron detrás de ellos los vigorosos golpes del hacha contra el tronco de un árbol.

Tres días después se ponían de nuevo en camino. Esta vez Hadon decidió que si se volvían a encontrar en un cañón, retrocederían inmediatamente corriente arriba y caminarían después siguiendo su trazado. Sin embargo, el río se movía perezoso hacia uno y otro lado, por una tierra ligeramente más alta que el propio cauce. A no ser por las moscas durante el día y los mosquitos por la noche, su vida era casi idílica. Incluso el gigante Kwasin se transformó en un ser humano decente durante un tiempo, aunque Hadon estaba temeroso de que aquel esfuerzo pudiera desembocar en una explosión de su temperamento. Kwasin, sin embargo, había estado hablando con la mujer Klemqaba para que se casase con él y aquello parecía haberle pacificado de alguna forma. Sus otros maridos no se sentían precisamente felices por ello. Se quejaron de que les había estropeado la relación con la mujer. Hadon no les prestó atención. Lo que la mujer hiciera con sus compañeros era sólo cosa suya, siempre que no afeitara a la disciplinan.

Al cabo de quince días, llegaron a un gran lago repleto de miles de patos, gansos, garzas, grullas, flamencos rosa y un tipo de flamenco gigante azul y negro desconocido en Khokarsa.

Remaron por el lago hacia la otra orilla, registraron su costa y llegaron a la conclusión de que no tenía salida. Abandonaron renuentes las piraguas y se dispusieron a caminar. Y más tarde, después de varias semanas de andar a través de las vastas praderas del color de la piel del león, vieron los primeros picos de una vasta cadena montañosa, algunos de los cuales estaban cubiertos de nieve.

—Según mis cálculos, esas tienen que ser las Saasares —dijo Hinokly—. Si logramos encontrar el paso que lleva a Miklemres, podremos seguir hacia el sur y nuestro viaje habrá terminado. Y si no, tendremos que ir hacia el este, hasta el final

de las montañas, y luego, en dirección sur, hasta Qethruth.

—Nunca pensé que llegaríamos tan lejos —dijo Kebiwabes—. ¿Cuánto llevamos de camino, Hinokly?

—Ha pasado un año y un mes desde que salimos de Mukha —contestó el escriba—. Si encontráramos el paso, no deberíamos tardar más de dos meses en llegar a Miklemres. Menos, si encontramos pronto el paso.

«Y, en un año, muchas cosas pueden suceder en Khokarsa —pensó Hadon—. ¿Me habrá dado Awineth por muerto y habrá elegido otro marido?»

Sin que ello le sorprendiera, comprendió que eso era precisamente lo que esperaba. Así estaría libre para preguntarle a Lalila si le aceptaría como compañero. No era fácil renunciar al deseo de tener el trono, pero ella merecía eso y más. Sin embargo, hasta entonces la mujer no había dado ninguna muestra, salvo una cálida amabilidad, de que pensase favorablemente en él. Debería haberle preguntado hacía tiempo qué sentía ella, de no haber sido el prometido de la reina. ¿Y que pasaría si Lalila hubiera dicho que sí y cuando llegara Hadon a Khokarsa se encontrara con que Awineth aún le estaba esperando? Ella podría ordenar —*no, ordenaría*— la muerte de él y de Lalila. Bueno, él moriría, pero con toda seguridad Awineth no se atrevería a tocar a alguien que estaba bajo la protección de Sakhindar.

Cuando llegaron a las estribaciones de las montañas, Mumona, la mujer Klemqaba, sacó los dientes de cabra tallados que guardaba en la bolsa que pendía de su cinturón. Cantó mientras los hacía girar a contramano y los arrojaba a las cenizas del fuego de campamento. Después de estudiar la figura que formaron, afirmó que deberían ir hacia el oeste. Después de varios días de viaje, se encontrarían con el puesto militar que guardaba la entrada del paso. Y, efectivamente, después de caminar por espacio de cinco días, observaron sus murallas y las atalayas, construidas con troncos de robles.

Los centinelas les vieron mucho antes de que iniciaran la fatigosa subida de la gran colina, y los viajeros pudieron oír a lo lejos los tambores y las trompetas de bronce. Poco después, una tropa de soldados, con sus armaduras de bronce y las puntas de las lanzas brillando al sol, se dirigieron a la carrera hacia ellos. Hadon explicó al oficial quiénes eran, y se envió a un mensajero para dar velozmente las noticias al comandante. Y así entraron con una fanfarria de trompetas y fueron recibidos calurosamente. Se les bañó en agua tibia con jabón de grasa animal y fueron ungidos con aceite de oliva. Hadon, Tadoku, Kwasin, el escriba, el bardo y los tres del lejano norte fueron invitados a comer con el comandante y la sacerdotisa del fuerte. A los demás se les envió a los cuarteles a comer con los soldados, pero Hadon insistió en que Mumona se debía sentar con ellos.

—Pero ella es una Klemqaba —objetó el comandante Bohami.

—También es nuestra sacerdotisa —replicó Hadon—. Sin ella no tendríamos guía

espiritual. Y ha sido una gran ayuda al cuidarse de las necesidades físicas de mis hombres. Yo mismo hubiera muerto de fiebre de los pantanos sin su ayuda.

—¿Qué dices tú, Mineqo? —preguntó el comandante.

La sacerdotisa del fuerte era de la antigua estirpe, como lo eran muchas de las que procedían de la costa norte del Kemu. Era alta, rubia, de ojos azules y bella, a pesar de tener una nariz ganchuda y labios delgados. Llevaba un bonete adornado con las plumas de la cola de un águila que indicaba que era sacerdotisa de W"uwos, diosa del águila hembra de cabeza roja. Alrededor de su cuello llevaba un collar de huesos de águila del que pendía una minúscula figura de W"uwos tallada del hueso de una pata de águila. Rodeaba su talle un cinturón de piel de águila y debajo de él llevaba una falda de cuero cubierta de plumas del águila. Encima de un palo vertical, con un travesaño horizontal que estaba cerca de ella, había un águila hembra gigante, encadenada, que miraba al grupo con unos ojos tan brillantes que parecía que tuviese ganas de comérselos a todos. Pero no tenía hambre: se la alimentaba con liebres y serpientes vivas.

—Si ella es una sacerdotisa y ha hecho todo lo que dice Hadon, entonces se sentará con nosotros —dijo Mineqo—. Pero si come repugnantemente, como tengo entendido que hacen los Klemqaba, entonces tendrá que dejarnos.

—Yo la he acostumbrado a no sonarse la nariz ni a evacuar mientras esté comiendo con gente —replicó Hadon.

La Klemqaba fue invitada y se sentó a comer, comportándose tranquilamente durante toda la comida, sin hablar hasta que alguien se dirigía a ella, lo que no ocurrió con frecuencia. La comida fue deliciosa. Hadon olvidó su normal abstinencia y comió perdiz tierna rellena de pan de escandia, granadas dulces, filetes de búfalo doméstico en salsa de liebre, bayas de *mmwometh* (la cosa más dulce del mundo), sopa de quimbombó en la que flotaban menudillos de pato y termitas reinas fritas, un manjar exquisito. También se permitió pasarse de la medida en cuanto al hidromel, que había sido enfriado con hielo traído de las montañas. Esta era la primera vez en su vida que probaba una bebida helada aunque, si llegaba a ser rey, las tendría a diario.

Kwasin comió el triple que los demás, engullendo la comida, haciendo ruido con la boca y gruñendo a la vez. Y cuando terminó, eructó ruidosamente. La sacerdotisa frunció el ceño y dijo:

—Hadon, ese hombre tosco y rudo tuyo tiene peores modales que la Klemqaba.

Kwasin se le quedó mirando, mientras se le ponía la cara completamente roja, y dijo:

—Sacerdotisa, si no fueras una mujer sagrada, te comería a ti también. Pareces bastante buena de comer.

—Ha estado mucho tiempo fuera, en las Tierras Vírgenes —intervino Hadon

apresuradamente—. Estoy seguro que no ha tenido la intención de ofenderte. ¿Verdad que no, Kwasin?

—He estado fuera mucho tiempo —respondió Kwasin—.

Y nunca ofendería a la primera mujer bella con la que me encuentro, exceptuada Lalila, desde que empecé mis andanzas por extrañas tierras hace tantos años.

—¿Kwasin? ¿Kwasin? —trató de hacer memoria la sacerdotisa—. ¿Dónde he oído yo antes ese nombre?

—¿Qué? —vociferó Kwasin, inundando su barba de hidromel—. ¿Que no has oído hablar de Kwasin? ¿Te has pasado toda tu vida en el monte?

—Nací aquí —respondió Minego glacialmente—. He estado dos veces en Miklemres, la primera durante cinco años, mientras fui al Colegio de Sacerdotisas, y la segunda para asistir a la coronación de la Suma Sacerdotisa de esa ciudad. Pero no, salvaje, nunca he oído hablar de ti.

—Pensé que lo sabías —murmuró el comandante Bohami.

Se volvió hacia él con expresión feroz y dijo:

—¿Saber qué?

—Este es el gigante que violó a la sacerdotisa de Kho en Dythbeth y mató a sus guardias —dijo débilmente—. En vez de ser castrado y arrojado a los cerdos, fue exiliado. La propia Voz de Kho decretó esa sentencias.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó.

—Estuve ocupado preparándolo todo para que Hadon y su gente se sintieran cómodos. Y pensé que lo sabías. No es de mi incumbencia aconsejarte lo que debes hacer.

—¿Y tú eres el hombre cuyo hijo llevo en mis entrañas? ¡Espero que no sea tan estúpido como tú!

El comandante enrojeció pero no dijo nada. Kwasin se metió de golpe otra jarra de hidromel, eructó de nuevo y dijo:

—Oh, sacerdotisa, no te enfades. Es verdad que he estado exiliado, pero la Voz de Kho también dijo que yo podría volver algún día. No dijo cuándo, y por eso he regresado para solicitar Su perdón. He sufrido más de lo necesario. Mi falta debiera haber prescrito ya.

La sacerdotisa se levantó de la silla y dijo:

—¡Es Kho quien tiene que decidir! ¡Pero a ti se te ha prohibido poner el pie en esta tierra, y este fuerte está dentro de las fronteras del Imperio!

Y, señalando con un dedo la puerta, gritó:

—¡Fuera!

Kwasin se puso lentamente en pie y agarró el borde de la mesa con sus enormes dedos.

—¿Fuera, dices? ¿Fuera de dónde?

—¡Fuera de este fuerte! —gritó ella—. ¡Puedes dormir junto a la puerta, por lo que a mí respecta, como un perro vagabundo, pero no te quedarás en esta tierra! ¡No hasta que la Voz de Kho haya sido avisada de que estás llamando a la puerta y Ella diga, si en verdad lo dice, que puedes entrar!

Por un momento Hadon pensó que Kwasin iba a volcar la mesa. Retiró su silla, susurrando a la vez a Lalila y a la niña que se apartaran. Se dio cuenta de que Paga ya lo había hecho. Pero Kwasin, trepidando, con los ojos como lava negra, consiguió controlarse. Y dijo:

—Si no arraso este fuerte y mato a todo el mundo, es únicamente porque no quiero ofender de nuevo a la poderosa Kho. Me iré, sacerdotisa. Pero no me quedaré rondando por aquí como un chacal esperando las sobras. Llevará meses enteros conseguir un mensaje de la Voz de Kho. ¡Y yo soy impaciente! Seguiré mi camino por esta tierra ¡y pobre de aquél que se atreva a salirme al paso! ¡Iré por mis propios medios a la montaña de Kho y me entregaré a Su misericordia!

—¡Si intentas entrar sin Su permiso, morirás! —dijo la sacerdotisa.

—Me arriesgaré —dijo Kwasin, dándose la vuelta para salir. Hadon le siguió a tiempo para verle salir de su habitación con la gran hacha apoyada en el hombro.

Al ver a Hadon, Kwasin dijo:

—Qué, primo, ¿pretendes detenerme?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —replicó Hadon—. No, no trato de ponerme en tu camino. Pero aunque me has ofendido y has sido tan molesto como una mosca en mi nariz, no quisiera que cometieras un suicidio. Te pido que hagas lo que dice la sacerdotisa. Quédate aquí hasta que Kho te ordene venir o te ordene partir.

—Kho es mujer y, sin duda, ahora habrá cambiado de opinión sobre mí —dijo Kwasin—. No, no voy a ir ante ella a pedirle que diga sí o no. No voy a esperar. Y en cuanto a que yo muera antes de que pueda llegar allí, eso es una tontería. No voy a ir atravesando tierras por las que pueda verme todo el mundo. Me escurriré por el campo como un zorro, robaré una embarcación cuando llegue al Kemu y navegaré hasta la isla. Y luego subiré con cuidado y de noche hasta la montaña y me pondré delante de la sibila, de la Voz.

—¿Y si Kho se mantiene inquebrantable?

—Entonces violaré a la sibila y echaré el templo abajo con esta hacha —contestó Kwasin—. Si muero, no será tan dócilmente.

—A veces creo que piensas que es verdad cuando dices cosas fantásticas como esa —dijo Hadon.

—Claro que sí —respondió Kwasin. Y salió a grandes zancadas de la habitación, que de repente se hizo mucho más grande.

Hadon regresó al comedor. Lalila preguntó:

—¿Qué piensa hacer?

—Verdaderamente está loco —dijo Hadon—. Kho se ha apoderado de sus sentidos y me temo que pronto se apoderará también de su vida.

—Quizás fuese mejor así —dijo Paga—. Es un ser despreciable, lleno de arrogancia y odio. Pero si la gente como él cayera fulminada, quedarían sólo unas pocas personas en este mundo. Lo cual sería una bendición.

—No hablemos de él —dijo Mineqo—. Siéntate, Lalila, querida, y hablaremos de ti. Antes de que ese elefantino bufón nos interrumpiera, me estabas contado que eras Sacerdotisa de la Luna entre tu propio pueblo.

—Yo no —respondió Lalila—. Mi madre. Yo lo hubiera sido si mi tribu no hubiera perecido.

—¿Y a qué otras diosas rendís culto?

—A muchas. También adoramos a muchos dioses. Pero las dos mayores deidades son Luna y Sol. Son hermanas gemelas, hijas de Cielo, de quien heredaron el Imperio después de que fueran creados por ella los primeros humanos.

—¡Ah! —reflexionó Mineqo—. Entre nosotros, Sol es el dios Resu, si bien en los tiempos antiguos Resu era Bikeda, una diosa. Todavía se le adora como tal en algunas de las áreas rurales y montañosas. Y lo mismo sucedió con Bhukla, que fue la principal deidad de la guerra, pero que fue desalojada por Resu y se convirtió en la diosa de la espada. Y todo esto sucedió porque los Klemsaasa, la gente del Águila, conquistaron Khokarsa cuando se vio debilitada por los terremotos y las plagas. Lucharon para hacer que Resu fuera más grande que Kho, pero no lo consiguieron. Pero los sacerdotes de Resu no han abandonado la lucha, incluso a expensas de tentar la ira de Kho.

—No entiendo —dijo Lalila— ¿Cómo pueden los hechos de los mortales producir cambios en los cielos?

—Esa es una pregunta profunda y la respuesta es profunda. A mí me la explicaron cuando estuve en el Colegio, pero me llevaría una hora explicártela a ti. En primer lugar, tendría que definir los términos técnicos, y eso produciría si cabe una mayor confusión. Sin embargo, te ilustrarás cuando llegues a la ciudad de Khokarsa. Puesto que tú eres Sacerdotisa de la Luna, aunque lo seas de un pueblo extraño, Awineth puede decidir que seas iniciada en el sacerdocio.

—Sahhingar sugirió que me podría convenir ser sacerdotisa —dijo Lalila.

—¡Sahhingar! —exclamó Mineqo—. ¿El Dios Arquero vino a ti en un sueño?

—En un sueño no —replicó Lalila—. Sahhingar habló conmigo y caminó conmigo en carne y hueso, como un hombre, tan real y firme como Hadon. El fue quien nos envió a Paga, a Abeth y a mí aquí. El nos puso bajo su protección.

—¿Es verdad eso? —preguntó la sacerdotisa volviéndose hacia Hadon y Hinokly.

—Cierto, Mineqo —dijo Hinokly—. Yo estaba allí cuando el Dios de los Ojos Grises encargó a nuestra expedición que volviéramos a Khokarsa y procurásemos que

a ella se le diera allí, tanto seguridad como receto. Evidentemente, tú no has oído hablar de esto.

—¿Pero por qué no me lo dijiste antes? Yo creía que vuestra expedición era únicamente un equipo científico para la exploración del terreno.

—No hubo mucho tiempo, oh Sacerdotisa —respondió Hinokly.

Minego parecía perpleja.

—No entiendo nada en absoluto. Sakhindar fue exiliado por Kho porque él la desobedeció. Los sacerdotes de Resu afirman que Sakhindar es, por lo tanto, el aliado de Resu.

—Él no es dios, Minego —intervino Lalila— aunque se parezca a un dios. Él mismo me dijo que era sólo un mortal. Dice que fue un viajero del tiempo, que nació en el futuro, a unos once mil años de aquí, y que ha viajado hacia atrás mediante la utilización de una...

Lalila dudó y añadió a continuación:

—No tenemos una palabra para nombrar la cosa que le transportó. Él utilizó una palabra de su propia lengua para llamarla... una... *mashina*, creo que dijo.

—¿Y qué es eso de... *masina*? —preguntó Minego, incapaz de pronunciar el sonido *-sh-*.

—Algo parecido a una nave que lleva un dispositivo que le propulsa a través del tiempo, lo mismo que un barco es propulsado por remos de maderas.

—Perdón, Sacerdotisa—intervino Hadon—. Lalila nunca ha visto una embarcación con velas. Una analogía más válida sería que el tiempo es como un viento que propulsa las velas de la nave del tiempo.

—Pero Sakhindar fue el único que enseñó a los Khoklem a domesticar animales y plantas, a fabricar ladrillos, a hacer bronce, a sumar, a restar y a multiplicar —dijo Minego—. Eso ocurrió hace dos mil años. ¿Viven tanto los hombres?

—Sakhindar dijo que hay unas pocas personas en el futuro lejano que tienen un elixir que les impide envejecer —dijo Hinokly—. Pero yo mismo le oí rechazar su divinidad.

—¿Saben esto en Palacio? —preguntó Minego.

—Lo saben —respondió Hinokly—. Imagino que esa revelación ha producido una tormenta de controversias entre los colegios.

—Estas cosas están más allá de mi alcance —dijo Minego—. He vivido demasiado tiempo en este lugar aislado para recordar toda la filosofía que me enseñaron siendo una muchacha. Que decidan los colegios lo que significa todo esto. Os voy a enviar a todos con una escolta hasta la Suma Sacerdotisa de Miklemres, y ella decidirá qué hacer con vosotros.

—¡Esta es mi provincia! —intervino el comandante Bohami—. Yo soy el comandante militar aquí, Minego, y yo digo quién tiene que ir y quién tiene que

venir. De momento, estamos escasos de gente, y no puedo emplear más de una pareja de guías.

—Yo te he oído alardear de que tú y cinco hombres más podíais rechazar cualquier ataque de los bárbaros —replicó Minego—. Y el último problema que tuvimos con ellos fue cuando yo era todavía una niña. Los Klemklakor son demasiado escasos por aquí para constituir un peligro. ¿Pero qué sucedería si atacan a este grupo en las profundidades de las montañas? Sabes muy bien que con frecuencia tratan de preparar emboscadas contra nuestros convoyes de avituallamiento.

Era evidente que, aunque el comandante sentía que debía hacer afirmación de su autoridad, también buscaba una forma de ponerse de acuerdo con la sacerdotisa. Y dijo:

—Ya que lo pones así, estoy de acuerdo en que lo que dices tiene sentido. Pero yo daré las órdenes, y lo hago únicamente porque nuestros huéspedes son tan importantes. Los deseos del rey y de la reina y los de Sakhindar me obligan a que les dé toda la protección de la que podamos disponer.

Hadon le contestó:

—Nos gustaría salir poco después del amanecer.

—Así se hará —respondieron a la vez Minego y Bohami.

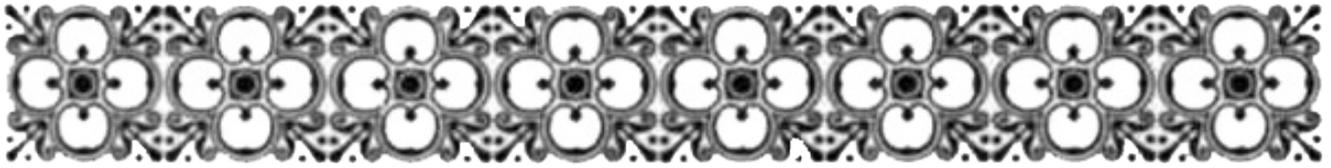
Bohami le lanzó una mirada feroz y ella le habló en voz baja:

—Dormirás solo esta noche, Bohami, si no te disculpas.

—Que así sea —dijo Bohami—. No me gusta que vayas minando mi autoridad. Deberías consultar conmigo en privado y dejar que, en público, el que dé las órdenes sea yo.

Hadon se sintió apurado ante la situación, por lo que dio las buenas noches y se retiró tan pronto como le fue posible.





Capítulo 16

El grupo, acompañado de doce soldados, ascendió por el estrecho sendero que se ceñía a la escarpada roca. Hacia el mediodía se pusieron las gruesas pieles de leopardo que les habían proporcionado en el fuerte. Las nieves pendían encima de ellos, llenándoles de inquietud. Los soldados decían que más de un patrulla y más de un convoy de suministros habían quedado enterrados por las avalanchas. En realidad, en el fuerte empezaban a escasear los productos de Miklemres porque el último convoy había sido barrido del mapa. La avalancha podía haber sido un accidente, pero también podía haber sido provocada por las tribus salvajes del Tótem del Oso. Estos, según decían los soldados, eran descendientes de los montañeses que se habían quedado atrás cuando los Klemsaasa invadieron Khokarsa con sus aliados, los rebeldes Miklemres, y conquistaron la devastada capital. Y puesto que los Klemklakor habían estado en guerra con el Tótem del Águila de la Montaña, por eso no habían tomado parte. Criminales huidos y esclavos fugitivos se les habían unido durante los mil once años que habían transcurrido desde que los Klemsaasa abandonaran la cordillera de las Saasares. Se decía que los Klemklakor eran ya tan numerosos que sólo necesitaban un caudillo que los uniera para convertirse en una peligrosa amenaza para el reino matriarcal de Miklemres. Hasta el presente, habían estado tan ocupados en sus luchas internas que los ciudadanos de Khokarsa habían sido capaces de controlarlos.

—Klemklakor es un término genérico que se aplica a todos ellos —dijo Tadoku—. De hecho, aunque las gentes del Oso están en mayoría, hay una docena de tótems en esas montañas, descendientes de refugiados la mayor parte de ellos. Pero todos son enemigos de Khokarsa. Si sobreviniera otro Tiempo de Tribulación, caerían sobre Miklemres como la langosta. Unidos, serían una fuerza bastante formidable. Al ser herejes, utilizan el arco y las flechas y eso los hace triplemente peligrosos.

El camino se recogía hacia abajo de nuevo. Para la mañana del segundo día ya tenían la suficiente temperatura como para poder quitarse las pieles. Dos días después se las volvían a poner. Al quinto día vieron un oso a sólo un cuarto de milla de distancia. Hadon sintió una gran agitación, porque no había visto nunca en carne y

hueso a esa legendaria criatura.

—Si piensas que este es grande, tendrías que ver un *klakom*, el oso de las cuevas —dijo Hinokly—. Se rumorea que todavía queda alguno en las cordilleras más altas. Los que los han visto dicen que son tan grandes como los elefantes, aunque sin duda es una exageración.

Al mediodía del séptimo día descendían por un sendero hacia la mitad de la falda de la montaña. De repente la tierra se puso a temblar y la montaña rugió. Miraron hacia arriba y vieron una docena de rocas gigantescas que bajaban hacia ellos, seguidas de una masa de piedras más pequeñas y de nieve. No había espacio para correr, aunque alguno lo hizo. Los demás, Hadon entre ellos, dieron un salto hasta una depresión que había debajo del sendero y pegaron sus cuerpos a la tierra. No habían pasado unos segundos cuando la primera de las grandes rocas pasó volando sobre ellos, estrellándose unos pocos pies más abajo. Le siguieron otras, retumbando estruendosamente, y una de ellas aplastó a un soldado que huía. Poco después, todo quedaba en calma y el único sonido que se oía era el de las rocas que aún saltaban y rodaban a lo lejos, por debajo de ellos. Se levantaron con precaución, mientras la nieve fina y el polvo les caían encima. La masa de nieve de detrás de las grandes rocas se había deslizado, deteniéndose a unos pocos pasos por encima del sendero. Kho les había protegido.

El incidente, sin embargo, no había terminado. Por encima de sus cabezas y a lo lejos se oían los gritos de unos hombres que sostenían una lucha desesperada. Hadon vio unas figuras empequeñecidas por la distancia que salían de un bosquecillo de abetos. Se dispersaron por el declive en dos direcciones y se metieron entre los árboles hacia el norte y hacia el sur. Unos instantes después emergía una figura familiar. Descendió lentamente por la cuesta, rodeando la masa de nieve suelta que se encontraba justo encima del grupo y se dirigió hacia ellos por el sendero. Era Kwasin, gigantesco con sus pieles de oso, cubierto de sangre por todos los lados y con su hacha, también teñida de sangre, sobre el hombro. En una mano llevaba dos cabezas cortadas prendidas por la barba.

Arrojó las cabezas a los pies de Hadon y bramó:

—¡He aquí al desemboscador de emboscados, primo! Les estuve espiando mucho antes de que ellos me vieran y me arrastré hacia ellos hasta colocarme por encima. No pude llegar a tiempo para evitar que hicieran rodar las rocas hacia vosotros, pero, poco después, ¡les lancé mi propia avalancha! ¡Yo solo! Aunque eran más de veinte, les atacé y maté a media docena de ellos antes de que decidieran que yo debía de ser un hombre oso! Luego me vestí con las pieles que nunca más iban a necesitar y corté algunos trofeos. ¡Y ahora, primo, debes agradecerme que haya salvado tu vida, aunque quiero que sepas que si la bella Lalila no hubiera estado contigo, es posible que no hubiera intervenido!

—En cuyo caso, sería Lalila la que tendría que agradecértelo, no yo —replicó Hadon—. ¿Y ahora qué?

—¡Iré con vosotros hasta Khokarsa para protegeros!

—Después de que lleguemos a Miklemres, serás tú el que necesites protección —le respondió Hadon—. ¿No estarás contando con mi condición de futuro rey para que consiga que llegues a la capital a salvo?

—¡Tú ves a través de mí! —dijo Kwasin echándose a reír.

—Entonces tendrás que obedecer mis órdenes de nuevo.

—¡Que así sea! Pero cuando lleguemos a la capital, primo, y Awineth te compare conmigo, es posible que cambie de idea y me elija a mí por marido. ¿Qué te parecería eso, pequeño?

«Mejor de lo que podrías suponer», pensó Hadon, pero no le respondió.

Pasaron dos lentos meses de viaje de arriba abajo. Cuatro veces tuvieron la suerte de escapar de las bandas del pueblo del oso que cazaban o merodeaban por allí. Sus exploradores vieron a los bárbaros y avisaron al grupo con tiempo suficiente para permitirles esconderse o escapar. Y, por fin, un día al mediodía, al final de un sendero, las llanuras de Miklemres se extendieron allí abajo ante sus ojos. Su alegría, sin embargo, se apagó rápidamente cuando vieron un espeso humo que provenía de dos lugares distintos junto al río. Al día siguiente se acercaron con precaución al primero de los lugares. Al no ver ser viviente alguno, penetraron en la zona quemada. Entre las cenizas se podían ver multitud de cadáveres mutilados. El sargento que les acompañaba desde el fuerte inspeccionó los alrededores y confirmó lo que todos ya sabían.

—El Pueblo del Oso. Deben de haber sido por lo menos trescientos.

—No hay muchas mujeres, ni niños —comentó Hadon.

—Oh, se llevan a las mujeres como esposas y los niños son criados por la tribu hasta que llegan a ser unos seres tan sedientos de sangre como sus padres adoptivos.

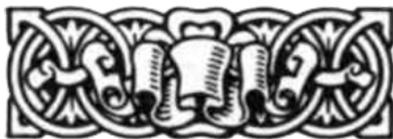
El sargento movió pensativamente la cabeza y añadió:

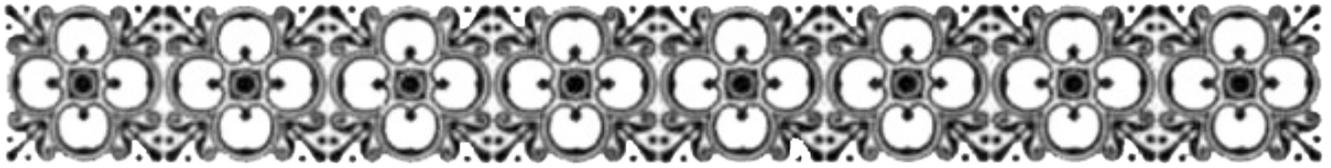
—Se están volviendo arrogantes. La última vez que sucedió esto, hace unos diez años, enviamos grandes expediciones de castigo que limpiaron las montañas muchas millas en derredor. El general D"otipoeth se hizo con una colección de tres mil cabezas y trajo quinientos prisioneros, hombres, mujeres y niños, para que fueran ahorcados a lo largo del camino y sirvieran de advertencia. En el último momento, la sacerdotisa principal suspendió la ejecución de los niños.

Continuaron despacio, con los exploradores por delante, y esa tarde llegaron a la segunda aldea. Allí encontraron la misma devastación y la misma carnicería. Y siguieron sin otros incidentes por aquella región de viñedos, colmenas y campos de escandia hasta que se encontraron con la tercera aldea. Era tan grande como las otras dos juntas y estaba protegida por un fuerte de troncos que albergaba trescientos

soldados. El comandante, Abisila, un pelirrojo alto y delgado, salió a recibirles. De una manera bastante sombría, les pidió que se identificaran. Hadon le dio sus nombres, Y el comandante, de forma aún más sombría, dijo:

—Eso pensé. No hay posibilidad de confundirte a ti ni a ese monstruo barbado. ¡Hadon de Opar y Kwasin de Dythbeth, os arresto en nombre de Minruth, Rey de Reyes!





Capítulo 17

Era inútil resistir. Estaban rodeados por cincuenta hombres que les apuntaban con sus lanzas. Hadon, al fin, dijo con frialdad:

—¿Y cuál es la acusación?

—Eso no lo sé —dijo Abisila.

—¡Pero esto es ilegal! —intervino el escriba—. ¡La ley dice claramente que cuando se arresta a un hombre se le debe informar también de qué se le acusa!

—¿No os habéis enterado? —dijo Abisila—. No, supongo que no. ¡Hay una nueva ley en el país!

—¿Por qué? —preguntó Hadon. Pero el comandante no respondió. Hizo gestos a sus hombres de que despojaran a los prisioneros de sus armas. Hadon sacó su espada para entregársela a Abisila, pero dudó. ¿Debería, en cambio, dar un mandoble al brazo del comandante y tratar de romper el cerco? Pero, si lo hacía, sería inmediatamente reducido. Y, un motivo más poderoso para rendirse pacíficamente, Lalila y la niña podrían sufrir daño en la refriega.

Kwasin, como siempre, no pensó en las consecuencias. Lanzó un grito y su hacha pasó como un relámpago junto a Hadon, para acabar segando el brazo de Abisila. Se volvió a continuación y saltó hasta el círculo de lanzas, rompió o hizo a un lado media docena de puntas de lanza y en unos pocos segundos había cortado dos cabezas y un brazo. Hubo gritos y confusión mientras los soldados se arremolinaban frente a él, demasiado apretados para llegar hasta Kwasin, y muchos sin saber lo que estaba sucediendo. Kwasin, con la mano izquierda, agarró un cadáver decapitado y lo lanzó contra el círculo exterior, derribando a tres hombres. Y, poco después, con el hacha saliendo como un rayo hacia un lado y partiendo limpiamente una lanza, se había abierto paso.

Durante unos instantes nadie le persiguió. El segundo en el mando consiguió imponer cierto orden y diez hombres salieron corriendo tras el gigante, que había desaparecido perdiéndose entre las calles de la aldea cercana. Los demás soldados rodearon de nuevo con sus lanzas al grupo de Hadon. Éste entregó la espada al capitán y le dijo:

—Te advierto que esa mujer, su hija y el hombrecillo están bajo la protección de Sakhindar.

El capitán se puso aún más pálido de lo que estaba y tartamudeó una pregunta. Hadon se lo explicó lo mejor que pudo y el resultado fue que Lalila y sus dos acompañantes fueron llevados a las habitaciones del comandante muerto. A Tadoku, Hinokly, Kebiwabes y Hadon se les encerró en una gran habitación con barrotes de bronce. Tadoku protestó. Se le dijo que, aunque no se encontraba bajo arresto oficial, iba a ser tratado como prisionero hasta que su caso fuera juzgado en Khokarsa. El escriba declaró que eso era ilegal, pero el capitán se limitó a marcharse.

Y así, tres semanas después, todos se encontraban a bordo de una galera con destino a la ciudad de Khokarsa. A Hadon, aunque encadenado, se le permitió pasear por cubierta durante el día. El capitán y el sacerdote tenían autorización para hablarle y por ellos se enteró de muchas cosas acerca de su situación. Minruth había llegado a impacientarse y le había pedido a Awineth que se casara con él. Ella se había negado y su padre la había confinado en sus habitaciones. Las tropas del rey ya habían tomado para entonces la ciudad. Aquellas unidades militares o navales leales a Awineth habían sido desarmadas o aniquiladas. El

Templo de Kho, situado en la ladera del volcán, había sido ocupado y sus sacerdotisas encarceladas.

Los hombres que habían hecho aquello tenían que ser muy valientes, pensó Hadon. Incluso el más fantástico devoto de Resu habría sentido temor por la ira de Kho. Pero Minruth les había prometido grandes recompensas. El poder y la riqueza, para ciertos hombres, eran más importantes incluso que el temor a las deidades. Y Minruth había elegido este tipo de hombres para llevar a cabo su infame misión. No se había atrevido, a pesar de todo, a violar a la sibila, la Voz de la propia Kho.

Había habido, por supuesto, un levantamiento popular. Los pobres y muchos miembros de las clases media y alta habían acudido en tropel para vengar el sacrilegio. Pero la indisciplinada multitud no tenía nada que hacer frente a las catapultas de fuego líquido con que se encontraron. Las tropas de Resu lanzaron cientos de veces la mezcla incendiaria sobre la gente que atestaba las calles y la quemaron viva. Las zonas comerciales y residenciales que rodeaban la Ciudad Interior ardieron por completo, muriendo a miles sus habitantes y dejando el corazón de la capital, a excepción de la Ciudad Interior, convertido en cenizas.

Los centros clave de las otras ciudades de la isla habían sido tomados al mismo tiempo y las multitudes corrieron allí la misma suerte. Sólo Dythbeth, la eterna espina clavada en el costado de Khokarsa, se había levantado con éxito. Las fuerzas armadas de Minruth habían sido aniquiladas. Pero Minruth la tenía ahora sitiada y se decía que sus habitantes estaban comiendo perros y ratas para mantenerse con vida. No podrían resistir más de una semana.

Parte de la Marina había permanecido leal a Awineth y a Kho. Tras una fuerte resistencia inicial, aquellos buques que pudieron escapar fueron hacia Towina, Bawaku y Qethruth. Estas ciudades, como la mayoría de las del Imperio, habían aprovechado la oportunidad para declarar su independencia. El Imperio ardía en la revolución. A Minruth no le importaba. Lo reconquistaría.

—¡El poderoso Resu derrotará a los mortales que persistan en colocar a Kho por encima de su señor natural, que es Resu! —gritaba el sacerdote.

A Hadon le dieron ganas de dar una patada a aquel macilento sacerdote de ojos llameantes y mandarlo al mar.

El capitán, aunque era seguidor de Resu, dio un respingo. Evidentemente, aún no se había sacudido de encima todo su santo temor de Kho. Ni tampoco acababa de acostumbrarse a estar sin sacerdotisa en el barco. Un sacerdote, sin una sacerdotisa, en un barco se suponía que era de mal agüero. Piqabes, Nuestra Señora del Kemu, la de los ojos verdes, no favorecía a esos navios.

El capitán informó a Hadon de los ruidos sordos y temblores de tierra que se percibían por debajo de la ciudad de Khokarsa y de las nubes de humo y del mar de lava ardiendo que habían salido del volcán.

—Se dice que Awineth ha declarado que la propia Kho va a destruir la ciudad —dijo el capitán—. Muchos de nosotros nos mojamos por las piernas abajo cuando oímos ese rumor. Pero Minruth dijo que no era así. Resu estaba enredado en un combate contra Kho en las profundidades de la montaña y acabaría por derrocarla. Entonces ella ocuparía el trono inferior y se convertiría en su esclava.

—¡Y Minruth tenía razón! —voceó el sacerdote con estridencia—. Si no fuera así, ¿por qué la lava habría destruido el bosque sagrado e inundado el templo, derribándolo y quemando a todas las sacerdotisas que se hallaban dentro? ¿Lo hubiera permitido Kho, si fuera todopoderosa? ¡No, Resu lo hizo y ella se vio impotente para evitarlo!

—¿Que el bosque y el templo han quedado destruidos? —preguntó sorprendido Hadon—. ¿Aquellos antiguos lugares sagrados?

—¡Destruídos para siempre! —gritó el sacerdote—. ¡Minruth ha prometido que construirá un nuevo templo en el mismo lugar, dedicado a Resu!

—¿Y qué ha sucedido con la sibila? ¿La mató la lava?

El sacerdote miró unos segundos a Hadon con la boca abierta y luego dijo, como si le doliera:

—Parece ser que ha escapado a las tierras salvajes de detrás del volcán. Pero los hombres de Minruth la están buscando. Cuando la encuentren, ¡la traerán de vuelta cargada de cadenas! Una vez que el populacho la vea en manos de Minruth, ¡entonces sabrán que Resu es todopoderoso!

—Si la encuentran —dijo Hadon—. Espero que esta lucha no provoque que Kho

destruya todo el territorio y a todos quienes lo habitan.

—¡Resu triunfará y las cosas serán como deberían haber sido desde hace ya tiempo! —respondió el sacerdote.

—¿Y qué ocurrirá con Lalila? —preguntó Hadon—. ¿Qué planes tiene Minruth para ella? Después de todo, Lalila está bajo la égida de Sakhindar. El Dios de los Ojos Grises dijo que la vengaría si sufriese cualquier daño.

Esto último no era cierto, pero a Hadon no le importó mentir si con ellos podía ayudar a Lalila.

—¿Y cómo lo puedo saber yo? —dijo el sacerdote—. Minruth no me hace confidencias. Cuando ella se encuentre ante Minruth, entonces será tratada como lo requiera la justicia.

«O como lo requiera Minruth —pensó Hadon—. El que dispensa la ley es el que la interpreta.»

Los días y las noches pasaron tranquilos, aunque lentos. Una vez más, Hadon, deseando mantenerse en forma, pidió que se le permitiera remar. El capitán se escandalizó pero, tras una breve discusión, dio su permiso. Hadon llevaba esposas cuando trabajaba y le estaba prohibido hablar con los otros remeros. El capitán no quería que hubiera conversaciones subversivas que se pudieran extender entre los marineros.

Y ya, por fin, en el horizonte surgió la costa oeste de la isla. La galera siguió la línea de la costa, que limitaba con tierras llanas de cultivo a lo largo de muchas millas. Luego apareció una cordillera de montañas, las Saasawabeth. Hadon consiguió oír al capitán y al sacerdote que hablaban de las guerrillas refugiadas allí y de la expedición que se había mandado contra ellas. Al parecer, las siete cordilleras de la isla eran los centros de resistencia de millares de adoradores de Kho.

Las Saasawabeth dieron paso de nuevo a las tierras de cultivo, pero al cabo de unos días, se encontraron frente a las Khosaasa. La galera las dejó atrás, pero sin perderlas de vista y, al cabo de una semana, entraban por la boca del Golfo de Gahete. Incluso desde aquella distancia se podía ver la punta del Khowot. Sin embargo, el humo que salía de la cima se había hecho ya visible desde que dejaran atrás las Saasawabeth. La galera avanzaba tranquila golfo abajo, con los acantilados a su derecha y las tierras altas de cultivo a su izquierda. Y el humo seguía saliendo de muchas de las cabañas y muchos de los graneros de los campesinos, incendiados por las tropas de Minruth.

Después, el poderoso Khowot surgió del mar y, al cabo de dos días, la base del volcán quedaba ante la vista. Al quinto día apareció ante sus ojos la parte más alta de la torre de Resu. Esta, dijo el sacerdote, ya no se dedicaría más a Resu y a Kho. De hecho, se habían oído rumores de que Minruth intentaba darle su propio nombre. Se decía que el Rey de Reyes estaba considerando la posibilidad de que cierta teoría del

Colegio de Sacerdotes se convirtiese en un hecho. Se trataba de que el rey era, en esencia, el propio Resu, que un trozo del espíritu de Resu habitaba en el cuerpo del rey y, de tal suerte, esa circunstancia le hacía sagrado. Sería el dios del sol reencarnado y por ello se le veneraría como a un dios.

—Verdaderamente está loco —comentó Hadon en voz alta.

El sacerdote, dirigiéndole una dura mirada, dijo:

—¡Esa blasfemia será comunicada a Minruth!

—Eso no va a hacer mi caso más difícil —respondió Hadon.

Los chapiteles y las torres de la ciudad de Khokarsa se elevaban ya ante ellos, aunque no tan pronto como Hadon hubiera esperado. Esto se debía a que la ciudad ya no reblandecía de blanco como antaño. El humo del volcán había ido cayendo sobre ella y a eso había que añadir las nubes de humo de los edificios ardiendo fuera de la Ciudad Interior.

—Treinta mil personas perecieron durante los levantamientos y los fuegos que siguieron —dijo el sacerdote—. ¡El azote de Resu es verdaderamente terrible! Se dice que Minruth lloró cuando se enteró de esto, pero que luego se alegró. Dijo que era la voluntad de Resu y que, por lo tanto, era necesario. Los duros de corazón deben ser destruidos en un ritual de purificación de la tierra. El espíritu de la blasfemia debe ser aplastado para siempre.

—Pero ¿y todos esos inocentes, los niños? —preguntó Hadon.

—¡Los pecados de los padres recaen sobre los hijos y deben pagar también!

Hadon estaba demasiado anonadado por aquella locura para responder.

La galera avanzaba por aguas que antes estaban atestadas de buques mercantes, de barcos fluviales y de barcazas procedentes de las ciudades interiores y de las áreas rurales. El hedor de los cadáveres carbonizados bajo las ruinas les llegaba con toda su fuerza y les dejaba mareados. Luego, la galera pasó por entre los fuertes de Sigady y de Klydon y después por el fuerte situado en la punta oeste de la isla de Mohasi. El barco continuó rumbo al suroeste para virar luego hacia el sur, hacia la entrada del gran canal. Atracó suavemente entre dos muelles mientras redoblaban los tambores. Los prisioneros fueron conducidos al edificio de aduanas. El capitán envió un mensajero con una carta guardada en una caja de plata unida al extremo de un bastón dorado. Debería ser entregada al Rey de Reyes, quien leería en ella que el héroe Hadon y su grupo aguardaban la decisión del rey.

Hadon miró con curiosidad la Gran Torre que, realmente, inspiraba temor. Su base tenía casi media milla de diámetro y sus pisos escalonados alcanzaban casi los quinientos pies de altura. Y, sin embargo, todavía estaba a medio construir. Y aún pasaría mucho tiempo antes de que se pudiesen reanudar las obras. En dos ocasiones anteriores, las labores de edificación se habían visto interrumpidas durante largos períodos en los Tiempos de Tribulación. Y en tiempos de relativa paz y prosperidad,

el enorme gasto que suponía su construcción había exigido una gran parte del dinero de los impuestos, lo que no había gustado mucho al pueblo.

Pasaron dos horas antes de que el mensajero apareciera de nuevo, esta vez a la cabeza de un cuerpo de guardias de palacio que llegaban entre una especie de paso ligero. Los prisioneros fueron sacados a empellones y obligados a marchar detrás de una estruendosa banda hacia la ciudadela. Una vez más, Hadon cruzaba el foso y ascendía por los amplios y pronunciados escalones de la acrópolis, aunque esta vez lo hacía desde su extremo oeste. Y tampoco venía como un héroe conquistador, vencedor de los Grandes Juegos, futuro marido de la Suma Sacerdotisa y Reina de Reinas.

Atravesaron las enormes puertas de bronce que daban paso a la ciudadela y a las amplias calles flanqueadas por templos de mármol y edificios gubernamentales. Algunos de estos eran redondos o eneagonales, lo que significaba que habían sido contruidos en los tiempos antiguos. Otros eran cuadrados, del eétilo que había aparecido hacía trescientos años. El palacio mismo, el edificio más antiguo, de impresionantes bloques de granito recubiertos de mármol, era de nueve lados. Hadon se sintió apenado al ver que las estatuas de Kho y de Sus hijas, que se elevaban sobre el tejado del gran porche, habían sido desfiguradas. Seguramente, las manos de los que habían cometido aquel sacrilegio serían fulminadas.

Un heraldo los recibió en la puerta oeste y los prisioneros le fueron oficialmente entregados. Los guardias interiores del palacio reemplazaron a los que habían conducido hasta allí a los prisioneros, y dos trompeteros sustituyeron a la banda. Atravesaron amplios y majestuosos salones flanqueados por obras de arte procedentes de todo el Imperio.

Y por fin se encontraron en el enorme salón del trono, resplandeciente de oro, plata, diamantes, esmeraldas, turquesas, topacios y rubíes. Descendieron por un largo pasillo formado por silenciosos cortesanos, la mayoría de ellos hombres. El heraldo se detuvo ante los tronos, golpeó la base de su bastón contra el suelo de mármol, que formaba un mosaico multicolor con incrustaciones de diamantes y saludó en voz alta. En esta ocasión fue a Minruth a quien se dirigió en primer lugar. Su frase final «¡Y recordad que la muerte llega para todos!» fue omitida. En su lugar, el heraldo exclamó:

—¡El poderoso Resu, en quien nuestro Rey de Reyes se ha encarnado, gobierna sobre todos!

Como si esto no fuera ya bastante sorprendente, el trono de Minruth se hallaba ahora en el estrado más alto, y el águila pescadora que antes se posaba sobre el respaldo del trono de Awineth, se hallaba ahora encadenada al trono de Minruth. Además, a juzgar por su pequeño tamaño, se trataba de un macho. Minruth, luciendo una espesa barba, se sentaba en el trono. Y había otro cambio que Hadon notó entre

los soldados y los cortesanos: ninguno se afeitaba ya la barban.

Awineth estaba sentada en su sencillo trono de roble, vestida con unos ropajes como los que usaban las matronas cuando sus pechos empezaban ya a aflojarse. Desde el cuello hasta los pies, su soberbia figura se escondía tras una voluminosa túnica de lino. Parecía haber envejecido varios años. Tenía los ojos marcados por el negro azulado de la ansiedad y de las noches insomnes. Pero su mirada brilló cuando vio a Hadon.

Se produjo un gran silencio en ese instante, silencio roto sólo por las toses de los cortesanos. Minruth miró un buen rato a Hadon mientras se mordía pensativo el labio inferior. Finalmente sonrió.

—¡He oído hablar mucho de ti, Hadon de Opar, desde que regresaste a nuestra tierra! ¡Y nada bueno! ¡Quebrantando la ley, condujiste al exiliado Kwasin hacia esta tierra y eso requiere el más extremo de los castigos!

Eso era una mentira, pero el que se sienta en el trono puede desfigurar la verdad para servirse de ella según su conveniencia. Hadon pensó que era inútil protestar.

—Kwasin ya no era un exiliado. La prohibición impuesta por la esposa de Resu ha dejado de regir y yo habría dado la bienvenida al héroe Kwasin si hubiera abjurado de su lealtad a Kho. ¡Pero él rompió el arresto y mató a mis soldados al hacerlo! ¡Así que Kwasin morirá, tras la conveniente tortura!

«Si puedes cogerle», pensó Hadon.

Minruth hizo una pausa, lanzó una terrible mirada a Hadon y luego miró a Lalila. Cuando habló de nuevo, su voz era más suaves.

—He sido informado acerca de esta mujer, la Hechicera del Mar, creo que la llaman, entre otras cosas. Si de verdad es una hechicera, será quemada viva. ¡No importa que sea una hechicera buena! No existe ya tal cosa. ¡Todas las hechiceras son malas y la magia sólo la practicarán en adelante los sacerdotes de Resu!

—La ciencia, tonto loco —dijo Hinokly, tan bajo que Hadon apenas pudo oírle—. No existe tal cosa, la magia. ¡La Ciencia!

—Pero me han dicho que su brujería consiste sólo en su belleza. ¡Y ella no tiene la culpa de eso! Si mis interrogadores quedan convencidos de que verdaderamente no practica la magia, entonces quedará libre y recibirá los debidos honores. Me gusta lo que ven mis ojos y, lo que al Rey de Reyes le gusta, se lo coloca en el corazón. Yo la honraré tomándola por esposa. Es posible que no lo sepas, Hadon, pero ahora los hombres pueden tener más de una esposa.

Awineth se agitó en su asiento y dijo:

—Eso está en desacuerdo con nuestra antigua ley, Padre. Nosotros no somos bárbaros Klemqaba. Ni tampoco es legal haberme obligado a casarme contigo.

—¡No te he pedido que hables! —replicó Minruth—. ¡Si vuelves a hablar sin mi permiso, serás conducida a tus habitaciones y seguiremos la audiencia sin ti!

Awineth se mostró enfadada pero no respondió.

—Las antiguas leyes han sido revocadas. Nuevas leyes rigen el territorio —dijo Minruth—. Y ahora nos faltan por juzgar los casos de la niña y del hombrecillo. La niña será quemada con su madre si ésta fuese declarada bruja, pero no creo que el veredicto vaya a ser ése.

Hadon sintió una nueva conmoción. Nunca había oído hablar de algo tan horrible. ¡Quemar niños por los crímenes de la madre era una nueva perversidad que seguramente atraería la ira de Kho sobre la cabeza de Minruth! Lo extraño era que no hubiera sido fulminado hacía ya tiempo. Pero Kho espera Su ocasión.

—La niña es tan bella como la madre y, a su debido tiempo, puede ser que también se convierta en mi esposa.

Hadon rechinó los dientes y pensó en arrojarse sobre Minruth. Minruth estaba más loco que una cabra en época de celo. Tenía ya cincuenta y siete años y, aunque se decía que todavía mantenía la virilidad de un toro joven, no podía asumir en serio que al cabo de once años pudiera acostarse con Abeth. ¿O sí?

—Y luego viene el hombrecillo peludo que tiene un solo ojo. Se me ha informado de que es un hombre-bestia, que por la noche asume la forma de un animal parecido a un perro, un animal conocido únicamente en las tierras del lejano norte. ¿Es cierto eso, hombrecillo?

Paga contestó:

—Es cierto que fui amamantado por una perra de cuatro patas, oh Rey de Reyes. La perra de dos patas que me parió me arrojó a la maleza para que muriera. No tenía corazón. Pero la bestia que me encontró sí que lo tenía. Y estaba llena de amor maternal, aunque no hay duda de que me habría devorado si no hubiera perdido hacía poco a sus cachorros. La primera leche que probé fue la suya. Ella me dio el único amor que he conocido, sin olvidarme del amor que me dio el héroe Wi y el de Lalila y su hija. Y el dios Sakhindar fue amable conmigo y Hadon no me rechaza por ser un hombrecillo deforme. No soy un hombre-bestia, oh Rey de Reyes, aunque sea medio animal y esté orgulloso de ello. A menudo las bestias son más humanas que los humanos. Pero cuando la luna está llena, a mí no me afecta más que a ti, y quizás no tanto.

—Grandes palabras para un hombre pequeño —dijo Minruth—. No trataré que me expliques el significado de tu última afirmación, puesto que mentirías de cualquier modo. Y sacas a relucir a Sakhindar, el Dios Arquero de los Ojos Grises. Es hermano menor del poderoso Resu y no es amigo de Kho. Al igual que tú, fue abandonado por su madre y fue criado por los primates de los bosques. Y fue él quien dio plantas al hombre y le enseñó a cultivarlas y a domesticar los animales y a calcular, y a fabricar el bronce. Incluso las sacerdotisas lo admiten, aunque dicen que cometió un delito divino al darnos estos dones antes de que Kho hubiese decretado

que se nos concedieran.

Y pasando su mirada de Paga a Lalila, añadió Minruth:

—Se dice que la mujer, su hija y tú habéis sido puestos bajo la protección de Sakhindar. ¿Es cierto eso, Lalila?

—Es la pura verdad —respondió Lalila—. Hinokly lo puede atestiguar.

—¿Pero es también cierto que Sakhindar os ha dicho que no es dios, que, aunque extraño, sólo es un hombre? ¿Es verdad eso, Lalila?

—Es verdad —replicó Lalilas.

—Los dioses a veces mienten para probar a los mortales. Pero si viene a estas tierras, será interrogado. Y si es un impostor, sufrirá como los demás mortales.

—¡Pero no es un impostor! —exclamó Paga—. ¡El no dice que es un dios!

—¡Pégale con el mango de una lanza! —chilló Minruth—. ¡Debe aprender a soltar la lengua sólo cuando yo diga que puede hacerlo!

Un oficial tomó una lanza de las manos de un soldado y Paga cayó al suelo tras el golpe. Gimió un instante, apretó los dientes y se puso en pie sacudiendo la cabeza.

—¡La próxima vez será con la punta, hombrecillo, no con el mango! —le advirtió Minruth—. Y ahora, el escriba, el bardo y Tadoku. También acompañaron a Kwasin y, por lo tanto, comparten la culpabilidad en el asesinato de mis soldados. Comandante: llévatelos con Hadon y el hombrecillo a las celdas reservadas a los traidores.

—¡La reina y Kho por siempre! —gritó Tadoku.

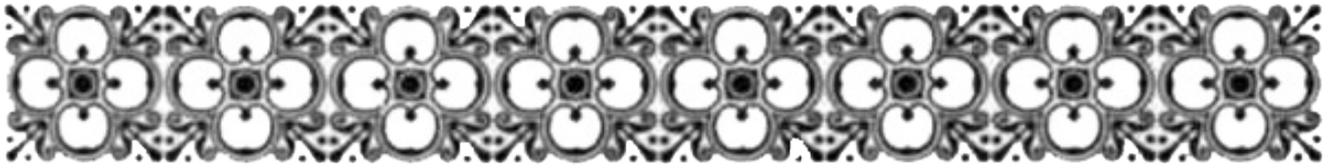
Esas fueron sus últimas palabras, valientes pero imprudentes. Minruth vociferó una orden y Tadoku cayó muerto con tres lanzas atravesándole el pecho. Hadon juró que si alguna vez se le presentaba la oportunidad, haría todo lo posible para que Tadoku fuera enterrado debajo de un obelisco de héroe, acompañado del sacrificio de los mejores toros. Acto seguido, le sacaron del salón mientras Awineth y Lalila se quedaban llorando. Fue conducido con los demás hacia una puerta que daba a unos escalones que bajaban más y más hacia abajo, hasta una galería en cuyos muros chisporroteaban las antorchas y, de nuevo, hacia abajo, siguiendo nuevas escaleras de caracol, hasta llegar a otra galería alargada, para terminar descendiendo por la última escalera espiral. Las dos galerías superiores estaban flanqueadas por celdas atestadas de hombres y mujeres y, a veces, de niños. Hadon había oído que la roca sobre la que se apoyaba la ciudadela estaba tan horadada de túneles como un nido de hormigas, que su red de corredores y pozos sólo tenía parangón con la que había bajo la ciudad de Opar. Pero mientras que la de Opar había sido excavada para la extracción de oro, la de la ciudadela fue proyectada como depósito de malhechores. Era también un lugar de refugio para los moradores de la ciudadela si alguna vez los invasores tomaban los edificios de la superficie.

Recorrieron una galería excavada en granito, dejaron atrás celdas, la mayoría

vacías, y se detuvieron ante la última puerta del fondo. Un carcelero la abrió mientras los treinta guardias sujetaban sus lanzas en posición de atención. Que su escolta fuera tan numerosa indicaba que se consideraba que los prisioneros eran realmente peligrosos. Pero cuando Hadon vio una gigantesca figura en la oscuridad de aquel recinto, entonces supo qué generaba tal temor.

—¡Bienvenido, primo! —retumbó una voz familiar—. ¡Entra a disfrutar de la hospitalidad de Kwasin!





Capítulo 18

Los guardias se retiraron y quedó como única luz la que llegaba débilmente de las antorchas colocadas en el extremo opuesto de la galerías.

Kwasin dijo:

—Pronto podrás ver mejor, aunque no creas que mucho mejor. Perdóname si no me he acercado a ti hasta ahora, primo. Estoy encadenado al muro, encadenado con hierro, no con bronce. La primera vez que me pusieron en una celda, en una de las del piso de arriba, rompí las cadenas de bronce y maté a cuatro hombres antes de que me dejaran inconsciente a golpes. Y desperté aquí, atado con cadenas de hierro.

—¿Cuándo te capturaron? —le preguntó Hadon.

—No lo hicieron. Crucé el río después de matar a los diez hombres que me perseguían y me escondí en las colinas. Pero tenía hambre y robé una ternera del cercado de un granjero. Al igual que si la mala suerte tomase cartas en el asunto, la hija del granjero me llamó la atención. Y me llevé a las dos, a la hija y a la ternera, al bosque y me satisfice con ambas. Pero la perra se aprovechó de mí en un momento en que le di la espalda y me atizó un buen porrazo en la cabeza ¡con mi propia hacha! Cuando me desperté, estaba atado y los soldados maldecían y resoplaban mientras me bajaban a cuevas de las colinas. Puede que esa sea el Hacha de la Victoria, Paga, pero lleva consigo la mala suertes.

—Quizás sí —dijo Paga—. Pero en este caso fueron la estupidez y la lujuria las que hicieron que te capturaran.

—No pienses que porque esté encadenado no puedo llegar hasta ti, hombrecillo. He aflojado los pernos de la pared y puedo llegar a la puerta en cuanto quiera. ¿Se han ido todos los guardias?

—Por lo que veo, sí —dijo Hadon.

Se produjo un chirrido del metal soltándose de la piedra. Y Kwasin, con el ruido de las cadenas acompañándole, comenzó a caminar por el recinto.

Hadon exploró la cámara, una vez que su vista se hubo adaptado a la tenue luz existente, tal como Kwasin le había anunciado que sucedería. Estaba excavada en el granito y formaba un espacio de treinta pies de ancho, sesenta de largo y unos quince

de alto. Una lánguida brisa entraba desde un agujero del techo.

—El hueco de ventilación es lo suficientemente grande para que entre tu cuerpo, Hadon —dijo Kwasin—. Pero llegar hasta él, eso ya es otro asunto. Además, me dijeron que a unos diez pies del agujero hay una rejilla de bronce que te detendría si llegaras hasta allí.

—Eso ya lo veremos —dijo Hadon. Encontró una docena de mantas viejas que olían a moho, un gran jarro de agua, seis tazas de barro y seis orinales. Eso era todo. Kwasin, a preguntas de Hadon, dijo que le habían dado de comer sólo dos veces al día. Durante el tiempo de la comida, los orinales eran sustituidos por otros vacíos, aunque no siempre limpios, y se rellenaba el jarro de agua.

—Vendrán con la segunda comida dentro de pocas horas —dijo Kwasin—. No estoy seguro de la hora: he perdido todo sentido del tiempo.

—Podríamos ver también ahora si conseguimos meter a uno de nosotros en el respiradero —dijo Hadon—. Si tú haces de base, Kwasin, yo me pondré sobre tus hombros como segundo piso de la torre humana. Luego Kebiwabes, que es el siguiente en altura, puede trepar sobre nosotros.

—Pero, aunque pudiera hacerlo —dijo el bardo—, ¿cómo me meto ahí? ¿Y qué va a pasar con la rejilla?

—Yo te alzaré, te lanzaré si puedo y tú te apalancas contra las paredes del respiradero —dijo Hadon—. Sólo quiero que averigües lo que hay arriba. Quizás los guardias mentían cuando le dijeron a Kwasin que había una rejilla allí.

—¡Pero me podría caer!

—Entonces morirás un día o dos antes. Y deberías dar gracias por haber podido escapar de la tortura.

—Yo soy un bardo. Mi persona es sagrada.

—¿Y por eso estás en la cárcel?

Kebiwabes dijo, quejoso:

—Muy bien. Pero me temo que las canciones de un gran artista morirán antes de nacer en esta celda funesta.

—Eso depende de la terrible Sisiken —dijo Hadon—. Ella es la señora del mundo inferior y seguramente no está nada feliz con Minruth y los adoradores de Resu.

Kwasin se apalancó debajo del agujero. Hadon se apoyó en la puerta y luego echó a correr hacia adelante. Utilizando como catapulta la espalda de Paga, que se había puesto a gatas, saltó sobre los hombros del gigante. Kwasin agarró a Hadon por los tobillos, mientras éste oscilaba inseguro unos instantes antes de recuperar el equilibrio.

—No aprietes tanto, Kwasin —dijo—. Me estás dejando las piernas sin circulación.

Paga y Hinokly subieron a Kebiwabes tan alto como pudieron. Se agarró a la cintura de Hadon y empezó a trepar por su cuerpo. Hadon por poco se cae con él en dos ocasiones, pero pudo al fin mantener el equilibrio, hasta que las piernas del bardo estuvieron junto a su espalda. Y aquí se quedó el bardo, incapaz de subir un palmo más.

—Te caerás, Hadon, y yo contigo.

Kwasin gruñía:

—Arriba, bardo, o te aplasto la cabeza contra la pared.

Kebiwabes gimió y subió un poco más. Con un esfuerzo convulsivo, impulsó de nuevo su cuerpo hacia arriba, quedándole las piernas colgando. Hadon se desequilibró hacia adelante y los dos, Kebiwabes gritando, cayeron pesadamente sobre el suelo de piedras.

Hadon se levantó y dijo enfadado:

—¡Te dije que no hicieras movimientos bruscos! ¿Te has hecho daño?

—Pensé que me había roto el brazo. Sin embargo, es sólo una rozadura. Pero mala, mala.

Kwasin refunfuñó y, agarrando a Paga por la cintura, lo lanzó derecho al respiradero. Paga dio un alarido, pero no cayó al suelo. Hadon, mirando hacia arriba, apenas podía distinguirlo. La espalda del hombrecillo estaba contra una de las paredes y sus pies contra la otra.

—Ser pequeño tiene sus ventajas —dijo Kwasin—. Aunque quizás pueda lanzarte tan lejos incluso a ti, Hadon.

Soltó una risotada y añadió:

—Claro que, si fallase, te podría partir la cabeza en dos.

Hadon, haciendo caso omiso, dijo:

—Paga, ¿lo puedes conseguir?

—Perdiendo mucha piel —contestó Paga—. Esta piedra es muy dura.

Esperaron lo que para todos fue un tiempo interminable. Y luego oyeron a Paga, que aparentemente juraba en la lengua de su tribu.

Poco después estaba de vuelta en la boca del respiradero. Kwasin dio la voz y Paga cayó en los brazos del gigante.

—¡Jo, bebé peludo, estás tan ensangrentado como si acabaras de nacer! ¿Vienes de verdad de un vientre de piedra?

—No más duro que el de la mujer que me dio a luz —dijo Paga—. Bájame con cuidado, elefante.

—Quizás te apetecería mamar —dijo Kwasin mientras empujaba la cabeza del hombrecillo contra su pecho. Paga le dio un mordisco, Kwasin gritó de dolor y Paga cayó.

—¿Quieres que vengan los guardias? —dijo Hadon furioso—. ¿Te has hecho

daño, Paga?

—No tanto como el elefante —respondió Paga.

—Si no nos hicieses falta, te machacaría los sesos contra la pared —bramaba Kwasin.

—La culpa es tuya, gigante —replicó Paga—. Me debes una disculpan.

—¡Yo no me disculpo ante nadie!

—Callad, por nuestras vidas —pidió Hadon—. Paga, ¿encontraste algo?

—Los guardias no mintieron. Hay una rejilla de bronce a unos diez pies por encima del respiradero. Tiene cuatro barras, fundidas entre sí en las juntas. Las barras tienen un espesor de una media pulgada. Sus extremos encajan en agujeros abiertos en la piedra. Yo podría doblar las barras, pero no sacarlas de los hoyos.

—Tú eres demasiado enorme para subir por el respiradero, Kwasin —dijo Hadon—. Aunque consiguiéramos meterte en él. ¿Crees que podrías meterme a mí?

—Tienes las piernas demasiado largas —dijo Paga—. Tendrías que estar encogido como un bebé en el vientre de su madre.

—Mi madre decía que mi nacimiento había sido bastante difícil —dijo Hadon—. Sin embargo salí. Kwasin, tienes que lanzarme lo suficientemente fuerte para que pueda meter casi todo mi cuerpo en el respiradero. Y quédate debajo para cogerme si me caigo.

—¡Pues claro que puedo hacerlo!

—Así lo espero —dijo Hadon—. Si no hubiera nadie más que tú, no te dejaría ni siquiera intentarlo.

Le dijo al gigante cómo quería que lo hiciera. Kwasin se puso en cuclillas y colocó las palmas de las manos bajo los pies de Hadon, que se situó frente a él. Elevó a Hadon, que se balanceó un poco, hasta que sus manos estuvieron a la altura de las rodillas y dijo:

—¡Ahí vamos, primo! —y lo lanzó hacia arriba con un gruñido.

Hadon salió disparado con un ángulo ligeramente desviado de la perpendicular, recogiendo los pies mientras subía. Sintió como si hubiera sido lanzado por una catapulta. Su hombro rozó la pared, cayó hacia atrás, pero sus piernas, ahora contra el pecho, se enderezaron un poco. Y quedó encajado en el respiradero con las nalgas sobresaliendo del agujero.

—¿Ves? ¡Ya te lo dije! —gritaba Kwasin.

—Calla, monstruo, o nuestro trabajo no va a servir de nada —dijo Paga.

La subida fue lenta y dolorosa. Era necesario hacer palanca con la espalda contra el muro y adelantar unas pulgadas el cuerpo con ayuda de las piernas. Pronto se le levantó la piel de la espalda. Además, la pared estaba resbaladiza en algunas partes por la sangre de Paga. Apretó los dientes y sudando y jadeando llegó hasta la rejilla. Era tal como Paga la había descrito. Dobló la cabeza para mirar hacia abajo y vio a

Kwasin, una oscuridad más clara en la oscuridad de la celda.

—Voy a colgarme del centro de la rejilla —avisó a los de abajo—. Quizás pueda hacerla ceder sólo con el peso de mi cuerpo. Luego me apalancaré de nuevo y trataré de tirar de un extremo suelto.

—Si fallas, yo te cogeré —dijo Kwasin.

Hadon se aferró al centro de la reja y dejó caer las piernas. Las barras se doblaron y, de repente, se soltaron con un chirrido. A Hadon se le escapó un grito, pero apretó los dientes. A pesar de todo, había conseguido volver a doblar las piernas, y volvió a utilizarlas como al principio. A unos pocos pies por encima de la boca de la chimenea se detuvo un instante. Sentía la espalda como si estuviese cubierta por todo un ejército de hormigas guerreras.

Le dijo a Kwasin que se apartase y se encargara de la rejilla, que Hadon sostenía perpendicularmente por debajo de su cuerpo. La parrilla de bronce cayó con un ruido sordo y un momento después Hadon aterrizaba en brazos de Kwasin.

—No hagas tonterías —le dijo Hadon—. Déjame bajar.

—He parido gemelos —dijo Kwasin, obedeciendo—. Uno, de patitas muy cortas y peludo; el otro, de patas muy largas y con un regalo de bronce bajo el brazo. Los dos son feos de verdad.

—Esconde la rejilla bajo las mantas —ordenó Hadon.

—No, espera un momento —intervino Kwasin. Recogió la reja y empezó a doblarla. Unos minutos después, tenía una especie de bastoncillo, al que hacía silbar por encima de su cabeza.

—Aquí tienes un arma, Hadon, aunque no sea muy buena. Yo usaré los pernos de mis cadenas para segar a quien venga.

—Necesitamos saber qué hay al otro extremo de la chimenea de retirada —dijo Hadon—. Paga subirá de nuevo, puesto que es el más bajo. Pero tendremos que esperar hasta después de la comida. No les agradaría descubrir que faltaba uno de sus prisioneros.

Hizo que Hinokly le lavase la espalda con agua de la jarra. Cuando oyeron que se acercaban los guardias, Paga y él se sentaron con la espalda apoyada en la pared. Kwasin volvió a encajar los pernos de las cadenas en los agujeros y se apoyó contra ellos. Se quejó a los guardias de las raciones tan pequeñas que servían. El oficial se rió entre dientes y dijo:

—Prisioneros débiles, buenos prisioneros.

Hadon se dio cuenta de que esta vez sólo había diez lanceros. Sin embargo, aquel «sólo» era un gran «sólo».

Aunque no había comida suficiente para satisfacer a Kwasin, los demás tenían bastante. La calidad era escasa y consistía en sopa fría de quimbombó, pan duro de mijo y trozos correosos de carne de buey. Pero comieron con apetito y Hinokly le dio

a Kwasin un trozo de su carne.

—Tenemos que mantenerte fuerte —le dijo.

—Me gustaría que los demás fueran tan considerados como tú —rezongó Kwasin—. Mis tripas se están lanzando contra mi espinazo como un leopardo tras una gacela.

—Eneraremos una hora hasta hacer la digestión —dijo Paga—. Y luego sube a Paga, si él quiere.

—No estoy seguro de que mi espalda pueda soportarlo.

—Esta vez subiré yo —dijo Hinokly—. Aunque sea un viejo flaco de treinta y seis años, tengo nervio. Pero veamos si puedo hacerme una especie de poncho con una manta. Eso ayudaría a que la piel no quedase en carne viva.

Utilizando el extremo de una de las barras de bronce de la rejilla, Hinokly arrancó un trozo del centro de la manta y metió la cabeza por él.

—La última moda en ropa de prófugo —dijo.

Una vez más Kwasin lanzó, como si fuera una moneda, a un hombre a través del agujero. Se sentaron a esperar o pasearon de un lado a otro en la penumbra. Varias veces miró Hadon hacia arriba, pero sólo pudo ver una débil luz que provenía de algún lugar lejano. Se tumbó sobre una manta después de un rato, pero no pudo dormir. Cuando estaba a punto de levantarse, oyó la voz de Hinokly que sonaba hueca arriba en el agujero.

—Ya estoy de vuelta. Cógeme, Kwasin.

Hadon dio un salto y cuando Kwasin hubo puesto a Hinokly ya en pie, le preguntó:

—¿Qué has encontrado?

—A otros diez pies del lugar donde se encontraba la rejilla, hay dos chimeneas que corren horizontales y las dos están en ángulo recto. Son lo suficientemente amplias para que incluso Kwasin se pueda meter allí. Bajé por la que tenía a mi derecha y me encontré con otra chimenea vertical. Creo que es ésta la que admite el aire que llega al pasillo exterior de nuestra celda. Tiene una rejilla, pero está sólo a unas pocas pulgadas por debajo de la boca de la chimenea. Tú probablemente podrías arrancarla, Hadon. Salté por encima de ella y continué. Llegué a otra chimenea que corría en ángulo recto con la otra en la que me encontraba. Bajé una corta distancia y pasé por otra chimenea. Esta, creo, lleva a la celda que está al otro lado de la nuestra. Continué bajando y llegué hasta más allá de donde parece terminar el muro del corredor de abajo. Me encontré con otro pozo vertical y eché un vistazo hacia otra de las celdas. Estaba más iluminada que la nuestra, por lo que deduje que se encontraba cerca de las antorchas. Vigilé y me mantuve atento un rato pero, si la celda estaba ocupada, la gente se mantenía en silencio.

»Al parecer, aquella celda se encuentra en un corredor que no va a dar a nuestra

celda. Continué, sirviéndome del tacto en la oscuridad, porque no podía ver los pozos de ventilación, por supuesto, a no ser que hubiera una fuente de luz debajo. Luego llegué hasta un punto en el que no pude continuar. Sin embargo, descubrí que había allí otro pozo vertical. Escuché y oí, allá abajo, muy lejos, el gorgoteo del agua. Creo que ese túnel lleva al depósito subterráneo de agua. Supongo que sabrás, ¿o no?, que hay un túnel subterráneo de agua que conecta la ciudadela con los dos golfos. Si la ciudadela fuera sitiada, sus defensores no se quedarían sin agua. Claro que, probablemente, el túnel tendrá guardias, y más ahora que Minruth teme el ataque de los adoradores de Kho. Se supone que el túnel es un secreto poco conocido, pero cualquiera que se haya zambullido en los archivos del Gran Templo, como yo lo he hecho, sabe de su existencia.

—¿Había una escalera en la chimenea del agua? —preguntó Hadon.

—Tanteé en la oscuridad por si había una pero, de haberla, tiene que empezar debajo del alcance de mi mano. Luego me volví, desandando mis pasos hasta donde había girado para entrar en la chimenea horizontal. Tenía miedo de perderme y memoricé cuidadosamente todos mis giros a la izquierda y a la derecha. Continué por el respiradero abajo, es decir, permanecí en la misma chimenea que terminaba en la chimenea del agua. Dos veces mi pie llegó hasta los bordes de dos chimeneas verticales y las salté. La luz de abajo se hacía más fuerte a medida que avanzaba y así supe que me estaba acercando al final del corredor de nuestra celda. Por otra parte, dos de las celdas estaban ocupadas. Ya me había dado cuenta cuando pasamos por nuestro corredor de que las dos celdas más próximas al fondo de la escalera contenían prisioneros.

»Pero el respiradero en el que me encontraba debía de llegar hasta el otro lado de la escalera. Avanzaba derecho aproximadamente durante media milla. Y había una docena de chimeneas verticales formando ángulo recto con él, cada una de ellas en intersección con una chimenea vertical. Por fin llegué a su final. Miré por la chimenea vertical y vi el cielo estrellado. ¿Pero cómo podría subir hasta allí? Era posible bajar, puesto que podía apoyarme contra la pared opuesta y luego, haciendo palanca con mi cuerpo, ir bajando. Pero subir era imposible. No había forma de llegar a un punto donde pudiera utilizar el sistema del contrapeso. Tanteé con mis dedos hacia arriba por si había una escalera por casualidad. ¡Y casi di un grito! Arriba, en la pared más cercana a mí, ¡había una barra de bronce! La agarré con la mano vuelta hacia dentro, me colgué, me di la vuelta, la agarré con la otra mano, estiré otra vez la mano y me encontré con otra barra. Me sentí inquieto, por supuesto, porque no sabía cuanto tiempo hacía que las barras habían sido clavadas en la piedra. Podían estar corroídas, ya que los respiraderos tienen por lo menos mil años. Sin embargo, parecía razonable que hubieran sido sustituidas por otras cada cierto tiempo. Esta chimenea debe de ser una de las rutas de escape preparadas para la familia real, en cuyo caso la

escalera será sometida a inspección de vez en cuando.

—¡Eres intolerablemente prolijo! —le dijo Kwasin.

—Tiene que contarlo paso a paso —replicó Hadon—. Tenemos todos que conocer la ruta de memoria antes de meternos a dar tropezones por ahí en la oscuridad.

—¿Y cómo voy a subir yo a esa chimenea? —preguntó Kwasin—. ¿Piensas dejarme aquí?

—Si lo hacemos, volveremos con una cuerda —le contestó Hadon—. Prometo que si eso es posible, te sacaremos de aquí.

—¿Por tu honor como hombre de la Hormiga y como primo mío?

—Sí. Continúa, Hinokly.

—Y subí y subí hasta que estuve seguro de que me encontraba por encima de los respiraderos de los subterráneos. Además, el granito macizo se había transformado en bloques de mármol. No había mortero entre ellos pero pude sentir las divisiones con las yemas de los dedos. Y seguí avanzando. Ah, sí. Oí agua abajo, a lo lejos, cuando llegué a la chimenea al principio, y la brisa era más fuerte y más húmeda. Y por fin llegué a la boca y saqué la cabeza al exterior. La luna ya había salido para entonces, así que podía ver, aunque no tan bien como hubiera podido de no haber sido por los humos del Khowot. Me hallaba en el tejado y mirando hacia el este. Me asomé a la abertura cuanto pude y deduje que la entrada era en realidad la boca de una de las múltiples cabezas talladas que adornan el tejado.

—Pero el palacio es abovedado —dijo Hadon—. ¿No es demasiado pronunciada la bóveda para poder subir por ella?

—Yo diría que sí. Lo que quieres decir es que si hay entradas a la chimenea, éstas deben de estar en las habitaciones de la propia familia real. Así que cuando descendí de nuevo, tanteé con los dedos a ambos lados de la escalera. Y encontré en un punto unas finísimas divisiones que delimitaban una sección oblonga en la pared, en forma de puerta, eso es. Y más aún, la escalera se corta y luego continúa en las partes superior e inferior de las divisiones. Obviamente los travesaños están unidos a una plancha de piedra que se desliza o cae hacia adentro para permitir la entrada. Pero no me atreví a golpear con los nudillos para comprobar si detrás estaba hueco. En estas circunstancias, me parecía razonable pensar que habría algo en la chimenea que permitiría a uno que se encontrase dentro activar un mecanismo que hiciese que aquella parte se abriera. No pude encontrar nada. Así que esa puerta sólo se puede mover desde el otro lado. Es una ruta de huida de una sola dirección.

—Si tuviéramos una antorcha, la podríamos examinar con detenimiento —dijo Hadon—. Es posible que hubiera algo que no pudiste ver en la oscuridad.

—Ya tenemos antorchas —dijo Hinokly—. En seguida te diré por qué. Descendí hasta el fondo de la escalera y me balanceé sobre el último travesaño, hacia atrás y hacia adelante, hasta que puse los pies en el borde de la chimenea. Cuando ya estaba

allí, extendí mi mano hacia abajo. No podía alcanzar ningún travesaño, pero me incliné sobre el borde y, con toda seguridad, mis pies tocaron un travesaño. Así que bajé más y más y más, por lo menos doscientos pies, calculo yo. Cuando llegué al último travesaño, me descolgué con los pies. Mis dedos tocaron piedra húmeda y me encontré en un suelo de piedra. Palpé a mi alrededor. La chimenea se dirigía hacia abajo, unos veinte pies y con un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la horizontal. Y entonces me encontré en lo que parecía un suelo de piedra lisa que estaba muy cerca de una corriente de agua. Seguía adelante con precaución pero me paré inmediatamente. Mi mano estirada había tropezado con madera. Palpé el objeto y decidí que era una barca. Larga y esbelta, sus costados eran delgados. Parecía construida para ir deprisa. En su interior había siete remos. Pero no era como ninguno de los botes de los que yo había oído hablar. Una guía de madera curvada lo protegía por encima de proa a popa.

»Dejé atrás el bote y anduve unos diez pies y entonces me encontré con el agua. Luego volví a explorar a ambos lados del bote. Y me encontré con otros siete botes. Y allí cerca, contra la pared, había varios barriles de buen tamaño. En la tapa superior tenían asas de bronce, así que fui tirando de ellas y tanteé por dentro. Uno contenía antorchas, yesca, pedernal y hierros. Otro contenía carne seca y galleta dura. Otro escondía espadas de las que usan los de infantería. Y el cuarto, un gran rollo de cuerda.

—¿Trajiste algo de comida? —preguntó Kwasin.

—Olvida tu barriga —cortó Hadon—. ¿Dónde están las antorchas?

—Hice tres viajes —respondió Hinokly—. Hay comida, dos espadas y una antorcha, con materiales para encenderla, en la base de la chimenea que está justo encima de nosotros. Y la sogá. Era muy pesada, pero me até un extremo a la cintura y la fui arrastrando tras de mí.

—Incluso en los barriles sellados las provisiones se suelen humedecer en poco tiempo —dijo Hadon—. Seguro que las sustituyen de vez en cuando. ¿En qué condiciones están?

—Buenas —dijo Hinokly—. Deben de haberlas dejado recientemente.

—Bien hecho, de verdad, Hinokly —dijo Hadon—. Y ahora podemos hacer dos cosas. Una, volver al respiradero, subir a este hipopótamo con la sogá e ir hacia los botes. Apostaría a que si llegásemos al túnel del agua siguiendo hacia la derecha, nos dirigiríamos al norte y saldríamos al Golfo de Gahete. Esto nos llevaría junto al volcán y podríamos escapar por la Vía de Kho, rodear el volcán y alcanzar las tierras vírgenes que hay detrás.

Viendo que nadie ponía ninguna objeción, continuó.

—La segunda opción es esperar hasta después del desayuno. Entonces estaremos más descansados y los guardias no se preocuparán de nosotros hasta media tarde,

cuando traigan la segunda comida. Y, también, habrá más visibilidad durante el día. La luz de las chimeneas será más clara. Pero me da la impresión de que van a llevarnos por la mañana. Así que opino que deberíamos marcharnos ahora.

Hinokly dijo quejándose:

—Estoy tan cansado que no creo que pueda volver al túnel del respiradero. Me tiemblan los músculos y tengo la espalda en carne viva. La manta se me desgastó en seguida.

—Paga puede subir el primero y echarnos la soga. Puede sujetarla mientras subimos Kebiwabes y yo. Luego os halaremos a Kwasin y a ti. Siempre que él no resulte demasiado grande para pasar por el agujero.

—Paga, échame antes algo de comer —dijo Kwasin—. Me muero de hambre.

—La comida aumentará tu peso, elefante, y podrías hincharte y no poder pasar. Tu panza se infla como el capuchón de una cobra cuando comes.

—Preparaos, vosotros dos —dijo Hadon—. Cada minuto cuenta. Y...

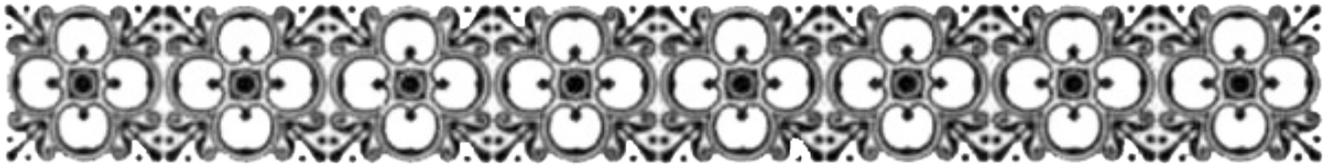
—¡Kho! ¿Qué es eso? —bramó Kwasin.

Hadon oyó un retumbo y sintió una ligera náusea. Durante unos segundos no comprendió lo que estaba sucediendo. Le parecía estar sobre un cuenco de gelatina o sobre una balsa a la que fuerzas misteriosas lanzaban de abajo arriba.

Y entonces gritó:

—¡Terremoto!





Capítulo 19

Sólo duró ocho segundos, aunque parecieron muchos más. Se levantaron del suelo, sintiendo en las plantas de los pies desnudos vibraciones que se desvanecían en las profundidades muy por debajo de ellos. A lo largo del corredor se oían gritos de socorro procedentes de los prisioneros, a las que hacían eco las voces de pánico de los guardias.

—¡Rápido! ¡Introduce los pernos de nuevo en la pared! —dijo Hadon a Kwasin.

Kwasin obedeció, sin darse excesiva prisa. Se aproximaban unos ruidos como de pies al correr y se distinguía la luz de una antorcha. Dos guardias se detuvieron frente a los barrotes, miraron hacia dentro y siguieron corriendo. Kwasin volvió a aflojar los pernos y Hadon le dijo que lanzase a Paga hacia el agujero.

Esperaron impacientes hasta que Paga les avisó que se apartaran. El extremo de una gruesa sogá hecha de cuerdas de papiro cayó entonces al suelo. Hadon se la ató a la cintura y fue izado hasta el hueco. Parecía un hueso de aceituna en la garganta de la chimenea. Paga agarró el otro extremo del cordel y lo mantuvo tirante mientras Hadon avanzaba hacia arriba pulgada a pulgada. Al llegar al pasadizo horizontal, tanteó a su alrededor hasta localizar una antorcha, un pedernal, una caja de yesca y los hierros. La antorcha era de pino impregnado con grasa de pescado. Sacó chispas del hierro con el pedernal y, al poco, la yesca estaba ardiendo. Dejó caer un poco sobre la cabeza de la antorcha, que pronto empezó a arder y a echar humo. Paga desató la cuerda de la cintura de Hadon y la dejó caer de nuevo. Hadon colocó la antorcha en el suelo y ayudó a Paga a izar a Hinokly y a Kebiwabes.

Kwasin se ató el extremo de la cuerda por las axilas. Los cuatro de arriba comenzaron a tirar de la sogá, con Hadon y Paga al borde del agujero y el escriba y el bardo tirando detrás de ellos. Las trescientas diez libras de carne del gigante y las treinta libras de grilletes y cadenas fueron subiendo lentamente. Hadon le dijo que se apalancase contra las paredes para poder aliviar así el peso. Pero Kwasin contestó:

—¡Eso es imposible! ¡Me estoy arrancando la piel de los hombros; me estoy desollando vivo! ¡No puedo hacer lo que dices!

—O se rompe la cuerda o se nos van a salir los brazos de las articulaciones —dijo

Pagas.

—¡Tira! —dijo Hadon—. Y, pase lo que pase, no lo sueltes. Si otro...

Esta vez hubo un ruido como el que suele producir un Istigo de cuero de hipopótamo. Luego un retumbo, más fuerte que el primero, y una sacudida, aún más intensa que la anterior. El grito de terror de Kwasin subió por lo alto del pozo. Hadon avisó a voces a los otros que no lo soltaran y ellos se mantuvieron firmes. Al cabo de unos doce segundos, la piedra estuvo de nuevo tranquila, a excepción de un ruido sordo y distante. Hadon ordeno la reanudación de la operación de izado de Kwasin. Este, gimiendo de miedo y con el dolor de la piel que se le había levantado, se movía despacio hacia arriba, como un pájaro al ser tragado por una culebra.

Hadon y Paga tenían que descansar con frecuencia y cuando, por fin, desatascaron la chimenea, estaban exhaustos.

—Podíais haber sido más suaves —gruñía Kwasin infeccionándose la ensangrentada piel de sus hombros.

—Sí y también te podíamos haber dejado atascado ahí —dijo Paga—. Me parece que no puedo levantar ya los brazos.

Comieron, aunque Hadon estaba impaciente por continuar. Estuvo mirando por el agujero hacia abajo, temiendo la aparición de una luz. Si los guardias volvían a comprobar si seguían bien, darían la voz de alarma. Por otro lado, podrían estar tan anulados por el pánico que no se molestarían en salir a buscarles. En especial, pensó, dado que nadie querría entrar en los túneles de retirada cuando estos podían derrumbarse.

—El poderoso Resu está luchando con la Madre de Todos —dijo Kebiwabes—. Somos hormigas bajo las patas de elefantes en guerra. Eneremos que no nos destruyan durante su lucha.

—Somos afortunados —dijo Hadon—. Los hombres del rey estarán demasiado desorganizados para preocuparse de nosotros.

—¿Tú le llamas afortunado a ser enterrado vivo? —dijo Kwasin.

—¡Calla! —dijo Hadon—. ¡Oigo voces!

Miró hacia abajo y vio luces. Un hombre gritó. La puerta de bronce se abrió hacia adentro chirriando y luego un guardia empezó a mirar hacia arriba, hacia el pozo donde se encontraban. Hadon retiró la cabeza.

—Descansados o no, debemos irnos —dijo—. Tendrán que ir a buscar escaleras, pero eso no les llevará demasiado tiempo. Además, pueden tener otras entradas que nosotros no conocemos.

Hinokly, sujetando la antorcha, dirigió la marcha. Hadon y Kebiwabes llevaban las espadas; Paga, un extremo de la cuerda; Kwasin, la comida, de la cual seguía comiendo. Cuando estuvieron encima de la chimenea que bajaba hasta el corredor, Hadon vio a un grupo de guardias que pasaban corriendo.

—Su comandante es un tipo frío —dijo—. Se aferra a la disciplina aunque se le vaya a caer la ciudad encima.

Dejó de hablar. Las paredes y el suelo empezaban a moverse de nuevo. Pero el impacto era mucho menor que las dos veces anteriores. Cuando cesó, continuaron hacia la chimenea por la que había subido el escriba. Ya en ella, dijo Hadon:

—Vosotros podéis bajar si queréis y coger un bote para salir enseguida. Pero yo voy hacia arriba.

—¿Por qué? —dijo Kwasin.

—Tiene la intención de buscar a Lalila —dijo Paga—. Yo iré contigo, Hadon.

—Buscaré a Awineth también —añadió Hadon—. Mi deber me obliga a ello.

—¿Y no tu amor? —dijo Paga.

—¡Tú estás loco! —terció Kwasin—. ¿Aventurarse en una colmena cuando hay tanta cantidad de miel fuera? ¡El mundo está lleno de mujeres preciosas, primo!

—No espero que lo entiendas —le contestó Hadon—. No hay nada que te impida dejarme.

Kwasin soltó una risotada y dijo:

—Nada, excepto que la gente, si alguna vez oyera hablar de ello, diría que yo fui un cobarde. ¡Dirige la marcha, Hadon!

Hadon ató el extremo de la cuerda al travesaño del fondo. Cuando volvieran, podrían deslizarse hacia abajo pasada la boca de la chimenea horizontal hasta el travesaño más alto de la escalera inferior. Saltó y se agarró al travesaño, subiendo a pulso hasta que sus pies estuvieron en el travesaño inferior. Desde él ya pudo subir más rápido. Miró hacia arriba y vio que las estrellas ya no eran visibles. Tras él venía Paga y, detrás de Paga, Hinokly, con el extremo de la antorcha cogido con los dientes. Kwasin venía el último, con el extremo de la cuerda atado al cuello. A mitad de camino, Kwasin enrollaría la soga alrededor de un travesaño para que los guardias no la vieran colgando del respiradero si venían por allí. A la vuelta, desatarían la soga en ese extremo y la dejarían caer. Aunque las muñecas de Kwasin seguían atadas con una pesada cadena, su longitud le permitía asirse a un travesaño mientras se apoyaba en otro inferior. Las cadenas del collar de hierro que rodeaba su cuello se arrastraban por debajo de él, y los pernos se le enganchaban a veces en los travesaños de la escalera y le hacían jurar.

Cuando Hadon vio la imperceptible delimitación oblonga en la pared de roca, le pidió a Hinokly que le pasara la antorcha. Hinokly se alegró de poder librarse de ella. Murmuró que su mandíbula había estado a punto de romperse. Hadon examinó la cara de aquel corte en la roca en busca de algún indicio de mecanismo, pero no pudo encontrar ninguno. Tiró de las barras y presionó sobre ellas, pero nada sucedió. No parecían estar conectadas a un mecanismo interior. Eso, se dijo a sí mismo, era de esperar. La familia real no desearía disponerlo todo para que un enemigo se

encontrara con la forma de entrar en palacio.

Quizás el muro era delgado en aquel punto. ¿Debería dar unos golpes con la esperanza de atraer la atención de alguien en el interior? Si fueran las habitaciones de Minruth, los tendría a su merced. Podría haber guardias custodiando la salida para asegurarse de que nadie saliera o entrara sin su real permiso. De hecho, era seguro que Minruth tendría guardias allí si aquellas eran las habitaciones de Awineth, ya que ella conocería el secreto de la puerta.

Abajo, a lo lejos, un grito subió por el pozo. Las paredes temblaron y Hadon se colgó de una mano, agarrando la antorcha con la otra. Cuando cesó el temblor, tiró de las barras para comprobar si se habían aflojado, pero se encontró con que todavía estaban firmes.

Hadon les contó a los otros sus conclusiones. Y Paga dijo:

—Es inútil quedarse aquí. Los guardias estarán pronto en la boca de esta chimenea.

Hadon dudó. ¿Debía llamar a aquella puerta?

Alguien gritó mucho más abajo. Hadon miró hacia abajo y vio la luz de una antorcha y un soldado asomándose a la boca del túnel vertical y mirando hacia arriba.

Todavía quedaba la salida de la cabeza de la estatua en el tejado. Podrían descender por la empinada bóveda con la ayuda de la cuerda. Quizás pudieran bajar hasta otra cabeza tallada, que muy bien podría ser la entrada de otro túnel.

Hadon reconsideró el asunto. Le pasó la antorcha a Paga, extrajo la espada de hoja corta de su cinturón y golpeó la piedra con el pomo del arma. Sonó a hueco. No se había equivocado al pensar que aquel corte en la roca era un fino escudo que daba a las habitaciones del otro lado.

¿Y qué sucedería si no hubiese nadie allí?

Golpeó con fuerza con el pomo de la espada una y otra vez.

Kwasin rugía:

—¡Que vienen! ¡Y no puedo estirar los pies! ¡Me los van a cortar!

Hadon miró hacia abajo. Dos antorchas sobresalían de la chimenea horizontal para alumbrar los travesaños inferiores. Tres guardias empezaban a subir, con un cuarto colgado del travesaño inferior. Los soldados se protegían el cuerpo con corazas y la cabeza con cascos de bronce y llevaban las espadas enfundadas en las vainas. Y se acercaban con gran celeridad.

Incluso si Kwasin pudiera entretenerles un rato, lo cual no parecía muy probable, pronto se verían atacados desde la salida secreta. Un oficial inteligente averiguaría dónde estaba localizado el grupo con relación a la chimenea y podría enviar hombres a través de la salida. Es decir, lo haría si conocía la existencia de la salida. Quizás no la conocía. Minruth y Awineth no desearían que muchos compartieran lo que conocían.

Hadon repitió los fuertes golpes. Fueran enemigos o amigos los que estuvieran dentro, alguno tendría que venir ante semejante ruido. Si fuera un enemigo, se le podría capturar. Por lo menos, Hadon tendría a alguien con quien poder luchar. No se iba a quedar allí impotente, pegado a un travesaño, esperando que le abatieran y caer contra la dura piedra de abajo.

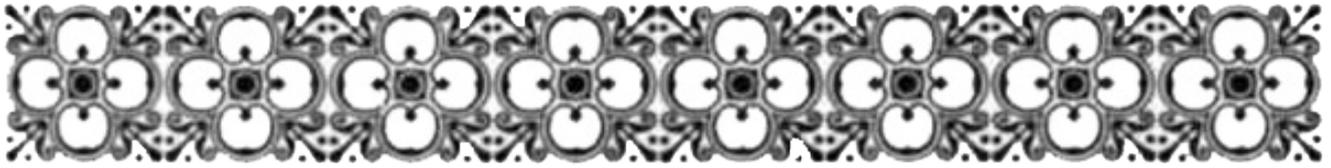
—Pásale, ahí abajo, la antorcha a Kwasin —ordenó Hadon a Paga—. Se la puede tirar encima al primer soldado que aparezca.

Paga hizo lo que se le ordenó y Hadon golpeó la piedra una vez más. Pero aquel corte en la roca no se movió. Todavía quedaba tiempo para subir hasta el final de la chimenea. El podría quedarse para luchar en la retaguardia mientras los otros se deslizaban con la cuerda sobre la cúpula. ¿Pero habría algún lugar al que poder ir cuando llegaran al final de la cuerda?

Hinokly dijo que había una cabeza de piedra a unos cincuenta pies por debajo de aquella desde la que él había mirado. La cuerda tendría la longitud justa para alcanzarla. Deberían dejar la cuerda y subirse a la parte superior de la cabeza y meterse en la boca desde arriba.

—Vámonos —dijo Hadon. Y entonces cayó hacia adentro estrepitosamente.





Capítulo 20

Había tenido suerte. Si un hombre con un arma se hubiera encontrado al otro lado, le habría podido matar mientras caía, atónito, con medio cuerpo en el corte y el otro medio en el suelo. Sin embargo, se encontró inmediatamente en pie y dando un grito:

—¡Awineth!

Ella llegó a sus brazos y le estrechó entre los suyos, besándole apasionadamente mientras lloraba.

Hadon se separó de ella y le dijo:

—No hay tiempo para esto. ¿Cuál es la situación?

Awineth miró detrás de Hadon y vio a Paga que salía de la pared, gateando.

—¿Hay otros? —dijo—. ¿Cómo salisteis?

—No hay tiempo para historias —le contestó. Se encontraba en una pequeña habitación iluminada por una lámpara de bronce. Las paredes estaban sin pintar y en un armero había espadas, lanzas y hachas. La puerta estaba abierta, y deba paso a una habitación mucho mayor, decorada con alegres pinturas murales de escenas pastoriles y, en un rincón, una estatua de mármol de tamaño real y colores naturales que representaba a Adeneth, la diosa de la pasión. A los pies de la enorme cama se hallaba tendido un cadáver. Su armadura indicaba que se trataba de un oficial.

—Estaba haciendo guardia en esta habitación —dijo Awineth—. Hay dos guardias apostados al otro lado de la puerta de la estancia que hay junto a la mía. Oyé el ruido que tú hiciste. Después de escuchar unos instantes, abrió la puerta, salió, la volvió a cerrar con llave y comenzó a atravesar la habitación. Mientras tanto, yo había tomado una daga de mi joyero. Le llamé y cuando se volvió le apuñalé en la garganta. Luego abrí el pasadizo de la pared, aunque no sabía quién iba a aparecer por él. Pero recé para que Kho interviniera, para que, por un milagro, fueras tú.

—¿Dónde está Lalila? —preguntó Hadon.

—¿Por qué te preocupa? —inquirió ella a su vez.

—Es mi deber ocuparme de que no pueda sucederle nada —respondió él, esperando que ella no preguntase por qué—. ¡Rápido! ¿Dónde está?

—Abajo, en unas habitaciones que hay al final del salón —respondió. Y

mirándole de una forma extraña, añadió—: Pero mi padre pasó la noche con ella.

—Era de esperar —dijo Hadon sintiendo náuseas—. Supongo que ya no estará con ella.

—¿Con el Khowot sacudiendo la tierra?

Hadon se dirigió al gran dormitorio para hacer sitio a los otros. Resoplando y maldiciendo, Kwasin entró en la habitación, miró a su alrededor, vio las hachas y rugió:

—Paga, tú eres fuerte aunque seas un hombrecillo. ¡Corta mis cadenas con un hacha!

Hadon preguntó a Awineth cómo se cerraba el pasadizo de la pared. Ella le señaló un cuarto situado justo a la salida de la pequeña habitación. Entró y tiró de una enorme palanca. La entrada del pasadizo, sujeta por cadenas en uno de sus extremos, se elevó inmediatamente, al parecer movida por unos contrapesos situados al otro lado de la pared. Se produjo un grito entre los frustrados soldados que se hallaban abajo, en los túneles, y luego el silencio.

Kwasin yacía boca abajo en el mosaico de mármol del suelo, con los brazos extendidos.

—Primero tu cabeza y luego la cadena, Kwasin —pero dirigió el filo de una de las hachas de guerra contra la cadena que le sujetaba las muñecas. Necesitó cinco golpes antes de que se partiera. Paga rompió luego las cadenas que sujetaban los pernos.

Kwasin levantó la cabeza gritando:

—¡Por fin soy libre! —y cogió el hacha y la espada más grandes del armero. Con un hacha en la mano derecha y la espada de *numatenu* en la izquierda, rugió:

—¡Ahora nos abriremos paso a mandobles para salir del palacio!

—Esperemos no tener que hacerlo —dijo Hadon—. ¡Y cállate! ¡Hay guardias apostados a unas pocas puertas de aquí!

En ese momento el palacio crujió y tembló otra vez. Por las chimeneas que daban a las salidas de aire de la cúpula llegó un alarido, seguido de un ruido sordo, como si varios objetos pesados hubieran golpeado el tejado.

Cuando el temblor cesó y el ruido se hubo disipado, Hadon preguntó:

—¿Dónde están las habitaciones de Minruth?

—¿Le vas a matar? —preguntó Awineth.

—Es posible.

—Déjame hacerlo a mí —dijo—. Estoy segura de que Kho me perdonará por haber matado a mi propio padre.

—¿Dónde están sus habitaciones?

Están en este piso, en el extremo noreste, al otro lado del edificio. Pero tiene diez hombres, todos afamados *numatenu*, apostados a su puerta todo el tiempo. Además,

estará en la planta baja o en las calles tratando de calmar a su pueblo.

—¿Cuántos guardan a Lalila y a la niña?

—Los últimos que vi eran tres.

—¿Sabes tú dónde está mi hacha? —preguntó Kwasin.

—El hacha y la espada de Hadon se guardan en las habitaciones de mi padre.

—¡Qué suerte! —bramó Kwasin.

—Las guardan diez hombres —le dijo Hadon. Se dirigió a la habitación de la entrada y tomó una espada de *numatenu*. No era Karken, el Árbol de la Muerte, pero serviría.

Hadon les dijo a los demás lo que tenían que hacer. Awineth puso la daga en su cinturón y eligió una espada de infantería. Hadon le dijo:

—Quédate atrás, pero si ves a alguien en peligro, puedes ayudarlo.

—No soy hombre —dijo ella—, pero he sido entrenada desde niña a manejar la espada. Bhukla ha tenido muchos sacrificios de mi parte.

Hadon entró en la habitación contigua y los demás le siguieron. Su tamaño era el doble que el del dormitorio y medía unos cien pies de largo por cuarenta de ancho. En el centro había un baño hundido en el suelo, todo de mármol y rodeado por las estatuas de los animales y de los héroes del Gran Ciclo de los nueve años. La puerta, recubierta de oro y joyas, se hallaba al fondo, lo cual era una buena cosa, porque eso había evitado que los guardias oyeran el ruido de dentro. Atravesaron esta habitación, abrieron la puerta y entraron en otra gran habitación. A la izquierda, según entraban, se hallaba la puerta que daba paso al corredor.

Hadon dijo:

—Llámales, Awineth.

Awineth golpeó la puerta con una pesada aldaba de oro. Al otro lado de la gruesa puerta de roble guarnecida de bronce, se oyó una voz:

—¿Qué sucede, oh Reina?

—Vuestro oficial ha sufrido un ataque, probablemente producido por el terror del terremoto. La Divina lo tiene en su poder.

Se produjo un momentáneo silencio y luego el soldado dijo:

—Te pido perdón, oh reina, pero tenemos órdenes del propio Minruth de que nadie abra esta puerta, excepto el comandante Kethsuh.

—¿Y cómo va a poder hacerlo si está inmerso en convulsiones y echando espuma por la boca? —dijo—. Pero no me importa, ni siquiera que nadie me proteja ahora.

—¿Conocen la salida a los túneles? —preguntó Hadon, en voz baja.

—No.

—Entonces no estarán preocupados porque puedas escapar.

El guardia de fuera dijo:

—Uno de nosotros va a llamar a un oficial, oh Reina, y que él decida lo que haya

que hacer.

Hadon susurró algo a Awineth, y ésta dijo:

—Un momento. Creo que el comandante empieza a revivir. Veré si es capaz de continuar su servicio.

—Como desees, oh Reinan.

Hadon se sintió aliviado. No quería que vinieran más soldados a aquella parte del palacio.

—No conseguiremos que ninguno de ellos quiera entrar aquí —dijo—. Así que tendremos que salir en su busca.

Descorrió el pasador de la puerta, esperó un momento para asegurarse de que los demás estaban preparados y luego empujó con tuerza la puerta hacia afuera. Esta golpeó a uno de los guardias. El otro se hallaba detrás, a unos pocos pasos, frente a Hadon. Levantó su lanza, pero la espada de Hadon la segó en dos y en el golpe de vuelta se llevó medio cuello del guardia. Paga cayó sobre el soldado del suelo y le clavó un puñal en el ojo. Kwasin saltó por encima de ambos y emprendió su marcha por el largo salón, con el bardo y el escriba detrás.

Había dos soldados delante de la puerta al final del vestíbulo. Uno corrió, sin duda en busca de ayuda, y el otro se mantuvo firme en su puesto. Kwasin, con un bramido, lanzó el hacha, que salió girando sobre sí misma, hasta golpear con el mango la espalda del soldado que huía, derribándolo al suelo. Kwasin viró hacia el soldado caído, dejando a Kebiwabes y a Hinokly que se entendieran con el único centinela que quedaba. Este comenzó a dar gritos de alarma. El hombre caído se puso en pie y recogió su lanza, pero Kwasin se la hizo pedazos y le machacó el yelmo de bronce y el cráneo. Hadon corrió en ayuda del escriba y del bardo. Sin darle tiempo a llegar, el escriba había partido la lanza enemiga y Kebiwabes había dejado al soldado sin un brazo. El militar retrocedió tambaleándose hacia la puerta y luego se desplomó mientras Kebiwabes le cortaba el cuello.

Hadon irrumpió en la habitación, haciendo que Lalila, sentada en una silla, diese un grito. Abeth apareció corriendo por la puerta del fondo y se paró de repente, pálida, para contemplar con ojos incrédulos a Hadon. Un instante después, las dos lloraban, reían y le estrechaban entre sus brazos. Hadon se liberó de ellas, miró el rostro magullado de Lalila y dijo:

—No tenemos tiempo para eso. Ven conmigo.

Se detuvo. Awineth se hallaba en la puerta, con un extraño brillo en sus grandes ojos gris-oscuro.

—¿Así van las cosas? —dijo.

—Ella nunca dijo que me amara —replicó Hadon.

Kwasin entró diciendo:

—Vayamos en busca de nuestras armas, Hadon.

—Somos cinco hombres contra diez —consideró Hadon—. Y los diez son profesionales de la espada, mientras que tres de nosotros no tienen la suficiente destreza para usarla. Las probabilidades en contra nuestra son muy altas. Además, los hombres de los túneles le habrán contado a Minruth lo que ha sucedido. Y él sabrá enseguida dónde estamos. Debemos salir antes de que envíe más hombres.

Kwasin no dijo una palabra. Se metió la espada y el mango del hacha en el cinturón y echó mano de una mesa de roble, grande y maciza. Sujetándola verticalmente por delante de él como si fuera un escudo, atravesó el dintel de la puerta.

Hadon no pudo reprimir una maldición y dijo:

—Mi deber es procurar que las mujeres salgan de aquí. Pero siento como si...

—Como si le abandonases —terminó Paga por él—. No pienses eso. Es él quien nos abandona por sus propias y locas razones. No tienes motivos para pensar que seas un cobarde, Hadon.

—Ya lo sé —dijo Hadon—. Pero si estuviéramos a su lado, quizás...

Se detuvo de repente y dijo:

—¡Volvamos a la habitación!

—Desearía ser testigo de esa batalla —dijo Kebiwabes—. ¡La última batalla del héroe Kwasin! ¡Qué escena para mi epopeya!

—Tendrías que estar vivo para cantarla —intervino Paga—, y no lo estarás si te quedas aquí.

Hadon no creía que Kebiwabes pudiera cantar nada de nadie nunca más, pero consideró prudente no decirlo.

Les condujo de nuevo a las habitaciones de Awineth, donde atrancaron las puertas tras ellos mientras se dirigían hacia la habitación por donde había entrado el grupo de prisioneros. Aquí Hadon colocó a los demás tras sí mientras Awineth tiraba de la palanca. La entrada al pasadizo podía abrirse lenta o rápidamente. Awineth la manejó de forma que cayera súbitamente y, con un ruido seco, golpeó el suelo. Un soldado que estaba subiendo por los travesaños del exterior cayó dentro. Hadon le cortó el brazo y saltó por la pendiente de la pared de la entrada. Apareció ¡a cabeza de otro hombre. Hadon le destrozó el casco y el cráneo. El hombre cayó en vertical, arrastrando a otros dos en su caída. Cayeron gritando, dejando tras de sí las luces de las antorchas y se perdieron en la oscuridad.

Con precaución, Hadon sacó la cabeza. Pero no había nadie por encima de él.

Los hombres todavía seguían en los travesaños de abajo. Tomó el cuerpo ensangrentado del soldado con el que se había encontrado primero y lo tiró de costado. El cuerpo golpeó al primer hombre y arrastró a otros tres por la chimenea abajo. Los demás comenzaron a descender. Hadon entró en el dormitorio, cogió una pesada silla, la llevó a la entrada y la dejó caer. Otros tres hombres quedaron fuera de

combate. Eso dejó al grupo reducido a dos miembros, que retrocedían desesperadamente. Paga y Kebiwabes trajeron otra silla y un pesado busto de mármol. Hadon dejó caer el busto, tras lo cual ya no necesitó la silla.

—Todavía deben quedar hombres en la chimenea horizontal —dijo Hadon—. No sé cuántos, pero pronto lo averiguare.

Hinokly entró en la habitación diciendo:

—Los hombres del rey están dando golpes a la puerta.

—Si juntamos mesas pesadas y algunas de esas estatuas contra la puerta, podemos retrasarlos —dijo Hadon—. Y si prendiéramos fuego a la habitación, eso nos ayudaría. Awineth, ¿tienes algún material inflamable?

Awineth no contestó de inmediato porque el palacio temblaba y retumbaba. Más impactos resonaban en la cúpula a lo lejos por encima de ellos. Cuando el palacio dejó de temblar, Awineth dijo:

—Siempre hay un fuego de carbón de leña ardiendo frente a la imagen de la Gran Kho en la capilla que se encuentra al otro lado del recibidor. Puedes prender fuego a los cortinajes con eso. Y quizás los muebles también ardan.

Hadon se dirigió al recibidor, donde se oían grandes ruidos procedentes de un objeto pesado que golpeaba la puerta. Se hizo entonces una pausa y Hadon pudo oír el vozarrón de Kwasin.

—¡Dejadme entrar, tontos! ¡Que soy yo, Kwasin!

Hadon se apresuró a retirar la pesada barra y Kwasin entró. Su aspecto era desaliñado y venía sudoroso, pero su expresión era inconfundiblemente de triunfo. Traía consigo el Hacha de Wi y a Karken.

—¡Aquí tienes, mozalbete! —gritó—. ¡Aquí tienes tu espada, que tu excesiva timidez te impidió ir a buscar!

Hadon echó de nuevo la barra y dijo, casi sin podérselo creer:

—¡Los *numatenu* muertos y en tan poco tiempo!

Kwasin bajó su hacha y comenzó a amontonar sillas, mesas y estatuas ante la puertas.

—¿Diez *numatmul* ¡Diez espectros! ¡Todos se habían ido! Evidentemente Minruth les había llamado a su lado. Así que destrocé la puerta con mi mesa y entré a buscar mi hacha. Dentro había dos hombres armados con espadas, para asegurarse, supongo yo, de que ningún asesino se pudiera introducir en las habitaciones y sorprender al rey cuando regresase. Los maté y luego busqué mi hacha. La encontré y, con ella, tu espada, que te traigo, aunque te tenía que haber mandado a buscarla. ¡Y no es precisamente gracias a ti por lo que tenemos nuestras queridas armas! Pero cuando volvía, miré hacia abajo, hacia la gran escalera de la esquina noroeste y vi que una horda, que parecía todo un ejército de hormigas, pero de hombres, comenzaba a subir los escalones. Corrí a una habitación y eché mano de cuatro pesadas mesas y las

coloqué al comienzo de la escalera con una estatua de mármol de algún rey o un individuo parecido. Cuando ya habían doblado el último rellano y subían los escalones de cuatro en fondo, levanté la mesa de roble por encima de mi cabeza y se la lancé por los aires. Aplastó a docenas de ellos y tumbó a muchos más.

»Luego, como los supervivientes que venían detrás habían sobrepasado ya la mesa y el montón de cadáveres, les lancé la segunda mesa. Y cuando llegó la siguiente oleada, los aplasté con la tercera mesa. Para entonces ya habían decidido retroceder, pero yo les lancé la estatua y eso aligeró su huida. Y luego bajé corriendo a esta habitación, donde comprobé que la habíais cerrado y me habíais dejado fuera. Estaba rompiendo la puerta con otra mesa y maldiciéndote por tu falta de previsión, cuando abriste la puertas.

—Te doy las gracias por la espada —le dijo Hadon.

Ayudó a los demás a arrancar las colgaduras y a amontonar muebles, y vació el brasero de carbones encendidos sobre varios rollos de papiro. Comenzaron éstos a arder y a continuación los cortinajes, mientras los muebles empezaban ya a echar humo. Un momento después, las hachas golpeaban el portón. Corrieron a la habitación de la puerta secreta y Hadon salió hacia el primer travesaño, con Kwasin tras él.

Cuando llegó al sexto travesaño por encima de la boca del túnel horizontal, Hadon ató el extremo de la cuerda al travesaño. Luego desató la punta amarrada al travesaño del fondo y la subió. Con la espada en una mano y la cuerda en la otra, lanzó su cuerpo con un mismo impulso hacia abajo y hacia adelante. La cuerda le transportó a lo largo de un arco que le colocó dentro de la abertura. La soltó y con la inercia arremetió contra cinco sobresaltados soldados. Golpeó con los pies al portador de una antorcha y cayó pesadamente de espaldas. El dolor del impacto sobre su espalda despellejada casi le arrancó un grito. Pero se puso en pie inmediatamente y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro, antes de que los otros pudieran poner sus espadas en juego. Dos cayeron y otros dos retrocedieron para desplegarse todo lo que el túnel les podía permitir. Hadon se dio la vuelta y propinó una patada en la cara al de la antorcha, le golpeó contra la pared y le cortó la cabeza. Giró sobre sus talones de nuevo, pero no atacó. En un segundo, Kwasin se había arrojado al túnel y había caído de frente, sobre la cara, maldiciendo y desollándose las rodillas. Pero no había soltado el hacha. A la vista del gigante, los dos soldados huyeron. Hadon y Kwasin recogieron las dos antorchas. Cuando Paga se deslizó por la cuerda y fue introducido en el túnel, Hadon le entregó una antorcha. Kwasin sostenía la otra mientras se dirigían en busca de los soldados. Estos se habían metido en la chimenea que llevaba al respiradero situado encima de la celda. El último de ellos estaba bajando por una escala. Kwasin, con un grito, se abalanzó sobre ella, tiró de la escala todo lo que daba de sí y la golpeó contra la pared con el soldado aún aferrado a ella. El soldado dio un

grito mientras caía.

Kwasin cortó la escala al nivel del suelo. Hadon tiró del resto, hasta que su extremo golpeó en el techo. Kwasin cortó tres trozos más, tras lo cual tiraron los pedazos por la chimenea abajo para desanimar a los soldados a venir a buscarla. Hadon dijo, refiriéndose a Paga y a los demás:

—Ya deben de estar todos cerca del fondo de la escalera inferior. Vámonos.

Al volver al gran túnel vieron, a la luz de las antorchas, que Hinokly y Kebiwabes aún seguían bajando. Los demás se encontraban al pie de la escalera, mirando hacia arriba con ansiedad. Hadon y Kwasin descendieron, este último con la antorcha entre los dientes. Cuando llegaron al fondo, Kwasin se puso en cabeza y todos le siguieron por un túnel que bajaba en ángulo oblicuo. Accedieron a un inmenso túnel, de cincuenta pies de ancho, que se metía derecho en la oscuridad. Llegaron a una especie de muelle de piedra donde había, como Hinokly había descrito, un cierto número de botes, largos y ligeros, y barriles de provisiones y suministros. Abrieron los barriles y metieron comida y armas en dos de los botes. En el primero de ellos se embarcaron siete y Kwasin se hizo al agua con el otro. Insertaron las antorchas en unas cavidades existentes cerca de la proa y se pusieron en marcha, empezando a remar hacia la oscura corriente.

Las paredes de piedra eran lisas al principio. Luego fueron apareciendo aberturas por las que vertía el alcantarillado. Acababan de dar un pequeño rodeo para evitar una de aquellas malsanas cataratas cuando Paga dijo:

—Nos vienen siguiendo.

Hadon miró hacia atrás y vio cuatro luces a lo lejos.

—Remad más deprisa —dijo—. Y estad preparados para encontraros también con problemas más adelante.

El túnel empezó a estrecharse de repente y su techo se fue haciendo más bajo a medida que avanzaban. Hadon ya se lo esperaba, puesto que no podía haber otra razón para la existencia de aquellos arcos de madera curva que iban de proa a popa en las embarcaciones. Un minuto después, las tiras de madera rozaban contra la piedra de arriba, a la vez que el casco descendía en el agua. Hundieron los remos hasta el fondo y empujaron, forzando los botes hacia adelante, mientras la madera chirriaba contra la piedra. El agua subió casi hasta el reborde de la barca, haciendo que Hadon se preguntara si no iría sobrecargada.

Pero de repente el túnel se agrandó y vieron la boca como a unos sesenta pies de distancia. Estaba iluminada por antorchas y, más allá, por una luz cuya naturaleza no comprendieron al principio. A medida que se iban acercando fueron viendo una masa flameante que caía y se esparcía por la bahía. Pronto comenzaron a oler a azufre.

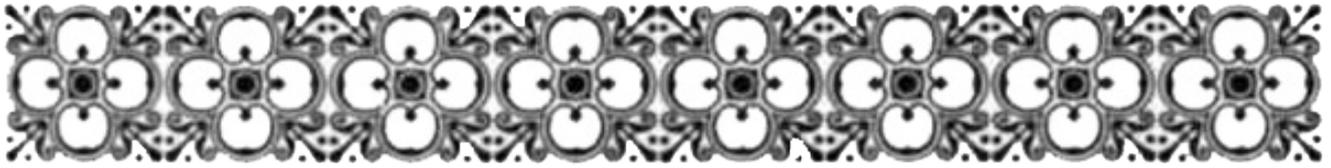
—¡El Khowot explota! —dijo Kebiwabes.

Hadon había contado con que encontraría guardias allí. Había una plataforma de

piedra a unos diez pies por encima del nivel del agua y sobre ella llameaban unas antorchas. Pero los guardias habían abandonado su puesto.

No era de extrañar. Mientras salían a las agitadas aguas de la bahía, no pudieron contener un grito. Otro objeto en llamas caía de los encendidos cielos y se dirigía hacia ellos.





Capítulo 21

No había tiempo para cambiar el rumbo. Su destino estaba en las manos de Kho. La masa cayó con estrépito entre los dos botes y desapareció formando una gran ola y una nube de vapor. El bote de Hadon se elevó tanto, tan alto y con un ángulo tan pronunciado, que pensó que caería de golpe y volcaría con toda seguridad. Pero inmediatamente se niveló y volvió a la superficie. Un momento después, continuaban remando hacia adelante.

El volcán arrojaba borbotones de llamas. Una marea roja y brillante de muchas millas de anchura bajaba por sus laderas hacia la ciudad y hacia el área del noroeste. Llamas de azufre llenaban el aire, haciéndoles toser violentamente. Las llamas y el humo salían también de los edificios de la costa e incluso de las colinas. Lo que Minruth no había quemado, lo estaba ahora destruyendo el Khowot.

Hadon dio la orden de seguir todo recto. Había planeado navegar siguiendo la costa hacia el noroeste hasta que llegasen a la entrada del canal que descendía del lago inferior cercano al coliseo de los Grandes Juegos. Pero estaba demasiado cerca del volcán. Para cuando llegaran allí, la lava podía haber invadido ya la parte superior del canal. Sería mejor dirigirse mucho más al norte, mucho más allá del canal que iba directo desde el lago superior, de mayor tamaño, hasta la bahía. Y, quizás, cuando llegaran allí, podrían encontrarse con que debían continuar su huida navegando. Muchos de los edificios del otro lado del canal superior ardían también, aunque no toda la zona estaba en llamas.

—¡Al menos podremos pasar desapercibidos en la confusión! —gritó Hinokly a Hadon.

Así lo esperaba. La bahía estaba atestada de botes y de barcos que se dirigían todos hacia las islas de Mohasi y de Sigady. Una galera de guerra les pasó por la izquierda, mientras el cómitre marcaba un ritmo con el gong que indicaba la enormidad de la desesperación y del pánico de los que iban a bordo.

Hadon echó de nuevo un vistazo tras de sí y vio tres botes llenos de hombres que remaban tras ellos. Sus armaduras y yelmos de bronce destellaban débilmente ante la luz roja. Un oficial erguido en la proa del bote de cabeza les señalaba con el brazo y

gritaba. Por lo menos su boca estaba abierta y se movía. Los retumbos y las explosiones lo ahogaban todo, incluso los chillidos y los gritos de la aterrorizada multitud de la orillas.

—¡No van a abandonar su persecución! —gritó Hadon a los de su bote—. ¡Rápido! ¡Más deprisa!

Las aguas se iban agitando cada vez más, sin duda movidas por los temblores. Comenzaba a entrarles agua en el bote y, aunque a Hadon no le seducía la idea de tener que prescindir de ningún remero, ordenó a Kebiwabes que ayudara a Abeth a achicar agua con los cascós.

Poco después, teniendo a los perseguidores cada vez más cerca, atravesaban la entrada del canal inferior. La gente nadaba hacia ellos, gritando en busca de ayuda. Tras los primeros, había toda una horda, con las cabezas subiendo y bajando entre las olas, agitando los brazos. Una gran multitud, en la orilla, corría en tropel hacia el agua. A sus espaldas avanzaba implacable una muralla de fuego.

Hadon dirigió ahora el bote hacia el exterior, porque no quería tener que aminorar la marcha luchando contra los nadadores. Si alguno conseguía agarrarse al bote, lo hundiría con toda seguridad. Le dolía profundamente tener que hacer eso, en especial por los niños que vio entre el gentío. Pero tratar de salvar a uno sólo, haría que perecieran todos los que se encontraban a bordo.

Las cenizas empezaban ya a abrirse paso a través del humo, cenizas que quemaban y apestaban con su mal olor. Los que se hallaban a bordo de los botes se fueron volviendo grises, como si fueran fantasmas, y en la superficie del agua se formó una espesa capa gris. Durante varios minutos, la visibilidad fue tan limitada que dejaron de ver a sus perseguidores. Hadon esperaba que ya podrían esquivarlos. Pero al cabo de cinco minutos, las cenizas disminuyeron de repente su intensidad y el primero de sus perseguidores, gris como un fantasma, surgió, como si se solidificara, de detrás de una nube. Un momento después emergía el segundo bote. El tercero, sin embargo, parecía haberse perdido. Quizás los nadadores lo habían agarrado y había volcado. De cualquier manera, la desigualdad se reducía.

Era un gran esfuerzo el que venían desarrollando bajo aquellas condiciones. Para cuando llegaron a la entrada del canal superior, sólo a Hadon y a Paga les quedaban algunas fuerzas. Su bote disminuía de velocidad, mientras que sus perseguidores continuaban a un ritmo constante, aunque ya lento.

La costa en aquel lugar era el punto más cercano al extremo este de la isla de Mohasi y en estas aguas se divisaba el mayor número de nadadores que habían visto hasta entonces. Intentar llegar a la orilla implicaría sortearlos con los botes. Y, sin embargo, ya no podían resistir remando mucho más.

Kwasin, que había estado mirando hacia atrás, con sospechosa frecuencia, viró su bote de improviso y se acercó hacia ellos. Hadon ordenó a sus remeros que remaran

para alejarse. Kwasin gritó:

—¡Lalila! ¡Voy a detener a los soldados! ¡Cuando regrese vivo te reclamaré como recompensa! ¡Esto lo hago por ti! ¡Serás mía!

Lalila intentó gritarle algo, pero se encontraba demasiado agotada para hacerlo. Y sólo dijo, débilmente:

—Nunca seré tuya.

Y Hadon le gritó:

—¡Kwasin! ¡Puedes hacer lo que te plazca, pero Lalila no es una vaca que se pueda comprar o vender! ¡Ella te aborrece!

Aparentemente Kwasin no le oyó. Sonriendo, volvió a gritar:

—¡Soy tuyo, Lalila! ¡Tendrás al hombre más grande del Imperio como amante!

—Verdaderamente está loco —dijo Lalila con un gemido.

Hadon le dijo:

—El no puede obligarte. Y dudo que incluso logre vencer a esos soldados. No volverá.

—Déjale que se ofrezca en sacrificio —dijo Paga—. ¡Nosotros debemos seguir!

Se inclinaron de nuevo sobre los remos mientras Hadon miraba hacia atrás a cada seis golpes de remo. Cuando vio que Kwasin saltaba a bordo del bote que iba en cabeza, no se detuvo a ver lo que podía suceder. Al contrario: siguió remando y el bote continuó hacia el noroeste, en dirección a la península de Terisiwuketh. Terminaba en dos lenguas de tierra cuya forma sugería la boca abierta de una serpiente y de ahí le venía el nombre de Cabeza de Pitón. Hadon quería tocar tierra cerca de la base de la mandíbula inferior y continuar por ella hasta la costa norte. Desde aquí podrían seguir la costa hasta llegar a una parte de la ciudad que estuviera más o menos libre de fuego. Luego irían al interior y se dirigirían a las montañas al norte del Khowot.

La última visión que Hadon tuvo de Kwasin fue la de una borrosa figura, entre humos y cenizas, que nadaba vigorosamente con su hacha, al haberse hundido el bote bajo su peso, mientras los soldados caían al agua.

El grupo de Hadon tuvo que dejar de remar para blandir remos y espadas y golpear a la gente que gritaba tratando de subir a bordo del bote. Cuando consiguieron librarse de la embestida, Hadon cambió de plan y ordenó que se dirigieran reñtos hacia el norte. Aunque la ciudad, frente a ellos, estaba en llamas, había decidido exponerse a cruzar la península en un punto mucho más hacia el este. Su tripulación estaba demasiado agotada para recorrer la base de la extensión inferior.

Por fin llegaron a la orilla. Paga y Hadon fueron los únicos que pudieron levantar los remos. Llegaron como pudieron a tierra, apartándose del camino de un buen número de mujeres, niños y hombres que se peleaban por su bote. Hadon les llevó por una calle de viviendas humildes, cuyo recubrimiento de yeso blanco se había vuelto

negro a causa del humo. Por un momento miró hacia atrás y vio unas figuras empequeñecidas por la distancia. ¿Serían los soldados del segundo bote?

Tan veloces como podían, que era sólo un paso algo más ligero que el normal, comenzaron a recorrer la calle. Cuandó llegaban a las intersecciones, las cruzaban a toda prisa para lograr pasar cuanto antes entre aquel inmenso calor que les llegaba. Los incendios se habían acercado hasta seis manzanas de su ruta y seguían avanzando con rapidez.

Se encaminaban hacia la otra orilla de la península, y el color de sus cuerpos era ya negro, no gris, y les parecía que tenían los pulmones totalmente secos. Siguieron la calle que corría paralela a la costa hasta que Hadon vio que una avanzadilla de la tormenta de fuego se les acercaba amenazando cortarles el camino. Los llevó al agua y, sumergidos hasta la cintura, continuaron su marcha en la misma dirección. De vez en cuando tenían que sumergirse por completo para que el agua les sirviera de aislante. El viento que se había levantado con aquel rugiente infierno les empujaba hacia tierra. Pudieron resistir por fin, pero a costa de tener que aminorar considerablemente su ritmo de marcha. Hadon relevó a Hinokly en su labor de llevar a la niña y le dijo a ésta que se colgara de su cuello y se agarrara fuerte a su espalda.

Habían recorrido quizás una milla cuando Hadon consideró que ya podían aventurarse y dirigirse con seguridad a tierra otra vez. Caminaron por la calle tambaleándose y tosiendo, y siguiendo constantemente en dirección noroeste. Finalmente, cuando Awineth y Kebiwabes no podían dar ya un paso más, se detuvieron. Todos, menos Hadon, se echaron al suelo. Bajó a la niña a tierra y desando sus pasos unas cuantas manzanas. Al no ver ninguna señal de los soldados, regresó.

Tras un ataque de tos, anunció:

—Debemos seguir. Si no lo hacemos, moriremos sofocados por los humos.

Hicieron un gran esfuerzo y, gimiendo de cansancio, lograron ponerse en pie para seguirle. De vez en cuando se metían en el agua y empapaban sus ropas para ponérselas sobre la nariz. Tras recorrer otra milla más, los gases eran ya sólo un vago olor. Los incendios seguían avanzando hacia ellos pero con mayor lentitud. Y entonces llegó la bendita lluvia, aunque el viento bramaba a su alrededor y los relámpagos iluminaban la distancia.

Pronto se encontraron más allá de las murallas de la Ciudad Exterior caminando por una carretera de tierra que atravesaba campos de cultivo. Muchos de estos campos habían sido quemados y las casas destruidas por los soldados de Minruth. Aquellos ciudadanos que se habían negado a renunciar a Kho, o los sospechosos de haber jurado su renuncia en falso, habían sido asesinados, sus casas y corrales calcinados y los animales requisados.

Las casas que aún permanecían en pie estaban oscuras y silenciosas. Sus

habitantes habían huido por temor al volcán o estaban escondidos temblando tras sus muros, esperando que la fatalidad pasase de largo. Kebiwabes sugirió que deberían buscar refugio en una casa y descansar allí. Podrían continuar por la mañana. Hadon dijo que no se detendrían hasta que hubieran llegado al menos a las estribaciones de las montañas. Cuando llegaron a una carretera que se dirigía hacia el interior, Hadon les llevó por ella. Al amanecer seguían su marcha difícil y penosa, mientras Hadon llevaba a la niña dormida en sus brazos. Después de pasar por varias granjas, Hadon se metió por una pista de tierra que llevaba a una casa construida muy por detrás de la carretera principal. Fue una mala elección: dos enormes perros salieron inmediatamente gruñéndole amenazadores. Apenas tuvo tiempo de dejar a Abeth en el suelo y sacar su espada. Un perro se detuvo. El otro dio un salto hacia él. Hadon le cortó la cabeza en el aire y corrió hacia el otro perro. El animal echó a correr pero se paró cuando Hadon dejó de perseguirle. Una contraventana de madera del piso inferior de la cabaña de troncos se abrió hacia afuera y tras ella apareció una cara oscura.

Hadon dijo:

—Llama a tu perro o lo mataré también. No queremos hacerte ningún daño. Somos refugiados de la ira de Kho que necesitan comida y descanso. Eso es todo lo que pedimos.

—¡Marchaos! —dijo el granjero—. ¡O mis hijos y yo os mataremos!

Awineth se adelantó y dijo:

—¿Vas a negar la entrada a tu reina?

Hadon soltó una maldición en voz baja y dijo disimuladamente:

—¡No deberías haber hecho eso, Awineth! ¡Ahora se enterará todo el mundo!

El granjero frunció el entrecejo y dijo:

—Para mí, parecéis una banda de vagabundos. No trates de engañarme, mujer. Puede que yo sea un patán, pero no soy ningún estúpido.

Hadon miró al gran poste del tótem que había junto a la carretera y dijo:

—Kebiwabes, tú eres miembro del pueblo de la Cotorra Verde. Suplica a este hombre que ayude a uno de los de su propio tótem.

El bardo, sucio, desnudo y temblando de fatiga y de hambre, se dirigió al granjero con un hilo de voz.

—¡Solicito tu hospitalidad en nombre de nuestra ave tutelar, granjero! ¡Y en nombre de la ley que ordena que des a un bardo errante comida y bebida y un lugar bajo tu techo!

—¡Cuando las deidades luchan entre ellas, no hay ley para los mortales! —gritó el granjero—. De todas formas, ¿cómo sé que no estas mintiendo?

—¡Yo, tu reina y Suma Sacerdotisa, exijo que nos recibas como huéspedes! —dijo Awineth—. ¿Quieres atraer la ira de Kho sobre vuestras cabezas?

—¡Fanfarronadas! —dijo el granjero—. ¡Estás mintiendo! Además, suponiendo que fueses reina, ¿qué estás haciendo aquí? ¡Resu gobierna la tierra ahora y tú eres la esclava de Minruth! ¡Quizás, si yo te entregara a él, me recompensaría!

—Eso es lo que yo me temía —dijo Hadon—. Prosigamos nuestro camino antes de que se hagan a la idea de retenerte a cambio de dinero y de glorian.

—¡No se atreverían a tocarme! —dijo Awineth—. ¡Yo soy la Suma Sacerdotisa! ¡Mi persona es sagrada!

—Y también vales una fortuna —dijo Hadon—. Y el hecho de que seas una refugiada demuestra que no tienes poder. En cuanto a él, se encontrará seguro bajo la protección de Resu y de Minruth. Tomemos una de sus cabras para comer y sigamos.

—¡No voy a permitir que se me insulte! —gritó Awineth.

—Podrás castigarle cuando estés en situación de hacerlo —le dijo Hadon—. Encárate con la realidad.

La puerta de la casa giró sobre sus goznes de bronce y se abrió. Por ella salió el granjero y seis hombres le siguieron hasta plantarse delante de la casa. Era un hombre de unos cincuenta años, bajo pero fuerte. Cuatro jóvenes, que parecían ser sus hijos, se colocaron detrás de él. Los otros dos, altos y delgados, eran, supuso Hadon, sus braceros. Todos llevaban escudos de madera, pequeños y redondos, recubiertos de piel de toro. También llevaban unas espadas pesadas y cortas en forma de hoja.

El granjero dijo:

—¡Os conminamos a rendiros en el nombre de Resu y en el del Rey de Reyes!

—Sois siete hombres contra cuatro hombres y dos mujeres y una niña —respondió Hadon—. Pero yo soy un *numatenu* y no necesito a estos otros para que me ayuden a luchar contra siete patanes.

Era mentira. Hadon no había sido iniciado en la clase de los *numatenu*, pero la palabra *numatenu* debería aterrorizar a aquellos campesinos con toda seguridad.

No había más que un medio de averiguarlo. Hadon reunió en un solo a¿to de voluntad un tremendo grito de su reseca garganta y la fuerza suficiente de sus agotados músculos y atacó, sujetando por delante de él la espada con las dos manos. Los campesinos se detuvieron, atónitos ante lo que veían sus ojos, y los dos criados huyeron hacia la trasera de la casa. ¿Por qué tenían que hacer frente a lo que les parecía una muerte cierta en defensa de una familia que les había cargado de trabajo y les había alimentado mal?

Cualquiera que hubiera sido al principio el espíritu del padre y de los hijos, ahora se veía debilitado por la deserción de sus criados y por un hombre que parecía que tenía todas las intenciones de entrar a saco contra ellos como entra un leopardo contra las ovejas. El caso es que se dieron media vuelta y huyeron hacia la casa o, al menos, lo intentaron. La puerta no era lo suficientemente ancha para dejar pasar a dos de ellos a la vez. Allí se amontonaron en un frenesí de zarpas y gritos que hubiera

resultado cómico en otras circunstancias. Hadon les podía haber cortado la cabeza a la mayoría de ellos si lo hubiera querido, pero estaba ya harto de sangre. Comenzó a reír y se alejó de la escena diciendo:

—¡Al corral!

Aquí recogieron algunos huevos de pato recién puestos y un cabrito atado a una cuerda y continuaron su marcha por la carretera. Awineth, encolerizada, insistía en que la casa fuera incendiada y sus habitantes muertos mientras huían.

—¡No deberíamos dejar ningún testigo!

Hadon estaba de acuerdo con ella sobre el último aspecto, pero no quiso decir nada. Aunque el granjero pudiera decirles a los hombres del rey en qué dirección se habían ido, para entonces ellos podrían estar ya en los bosques de la montaña, quizás más allá.

Con frecuentes paradas, caminaron hasta el mediodía. Se detuvieron junto a un cristalino arroyo procedente de la montaña y mataron y asaron el cabrito, y lo comieron acompañado de los huevos, cuyo contenido sorbieron. También se permitieron comer en abundancia las bayas que Abeth había encontrado en el bosquecillo cercano. Y todos, menos Hadon, cayeron dormidos.

Y pasó una hora, durante la cual Hadon tuvo que luchar contra la enorme pesadez de sus párpados. El sol calentaba, pero la brisa era fresca a la sombra del bosquecillo en el que se habían refugiado. Estaba pensando en despertar a Hinokly para que le sustituyera en la guardia cuando vio que Lalila se incorporaba. La mujer bostezó, le miró con una intensa seriedad y se levantó. Y le dijo:

—¿Pasaría algo si voy a buscar agua?

—No hay agua a la vista —contestó él—. Ve por ahí delante.

Ella descendió por la empinada colina recubierta de hierba en dirección al arroyo que corría al final de la cuesta. Hadon la observaba mientras bebía primero y luego se lavaba para librarse del polvo y del barro. Hadon pensó que su largo cabello rubio y su figura eran verdaderamente hermosos y que aquella mujer tenía un alma dulce y a la vez fuerte que se hermanaba con su belleza. Las magulladuras de la cara le enfurecían. ¿Debería preguntarle por ellas o quizás preferiría ella no hablar del asunto?

Lalila volvió al cabo de un rato, con la piel resplandeciente y sus grandes ojos violeta prodigiosos de hermosura. Se sentó junto a él y le dijo:

—Necesito dormir mucho más. Pero no creo que pueda hacerlo. Estoy demasiado preocupada.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Minruth me inquieta en mis sueños.

—Algún día las pagará.

—Eso no borrará el horror ni curará estas heridas, aunque las marcas se vayan

con el tiempo. Pero no las heridas de dentro.

—No puedes enervar ninguna clase de gentileza de un hombre como ese —dijo él—. Toma a una mujer como un toro toma a una vaca.

—No obtuvo mucha satisfacción. Yo no luché, cosa que creo que él esperaba y quizás deseaba. Permanecí echada como si estuviera muerta. Después de haber desahogado por dos veces su lujuria en mí, me maldijo y gritó que yo no era mejor que una estatua de jabón. Que me entregaría a uno de sus esclavos Klemqaba. No dije nada, y eso le encolerizó aún mucho más. Fue entonces cuando me golpeó tres veces en la cara. Aguanté sin gritar y me limité a mirarle como si fuera la criatura más vil de la tierra. Finalmente, jurando, me dejó sola. Yo quería matarme, no por lo que él había hecho, sino por lo que aún podía hacer. Pero no podía dejar a Abeth sin madre ni tampoco la iba a matar. Quizás, no sabía cómo, podría escapar. O, quizás, Sakhindar viniera a esta tierra y me rescataría.

—El no está aquí —dijo Hadon—. Pero yo sí.

Ella sonrió y le cogió la mano.

—Ya lo sé. Y también sé que estás enamorado de mí.

—¿Y tú qué?

—El tiempo tendrá que decírmelo.

—Entonces hay...

Se detuvo de repente y levantó la mano, sosteniéndola en el aire como si fuese a atrapar algo. Se levantó, escuchando, trepó a un árbol y bajó rápidamente.

—¡Soldados! ¡Traen perros con ellos! ¡Y a los hijos del granjero!

Despertaron a los otros, les explicaron la situación y continuaron el ascenso de la colina. Esta llevaba a otra, aún más alta. Luego venían más colinas, hasta terminar en la montaña, que aguardaba detrás. Su marcha era lenta y ardua. Se encontraban cansados y tenían que avanzar por espesos brezales y arbustos espinosos. Y tampoco podían ver si sus perseguidores se hallaban cerca.

Finalmente, jadeantes, sangrando por los arañazos de las empinadas del camino, llegaron a la montaña. Ante ellos se presentaba una empinada cuesta recubierta de manchones de hierba y algún que otro árbol solitario. Y se aprestaron a realizar el tremendo esfuerzo, dirigiendo con frecuencia la mirada hacia el terreno que dejaban a sus espaldas. Al cabo de un rato Hadon oyó a los perros. Miró hacia atrás y los vio salir de repente de un espeso grupo de árboles. Tras ellos venían cinco hombres, sujetando las tensas correas, y treinta soldados, con sus cascos y corazas de bronce y las puntas de las lanzas brillando al sol. Por detrás venían los hijos del granjero.

Se volvió y en ese mismo momento vio que Lalila, dando un grito, caía hacia atrás por una pendiente rocosa, resbalando entre una nube de polvo mientras trataba de asirse a algo que no podía encontrar.

Corrió hacia ella tan rápido como pudo. Su rostro estaba contraído de dolor y se

sujetaba el tobillo derecho con ambas manos.

—¡Me lo he dislocado!

Hadon les dijo a los demás que siguieran. Envainó la espada, se agachó y la levantó del suelo. Llevándola en sus brazos reanudó la ascensión, aunque la sensación que tenía era de que se le deshacían las piernas. Cuando llegó a un estrecho paso rocoso entre dos altas paredes verticales la dejó en el suelo. Los otros les estaban esperando, con las caras pálidas allí donde el sudor había arrastrado la mugre.

Cuando recuperó el aliento, dijo:

—Seguid vosotros adelante. Yo le ayudaré a caminar.

Le ayudó a levantarse, pero no habían dado más de seis pasos cuando vio que era inútil. Sólo podría viajar si la llevaba en brazos, lo que significaba que nunca podrían sacar ventaja a sus perseguidores.

La dejó de nuevo en el suelo y dijo:

—Sólo hay una cosa que podamos hacer.

—¿Y cuál es, Hadon? —preguntó Awineth.

—Este paso no permite la entrada más que a una sola persona cada vez. Me quedaré aquí, en la parte más estrecha y los detendré todo lo que me sea posible. El resto del grupo deberá alejarse lo más rápidamente que pueda. Hinokly, tú lleva a la niñas.

Lalila dio un grito, lo que hizo que la niña corriera, llorando, a los brazos de su madre.

Awineth dijo:

—¿Vas a morir por Lalila?

—Por todos vosotros —contestó Hadon—. Los puedo detener aquí lo suficiente para que consigáis una ventaja sustancial. ¡No discutáis! Cada segundo que pasa están más cerca. Esto hay que hacerlo y yo soy el único que lo puede hacer.

—Si te quedas aquí con ella, me estás abandonando. Tu deber es proteger a tu reina y Suma Sacerdotisa.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo— replicó Hadon—. Hay que detenerles el tiempo suficiente para que puedas escapar de ellos.

—Quizás puedas detenerles ahí mucho tiempo —intervino Paga—. Pero es posible que alguno consiga ascender por la pendiente, por fuera de este paso, y sorprenderte desde atrás.

—Lo sé —contestó Hadon.

—¡Te ordeno que dejes a la mujer, que de todas formas morirá, y que me acompañes! —gritó Awineth.

—No —respondió firme Hadon—. Nadie la va a dejar morir solas.

—¡Tú la amas!

—Sí.

Awineth, dando un grito, sacó súbitamente el puñal de la vaina y corrió hacia Lalila. Pero Hadon la agarró de la muñeca y se la retorció. Awineth, con un grito agudo de dolor, dejó caer el puñal.

—¡Si muere ahora, ya no hay razones para que te quedes! —gritó.

—Awineth —dijo Hadon con aspereza—. Si tú tuvieras un tobillo dislocado, haría lo mismo por ti.

—¡Pero yo te amo! ¡No me puedes abandonar por ella!

Hadon sólo dijo:

—Kebiwabes, llévatelas.

El bardo recogió el puñal, lo devolvió a su lugar y se llevó a Awineth, que lloraba, camino adelante. Hadon tomó a la niña de los brazos de Lalila y se la entregó a Hinokly. A Abeth, que lloraba y se resistía, hubo que llevarla a rastras.

Hadon se les quedó mirando hasta que desaparecieron. Luego le dijo a Lalila:

—Te ayudaré a llegar hasta el desfiladero. Y ahí descansaremos los dos todo lo que nos dejen.

Cuando la hubo depositado detrás de una roca, miró por la estrecha abertura hacia abajo. A lo lejos ladraban los perros y dos hombres ascendían con dificultad.

—Va a ser una buena pelea —dijo—. Noto que mis tuerzas van volviendo ya a mi cuerpo. Pero es una pena que Kebiwabes no se encuentre aquí para ver esto. Podría encontrar un clímax muy apropiado para su canto. Si vive para cantarlo, quiero decir. Y si consigue salvarse, tendrá que depender por completo de su imaginación. Lo que significa que la lucha será aún más gloriosa de lo que va a ser en la realidad.

—Espero que mi hija esté bien —dijo Lalila.

—¿Es ella la única persona en la que piensas?

—En la que más. No tengo ninguna gana de morir, pero no deseo que te quedes aquí conmigo. Pero te estoy muy agradecida. Y si me matases, para que esos hombres no pudieran hacerme ningún daño, te estaría aún más agradecida. Awineth tiene razón. Deberías ir con ellos. Así mi hija podrá tener un protector.

—Paga la protegerá y Hinokly y Kebiwabes ayudarán a cuidarla. Son todos buenos hombres y tienen un buen corazón.

—¡Pero tú te estás sacrificando en vano! —dijo ella—.

Y estás renunciando a todas las posibilidades de llegar a ser el rey de Khokarsa.

—Vamos a ahorrar aliento —dijo él—. Yo, al menos, lo voy a necesitar.

Se sentó al lado de ella y cogió su mano. Y ella, acto seguido, le besó larga y ardientemente, en medio de las lágrimas que aún corrían por sus mejillas.

—Creo que podría olvidar a Wi —dijo ella—. Oh, no quiero decir que le vaya a *olvidar* para siempre. Pero el amor es para los vivos.

Hadon rompió a llorar entonces. Cuando se hubo enjugado las lágrimas, dijo:

—Me habría gustado haber oído estas palabras mientras aún estábamos en las

Tierras Vírgenes. Entonces habríamos tenido mucho tiempo para amarnos. Quizás cuando descendamos al reino de Sisiken podamos amarnos allí. Las sacerdotisas dicen que hay hombres y mujeres que son elegidos para ir a un refulgente jardín donde viven en plena felicidad, aun siendo espíritus. Estoy seguro de que nosotros hemos sido elegidos para ir allí. Si es que existe ese lugar. A veces me siento culpable por dudar de lo que dicen las sacerdotisas. ¿De verdad tendremos una vida después de la muerte? ¿O sólo nos convertiremos en polvo y ese es el final que nos espera, a no ser por el recuerdo en los que no nos van a olvidar porque nos aman?

—No lo sé —dijo ella.

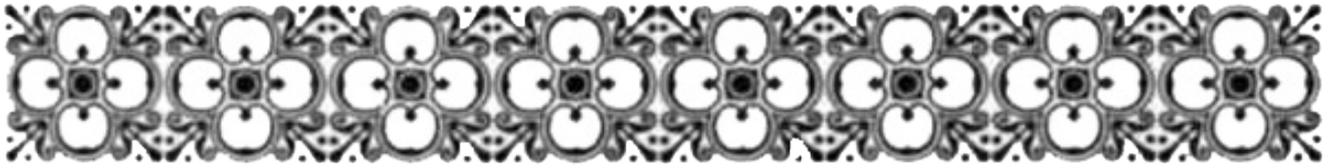
La besó de nuevo y se puso en pie.

Enormes nubes de humo subían aún desde el Khowot. A sus pies se veía un borrón que era la desaparecida Khokarsa. Un pájaro cantaba dulcemente en las cercanías. Un ratón se colocó sobre una repisa en la roca frente a su agujero y le saludó con un suave y agudo chillido mientras agitaba sus bigotes.

Ellos vivirían después de que él se hubiera ido. Ellos cantarían y chillarían agitándose al sol bajo el cielo azul, mientras allí quedaba un cadáver ensangrentado que ya no podría ver, ni oír, ni sentir. Pero, por otra parte, ¿qué sabían, aunque vivieran hasta llegar a los cien años, qué sabían del amor? ¿Qué sabían de su amor por Lalila?

Se apoyó en la espada y esperó.





APÉNDICE

Descripción de los mapas

El Mapa 1 muestra la mayor parte de África alrededor del año 10.000 a. de C. Esta es una modificación del mapa presentado por Frank Brueckel y John Harwood en su artículo «Heritage of the Flamig God, an Essay on the History of Opar and Its Relationship», *The Burroughs Bulletin*, Verano de 1974. Ese mapa, a su vez, se basaba en el de Willy Ley, aparecido en *Engineers' Dreams*, Viking Press, 1954, aunque también bastante modificado.

El mundo del 10.000 a. de C se encontraba en los postreros coletazos de la última Era Glacial. El Sahara actual se componía de montañas, llanuras, vastas praderas, extensiones de árboles, ríos y lagos de agua dulce. Elefantes, rinocerontes, hipopótamos, cocodrilos, leones, antílopes y avestruces se contaban por millones. Los dos mares interiores de agua dulce existieron de hecho, aunque sus límites tal como se muestran aquí son más que especulativos.

Los bosquejos de las montañas no satisfarán a un cartógrafo profesional. Se incluyen aquí para dar al lector una idea general de su extensión. La línea de la costa mediterránea se encontraba entre 100 y 200 pies más baja que su nivel actual.

Mientras el resto del mundo se hallaba en las postrimerías del Paleolítico Inferior, una civilización marítima había surgido alrededor del mar interior del norte, el Kemu (la Gran Agua). Algunas ciudades coloniales, incluida Opar, habían sido fundadas en el Kemuwopar (Mar de Opar). Con la exclusión de las ciudades de la Isla de Khokarsa (véase Mapa 2), las principales ciudades eran: 1: Mukha; 2: Miklemres; 3: Qethruth; 4: Siwudawa; 5: Wethna; 6: Kethna; 7: Wentisuh; 8: Sakawuru; 9: Mikawuru (la Fortaleza Pirata); 10: Bawaku; 11: Towina; 12: Rebha (la Ciudad de los Palafitos). A: País Klemqaba. Opar y Kór se resaltan en el mapa, pero Kór fue construida después de que naciera Hadon.



Mapa 1
África Antigua



Mapa 2
El Kemu

Cronología de Kbokarsa

Alrededor del año 13500 a. de C. las costas de los dos mares del África Central estaban habitadas por un centenar de pequeños grupos de parantropoides, neandertaloi-des e híbridos neanderthal-humanos. Estos últimos vivían en la costa norte del mar del norte; los neandertaloides, en sus costas este y oeste; los parantropoides, más al sur. La población total a lo largo de una línea costera (incluyendo ambos mares) casi igual a la del actual Mediterráneo era quizás de diez mil habitantes.

Los mares interiores eran el último refugio de los neandertaloides. Por todas partes habían sido exterminados o asimilados por el *Homo sapiens*. Los parantropoides eran subhumanos peludos relacionados con el *yeti* o el *sasquatch* de hoy en día. Estos eran más numerosos que ahora. Los parantropos vivían en las áreas de selva y jungla, retrocediendo ante el avance del *Homo neanderthalensis* y del *Homo sapiens*.

Algún tiempo antes del 13000 a. de C., cierto número de tribus caucasoides comenzaron a bajar lentamente desde las exuberantes sabanas de lo que hoy es el Sahara. Estas gentes se llamaban a sí mismas los Khoklem, y fueron empujando gradualmente a los híbridos y a los neandertaloides, hacia el sur, o bien los asimilaron.

Hacia la misma época, otro grupo de caucasoides, los Klemsuh, comenzaron a moverse hacia la costa mediorienta del mar más septentrional. Estos tenían unas características físicas que, en caso de que la Historia no hubiera decretado lo contrario, habrían convertido a los Klemsuh en una raza aparte. Su piel era amarilla tostada; su cabello era liso, crespo y moreno; y tenían ligeros pliegues epicánticos. Estas son características mongoloides hoy en día, pero los Klemsuh (el Pueblo Amarillo) eran con toda seguridad un linaje de la raza caucásica o blancas.

Los híbridos, que iban a ser llamados los Klemqaba (Pueblo de la Cabra) por los Khoklem, comenzaron a establecerse a lo largo de la costa y en el interior abrupto y montañoso, del noroeste del estrecho existente entre los dos mares. Aunque fueron muy pacíficos al principio, muchos cientos de años de beligerancia por parte de los Khoklem acabaron por enseñarles el arte de la guerra. Hasta el final de la civilización khokarsana, iban a ser una espina clavada en su costado.

Los Khoklem, como los demás, se sustentaron principalmente de la pesca, la caza y la recolección. La mayor parte de sus proteínas procedía del Kemu (la Gran Agua).

Debido a la ausencia de cereales en esta área, es posible que jamás hubieran llegado a nada, de no haber sido por la aparición del hombre que ellos llamaron Sakhindar.

Este hombre misterioso fue considerado como un dios por los Khoklem, y no les faltaba razón. Trajo consigo una gran variedad de plantas (al parecer a lo largo de un cierto número de visitas durante un periodo de cincuenta años) y les enseñó a cultivarlas y a domesticar a los animales y aves de la zona. Sakhindar les enseñó también la minería del cobre y del estaño, a fabricar herramientas y armas de bronce y a hacer ladrillos y mortero. También inculcó en ellos un respecto por la higiene y les enseñó el concepto del cero. No es de extrañar que en el panteón khokarsano tuviera un puesto de honor análogo al de Thoth en el panteón egipcio.

Estos regalos explican por qué los khokarsanos se anticiparon a la Revolución Agrícola de Mesopotamia en unos cuatro mil años. Y así también se explica por qué estas tribus del Paleolítico se saltaron el Mesolítico y el Neolítico para entrar directamente en la Edad de Bronces.

Más tarde, unos grupos que navegaban en canoas y balsas desembarcaron en la isla de Khokarsa, aproximadamente del tamaño de Creta. Eran Khoklem pertenecientes a una tribu conocida como los Klemreskom (Pueblo del Águila Pescadora). Su diosa principal, Kho, era una deidad de la fertilidad llamada Madre de Cabeza de Pájaro. Era representada, en pinturas rupestres y en tallas de hueso y de marfil de hipopótamo, como una mujer esteatopígica de grandes pechos y con la cabeza de un águila pescadora. Otras tribus entraron algo más tarde, y algunas la representaron con cabeza de cotorra. Esto se debía, sin duda, a que la isla estaba plagada de dichas aves.

Sakhindar fue también el dios del tiempo, aunque la religión afirmaba que él había robado el Tiempo a su madre, Kho, y que esa era la razón por la que Ella le había expulsado del territorio hacia el exilio. Se decía que Sakhindar había sido capaz de viajar por el tiempo, antes de que Kho le hubiera quitado este poder. Sin duda alguna, él fue un viajero del tiempo del siglo veintiuno que había llegado alrededor del 12000 a. de C. (véase mi obra *Time's Laít Gift*, Ballantine, 1972). Al parecer, no fue de ningún modo responsable del desarrollo de la civilización en otros lugares (en el Cercano Oriente y en el Indo) sino que consideró Khokarsa como un proyecto particular suyo. Nos referiremos a él a lo largo de esta serie, pero desempeñará sólo un papel menor en alguna de las novelas.

El hecho de que Sakhindar apareciera en diversas ocasiones durante un periodo de dos mil años sólo puede atribuirse a cualquier elixir que retrasara el envejecimiento.

Principales acontecimientos

12000 a. de C.

Los Khoklem se extienden por la orilla norte del Kemu. Aparición de Sakhindar.

11800 a. de C.

El héroe Gahete es el primer hombre que desembarca en la isla deshabitada de Khokarsa. En sucesivos viajes trae consigo a su tribu, el Tótem del Águila Pescadora. Su Suma Sacerdotisa consagra un bosque de robles sagrado en lo alto de un volcán, el Khowot, (Voz de Kho). Khokarsa (el Árbol de la colina de Kho) da su nombre a la isla. Se utiliza cerámica pintada al fuego o endurecida al sol.

11700 a. de C.

Otras tribus desembarcan en diferentes partes de la isla. Se fabrica la primera cerveza de mijo y de sorgo. Las sacerdotisas desarrollan una primitiva escritura pictográfica. La aldea de Khokarsa se convierte en la primera zona amurallada del mundo. Se inventa la rueda de alfarero. Se introduce la trepanación del cráneo para aliviar los dolores crónicos de cabezas.

11600 a. de C. (1 d. de T.)

Construido el templo de grandes bloques de piedra dedicado a Kho, en la llanura junto al bosque de robles sagrados. El Rey Nanla captura la ciudad de Miklemres, puerta hacia el estaño, el cobre y las minas de sal de las montañas Saasares (las actuales Ahaggar y Tibesti). La fabricación de licor de hidromel se convierte en una importante industria, controlada por la Suma Sacerdotisa Nanwot. Cerámica alcalina vitrificada. Carros tirados por bueyes.

11550 a. de C. (50 d. de T.)

La Suma Sacerdotisa, Awineth, establece una cronología, comenzando desde la terminación del templo de Kho cincuenta años atrás, (d. T. significa «después del Templo»). Se hace vino de uva por primera vez.

1 1530 a. de C. (70 d. de T.)

Un bardo femenino, la sacerdotisa Hala, compone el primer poema épico, El

canto de Gahete, basado en canciones populares. La pintura y la escultura cobran más vida, pero aún son demasiado hieráticas.

11520 a. de C. (80 d. de T.)

Se inventa el reloj de sol y el proceso de elaboración de la aceituna. Se construye (para Awineth) la primera tumba-templo. (Los reyes de esta época todavía eran sacrificados al final de un reinado de nueve años. Se les enterraba bajo grandes túmulos de tierra sobre los que se colocaba un monolito con cabeza de pájaro. Los héroes y heroínas —es decir, hombres y mujeres extraordinarios— eran enterrados bajo túmulos de tierra, cubiertos por un obelisco).

11450 a. de C. (150 d. de T.)

El Rey Ruwodeth de Khokarsa consigue aplastar la revuelta de Miklemres. Primera aparición de los Klemsaasa, un pueblo de mayor estatura que habla una lengua desconocida, en las montañas al norte de Miklemres. Cerámica vitrificada con plomo.

11400 a. de C. (200 d. de T.)

Flota expedicionaria dirigida por el Rey Khonan funda el puerto de Siwudawa en el país de los Klemsuh. Esto marca el comienzo de una larga serie de campañas contra los Klemsuh de las áreas rurales, se inventa el método de la cera perdida para el vaciado del broncea.

11350 a. de C. (250 d. de T.)

Florecen las aldeas portuarias de Towina y Bawaku. Se funda el sistema «oikos» para el establecimiento de la frontera de la costa (bandas de aventureros, hombres y mujeres, construyen pequeños fuertes de madera y se atrincheran. Eátaban dirigidos por hombres de la categoría de los héroes cuyas residencias se convirtieron después en pequeños palacios, desde los que se gobernaron grandes haciendas. Fundaron las familias dirigentes de esas áreas, y muchos de los «oikos» llegaron con el tiempo a ser ciudades pujantes). Por eáta época, las seis ciudades de la isla ya se han convertido en poderosos centros mercantiles. Población de la ciudad de Khokarsa: 15.000 habitantes. Dythbeth, Saqaba, Kaarquth, Asema y Kunesu tienen poblaciones de entre ocho y diez mil habitantes. Se inventa el vidrio. Cerámica vitrificada con sal y porcelanas.

11250 a. de C. (350 d. de T.)

El trueque todavía es la base de la economía. La explotación masiva de la minería del oro y de la plata se inicia por primera vez en las montañas del norte. Desde

sus aldeas en las Saasares, los Klemsaasa realizan incursiones en los lejanos distritos de Miklemres. Asocian su dios del sol, patriarcal, con el hijo de Kho, Resu. Inventados los relojes de arenan.

11153 a. de C. (447 d. de T.)

El genio Awines nace en Dythbeth.

11118 a. de C (482 d. de T.)

A la edad de treinta y cinco años, Awines ha inventado un silabario, ha fundado la ciencia de la lingüística, ha creado una teoría del atomismo (muy parecida a la de Lucrecio), ha descubierto la circulación de la sangre, ha formulado un álgebra elemental y ha inventado las planchas de imprenta de madera, las catapultas, lo que milenios más tarde se llamará «fuego griego», la clepsidra, la lupa y un calendario solar.

11113 a. de C. (487 d. de T.)

Exilio de Awines en Bawaku, debido a que su silabario y su calendario son considerados sacrílegos. Bawaku se rebela y derrota a la flota khokarsana con las catapultas y el «fuego griego» de Awines.

11111a. de C. (489 d. de T.)

Awines muere al tratar de volar con alas artificiales desde una montaña.

11110 a. de C. (490 d. deT.)

Keth de Kenesu anuncia el descubrimiento del estrecho del mar meridional. Sin embargo, al parecer, otros le han precedido. La aldea portuaria de Mukha se convierte en una ciudad gracias a las minas de sal descubiertas en sus proximidades.

11000 a. de C. (600 d. de T.)

Los Klemsaasa, al haber adoptado la agricultura, han llegado a ser más numerosos. Capturan y controlan durante una década algunas minas de estaño y cobre y exigen tributo a algunas lejanas provincias de Mi klemres. Se establece la primera ceca con acuñación de electro.

10985 a. de C. (615 d. de T.)

Rajo el Rey Madymin de Khokarsa, se reconquista Bawaku, sus ciudadanos son masacrados y se repuebla con colonos de Khokarsa. Un grupo de Bawakos,

dirigidos por el héroe Anesem, escapa y funda la primera Ciudad de los Piratas, Mikawuru (en khokarsano, *mi* significa *ciudad*, y *Kawuru* significa tanto *cocodrilo* como *pirata*). Esto ocurría en las rías de la costa noroeste del estrecho que conduce al mar meridional (todavía poco conocido en esta época). Primeras monedas de oro y de plata. Primer registro del uso del latón.

10968 a. de C. (632 d. de T.)

Gran terremoto y maremoto. Los Klemsaasa toman la ciudad de Miklemres. Towina, Bawaku, Dythbeth y Kaarquth se levantan en armas con éxito. La población aborigen de Siwudawa se rebela, masacra a las tropas y mercaderes khokarsanos y establece un estado independientes.

10954 a. de C. (646 d. de T.)

Los Mikawuru son expulsados de su fortaleza por los Klemqaba. Dirigidos por Wethna, cruzan el Kemu y fundan Wethna en su orilla este. Comienza a extenderse el uso de la perspectiva en el artes.

10915 a. de C. (685 d. de T.)

Una expedición Bawaku bajo el mando del héroe Nankar realiza un viaje a lo largo de todo el Bohikly (el río Niger) y regresa trayendo consigo la proteínica baya roja *mmwometh*^[7] y el ébano, la caoba africana y el hibisco. Estas gentes comienzan a extenderse rápidamente alrededor del Kemu. Se construyen los primeros birremes. Primer contado con los negros del oeste por medio del héroe Agadón de Towina. El Rey K'opwam de Khokarsa recupera Dythbeth y Kaarquth.

10878 a. de C. (722 d. de T.)

La primera gran plaga (la viruela, desconocida hasta entonces, fue introducida probablemente por los cautivos negros). Muere un cuarto de la población de la isla así como de las ciudades de Towina y Bawaku. Unos años después, la viruela asola a la población entera de otras áreas.

10875 a. de C. (725 d. de T.)

Un jefe de los Klemsaasa les dirige y un ejército de Mi-klemres se alía con Khokarsa y toma la ciudad. Se casa con la única sacerdotisa superviviente y asciende al trono. Adopta el nombre khokarsano de Minruth; comienza la asimilación de los Klemsaasa. Los que quedan en las montañas empiezan a ser conocidos como los Klemklakor (Pueblo del Oso).

10866 a. de C. (734 d. dcT.)

Minruth I completa la conquista de todas las ciudades de la isla y Towina y Bawaku. Se niega a honrar la vieja costumbre, que se pierde en la noche de los tiempos, del sacrificio del rey tras nueve años de mandato e instituye la costumbre de sacrificar a un sustituto. El panteón de Klemsaasa es incorporado totalmente al de Khokarsa. Resu, el dios del sol, es proclamado el igual de Kho. Sin embargo, en la práctica, durante mucho tiempo, la mayoría de la gente considera a Resu como inferior a Kho. Este año marca el comienzo de la larga lucha entre las sacerdotisas y los sacerdotes. Se abandona el viejo calendario lunar y se adopta el calendario solar de Awines. El nuevo tiene doce meses de tres semanas de diez días cada una, con cinco días de fiesta al final del año, que empieza en el equinoccio de primavera.

10846 a. de C. (754 d. de T.)

Se adopta el silabario de Awines. Se adopta un sistema postal gubernamental, basado en el de los templos. Se acuñan las primeras monedas de cobren.

10832 a. de C. (768 d. deT.)

Se construye la primera trirreme. Comienza la primera carretera costera de bloques de piedra desde Mi-klemres hacia el este y hacia el oeste. El héroe Kethna circunnavega el mar del sur. Antes se le conocía con el nombre de Kemuketh pero luego llegó a ser conocido como el Kemuwopar (el Mar de Opar).

10824 a. de C. (776 d. de T.)

Fundada la ciudad de Kethna. Llegará a controlar el estrecho y se convertirá en una fuente de problemas para Khokarsa.

10810 a. de C. (790 d. de T.)

La heroína-sacerdotisa Lupoeth descubre arcilla aurífera, plata y diamantes en la zona de Opar y funda una aldea minera. Se extiende desde Khokarsa la representación de deidades con cabeza humana en arte y escultura.

10800 a. de C. (800 d. de T.)

Se traen a Opar los primeros esclavos negros.

10757 a. de C. (843 d. de T.)

Una segunda Mikawuru (Ciudad de los Piratas) se funda en las costas del noroeste del Kemuketh. Estos pobladores no procedían de Wethna, que ya se

había vuelto respetable, sino que se trataba de criminales y de refugiados políticos procedentes de todo el mar septentrional.

10700 a. de C. (900 d. de T.)

Colonos de Mikawuru levantan una fortaleza en la costa este del Kemuwopar. Años más tarde se convierte en una ciudad llamada Sakawuru.

10695 a. de C. (905 d. de T.)

Se completa la ciudad de Opar en toda su grandeza. Fundado el puerto de Wentisuh por colonos de Siwudawa.

10600 a. de C. (1000 d. de T.)

El clima es más cálido y seco. La cubierta de hielo de las Saasares va menguando. Una gran plaga y una serie de terremotos anuncian un nuevo Tiempo de Tribulación. Revueltas en los estados tributarios y desmoronamiento del imperio. K'opwan II mata a su mujer en un intento de imponer el patriarcado y escapa a Miklemres durante la revuelta que se produce a continuación. Es capturado y sacrificado en el gran templo. Durante cien años las Sumas Sacerdotisas de Khokarsa tienen esposos a los que se les niega la dignidad real. Muchos templos de Resu son demolidos y convertidos en templos de Kho. Se abandonan los sacrificios humanos, a no ser en tiempos de gran tribulación. Esta costumbre se extiende a lo largo y ancho de los dos mares, excepto en Sakawuru.

10560 a. de C. (1040 d. de T.)

Inicio de los *numatenu* (héroes de la espada ancha), clase guerrera similar a los samurai. Por costumbre, sólo a los miembros del *numatenu* se les permite el uso del espadón ligeramente curvado y de punta roma introducido últimamente, pero esto no se observa estrictamente.

10499 a. de C. (1101 d. de T.)

Los Klemqaba toman Bawaku y masacran a sus ciudadanos.

10490 a. de C. (1110 d. de T.)

Una flota conjunta de Klemqaba y Towina ataca Dythbeth. Un *numatenu*, Toenuseth, consorte de la Gran Sacerdotisa de Dythbeth, destruye la flota. Su esposa le hace rey y se disoné a la conquista de la isla de Khokarsa.

10480 a. de C. (1120 d. de T.) - 10485 a. de C. (1115 d. de T.)

Toenuseth conquista Saqaba y Kaarquuth. La ciudad de Towina, ahora enemiga de los Klemqaba, expulsa a los Klemqaba de Bawaku con la ayuda de los revoltosos Bawakans.

10478 a. de C. (1122 d. de T.)

Toenuseth es muerto por una lanza arrojada por la suma sacerdotisa de Khokarsa durante el asedio de esa ciudad. Esto es considerado como un juicio de Kho, y debilita la idea de la realeza durante algunos años.

10460 a. de C. (1140 d. de T.)

La Suma Sacerdotisa de la ciudad de Khokarsa instituye los Grandes Juegos (conocidos más tarde como los Grandes Juegos de Klakor, en honor del ganador de los primeros que se realizaron). Esto marca el regreso de la realeza. Por la Ley de Pwymnes, el vencedor de los Grandes Juegos se convierte en el marido de la Suma Sacerdotisa (si ella le acepta) y es coronado rey de Khokarsa. Cualquier hombre puede competir, siempre que no sea un esclavo, un neandertaloide o un Klemqaba. Los juegos tienen lugar cuando el viejo rey ha muerto o cuando muere la Suma Sacerdotisa. Sin embargo, el monarca reinante puede mantener su dignidad real si consigue convencer a la hija de la esposa fallecida de que se case con él o, si no tiene hijas, a la pariente más próxima que vaya a asumir el trono de sacerdotisa. Pwymnes, demasiado mayor para tener hijos, se retira después de que el héroe Klakor gana los Juegos, y él se casa con la hija de la sacerdotisa Hiindar (que significa Ojos Grises). Debe tenerse en cuenta que el rey gobernaba únicamente sobre zonas militares, navales y de ingeniería. La reina controlaba las cortes judiciales, la promulgación de las leyes, la moneda, la religión, los impuestos y el comercio. Hacía ya tiempo, sin embargo, que se reconocía que los hombres eran responsables de la fecundación de las mujeres y que Kho o sus hijos e hijas (dioses y diosas) no eran los agentes de la fertilidad de las mujeres (excepto que podían hacer que un hombre o una mujer fueran este-riles). Que los hombres fueran los causantes del embarazo era el principal argumento de los sacerdotes de Resu en pro de la superioridad de Resu y del dominio de los varones en la sociedad. Oficialmente, el hecho fue ignorado, y aún transcurrió mucho tiempo antes de que la idea fuese aceptada en las áreas rurales. Klakor comienza los trabajos de la Gran Torre de Kho y Resu.

10452 a. de C. (1148 d. de T.)

Klakor completa la reconquista de la isla de Khokarsa. Kwamim, la más grande de las poetisas épicas, nace en Miklemres. A la edad de veintiocho años creará el *Pwamwotkethia*, o *Canto de Kethna*. Está basado en las andanzas de Kethna y la

fundación de su ciudad, pero es históricamente inexacto. Se le han incorporado canciones de héroes y heroínas mucho más antiguos, tratando de hacerlos contemporáneos de Kethna, e incorpora abundante material mitológico. La lengua se basa en la de la ciudad de Khokarsa, pero Kwamim recoge préstamos de otros dialectos e incluso acuña palabras nuevas.

10499 a. de C (1151 d. de T.)

La flota de Miklemres destruida por Klakor y Miklemres capitula. Este acontecimiento marca el comienzo de la conquista del reino del Kemu costero.

10448 a. de C. (1152 d. de T.)

Opar es conquistado por los piratas de Sakawuru bajo el mando de Gokasis. Controlan el mercado de las joyas y de los metales preciosos. Se inventan las cañerías y se instalan en el palacio de Khokarsa.

10443 a. de C. (1157 d. de T.)

El heraldo de Klakor, el bardo Roteka, llega a Opar para pedir su rendición. Su cabeza es enviada de vuelta a Klakor, llegando en el 1159 d. de T. Pero Klakor ha muerto.

10440 a. de C. (1160 d. de T.)

Kethna es tomada por la gente de Opar, aliados con los piratas de Mikawuru y Sakawuru.

10427 a. de C. (1173 d. de T.)

Gokasis se autoproclama Rey de Reyes del Kemuwopar después de tomar Wentisuh. La primera expedición khokarsana contra la alianza es destruida cerca del estrecho de Keth. Nace Awodon, el Praxíteles de Khokarsa. Owalu, Qethruth y Mi.ik.ha se convierten en ciudades importantes. La poetisa Kwamim, huésped de la corte de Wentisuh, es hecha prisionera y llevada a Opar.

10423 a. de C. (1177 d. de T.) - 10420 a. de C. (1180 d. de T.)

El héroe Rimasweth, dirigiendo una expedición khokarsana, cae sobre Kethna llegando por tierra y, asentando una fuerza de ocupación, contornea Wentisuh y Sakawuru y cae sobre Opar. Mata a Gokasis (hijo del primer Gokasis) en un combate cuerpo a cuerpo, masacra a los ciudadanos y se lleva a Kwamim. Su flota es alcanzada en el Estrecho de Keth y destruida, pero él y Kwamim, con tres *numatenu*, escapan.

10417 a. de C. (1183 d. dcT.)

Kwamim canta por primera vez el *Pwamwotrimasweth*, el Canto de *Rimasiweth*. Esta es, por su calidad, la segunda epopeya de Khokarsa (algunos críticos la consideran como la mejor). Es la primera que canta a los héroes vivos. Los bárbaros Klemklakor ya son lo suficientemente numerosos para que sea necesario llevar a cabo grandes expediciones punitivas.

10397 a. de C. (1203 d. de T.)

Awodon comienza a trabajar en su obra maestra, *Kho y sus hijos*, un triso de sesenta y cuatro figuras, a lo largo de la base de mármol de la Gran Torre de Kho y Resu. Una cuarta expedición arrasa Kethna y Wentisuh, pero es destruida en la Batalla de la Bahía de Opar.

10390 a. de C. (1210 d. de T.)

Comienza el asedio de Opar. Mikawuru y Sakawuru quedan bloqueadas, pero resisten el ataque. Se envían expediciones al África occidental, al Mediterráneo y al Valle del Nilo (pero ninguna regresa).

10389 a. de C. (1211 d. de T.)

Opar es tomada. Se inventan los anteojos.

10387 a. de C. (1213 d. de T.)

Sakawuru es tomada, sus ciudadanos son ejecutados y se envía un barco para conseguir que los colonos de Khokarsa la repueblen. Mikawuru resiste con éxito.

10386 a. de C. (1214 d. de T.) - 10266 a. de C. (1334 d. de T.)

Ciento veinte años de relativa paz, proceridad y expansión de la población. Awodon completa su gran obra a la edad de setenta años, muere dos años después y es enterrado en una tumba de héroe. Las obras de la Gran Torre continúan deprisa. Se construyen redes de caminos de piedra desde las ciudades costeras a lo largo de la costa y hacia el interior, y se completa una red en la isla de Khokarsa. El Censo de 1334 d. de T. muestra que la población de los dos mares se estima en dos millones de habitantes (este es el momento culminante). La ciudad de Rebha, construida sobre pilares en un bajío en el Kemu sud-oriental, cobra importancia en el comercio marítimo. Se construyen fuertes fronterizos para consolidar la defensa contra los negros de las tierras occidentales. Otra expedición infructuosa contra los conflictivos piratas de Mikawuru. El explorador Dythphida descubre que un brazo del Kemuwopar está a punto de abrirse en las

montañas del medio oeste en la cosía oeste. Esta noticia augura el eventual drenaje de los dos mares, pero no debería comenzar hasta que no transcurriera un período de tiempo estimado en dos o trescientos años. La Suma Sacerdotisa de Khokarsa, Aquth, proclama que este drenaje sólo puede ser evitado mediante una degradación de Resu y un retorno a formas más conservadoras de religión. Minruth III considera la posibilidad de construir un gigantesco dique, pero ya que ello supondría detener el trabajo en la Gran Torre, no emprende ninguna acción.

10265 a. de C. (1335 d. de T.)

Opar semidestruida por un terremoto, pero la reconstrucción comienza de inmediato. La plaga de la tos ferina aparece por primera vez en Towina.

10261 a. de C. (1339 d. de T.)

La plaga se ha extendido por todo el Imperio. Las cosechas se malogran y una enfermedad mortal entre los peces causa una gran hambruna. Los Klemqaba devastan Bawaku, pero son a su vez diezmados por la plaga. La ciudad de Khokarsa es destruida parcialmente por una erupción del Khowot, y los ciudadanos huyeu.

10257 a. de C. (1343 d. de T.)

La población ha quedado reducida a tres cuartos de millón de habitantes. El Imperio se ha desmembrado. La mayor parte de la realeza ha muerto. Un *numate-nu* de Opar, Riqako, se casa con la única sacerdotisa superviviente capaz de engendrar hijos en la ciudad de Khokarsa. Se convierte en el Reskomureeskom, el Rey de Reyes, literalmente, la Gran Águila Pescadora de las Águilas Pescadoras.

10061 a. de C. (1539 d. de T.)

Heliqo descubre la relación entre la malaria y los mosquitos.

10050 a. de C. (1550 d. de T.)

El clima se va haciendo más cálido y seco. Aún hay, sin embargo, hielo y nieve en abundancia en las cumbres de las Saasares. Se ha elevado el nivel del Mediterráneo. Khokarsa adquiere de nuevo mayor importancia. Todos los estados del Kemu reconocen su soberanía, pero en realidad son de hecho semiindependientes. Kethna envía tributos, pero era como si fuera independiente. Aunque la población se ha incrementado, todavía hay algunas áreas que no se han recuperado. Los piratas de Mikawuru siguen dando problemas y hay bases piratas en el Kemu. Ha habido pocos progresos en tecnología. Las armas y herramientas de hierro fueron introducidas alrededor de 1340 d. de T., pero debido a que los

principales depósitos de mineral de hierro se encuentran a gran profundidad en el interior de las Saasares, resulta caro. Las armas y herramientas de bronce todavía se utilizan mucho.

10049 a. de C. (1551 d. de T.)

Minruth IV gana los Grandes Juegos de Klakor y se casa con Demakwa, la Suma Sacerdotisa.

10042 a. de C. (1558 d. de T.)

Nace Bissin, inventor de un rudimentario motor de vapor.

10036 a. de C. (1564 d. de T.)

Nace en Dythbeth el hercúleo y malhadado Kwasin, primo de Hadon.

10034 a. de C. (1566 d. de T.)

Muere Demakwa. Minruth se casa con la prima de ésta, Wimimwi, y por eso no se celebran los Grandes Juegos.

10031 a. de C. (1569 d. de T.)

Nace Hadon de Opar. Su padre, Kumin, es un *numa-tenu* tullido que se ha visto rebajado a barrer los suelos de un templo. Su madre, Pheneth, es la hija de un capataz de esclavos, por lo que Hadon tiene una infancia afligida por la pobreza y porque sus padres son de una clase social baja. Ambos pertenecen al Tótem de la Hormiga. Awineth, hija de Minruth y Wimimwi, nace en el templo de Kho en la ladera de Khowot. Se inventa el galvanizado del metal por medio de una batería primitiva.

10018 a. de C. (1582 d. de T.)

Kwasin, borracho, viola a una sacerdotisa de Kho y mata a varios guardias del templo. Es enviado al exilio en lugar de ser ejecutado cuando la sacerdotisa que cumple funciones oraculares en el templo de Kho (en Dythbeth, donde el sacrilegio tuvo lugar) dice que deberá ser expulsado del territorio pero que se le permitirá volver cuando Kho así lo decrete. Se aleja hacia las Tierras Occidentales portando su gran maza de roble reforzada con broncea.

10013 a. de C. (1587 d. de T.)

Muere Wimimwi. Awineth se convierte en Suma Sacerdotisa. Los Grandes Juegos se programan para dentro de tres años (es preciso conceder tiempo

suficiente para que todos los estados reciban la notificación, para que se celebren los Juegos Menores preliminares con el fin de poder seleccionar a tres contendientes principales y sus tres sustitutos por cada estado y para que los contendientes viajen a la ciudad de Khokarsa). Minruth pide a su hija que se case con él, pero ella se niega. Minruth (llamado El Loco a sus espaldas) planea mantener el trono contra viento y marea. Ruseth, un pescador, inventa la vela de proa a popa.

10012 a. de C. (1588 d. de T.)

Hadon es uno de los vencedores de los Juegos Menores de Opar.

10011 a. de C. (1589 d. de T.)

Comienzan los acontecimientos de *Hadon, el de la antigua Opar*.

Notas

[1] Reptil hoy probablemente extinguido, el *sirrush* representado en la Puerta de Ishtar de la antigua Babilonia. En la época de Hadon se le podía encontrar en las junglas que bordeaban el mar del Sur. <<

[2] El idioma khokarsano tenía dos sílabas para la palabra agua: *-kem-*, referida a cualquier líquido o masa gelatinosa relativamente grande no encerrados en recipiente, como por ejemplo *-kemú-*, literalmente «agua-grande o mar»; y *-s”o-*, referida a «líquidos», «jaleas» o «gases contenidos en recipiente». <<

[3] Gibraltar. <<

[4] Focas. <<

[5] El alce gigante irlandés. <<

[6] El reno. <<

[7] *Dioscorreophyllum cumminsi*. Baya roja recientemente descubierta, natural de África Occidental. Es tres mil veces más dulce que el azúcar en igualdad de peso. Es una proteína, no un carbohidrato. Véase la revista *Signature* de marzo de 1973. <<